Historia social y conciencia histórica

Jürgen Kocka

Marcial Pons **Historia** Biblioteca Clásica

Acceso abierto

JÜRGEN KOCKA

HISTORIA SOCIAL Y CONCIENCIA HISTÓRICA

Traducción de Elisa Chuliá

Selección y presentación de Jesús Millán

Marcial Pons

HISTORIA

2002

CREATIVE COMMONS

© Jürgen Kocka
© MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S.A.
San Sotero, 6 - 28037 MADRID
☎ 91 304 33 03

ISBN: 84-95379-38-4
Depósito legal: M. 9.122-2002

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Impreso por: ELECE, Industria Gráfica, S.L.
Río Tiétar 24, Algete (Madrid)
MADRID, 2002

ÍNDICE

Pág.

PRESENTACIÓN. EL CONTEXTO DE LA HISTORIA SOCIAL CRÍTICA EN LA ALEMANIA CONTEMPORÁNEA, *por J. Millán* 11

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA: TEORÍAS Y EVOLUCIÓN

CAPÍTULO I. LA COMPARACIÓN HISTÓRICA 43

DEFINICIÓN 43
CONTRASTE Y GENERALIZACIÓN 44
FUNCIONES METODOLÓGICAS 46
FORMULACIÓN DE PREGUNTAS, CONCEPTOS Y UNIDADES DE COMPARACIÓN 49
SOBRE EL USO Y EL ABUSO DE LA COMPARACIÓN 53
LA COMPARACIÓN EN LA HISTORIOGRAFÍA Y EN LAS CIENCIAS SOCIALES: DESARROLLOS Y TENDENCIAS 58

CAPÍTULO II. LA HISTORIA SOCIAL, ENTRE LA HISTORIA DE LAS ESTRUCTURAS Y LA HISTORIA DE LAS EXPERIENCIAS 65

Pág.

El concepto de la historia estructural de Werner Conze 66
La crítica de la historia de la cotidianeidad 74

CAPÍTULO III. ¿El RETORNO A LA NARRACIÓN? ALEGATO A FAVOR DE LA ARGUMENTACIÓN HISTÓRICA 87

SEGUNDA PARTE
CLASES SOCIALES Y CIUDADANÍA

CAPÍTULO IV. LAS «CLASES MEDIAS» EN EUROPA . . . 107

La pauta básica 110
Comparaciones 114
Fases 123

CAPÍTULO V. LA HISTORIA DEL TRABAJO: ¿PARA QUÉ Y CÓMO? 139

Nuevos desafíos 141
La sociedad civil como perspectiva 146

CAPÍTULO VI. ESTADO-AUTORIDAD Y CIVILIZACIÓN BURGUESA. SOBRE LA HISTORIA DE LA BURGUESÍA ALEMANA EN EL SIGLO XIX 153

CAPÍTULO VII. PROBLEMAS Y ESTRATEGIAS DE LEGITIMACIÓN DE LOS EMPRESARIOS Y CUADROS DIRECTIVOS EN EL SIGLO XIX Y COMIENZOS DEL XX 173

TERCERA PARTE
PROBLEMAS DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

CAPÍTULO VIII. TRAS EL FIN DE LA *VÍA ESPECIAL*. SOBRE LA SOLIDEZ DE UN CONCEPTO 195

Pág.

CAPÍTULO IX. REVOLUCIÓN Y NACIÓN EN 1989. SOBRE LA ORDENACIÓN HISTÓRICA DE LOS ACONTECIMIENTOS PRESENTES 211

I. La unidad de Europa 211
II. Particularidades de las revoluciones de 1989 . . . 212
III. Progreso y restauración 217
IV. Revolución y nación en la RDA 219
V. Una Alemania en lugar de dos 227
VI. ¿Final o comienzo de una vía especial alemana? . . . 232

CUARTA PARTE

HISTORIA Y SOCIEDAD CIVIL

CAPÍTULO X. LA DIFÍCIL EMERGENCIA DE UNA SOCIEDAD CIVIL: LA HISTORIA SOCIAL DE LA ALEMANIA MODERNA 239

I. La historia social: una aproximación cambiante 240
II. Las dinámicas de la sociedad civil 245
III. La emergencia de la sociedad civil en Alemania, 1800-1918 248
IV. Burguesía y clase obrera 250
V. Los hitos del siglo XX 259

CAPÍTULO XI. «... Y DESEABA SER UN CIUDADANO». DE LA SOCIEDAD BURGUESA A LA SOCIEDAD CIVIL 265

La antigua burguesía de las ciudades 266
La nueva burguesía 268
La sociedad burguesa como modelo utópico 269
El siglo XIX como siglo burgués 270
Las fronteras de la utopía 272

PRESENTACIÓN

EL CONTEXTO DE LA HISTORIA SOCIAL CRÍTICA EN LA ALEMANIA CONTEMPORÁNEA.

Jesús Millán[1]

> *«Deutschen selber führ ich Euch zu, in die stillere Wohnung,*
> *Wo sich, nah der Natur, menschlich der Mensch noch erzieht».*
>
> (Os presento a alemanes, en su estancia más tranquila, donde, entre la naturaleza, los hombres aprenden a ser más humanos).
>
> J.W. GOETHE, *«Hermann und Dorothea» (1797).*

Para todos aquellos que se interesen por el papel de la historia en una sociedad democrática, la evolución de la historiografía alemana difícilmente puede pasar desapercibida. Es en este terreno en el que, en mi opinión, conviene inscribir esta pequeña colección de ensayos de Jürgen Kocka, sin lugar a dudas, uno de los historiadores más activos y con mayor proyección de la Alemania de las tres últimas décadas.

Aunque irregularmente conocida entre el público español de los últimos tiempos, la historiografía alemana reúne poderosos motivos de interés en este sentido. La consolidación de la moderna historia académica, estrechamente vinculada al Estado nacional y a la configuración del bagaje cultural del ciudadano a partir del siglo XIX, experimentó en Alemania sus primeros y decisivos pasos, que a menudo sirvieron luego de referencia o de modelo

---

[1] Agradezco los datos y sugerencias que extraje de las conversaciones con Christoph Conrad y Jürgen Kocka, durante mi estancia en el *Zentrum für Vergleichende Geschichte Europas* de Berlín, en septiembre de 2000. Jürgen Kocka, además, cedió generosamente sus derechos para esta edición. También agradezco los comentarios que hicieron a versiones iniciales de esta introducción M.ª Cruz Romeo, Manuel Martí e Isabel Burdiel (Valencia), Henrike Fesefeldt (Santiago de Compostela) y Elisa Chuliá (Madrid).

para otros países occidentales. Muchos de los rasgos originarios de esta historiografía se entrelazan, en todas partes, con el influjo que en su época irradiaba la «ciencia histórica» alemana, que vinculaba su sólida competencia técnica a su identificación general con un joven Estado, a la vez aparentemente eficaz y reverente con la herencia del pasado. Pero el marco en que se ha desarrollado posteriormente esta historiografía no ha hecho más que acumular ante ella cuestiones trascendentales, a menudo trágicas y decisivas, que en su interés desbordan con mucho los límites de una disciplina nacional determinada. No hace falta insistir en la importancia ineludible de las dos guerras mundiales que arrancaron de suelo alemán en la centuria que acabamos de dejar.

En el contexto social de esta historiografía se inscriben también otras cuestiones cruciales. Más allá de la espiral de interrogantes que las dos tragedias bélicas siguen provocando, existen otros procesos cuya trascendencia tal vez no se pueda delimitar del todo por el momento. Entre ellos habría que contar, al menos, el desarrollo tras 1945 de un nuevo ritmo del capitalismo, combinado con el corporativismo de los agentes sociales y el activo papel interventor del Estado. Todo ello, junto con muchos de los problemas que experimenta este tipo de sociedad desde mediados del siglo XX, representa en parte una especie de adelanto para la sociedad que se configura en torno a la Unión Europea. Pero esto —solapándose en su intensa actualidad, incluso, con la perspectiva de la ampliación fuera de los confines occidentales en los que nació el proyecto europeo, en los años de la Guerra Fría— hace de Alemania un puente decisivo dentro de Europa y, a la vez, un laboratorio de la compleja soldadura pendiente desde el colapso del socialismo real, en 1989. A todos estos poderosos referentes históricos, que lanzan interpelaciones más allá de las fronteras nacionales, habría que añadir un tercer motivo de interés, relativo al estilo intelectual.

Al margen de otras peculiaridades, la historiografía alemana se ha caracterizado por la frecuencia y la amplitud de los debates que se han promovido en su interior y que han repercutido en una amplia opinión pública. Estas oleadas incluyen desde la lejana «polémica Fischer», sobre el papel de Alemania en el inicio de la Primera Guerra Mundial, pasando por el *Historikerstreit*, en torno a la comparación entre los crímenes del nazismo y los del estalinismo, hasta las discusiones sobre el *Sonderweg* —es decir, las desviaciones de la sociedad burguesa y del Estado nacional alemán con respec-

to al supuesto «modelo occidental»—, sobre la responsabilidad de los ciudadanos de a pie en la eliminación de los judíos, promovida por el libro de Goldhagen, y, por ahora, en torno al compromiso de determinados historiadores con el nazismo y su papel posterior en la renovación de la historiografía alemana occidental hasta la década de 1960. En conjunto —y sin tener en cuenta otros motivos secundarios[2]—, es difícil hallar un ejemplo en que la reflexión y el intercambio de argumentos sobre la propia historia, con sus implicaciones políticas y morales, y sobre la comparación con otros países hayan ocupado en mayor medida el esfuerzo de los historiadores y, no en último lugar, les hayan empujado a entrar en debate con filósofos, sociólogos o literatos. Esta propensión al debate político y moral, pero también a la síntesis conceptual o al estudio comparado, ha impregnado de modo característico la producción historiográfica alemana de las tres últimas décadas.

UNA RETROSPECTIVA: EL NACIMIENTO DE LA HISTORIA ACADÉMICA EN LA ÉPOCA DEL ESTADO-NACIÓN.

Reiteradamente, esta historiografía germana de la segunda mitad del novecientos se ha presentado como fruto de un corte con su propia tradición académica, que había sido hegemonizada por el historicismo[3]. Desde los últimos años de la década de 1950, la labor de historiadores como Werner Conze, Theodor Schieder, Wolfram Fischer o Wolfgang Köllmann comenzó a mostrar una ruptura con respecto a la tradición historicista, tanto en su meto-

---

[2] Georg G. IGGERS, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una revisión panorámica y crítica del debate internacional*, Barcelona, Idea Books, 1998, pp. 62-71; Walther L. BERNECKER, «La investigación histórica del "tiempo presente" en Alemania», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 20, 1998, pp. 83-98, y Aleida ASSMANN y Ute FREVERT, *Geschichtsvergessenheit Geschichtsversessenheit. Vom Umgang mit deutschen Vergangenheiten nach 1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1999. Sobre las implicaciones en la didáctica de la historia, Rafael VALLS y Verena RADKAU, «La didáctica de la historia en Alemania: una aproximación a sus características», *Íber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, núm. 21, 1999, pp. 89-105.

[3] Juan J. CARRERAS, «El historicismo alemán», en *Estudios sobre historia de España (Homenaje a Manuel Tuñón de Lara)*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, vol. II, pp. 627-641, y *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.

dología como en el tipo de temas que trataban[4]. Desde fines de la década siguiente, fue una nueva promoción de «historiadores sociales» —en parte, alumnos o colaboradores de Conze y Schieder— la que formalizó la ruptura con las tradiciones historicistas y propugnó —sobre todo, desde la recién creada universidad de Bielefeld— una sistemática revisión del pasado reciente, con un propósito crítico y con el declarado objetivo de influir en la opinión pública ciudadana. De ahí que muchos de estos historiadores —entre otros, Hans-Ulrich Wehler, Jörn Rüsen, Hans y Wolfgang J. Mommsen, Heinrich A. Winkler o Hans-Jürgen Puhle, además del mismo Jürgen Kocka— hayan insistido en la función ilustrada de esta historia a la que llamaban «historia social crítica» (*kritische Sozialgeschichte*), bajo la inspiración, más o menos intensa, que procedía de Habermas. Probablemente haya sido Wehler quien haya formulado este criterio con mayor rotundidad: «La misión emancipadora de una historia entendida de este modo consiste en derribar la niebla de las leyendas arraigadas por medio de la crítica ideológica y deshacer los errores típicos, poner claramente de relieve las consecuencias que sufrieron los afectados o los costes sociales de las decisiones que no se tomaron. Y, con ello, aumentar las posibilidades de orientarnos racionalmente en nuestra vida práctica, al incluirla en un horizonte de experiencias históricas cuidadosamente comprobadas. Es así como puede mantenerse el lema *Historia magistra vitae*: en favor de la conducta de unos ciudadanos democráticos que viven en una colectividad», para la cual resulta significativo el pasado que se estudia[5].

Este marcado «tono alternativo» no permite, sin embargo, imaginar dos bloques historiográficos claramente definidos y separados, ni tampoco debería llevar a pensar en una segregación

---

[4] La renovación de Conze y Schieder, más tarde corregida por los *Sozialhistoriker*, es sintetizada por Gerhard A. RITTER, «Die neuere Sozialgeschichte in der Bundesrepublik Deutschland», en Jürgen KOCKA, (ed.), *Sozialgeschichte im internationalen Überblick. Ergebnisse und Tendenzen der Forschung*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1989, esp. pp. 26-36.

[5] La cita procede de la introducción a una de las obras más conocidas y discutidas de WEHLER, *Das deutsche Kaiserreich 1871-1918*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 6.ª ed., 1988, p. 12. Entre otras publicaciones suyas sobre el valor actual de la historia puede destacarse *Die Gegenwart als Geschichte. Essays*, München, C.H. Beck, 1995.

nítida entre tradiciones y compromisos políticos contrapuestos. En realidad, es posible considerar esta situación de frecuente «cruce de frentes» —entre la actualización temática y metodológica de la historiografía y sus socios políticos e institucionales— como un rasgo no inusual en el caso de Alemania. A diferencia de otros países de Europa occidental, es difícil hablar aquí de una historiografía popular o progresista claramente deslindada del compromiso trágico con quienes instrumentalizaban el poder. La Alemania tan tempranamente marcada por la política de masas y por el auge del movimiento obrero más poderoso de Europa no desarrolló, en cambio, —con algunas claras excepciones, como Eckart Kehr o Hans Rosenberg bajo la República de Weimar— una tradición historiográfica unida a los movimientos sociales y autónoma con respecto a la cultura establecida.

En realidad, entenderemos mal la hegemonía del historicismo, con su decidida preferencia por el Estado y la política exterior, si nos limitamos a caracterizar la Alemania bismarckiana a partir de sus rasgos autoritarios y socialmente más obsoletos. La unificación nacional que realizó el «canciller de hierro» se produjo, como ha destacado Wolfgang Sauer[6], en un contexto que arrastraba, al menos desde comienzos del siglo XIX, el impacto del ascenso de Francia como un sólido Estado-nación, capaz de capitalizar además siglos anteriores de esplendor cultural y de influjo político más allá de sus fronteras. Cuando la vida civilizada y el progreso, en general, parecían requerir la figura del Estado nacional de corte francés, los alemanes comprobaron de cerca las enormes dificultades que, en su caso, se oponían a repetir la experiencia de su influyente vecino. Al tiempo que pervivía una cobertura federal —incapacitada para ejercitar las funciones de un Estado contemporáneo y en manos de una dinastía como los Habsburgo, ajena a la lógica del Estado-nación—, la opinión li-

---

[6] «El problema del Estado nacional alemán», *Ayer*, núm. 5, 1992, pp. 27-70. Sobre las relaciones entre el liberalismo político y las movilizaciones del mundo agrario alemán, Robert VON FRIEDEBURG, «La población agraria y los partidos en la Alemania guillermina: La crítica tradicional a la autoridad y la génesis del antiliberalismo», *Noticiario de Historia Agraria*, núm. 14, 1997, pp. 93-131. La dependencia de liberales y demócratas con respecto a un sobrevalorado reformismo monárquico era mayoritaria en la revolución de 1848, Jesús MILLÁN, «El *Manifest* en la seua època. Una visió des de la història social», *Afers*, núm. 35, 2000, pp. 173-185.

beral se mantenía a una clara distancia de las capas populares, distancia que la experiencia jacobina acabó de hacer infranqueable, como reflejaron los poetas Büchner o Heine. Por último, la tradición del reformismo del siglo XVIII en algunos Estados alemanes, y especialmente en Prusia, no era fácil de identificar con un proyecto político liberal. Además, esta tradición —en la que se había movido el mismo Goethe[7]— tampoco conducía directamente a la creación de un Estado nacional alemán, sino, como acabó sucediendo en 1871, al surgimiento de una «pequeña Alemania». En una época en que el Estado nacionalmente homogéneo parecía una premisa del progreso[8], esta especie de Prusia ampliada que construyó Bismarck venía a dejar en una interrogante el futuro de millones de alemanes —por no hablar de los sectores de población culturalmente germanizada— en Europa central y oriental[9].

A la vista de las dificultades y de los fracasos anteriores, fueron muchos los herederos de las tradiciones liberales, democráticas o revolucionarias que consideraron que el II Reich, nacido de la victoria de Sedan, era un logro que coronaba la mayoría de sus anhelos. Para un liberal como el historiador Heinrich von Sybel, la proclamación del Reich en 1871 apenas dejaba otros objetivos por los que luchar en la vida[10]. Durante años, la política de Bismarck, clásico *Junker* y viejo reaccionario en la revolución de 1848, permitió introducir reformas liberales, en un mundo anclado en las divisiones dinásticas y confesionales y marcado a menudo por la falta de horizontes económicos. Con una habilidad que muchos le envidiarían, el viejo político supo poner a la tradición progresista ante el dilema reiterado de prestarle su apoyo o acabar en compañía de socios incómodos o indeseables para cualquiera que quisiera estar a la altura de los tiempos y ser miembro de la comunidad

---

[7] Ekkehart KRIPPENDORFF, *«Wie die Grossen mit den Menschen spielen». Versuch über Goethes Politik*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1988. Dalmacio NEGRO PABÓN, «La política y las formas», en J.W. GOETHE, *Escritos políticos*, Madrid, Editora Nacional, 1982, pp. 87-102.

[8] *Vid.* el planteamiento de Hagen SCHULZE, *Estado y nación en Europa*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 190-191.

[9] Una síntesis introductoria sobre esta problemática y su evolución en los dos últimos siglos, en Jacques LE RIDER, *«Mitteleuropa». Posición histórica de Alemania en la Europa central*, Barcelona, Idea Books, 2000.

[10] Reinhard RÜRUP, *Deutschland im 19. Jahrhundert 1815-1871*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 2.ª ed., 1992, p. 231.

nacional. El peculiar Estado bismarckiano, nacido de una huida hacia adelante para salvar el antiguo orden autoritario, succionó sin cesar muchas de las energías y de los temas de la intelectualidad progresista. No es casualidad que el *Deutschland über alles!* —himno alemán desde la República de Weimar, la letra de cuya primera estrofa está prohibida— sea obra de un activo miembro de la oposición prusiana de mediados del siglo XIX, Hoffmann von Fallersleben, expulsado por este motivo de la universidad. Theodor Mommsen, una de las grandes figuras del historicismo y claro entusiasta del cesarismo romano, mantenía actitudes liberales consecuentes y prolongadas. Orígenes relativamente comparables eran los del ministro de Finanzas del Reich Johannes von Miquel, quien, en el paso del siglo XIX al XX, trataba de unir reforma social, cohesión nacional y política de gran potencia.

Hacia 1890, la amalgama producida por esta absorción de energías de origen progresista por parte de una estructura de poder autoritario comenzó a generar nuevas disidencias. Éstas, a su vez, hallaron eco en la renovación de la sociología y de la historia. Cada vez para más observadores, el Estado nacional de la «pequeña Alemania» no se hallaba a la altura de los nuevos retos que planteaba un mundo cambiante, surgido del intenso desarrollo industrial, del auge del movimiento obrero, de la lucha de clases y de la carrera imperialista. De nuevo, aunque ahora de una manera peculiar, las tradiciones y los objetivos fundacionales del Estado-nación se ofrecían como el terreno propicio para justificar los cambios. La creación del Estado nacional, emprendida por Bismarck a fin de salvaguardar el viejo orden, comenzaría a desarrollar el poderoso potencial político innovador del nacionalismo de raíces liberales. A los diez años de la victoria de Sedán, el novelista Theodor Fontane ya había expresado, por boca de uno de sus personajes, que los triunfos de Bismarck eran «actos sin ideas o con ideas robadas o prestadas», que tenían «algo tosco y brutal, algo como de Gengis Khan». De esta mala asimilación de nociones derivaba un orden paradójico: «detrás de las venerables formas de nuestro principio conservador del estado, detrás de la máscara del conservadurismo, se esconde un radicalismo revolucionario»[11]. Importantes corrientes intelectuales, opuestas al statu quo a que se había llegado en el Reich, se movieron en la brecha que se había abierto de este modo.

---

[11] Theodor FONTANE, *La adúltera*, Barcelona, Alba, 2001, pp. 43-44.

Sin ser en absoluto el único, puede ser significativo el ejemplo de Max Weber (1864-1920). Su familia, como en tantos otros casos, procedía de la elite política liberal de Erfurt (provincia prusiana de Sajonia), cada vez más integrada como *nacional-liberal* en el orden pseudoparlamentario de la Alemania anterior a 1918. El rechazo del joven Weber a esta complicidad con las viejas elites de la burocracia y el militarismo se nutría, ante todo, de la falta de eficacia que, en su opinión, derivaba de una estructura caduca, fruto de la sumisión de la burguesía al autoritarismo heredado del Antiguo Régimen. Poner en evidencia el clamoroso desfase de una sociedad avanzada, que era regida, sin embargo, por las elites aristocráticas de la sangre, fue uno de sus primeros objetivos. La ineficacia de las oligarquías nobiliarias incrustadas en el Estado fue puesta de manifiesto por Weber, en primer lugar, con respecto a un problema que tenía amplias resonancias sociales y cotidianas, más allá de las cuestiones directamente políticas. Se trataba, por emplear un término que tendría trágicas implicaciones, de la débil cohesión o armonía nacional (*nationale Geschlossenheit*), especialmente en el este alemán[12].

Desde mediados del ochocientos, lo sucedido en Bohemia era un punto de referencia para muchos. Este país, históricamente incluido en el Sacro Imperio Romano-Germánico, territorialmente bilingüe y donde las clases educadas dominaban el alemán, rechazó incluirse en el proyecto de Reich liberal que se planteaba en 1848. Décadas después, la industrialización y los cambios demográficos y culturales invirtieron en parte de Bohemia el panorama lingüístico, en detrimento del alemán[13]. Junto con la eslavi-

---

[12] David BEETHAM, *Max Weber y la teoría política moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1979, pp. 239-257. En su discurso del Sportpalast berlinés, en octubre de 1941, Hitler explicó: «Esta vez yo estaba dispuesto a jugarlo todo a una carta. No se trata de un sistema. Se trata de si estos 85 millones de personas, con su cohesión nacional *(in ihrer nationalen Geschlossenheit)*, pueden imponer o no sus exigencias vitales». En otras ocasiones, el Führer identificó *Geschlossenheit* con «fanatismo de raza».

[13] Una panorámica sobre Praga en Klaus WAGENBACH, *La Praga de Kafka. Guía de viajes y de lectura*, Barcelona, Península, 1998, pp. 19-25. La concurrencia de concepciones distintas del Estado-nación en el ámbito de la monarquía de los Habsburgo, dentro de un complejo contexto socioeconómico y cultural, en Jiri KORALKA, «Revolutionen in der Habsburgermonarchie», en Dieter DOWE, Heinz-Gerhard HAUPT y Dieter LANGEWIESCHE (eds.), *Europa 1848. Revolution und Reform*, Bonn, Verlag J.H.W. Dietz Nachfolger, 1998, pp. 197-230, y Günter

zación de determinadas ciudades, desde Bohemia al Báltico, un nacionalismo eslavo —imprevisto por muchos, incomprendido a menudo en las filas de la izquierda, pero tolerado a la larga por los Habsburgo— presentó como horizonte el repliegue inevitable de la cultura alemana.

¿Cómo reaccionaba el Estado nacional frente a este proceso? Las mismas provincias orientales de Prusia parecían verse sometidas a un fenómeno de este tipo. En estos territorios, los disidentes como Weber veían sobre todo grandes latifundios que la nobleza burocrática y militar, instalada ventajosamente en el II Reich, habría conseguido salvar en el pasado. Desde la década de 1880, sometidos a una creciente competencia económica internacional, se defendían mediante el proteccionismo agrario, la exclusión del sindicalismo y el empleo masivo de mano de obra eslava. Mientras, la población alemana se alejaba en dirección a los centros industriales, más al oeste[14]. Durante décadas, hasta el acceso de los nazis al

---

SCHÖDL, «Jenseits von Bürgergesellschaft und nationalem Staat. Die Völker Ostmitteleuropas 1848/49», en Wolfgang HARDTWIG (ed.), *Revolution in Deutschland und Europa 1848/49*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1998, pp. 207-239. Un proceso comparable al de Praga se vivió en Riga, la capital de la Letonia integrada en el imperio zarista. En 1867 los alemanes eran el primer grupo étnico, con un 43 % de sus 100.000 habitantes, pero en 1913 habían pasado al tercer lugar, con un 13 % de una población que ya llegaba al medio millón, Ulrike von HIRSCHHAUSEN, «Vom Geruch der Vielfalt. Heftige Epochenmischung: Riga feiert 800. Geburtstag», *Frankfurter Allgemeine Zeitung für Deutschland*, 18-VIII-2001, p. III. Sobre el redescubrimiento del pasado eslavo en zonas prusianas de población mixta, Hartmut BOOCKMANN, *Deutsche Geschichte im Osten Europas. Ostpreussen und Westpreussen*, Berlin, Siedler Verlag, 1992, pp. 48-54.

[14] *Vid.* Julio CARABAÑA MORALES, «Un texto poco clásico de un autor clásico: la *Ausblick* de Weber sobre la situación de los obreros agrícolas al este del Elba», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 49, 1990, pp. 223-231. El intento de Bismarck de restringir la inmigración y, al mismo tiempo, estimular el asentamiento de campesinos alemanes en áreas fronterizas se flexibilizó bajo el peso de los intereses económicos, desde 1890, Klaus J. BADE, «Politik und Ökonomie der Ausländerbeschäftigung im preussischen Osten 1885-1914. Die Internationalisierung des Arbeitsmarkts im "*Rahmen der preussischen Abwehrpolitik*"», en Hans-Jürgen PUHLE y Hans-Ulrich WEHLER (eds.), *Preussen im Rückblick*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1980, pp. 273-299. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que en las provincias orientales que permanecieron en el Reich después de Versalles la población alemana era abrumadoramente dominante. Salvo en Alta Silesia, con un 57 % de alemanes en 1939, el porcentaje superaba el 90 % en Prusia Oriental, Transpomerania y Baja Silesia, Alfred M.

poder en 1933, estas perspectivas se hicieron presentes en los ámbitos intelectuales. Una intervención radical por parte de un Estado verdaderamente *nacional* permitiría eliminar el obsoleto enclave de la oligarquía nobiliaria en el poder, contribuiría poderosamente a mitigar la lucha de clases (mediante el pan barato que proporcionaría el librecambio y la absorción de trabajadores desempleados de las ciudades en la colonización de los latifundios del este) y, por fin, opondría una barrera demográfica y cultural a la incesante infiltración del eslavismo en lo que se veía como el talón de Aquiles de la nación alemana. El edificio *estatal* alemán, inaugurado en 1871 como medio de salvaguardia del orden heredado, estaba ahora bajo la crítica del protagonismo creciente de la *nación*[15].

EL «GIRO SOCIAL» DE UN SECTOR DE LA HISTORIOGRAFÍA Y SU COMPROMISO CON EL NAZISMO.

Con demasiada frecuencia se ha cometido el abuso de divulgar todo nacionalismo alemán como parte de una misma corriente, pero esto supone una tergiversación absoluta. Las cuestiones

---

DE ZAYAS, *Die Anglo-Amerikaner und die Vertreibung der Deutschen. Vorgeschichte, Verlauf, Folgen*, Ullstein, Berlin-Frankfurt am Main, 7.ª ed., 1988, pp. 74-75. En las zonas cedidas en 1920, el volumen de población de lengua materna alemana, según datos de 1910, oscilaba desde el 95, el 51 o el 43 % de Danzig, Memel/Klaipeda y Prusia Occidental, respectivamente, hasta el 15 y 30 % en pequeñas áreas de Silesia, Hartmut BOOCKMANN, *Deutsche Geschichte im Osten Europas. Ostpreussen und Westpreussen*, p. 398.

[15] Reinhart KOSELLECK, «Deutschland — eine verspätete Nation?» en *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2000, pp. 359-379. Conviene destacar el impulso que en este sentido realizó el historiador sajón Heinrich von Treitschke, quien hizo de puente entre la generación heredera del liberalismo de 1848 y el nuevo clima de nacionalismo comunitarista de fines del ochocientos. Treitschke, que había considerado «cínicos» y «ridículos» los pasos iniciales de Bismarck en el poder, se transformó luego en oficialista entusiasta. Por entonces publicó su *Ordensland Preussen*, que adelantaba la idea de la superioridad cultural alemana y su confrontación con el mundo eslavo como misión nacional, Christian Graf VON KROCKOW, *Bismarck. Eine Biographie*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1997, pp. 148, 314-315. Un estudio comparativo de las estructuras sociales y de las corrientes políticas entre la época del imperialismo y la Segunda Guerra Mundial en Christophe CHARLE, *La crise des sociétés impériales. Allemagne, France, Grande-Bretagne (1900-1940). Essai d'histoire sociale comparée*, Paris, Seuil, 2001.

relativas al supuesto ocaso nacional inquietaban a muchas voces críticas con las estructuras heredadas de Bismarck. Lo sucedido tras la Primera Guerra Mundial vuelve a ponerlo de manifiesto. En general, se puede mantener que la mayoría del gremio académico de los historiadores se mantuvo ajena al nazismo, lo que no excluye que las posiciones de la mayor parte —ancladas en terrenos notablemente más clásicos que los de la política hitleriana— tampoco tuvieran en absoluto motivos de conflicto después de 1933.

La derrota de 1918, sin embargo, promovió en algunos sectores un giro desde el Estado hacia el protagonismo de la nación. En parte, el amplio impulso «regenerador» que se había plasmado en el inicio de la Primera Guerra Mundial se prolongó y se difundió de un modo nuevo tras la derrota, ahora con un acento renovado en la iniciativa popular en la construcción de nuevas formas de vida, superadoras del Estado-nación y de los criterios materialistas del pasado. No en vano el «nuevo nacionalismo» encontraba eco también entre sectores significativos de la izquierda política[16].

Entre las elites dirigentes de la república de Weimar, desempeñaban su papel determinadas motivaciones prácticas relativamente inmediatas. Las consecuencias de la paz de Versalles, que atribuía en exclusiva la responsabilidad de la guerra a Alemania y que aplicaba el principio de autodeterminación sólo en contra de los vencidos, fueron objeto de rechazo generalizado. En la única zona de Prusia Occidental en que se realizó una consulta, el 92 % de los electores había votado en favor del Reich, mientras que el resto de la provincia fue asignada directamente a Polonia[17]. Esto

---

[16] Este clima social acabaría absorbido por el nazismo, que utilizaría la capacidad de legitimación que podía otorgarle, argumenta Hans MOMMSEN, «Aufbruch zur Nation: Irrwege des deutschen Nationalismus in der Zwischenkriegsepoche», en *Von Weimar nach Auschwitz. Zur Geschichte Deutschlands in der Weltkriegsepoche. Ausgewählte Aufsätze*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1999, pp. 44-57. Desde un ángulo complementario, Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, «El nacionalismo radical alemán y la cuestión de las minorías nacionales durante la República de Weimar (1919-1933)», *Studia historica-Historia contemporánea*, vol. XII, 1994, pp. 259-285.

[17] Este contexto político y cultural desempeña un papel importante en la obra del novelista Günter Grass, nacido en Danzig, en 1927, de padre alemán y madre cachuba. *Vid.*, Günter GRASS, *Conversaciones con Nicole Casanova. El taller de las metamorfosis*, Barcelona, Gedisa, 1.ª reimp., 1999, esp. pp. 18-32. Re-

llevó a que determinados sociólogos e historiadores se preocupasen por estudiar el significado de la presencia alemana en territorios ahora segregados —en especial Posen, parte de Alta Silesia, Danzig, la mayor parte de Prusia Occidental y Memel— y de acumular argumentos para una revisión futura.

En este sentido actuaron, después de 1919, demócratas liberales como Wilhelm Mommsen, hijo de Theodor. Pero, sobre todo, esta orientación absorbió al antirrepublicano —originario de Kassel (provincia prusiana de Hessen-Nassau)— Hans Rothfels (1891-1976), quien sería, décadas después, uno de los promotores de la renovación historiográfica a mediados del siglo XX. Rothfels, oficial distinguido en la Primera Guerra Mundial, en la que había perdido una pierna, se interesaba como historiador por el reformismo social del Estado posterior a Bismarck y emprendió un giro ajeno al historicismo, a la vez que ponía de relieve los límites políticos de la construcción nacional bismarckiana. La prioritaria preocupación de Rothfels por *la nación* difería notablemente de la fijación en el Estado que habían cultivado los historicistas. Para él, ha explicado Wolfgang J. Mommsen, lo definitorio de la nación era la cultura, en diversos sentidos. Frente a los nuevos Estados polaco o checoslovaco, surgidos de Versalles, pero que rechazaban aceptar plenamente su pluralidad lingüística interna y la herencia cultural germana, Rothfels oponía una ofensiva intelectual, que surgía al margen del nazismo y que planteaba el reconocimiento del pluralismo cultural en parte del Este europeo, incluyendo el protagonismo alemán de los últimos siglos. El estudio histórico del «ámbito cultural y nacional alemán» (*deutscher Volks- und Kulturboden*) ponía el acento en las actividades de la gente común, su distribución y organización del espacio, más allá de las instituciones, al tiempo que insistía en la necesidad de una «ciencia histórica aplicada» (*angewandte Wissenschaft*), concentrada en la historia reciente (*Nachkriegsges-*

---

cientemente, Grass ha propuesto una reconsideración histórica, en la que las influencias mutuas y los conflictos vividos en la zona desde la Edad Media se entiendan al margen de los alineamientos entre nacionalidades, como hizo la historiografía comprometida con el principio del Estado nacional, Günter GRASS, «Auf deutsch, auf polnisch macht die Ostsee blubb, pifff, pschsch... In mir habt ihr einen, der ist nicht lupenrein: Über ein Haus auf dem Wasser und die Kunst des Brückenschlagens zwischen Polen, Deutschen und Kaschuben», *Frankfurter Allgemeine Zeitung für Deutschland*, 14-VII-2001, p. 47.

chichte) y al servicio militante de la colectividad[18]. La investigación interdisciplinar de la nación, entendida como el patrimonio legado por múltiples generaciones, con alusiones a Edmund Burke, había surgido como una corriente renovadora, al servicio de lo que consideraba problemas de la sociedad de su tiempo. La crisis derivada de la Primera Guerra Mundial había invertido la óptica historiográfica que, al menos desde 1848, había sentenciado la incapacidad política de las masas. Ahora, entre experiencias dramáticas para millones de personas, la gente común que integraba la sociedad tomaba la revancha sobre el arte de la política de los hombres de Estado.

La renovación que suponía esta *Volksgeschichte* puede discutirse desde el punto de vista actual, pero tuvo influencias significativas en su época. En este sentido, ha podido destacar Winfried Schulze que fueron las experiencias de la República de Weimar y del nacionalsocialismo las que acabaron por imponer «una nueva concepción de la sociedad, que se diferenciaba decisivamente de las viejas nociones de Ritter y Meinecke, para quienes la sociedad no era una categoría con capacidad integradora en la historia de Alemania, sino que equivalía a "masificación"»[19].

¿Qué implicaciones tenía esto cuando declinaba la democracia de Weimar y se producía el auge de la dictadura nazi? Esta cuestión, con claras repercusiones personales para algunos de los historiadores más influyentes de la actualidad, pasó al primer plano a raíz del XLII Congreso de Historiadores Alemanes, celebrado en septiembre de 1998 en Frankfurt am Main. Según argumentaban algunos participantes, como Götz Aly o Ingo Haar, a partir de investigaciones recientes, algunos de los historiadores actuales más representativos apoyaron su carrera en

---

[18] Los planteamientos que trataban de superar el Estado-nación en el caso del futuro orden de Europa centro-oriental contaban con aceptación entre círculos conservadores, capaces de mantener tensiones y desconfianzas con respecto a los nazis, aunque también de colaborar con ellos en ciertas dimensiones. Un caso representativo puede ser el del general Werner von Fritsch, relegado por Hitler desde 1938, al igual que el geopolítico Haushofer, Ian KERSHAW, *Hitler, 1936-1945*, Barcelona, Península, 2000, p. 243.

[19] Winfried SCHULZE, *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, München, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1993, pp. 303-304. Willi OBERKROME, *Volksgeschichte. Methodische Innovation und völkische Ideologisierung in der deutschen Geschichtswissenschaft 1918-1945*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1993.

quienes habían estado directamente implicados en los crímenes del nazismo, no ya como colaboradores, sino como inspiradores de determinados proyectos genocidas en la Segunda Guerra Mundial.

Esta relación fue compleja. Entre 1924 y 1926 los gobiernos del Reich apoyaron la creación de institutos de investigación sobre el *Volks- und Kulturboden* en los remodelados límites orientales de Alemania. Su existencia no supuso la homogeneidad de criterios y su supeditación al Parlamento frenó su desarrollo hasta 1930. Fue a partir de entonces cuando una nueva generación de historiadores —y especialmente Hans Rothfels, que desde hacía cuatro años era profesor en Königsberg (Prusia Oriental)— desarrolló sus estudios en una dirección cada vez más próxima a la «ingeniería social» que suponían los planes de desplazamiento de poblaciones y de colonización alemana[20]. Vale la pena recordar, sin embargo, la polivalencia originaria del marco de problemas en que se desarrollaban estas corrientes, lo que impide trazar una trayectoria lineal que las conecte con el nazismo. De hecho, se ha podido comprobar que los primeros discursos de Hitler no contenían ninguna alusión a la expansión demográfica hacia el Este. El futuro dictador sólo comenzó a incluir estos temas en su repertorio a partir de 1922, en especial por influjo de Rudolf Hess, que había sido alumno y amigo de Karl Haushofer, profesor de geopolítica en Munich[21]. En estas condiciones, todo tiende a presentar este proceso como la entrada de un campo de problemas —que habían ocupado hasta entonces, con su metodología propia, a los medios académicos— en el área de recursos de agitación que necesitaba la política nazi. Pero, a la vez, el pluralismo típico de esta ideología, como ha destacado Götz Aly, multiplicaba la eficacia aniquiladora del régimen hitleriano, que era capaz de movilizar en su fa-

---

[20] Ingo HAAR, «"Kämpfende Wissenschaft". Entstehung und Niedergang der völkischen Geschichtswissenschaft im Wechsel der Systeme», en Winfried SCHULZE y Otto Gerhard OEXLE (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 2.ª ed., 2000, pp. 220-225.

[21] La prioridad de Hitler, influido por el contexto austríaco, se centraba en Bohemia, Ian KERSHAW, *Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 1999, pp. 166-167, 175, 254. Lothar MACHTAN, *El secreto de Hitler*, Barcelona, Planeta, 2001, pp. 148-151. Hess y Göring fueron alumnos de un oscuro historiador nazi, el bávaro Karl Alexander von Müller.

vor grupos altamente cualificados y motivados por estímulos muy diversos[22].

El núcleo de historiadores que Rothfels había formado en la Universidad Albertina de Königsberg —entre los que se encontraba Theodor Schieder, que era de origen bávaro, y a quienes se uniría luego el sajón Werner Conze— estaba por entonces bastante consolidado. Experimentaría cambios decisivos a partir del acceso al poder del nazismo, incluyendo la privación de su cátedra y, finalmente, el exilio de su promotor: aunque de confesión protestante, Rothfels era de ascendencia judía. Las solicitudes de sus discípulos y el apoyo de Hess, lugarteniente del Führer, no lograron imponerse a las exigencias del *Gauleiter* del partido en Prusia Oriental, Erich Koch. Cuando Rothfels fue apartado de la universidad, en 1934, historiadores más jóvenes de su mismo círculo tomaron el relevo, ahora con un creciente alejamiento de los postulados que tendían a superar el Estado-nación en Europa central. Poco después, en los compases iniciales de la Segunda Guerra Mundial, estos historiadores formaron una comisión asesora, que suministraba directrices *científicas* sobre los territorios polacos que convendría anexionar al Reich y los planes de colonización y deportación de poblaciones que, definitivamente, habrían de consolidar el ámbito social y culturalmente alemán. La actividad continuó en los años posteriores, mientras seguía en marcha en estas zonas la salvaje maquinaria de las SS[23]. El secretario de la comisión era Theodor Schieder, miembro del partido desde 1937, quien no fue movilizado durante la guerra y que, según todos los indicios, gozó de creciente influencia entre las autoridades nazis. De hecho, había seguido elaborando informes sobre la «construcción de un orden nacional sano» en Polonia. Werner Conze, que había sido movilizado poco después de su habilitación, obtuvo en 1943 una plaza en la recién fundada *Reichsuniversität Posen* (la polaca Poznan) para cuya toma de posesión elaboró un ensayo que perfilaba buena parte de las raíces políticas de esta escuela. Significativamente, este trabajo sería divulgado en el ambiente académico occidental posterior a la guerra. En

---

[22] Götz ALY, «Theodor Schieder, Werner Conze oder die Vorstufen der physischen Vernichtung», en Winfried SCHULZE y Otto Gerhard OEXLE (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus*, pp. 176-177.

[23] Ian KERSHAW, *Hitler, 1936-1945*, pp. 247-258 y 319 ss.

él abordaba «la transformación del orden social en Europa central a partir de las reformas agrarias liberales» del siglo XIX. Por lo que cabe suponer —Conze publicó el texto reelaborado en 1949—, el autor recogía la idea de un sociólogo nazi —su director de tesis, Gunther Ipsen—, según la cual los reformadores liberales de principios del siglo XIX y la nobleza terrateniente prusiana habrían desencadenado una masiva expropiación del campesinado en el Este, que estaría en la raíz de la emigración y de la amenaza para el carácter nacional de las provincias orientales[24].

UNA TAREA INACABADA: RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA E INTERPELACIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA.

La derrota alemana en 1945 dejó un país arruinado, desprovisto de soberanía, amputado en sus provincias orientales e internamente dividido en dos bloques opuestos. Esta situación crítica, aunque implantaba cambios de primer orden en la historia de la sociedad, no puede confundirse con una *tabula rasa* con respecto al pasado. Winfried Schulze ha analizado el fuerte impacto y el desconcierto inicial que entre muchos historiadores alemanes causó la catástrofe. Era parte del clima de los primeros momentos de la posguerra, cuando la obligada lucha por la superviven-

---

[24] Hans-Ulrich WEHLER, «Nationalsozialismus und Historiker», en Winfried SCHULZE y Otto Gerhard OEXLE (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus*, pp. 323-324, 330. También, en un sentido crítico con la siguiente generación de historiadores, Claus LEGGEWIE, «Mitleid mit Doktorvätern oder: Wissenschaftsgeschichte in Biographien», *Merkur*, Heft 5, 1999, pp. 433-443. La versión inglesa del trabajo de CONZE, «The effects of nineteenth-century liberal agrarian reforms on social structure in central Europe», en F. CROUZET, W.H. CHALONER y W. M. STERN (eds.), *Essays in European economic history, 1789-1914*, London, E. Arnold, 1969, pp. 53-81. El artículo se había publicado en *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, núm. 38, 1949, con un título en que la referencia a la «estructura social» era ocupada por el término *Volksordnung*. La idea del «robo de tierras» del campesinado por parte de los *Junker* formaba parte de la retórica del ministro nazi de Agricultura, Walter Darré. Trabajos posteriores, desarrollados por historiadores de Alemania oriental en la década de 1980, han mostrado lo erróneo de estas simplificaciones, apoyadas además en un conocimiento muy parcial del proceso, Christof DIPPER, «Una agricultura en transformación: nuevas perspectivas de la historia agraria de Prusia y Alemania en el siglo XIX», *Noticiario de Historia Agraria*, núm. 5, 1993, pp. 161-180 y Josef MOOSER, «Reformas agrarias, campesinos y capitalismo», *Id.*, núm. 6, 1993, pp. 109-130.

cia de la mayoría coexistía con un ambiente en que el orden capitalista parecía agotado entre muy amplios sectores[25]. Pero, en un periodo relativamente breve, el clima de guerra fría y el abandono radical por parte de los aliados occidentales del Plan Morgenthau condujeron a una intensa reconstrucción económica, en la órbita de la hegemonía estadounidense. El consiguiente recurso generalizado a la burocracia y a los expertos disponibles acabó de eliminar los intentos de revisar el pasado en la zona occidental. De este modo, los primeros intentos de reflexión crítica sobre la propia historia reciente y sobre el papel de la historiografía quedaron relegados por mucho tiempo.

Las dos décadas posteriores estuvieron marcadas, en el ámbito de la historiografía de la República Federal, por una clara continuidad con el pasado, lo que aseguraba el mantenimiento del grueso de la tradición historicista y de las pautas jerárquicas del mundo académico, así como el silencio general sobre las experiencias del nazismo. Hasta hace bien poco, una historiografía que había rastreado las actitudes de diversos grupos sociales bajo la dictadura nazi ha silenciado, sin embargo, lo ocurrido entonces dentro de sus propias filas. Este panorama de la posguerra, plagado de complicidades tácitas y dominado por el deseo de ignorar la inmensa tragedia reciente, no carecía, sin embargo, de estímulos para la renovación. Los más importantes procedían de esta absorción de buena parte de las propias tradiciones intelectuales, que mayoritariamente habían pretendido dar por superada la democracia, dentro de un nuevo marco político y económico: el de un capitalismo inédito, que favorecía el consumo de masas, al margen ahora de las viejas elites nobiliarias del este del Elba e insertado en el contexto de la democracia parlamentaria y la OTAN[26].

---

[25] Lutz NIETHAMMER, «War die bürgerliche Gesellschaft in Deutschland 1945 am Ende oder am Anfang?», en ID. *et alii, Bürgerliche Gesellschaft in Deutschland. Historische Einblicke, Fragen, Perspektiven*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1990, pp. 515-532.

[26] A esta combinación de rupturas y continuidades dedicó Kocka uno de los trabajos que mejor definen su valoración de la sociedad occidental de posguerra, «1945: Neubeginn oder Restauration?», en Carola STERN y Heinrich A. WINKLER (eds.), *Wendepunkte deutscher Geschichte 1848-1945*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 1992, pp. 141-168. *Vid.* Lothar GALL, «La República Federal en la continuidad de la historia alemana», *Ayer*, núm. 5, 1992, pp. 191-201.

La renovación personal tardó en producirse. Figuras como las de Theodor Schieder, Werner Conze e incluso Hans Rothfels (de los pocos historiadores exiliados que regresaron a la universidad alemana tras la guerra) se integraron durante los años cincuenta en los puestos dirigentes del mundo académico y ejercieron una influencia decisiva hasta inicios de los sesenta[27]. El mismo Rothfels, aún como profesor en Chicago, había publicado en 1948 un libro sobre la oposición alemana a Hitler que tendría gran influencia en la actitud de los Estados Unidos con respecto a Alemania. Actuando como una red eficaz de contactos, se ha subrayado, el «grupo de Königsberg» desarrolló una amplia iniciativa que, aunque podía enlazarse con temas y preocupaciones de la *Volksgeschichte*, impuso un cambio muy destacable en la historiografía dominante en el país. A mediados de la centuria desarrollaron una decidida apuesta por el estudio de la «historia social» —que Conze definía como el estudio de las estructuras, los procesos y los movimientos sociales— y por los cambios que había implicado el nacimiento del capitalismo industrial. Incluso la «historia de los conceptos» políticos y sociales —cuyos primeros esbozos, en parte, habían sido promovidos con claros tintes racistas por el austríaco Otto Brunner— fue desarrollada, con la colaboración conjunta del mismo Brunner, Conze y Reinhart Koselleck, hasta constituir una de las más significativas aportaciones de la historiografía europea actual[28].

---

[27] Hans Mommsen ha destacado, en cambio, la dura experiencia sufrida por su padre, Wilhelm Mommsen, quien, tras haber sido marginado desde muy pronto por los nazis, no logró reintegrarse a la universidad. La propuesta de la administración estadounidense de nombrarlo responsable de las universidades en Hessen fue boicoteada por compañeros del gremio. Hans Mommsen estudió con Rothfels y fue ayudante de Conze, mientras que su hermano Wolfgang trabajó doce años con Theodor Schieder, Rüdiger HOHLS y Konrad H. JARAUSCH (eds.), *Versäumte Fragen. Deutsche Historiker im Schatten des Nationalsozialismus*, Stuttgart-München, Deutsche Verlags-Anstalt, 2000, pp. 163-176, 193. Recientemente se ha recordado el ataque izquierdista con huevos y tomates a Conze, siendo rector en Heidelberg, en 1969, Michael BUSELMEIER, «"Das wird Folgen haben"», *Frankfurter Allgemeine Zeitung für Deutschland*, 23-I-2001, p. 45. Un breve resumen de la controversia sobre la vinculación entre el nazismo y el pasado prusiano por parte de los historiadores de la posguerra, en Hans WILDEROTTER, «Das widerspenstige Erbe», *Preussen-Jahrbuch: ein Almanach*, Berlin, MD Berlin, 2000, pp. 140-143.

[28] *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1992.

La eclosión de la «historia social crítica» fue obra de la siguiente generación, a partir de los años sesenta. No hubo, desde luego, una ruptura abierta con los profesores que habían prolongado su actividad y tuvieron tiempo de reacomodar sus premisas de preguerra al conservadurismo satisfecho de la época del «milagro alemán» y los inicios de la construcción europea. El silencio o la comprensión tácita sobre el pasado nazi obstaculizaba en gran medida las posibles indagaciones sobre las actitudes personales del pasado. Pero desde mediados de la década de 1960, nuevas promociones de historiadores, nacidos entre 1930 y la década de 1940, renovaron la imagen de la historiografía de una manera autónoma con respecto a los anteriores pasos de la historia social.

El significado de esta imagen no se entiende bien al margen de los vínculos entre los componentes de aquel círculo y, desde luego, del contexto político y cultural con que se iniciaba la segunda mitad de la centuria. La fuerte expansión universitaria permitió un acceso temprano a las plazas del profesorado, en unas condiciones que luego no han vuelto a repetirse. No en vano Paul Nolte ha podido retratar a estos historiadores como «la generación larga»[29]. Para todos ellos, la experiencia de la Segunda Guerra Mundial —vivida en algunos casos como adolescentes reclutados en los últimos momentos, como Koselleck o Wehler; para otros, parte de una infancia traumática, como sucede con Winkler y Kocka— fue el centro de una reflexión explícita. En ellos no podía tener lugar la metamorfosis subterránea que elaboraron durante años los miembros de la generación anterior. La «quiebra de la civilización» que había tenido lugar en su país, como ha señalado el mismo Kocka[30], era en todo momento un motivo de preocupación central que movía su interés por la historia.

El rechazo del pasado nazi y de sus precedentes afectaba a la mayoría de las tradiciones historiográficas que aún nutrían las universidades. El descrédito de esta herencia intelectual iba acompañado de un fuerte deseo de «normalizar» la sociedad y la política del país en un sentido occidental. En este grupo de la intelectualidad, al que Nolte ha llamado también «generación

---

[29] *Vid.* su trabajo «Die Historiker der Bundesrepublik. Rückblick auf eine "lange Generation"», *Merkur*, Heft 5, 1999, pp. 413-432.

[30] *Vid.* la entrevista con él en Rüdiger HOHLS y Konrad H. JARAUSCH (eds.), *Versäumte Fragen*, p. 386.

atlántica», la absorción de principios y estilos de la gran potencia americana fue rápida y decisiva. Wehler ha recordado cómo, tras haber sido adiestrado en la división SS «Hitlerjugend» y haber participado en la defensa de Colonia, la experiencia con los ocupantes estadounidenses cambió su mentalidad: «a las dos semanas, la imagen del enemigo que nos habían fabricado durante años había desaparecido»[31]. En sintonía con el orden constitucional alemán, sobre todo en la época de Willy Brandt, y mayoritariamente alejada de una cultura del marxismo con escaso arraigo intelectual desde los años treinta, esta historiografía venía a cumplir, en cierto modo, un papel de apoyo del Estado occidental, que se perfilaba como patrón socioeconómico a escala europea.

El énfasis con que, finalmente, hacía su eclosión la historia social crítica no puede entenderse como una prolongación directa de la sinuosa vía seguida por los continuadores de la *Volksgeschichte*. Por un lado, la referencia continua a la dictadura nazi y a la masiva complicidad social que el régimen consiguió hasta la catástrofe de 1945 remitía a un género historiográfico especial. Con estas motivaciones, lo prioritario era la «historia como problema». Su interés no radicaba simplemente en estudios parciales, por importantes que fuesen, ni tampoco apostaba por el confinamiento en una noción de «lo social» ajena a la política. Este planteamiento, frecuente en otros contextos, se veía aquí imposibilitado por el carácter prioritario y absorbente que derivaba de la tragedia del nazismo como punto de referencia[32].

Esta perspectiva fundamental ha configurado buena parte de los rasgos decisivos de esta historiografía. El nazismo no podía entenderse a partir de un análisis estrechamente vinculado al dominio de clase. Lo más llamativo de él era el triunfo avasallador de unas doctrinas aberrantes, pero capaces a la vez de anular los efectos prácticos del extendido escepticismo o del claro despego que generaban entre sectores amplios de una población que, de este modo, colaboraba con los aspectos más perversos de la dictadura. Esta compleja —pero masiva y eficaz— complicidad so-

---

[31] Id., p. 241.

[32] Geoff ELEY, «Labor history, social history, *Alltagsgeschichte*. Experience, culture, and the politics of the everyday - a new direction for German social history?», *Journal of Modern History*, núm. 61, 1989, pp. 297-343.

cial no podía entenderse al margen del origen popular de los mitos y dirigentes en el poder. Su triunfo también remitía a las relaciones anteriormente forjadas entre una sociedad desarrollada y el Estado nacional, heredado de tradiciones autoritarias y depositario a la vez de una amplia credibilidad, no en último lugar entre quienes acabaron siendo víctimas o instrumentos de la guerra y el genocidio[33]. En definitiva, la ilustración de la ciudadanía y la confianza de una sociedad desarrollada en las instituciones nacionales no se habían activado en absoluto para detener la barbarie, cuando ésta se apoyaba en el ascenso político de las masas y reclamaba un ilimitado concurso colectivo, en favor de lo que se presentaba como una lucha común por la supervivencia. Para la historiografía se trataba de examinar como problema este colosal drama histórico y de indagar en sus raíces, lo que necesariamente llevaba a poner el acento en la argumentación, en el uso integrador de la teoría y en la necesidad de relacionar los estudios parciales con los objetivos de conocimiento generales.

No se podía aceptar ya la convencional yuxtaposición de «estructuras» o dimensiones de la sociedad. Al plantear las conexiones entre ellas sobre el trasfondo de los retos que plantea una coyuntura temporal determinada, este tipo de análisis favorecía, al menos a la larga, algo distinto del simple uso clasificatorio de la teoría de la modernización. Como ha escrito Koselleck, la inclusión del marco de condiciones generales en la historia social suscita «la cuestión central de lo que, en un mismo momento (en sentido cronológico), transcurre de manera desigual (en el sentido del tiempo histórico)»[34].

De aquí derivaba también, en segundo lugar, el propósito de criticar las opiniones recibidas y el afán de combatir los prejuicios arraigados, lo que, hasta cierto punto, ligaba la nueva corriente a la coyuntura simbólica de 1968. La convicción de que la tragedia no había sido posible sin complicidades muy ampliamente extendidas a todo el cuerpo social reforzaba este propósito. Esta preocupación otorgó a la historiografía alemana a partir de los años se-

---

[33] Pueden ser ilustrativos algunos ejemplos de Marcel REICH-RANICKI, *Mi vida*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000, pp. 56-57 y 71-75.

[34] Reinhart KOSELLECK, «Moderne Sozialgeschichte und historische Zeiten», en *Zeitschichten,* p. 325.

tenta una singular propensión a la toma de postura ante la opinión pública y una especial actividad reflexiva en los medios de comunicación. Ello contribuyó a dar importancia y más unidad de la real al fenómeno colectivo de un grupo de historiadores, sin duda, heterogéneo.

Por último, el terreno en que se movían estas investigaciones era, sobre todo, el estudio de dimensiones y procesos generales de la sociedad alemana, como la industrialización o determinadas clases sociales. La preocupación intelectual era hacer ver las dimensiones ocultas a la conciencia de los coetáneos, en lo que había insistido Jürgen Habermas. Para ello, se acudió a las «ciencias sociales», preferentemente la sociología, la economía y la ciencia política, a la vez que se retomaban cuestiones suscitadas o debatidas en su día por Marx —en especial, filtradas a través de la Escuela de Frankfurt—, Max Weber y algunos historiadores exiliados durante el nazismo, como Rosenberg, Kehr o Gilbert. A fin de cuentas, historia social era en los años sesenta sinónimo de historia de oposición.

Algo más tarde, especialmente a raíz de la fundación de la universidad de Bielefeld (Westfalia oriental), a comienzos de los setenta, y de las numerosas actividades que se desarrollaron en su entorno, las nuevas orientaciones se asentaron en el medio académico. Con todo, poco después, como ha destacado Paul Nolte, el ambiente público con respecto a la historia comenzó a cambiar. A fines de los sesenta, aún en la estela de la larga onda del desarrollismo, el estudio de la historia parecía estar condenado a una franja de interés marginal o requería, para validarse, de la asociación con las más reconocidas «ciencias sociales».

El contexto cambió de modo imprevisto en los años ochenta. Al interés creciente por las identidades y por determinados personajes simbólicos —*Preussen ist wieder chic* («Prusia vuelve a ser *chic*») escribió Wehler[35]— se agregaron las primeras críticas a la capacidad explicativa de las dimensiones cuantificables de lo social, la exigencia de un análisis de los sujetos que no los hundiera en el anonimato, la reivindicación de la importancia del reparto de funciones entre las personas a partir del género y, por

---

[35] «Preussen ist wieder chic... Der Obrigkeitsstaat im Goldrähmchen», en Hans-Ulrich WEHLER, *Preussen ist wieder chic... Politik und Polemik in 20 Essays*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1983, pp. 11-18.

fin, la crisis irremediable del socialismo real. Con ella surgiría la floración de todo un conjunto de legados históricos, más o menos tácitos hasta aquel momento, que en el contexto de crecimiento y cosmopolitismo de décadas anteriores se podían dar por extinguidos. Por aquellos años habían surgido, además, algunos retos importantes a la hegemonía de la nueva historia social. Historiadores anglosajones como Blackbourn, Eley y Evans presentaron una interpretación distinta, sobre todo, de la que habían hecho Wehler y Puhle acerca de los caracteres de la Alemania unificada por Bismarck y en lo relativo a la supuesta capacidad de manipulación de las elites reaccionarias sobre las capas populares en los orígenes del nacionalismo radical[36]. Allí donde Wehler había subrayado, tomando como referencia las pautas de los modelos occidentales, las inercias del pasado en el orden sociopolítico, los anglosajones destacaban, en cambio, la sintonía y la correspondencia que predominaban entre la sociedad industrial y el orden autoritario. No habrían sido determinados elementos obsoletos los que, al perdurar mientras se desarrollaba el capitalismo, habrían llevado a la peculiar historia alemana del siglo XX, sino que ello obedecería a una trayectoria global en la que lo «tradicional» y lo «moderno» llegarían a hacerse difícilmente separables. Del mismo modo, la agitación *völkisch* desde fines del siglo XIX incluiría muchos más elementos derivados de la «presión desde abajo» que fruto del dirigismo elitista sobre la base popular.

Otros historiadores, en este caso alemanes, se distanciaron de las visiones generales, de los estudios cuantificables y de las tipologías demasiado estilizadas, para reclamar —con un interés marcado por la obra de Edward Thompson— un análisis integral de los sujetos, de su campo de acción y de sus formas de experiencia. Historiadores y antropólogos interesados en la historia, como Alf Lüdtke, Hans Medick o Lutz Niethammer, pusieron en el centro de su interés el ámbito de «lo cotidiano» (*Alltagsgeschichte*), donde habrían de analizarse los mecanismos de resistencia más o menos directa a lo establecido, pero también los que llevan

---

[36] Por ejemplo, Geoff ELEY, *Wilhelminismus, Nationalismus, Faschismus. Zur historischen Kontinuität in Deutschland,* Münster, Westfälisches Dampfboot, 1991. Representativo de la visión contraria, Hans-Jürgen PUHLE, «Preussen: Entwicklung und Fehlentwicklung», en Hans-Jürgen PUHLE y Hans-Ulrich WEHLER (eds.), *Preussen im Rückblick*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1980, pp. 11-42.

a la interiorización de las desigualdades y de las situaciones opresivas[37]. De nuevo, era apreciable el propósito de los historiadores de no glorificar a los grupos sociales mayoritarios que a menudo aparecen como, simplemente, desprovistos de poder. Se trataba, en este caso, de poner de relieve la necesaria y frecuente colaboración de los oprimidos en la extensión de las situaciones opresivas y en las contrapartidas que éstas son capaces de introducir entre amplios sectores sociales.

El contraste entre estas corrientes se hizo muy claro. La dinámica de la renovación historiográfica presentaba nuevos retos a una historia social crítica que se había desarrollado en coordenadas muy próximas a las ciencias sociales. Ello condujo a un diálogo a menudo difícil[38]. A largo plazo, sin embargo, creo que lo mejor de esta historia social ha hallado una poderosa fuerza renovadora en algunos de sus rasgos distintivos: la propensión al debate argumentado y la sensibilidad por los cambios en las prioridades que implican las distintas coyunturas. Es esto, más que la lucidez de sus puntos de partida, lo que hace interesante y útil su aportación a la renovación historiográfica.

Jürgen Kocka puede ser un buen ejemplo de ello. Kocka se cuenta por edad entre los miembros jóvenes de esa «generación larga» de historiadores que ha protagonizado las tres últimas décadas. Nacido en Haindorf, población de los Sudetes cercana a Reichenberg (hoy Liberec, República Checa), en 1941, padeció la limpieza étnica de posguerra, que lanzó a unos once millones de

---

[37] Entre otros trabajos, Alf LÜDTKE, *Eigen-Sinn. Fabrikalltag, Arbeitererfahrungen und Politik vom Kaiserreich bis in den Faschismus*, Hamburg, Ergebnisse Verlag, 1993. Hans MEDICK, «"Els missioners en la barca de rems?" Vies de coneixement etnològic com a repte per a la història social», en Agustí COLOMINES y Vicent S. OLMOS (eds.), *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Catarroja-Barcelona, Afers, 1998, pp. 147-181. Berliner Geschichtswerkstatt (ed.), *Alltagskultur, Subjektivität und Geschichte. Zur Theorie und Praxis von Alltagsgeschichte*, Münster, Westfälisches Dampfboot, 1994. Georg G. IGGERS, *La ciencia histórica del siglo XX*, pp. 82-96. Una orientación en parte próxima fue desarrollada en la República Democrática por Hartmut Zwahr, en sus trabajos sobre la formación de la clase obrera en Leipzig.

[38] Una actualización de los diversos planteamientos en Winfried SCHULZE (ed.), *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie. Eine Diskussion*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1994. También Wolfgang HARDTWIG y Hans-Ulrich WEHLER (eds.), *Kulturgeschichte heute*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1996.

alemanes sobre lo que quedaba de un país asolado. Además de esta peripecia personal, su educación en Essen (cuenca del Ruhr) estuvo marcada por el debate político sobre los dos estados alemanes y otras cuestiones de actualidad en la época de la guerra fría. Ello le llevó al interés por la historia, en especial en la recién creada Universidad Libre de Berlín, donde el mundo académico se desarrollaba bajo estructuras mucho más abiertas y plurales que en la República Federal. Jóvenes politólogos, como Gerhard A. Ritter, la obra de Habermas y de algunos historiadores exiliados bajo el nazismo —como Hans Rosenberg y Felix Gilbert— y el contacto con el mundo universitario estadounidense fueron elementos clave en su formación, durante la primera mitad de los años sesenta.

En él, con mayor intensidad que en otros, se hacía perceptible el corte con respecto a la herencia historiográfica nacional. La perspectiva crítica sobre el presente, sin embargo, se unía a la asunción temprana de que el orden capitalista de la sociedad de consumo, con todas sus desigualdades, no era una repetición del pasado. La República Federal no era, como decía la retórica procedente del otro lado del muro o la izquierda ineficaz del oeste, una simple restauración del más siniestro pasado, ni tampoco carecía de nuevos horizontes de posibilidades reformistas. Sobre esta base, Kocka representa desde el comienzo una combinación de sensibilidad crítica hacia las desigualdades sociales y hacia las caras ocultas del desarrollo y, a la vez, de esfuerzo por impulsar su investigación en el marco de la discusión racional de los valores establecidos entre la ciudadanía. Sus primeros trabajos, dedicados a analizar los mecanismos de autoridad en el desarrollo de la empresa del capitalismo avanzado, abrieron el camino a otros estudios, en que el hilo conductor de la problemática específicamente alemana llevaba enseguida al análisis comparativo a escala europea. Fue el caso de los estudios sobre la formación y el significado político del movimiento obrero en diversos países y, más adelante, la oleada de trabajos sobre las características de la sociedad burguesa en la época clave de los Estados nación que fue el siglo XIX[39].

---

[39] Una selección ha sido publicada en castellano, Josep M.ª FRADERA y Jesús MILLÁN (eds.), *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*, Madrid-Valencia, Biblioteca Nueva-Universitat de València, 2000. Es repre-

El amplio alcance de estos estudios comparativos hizo de este sector de la historiografía alemana y de Kocka, en especial, un punto de referencia obligado en la década de 1980. Desde el decenio siguiente —Kocka había dejado Bielefeld, para integrarse en la *Freie Universität* berlinesa desde 1988-, su interés se centró en otros dos campos de notables resonancias. Por un lado, la caída del muro de Berlín, en el otoño de 1989, promovió la evaluación histórica del régimen socialista en la antigua República Democrática, su comparación con otros periodos clave de la historia del país y, no en último lugar, la reflexión sobre la manera en que se había producido la crisis del socialismo real, la falta de previsión al respecto por parte de las ciencias sociales y las alternativas que cabía mantener para el mundo académico heredado del régimen anterior[40]. La indagación histórica de las expectativas y de los procesos políticos del siglo XX, ha podido decirse, ha tenido en este historiador un promotor incansable. A la vez, Kocka ha promovido de manera precursora el estudio de la historia comparada[41], abriendo los campos clásicos de la historia social a nuevas inquietudes, como las identidades nacionales, las culturas políticas, la concepción del trabajo, el papel del género o la evolución del consumo.

En este sentido, su trayectoria puede mostrar la inquietud permanente por no congelar la ortodoxia de aquellos enfoques que fueron asumidos en su día como críticos y eficaces. El afán por la toma de postura y el debate argumentado ha funcionado especialmente en su caso en una doble dirección, que debe permitir comprobar la caducidad de muchos enfoques que un día y en un determinado paisaje intelectual tuvieron una virtualidad

---

sentativo de los trabajos sobre el obrerismo, Jürgen KOCKA y Elisabeth MÜLLER-LÜCKNER (eds.), *Arbeiter und Bürger im 19. Jahrhundert. Varianten ihres Verhältnisses im europäischen Vergleich*, München, R. Oldenbourg, 1986.

[40] Jürgen KOCKA y Renate MAYNTZ (eds.), *Wissenschaft und Wiedervereinigung. Disziplinen im Umbruch*, Berlin, Akademie-Verlag, 1998. Esta obra da cuenta de la cambiante consideración de la antigua historiografía del este, prácticamente extinguida desde 1989.

[41] Heinz-Gerhard HAUPT y Jürgen KOCKA (eds.), *Geschichte und Vergleich. Ansätze und Ergebnisse international vergleichender Geschichtsschreibung*, Frankfurt am Main-New York, Campus Verlag, 1996. Una evocación, no exenta de ironía, de su trayectoria en Jürgen KAUBE, «Eintrag ins Klassenbuch. Dem Sozialhistoriker Jürgen Kocka zum Sechzigsten», *Frankfurter Allgemeine Zeitung für Deutschland*, 19-IV-2001, p. 51.

explicativa o crítica. Pero, a la vez, esta capacidad para aprender de la historia cuando no se limita a solemnizar determinados asertos no debe confundirse, como creo que puede verse en los ensayos que aquí se recogen, con el eclecticismo que se reduce a yuxtaponer novedades, sin pasar por la criba de la discusión.

De ahí que, junto con la capacidad para innovar y corregir el rumbo, los trabajos de Kocka pugnen por actualizar la validez del tipo de historia que, cuatro décadas atrás, comenzaron a defender algunos contra las cenizas aún vivas de las corrientes historicistas. Aunque, sin duda, hay otras dimensiones legítimas y necesarias en los usos del pasado, ha escrito no hace mucho Jürgen Kocka[42], hay que seguir reivindicando «la historia como ilustración: como recurso para un saber aprovechable, en interés de la comprensión racional entre distintas identidades, como reserva de la conciencia de posibilidades existentes, como base de la crítica». Por este motivo, la dimensión social le sigue pareciendo conveniente y más ventajosa que otras como núcleo organizador del estudio del pasado. El concepto de «sociedad», argumenta, es más adecuado para captar el contexto histórico global que el de «cultura», ya que el primero «dirige la mirada a la cohesión *y* al conflicto, mientras que para el concepto de cultura, en relación con la "identidad", con facilidad resultan más propias las asociaciones de tipo integracionista. El concepto de sociedad suscita además la cuestión de aquellos recursos, desigualdades y relaciones de poder que en su momento no se hicieron manifiestos a través de la comunicación, que no estaban reforzados de manera simbólica y que, posiblemente, no se hacían presentes a los actores contemporáneos».

Como he tratado de argumentar, el carácter alternativo y opositor de esta historiografía debe entenderse en su contexto. Este era, a fin de cuentas, el de una tradición que había conducido a la clásica atención exclusiva hacia el Estado, pero en la que el giro hacia *lo social* se había apuntado antes y lo había hecho, en parte, envuelto en implicaciones ominosas. De ahí que sea un aspecto merecedor de reflexión la trayectoria de esta historiografía, en-

---

[42] «Historische Sozialwissenschaft heute», en Paul NOLTE *et alii* (eds.), *Perspektiven der Gesellschaftsgeschichte*, München, C. H. Beck, 2000, pp. 18-19. *Vid.* en especial, Jürgen KOCKA, *Historia social. Concepto-desarrollo-problemas*, Barcelona-Caracas, Ed. Alfa, 1989.

marcada en un contexto nacional en el que la precoz movilización masiva impregnó con fuerza el curso de unas instituciones originariamente destinadas a servir de parapeto a las elites autoritarias. La eclosión del protagonismo de la nación, al fomentar la conciencia de «co-pertenecer a un pueblo», según ha escrito Habermas, ayudó a convertir «a los súbditos en ciudadanos de una misma comunidad política, que se sienten responsables *unos de otros* y *unos ante otros*». Pero, vinculado a esta primera perspectiva solidaria, el precio a pagar fue la exaltación de la «libertad nacional», que suministraba al Estado secularizado «un resto no secularizado de trascendencia»: un residuo que, como ya había anunciado Hegel, exigía el sacrificio de los individuos ante su Estado nacional como un deber sin límites[43].

Conviene repasar este doloroso proceso a la luz de las tendencias actuales de la Europa occidental. La tensión de la historia social alemana con este legado no puede hacer olvidar su fuerte incardinación en el contexto político de una sociedad próspera, mayoritariamente confiada en lo que parecen éxitos incontestables del desarrollo occidental. No son, por tanto, el tono de denuncia y la declaración utópica los rasgos legitimadores de reflexiones sobre el pasado como las que aquí se recogen. Tampoco podía serlo, dada la experiencia alemana, la celebración de un agente colectivo, supuestamente ajeno a las responsabilidades de la opresión y el exterminio en masa. Al contrario, la recurrente capacidad integradora de elementos progresistas, populares o incluso obreros en las corrientes políticas autoritarias o genocidas constituye un elemento primordial en toda reflexión histórica sobre Alemania. Sus retos, más bien, se nutren del ocaso en el siglo XX de la familiar confianza progresista —desde Rousseau o Jefferson— en la irresponsabilidad de los explotados o de la gente común y sencilla en los mecanismos de la opresión, la arbitrariedad o la barbarie.

Esta circunstancia no debería entenderse en nuestro tiempo como una peculiaridad poco extendida. Precisamente de aquí puede extraerse algún ejemplo provechoso para quienes se preo-

---

[43] Jürgen HABERMAS, «1989 bajo la sombra de 1945. Sobre la normalidad de una futura República Berlinesa», en Iván DE LA NUEZ (ed.), *Paisajes después del Muro. Disidencias en el poscomunismo diez años después de la caída del muro de Berlín*, Barcelona, Península, 1999, pp. 35-36.

cupen por la función de la historia en sociedades como las actuales, si desean hacerlo con mayor interés por su legitimidad y su eficacia que por la rotundidad de los gestos. Quizás este panorama refleje los rasgos de una cierta confluencia con respecto a otros países europeos. En todos ellos se replantean de manera problemática los cometidos habitualmente reclamados hoy de la historia: la formación de identidad cívica y pluralista, el suministro de conocimientos en la práctica ciudadana del presente o el ejercicio crítico con las estructuras de poder y de dominio, a partir de una noción universalista de la solidaridad. Los temas, las perspectivas y los sujetos de todo ello están sometidos a cambios importantes, al igual que sucede en nuestros días con los perfiles sociales de las clases y de las identidades colectivas. Como ha destacado Gareth S. Jones, ya no es viable el tono abiertamente militante que caracterizó a la historiografía inglesa inspirada en Thompson a partir de los años sesenta[44]. Evidentemente, tampoco pueden olvidarse los márgenes de indefinición que han sustituido a las confiadas divisorias políticas de aquellos años, ni las dificultades que hoy ofrece el viejo supuesto de que el estudio crítico del pasado contribuye a construir una alternativa para el futuro. Por último, merece tenerse en cuenta que bajo el frecuente interés por la historia late a veces la búsqueda, siempre renovada por los dogmatismos, de un refugio en que afirmar de manera gratificante las propias posturas del presente, esquivando el enojo de tener que contrastarlas.

De ahí que, al menos hoy, pueda ser útil considerar la propuesta de situar el papel de la historia como referencia crítica en el ámbito general de la ciudadanía y de la opinión pública informada, tratando de maniobrar, bajo la lógica del «mejor argumento», por referencia a los valores de futuro que establecen la democracia social, el Estado de Derecho y el imperativo constitucional hacia la igualdad. Ello aconseja reconocer, como ya afirmó Thompson, que el pasado no se explica satisfactoriamente a partir de una postura ideológica, ni de la empatía con el protagonismo de un agente social dado[45]. Hace recomendable también re-

---

[44] Gareth S. JONES, «Anglo-Marxism, neo-marxism and the discursive approach to history», en Alf LÜDTKE (ed.), *Was bleibt von marxistischen Perspektiven in der Geschichtsforschung?*, Göttingen, Wallstein Verlag, 1997, pp. 149-209.

[45] «Puede hacer alguien la misma pregunta» —observaba el historiador in-

conocer que no hay enfoques que garanticen, de una vez por todas, la capacidad crítica y la superioridad explicativa de una determinada aproximación a la historia. Y que son los nuevos problemas que nos trae el presente los que deben conducir a replantear los enfoques con los que, hasta ahora, tratábamos de aprender haciendo preguntas al pasado.

Universitat de València, verano de 2001.

---

glés, entrevistado en 1976— «queriendo hacerte caer en decir, "está bien, *toda* la historia es ideología, de derechas o de izquierdas". Yo no estoy de acuerdo con esto en absoluto. Lo que uno intenta es acercarse a problemas objetivos muy complejos del proceso histórico (...). De otro modo, lo que se hace es suponer que el proceso histórico no presenta problemas para los cuales las propias convicciones no tengan respuesta. Y eso no es cierto. Lo que de hecho estás haciendo es aproximarte a un proceso que nos descubre, bajo el examen histórico, su propio carácter y sus propios problemas. Sólo en este sentido se puede aprender algo de él», *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 297-298.

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA: TEORÍAS Y EVOLUCIÓN

CAPÍTULO I

LA COMPARACIÓN HISTÓRICA*

DEFINICIÓN

Las comparaciones históricas se caracterizan por examinar sistemáticamente, a partir del planteamiento de preguntas directrices, las semejanzas y diferencias de dos o más fenómenos históricos. Sobre esta base pretenden describir y explicar tales fenómenos con la mayor fiabilidad posible, así como también formular afirmaciones de amplio alcance sobre acciones, experiencias, procesos y estructuras históricos.

Al considerar como característica central de los trabajos comparativos la pregunta acerca de las semejanzas y las diferencias de al menos dos casos, cabe distinguir éstos de aquellos trabajos dedicados sólo al análisis y a la exposición de un contexto, por muy amplio que éste sea. Numerosos trabajos históricos poseen un planteamiento transnacional o transcultural, sin ser por ello comparativos. Así definidos, los trabajos compativos no deben ser confundidos con trabajos enmarcados en la historia de las interacciones (o las transferencias)[1]. Estos últimos no se interrogan

---

* Publicado en *Enciclopedia delle scienze sociali*, vol. 8, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1998, pp. 389-396.

[1] *Vid.* a propósito M. ESPAGNE, «Sur les limites des comparatismes en histoire culturelle», *Genèses,* núm. 17, 1994, pp. 102-121.

necesariamente por semejanzas y disparidades entre dos unidades de análisis, sino por las relaciones entre ellas. Si bien en la práctica de la investigación histórica coinciden a menudo la comparación y los estudios de interacciones, es importante distinguirlos intelectualmente. En el sentido cabal de la palabra, los trabajos comparativos deben distinguirse también de aquellos trabajos en los cuales las comparaciones aparecen sólo de pasada, marginal o implícitamente, por ejemplo, a través de comparaciones insinuadas entre el antes y el después. Semejantes protocomparaciones se encuentran con frecuencia. La historia comparada, en cambio, se caracteriza por la comparación sistemática; su estrategia central es la comparación.

El procedimiento de la comparación se utiliza en muchas disciplinas científicas. La comparación histórica no se caracteriza necesariamente por el hecho de ser realizada por historiadores profesionales. Antes bien, las ciencias sociales y las humanidades trabajan en el territorio de la comparación histórica, especialmente los sociólogos, los politólogos y los etnólogos. Lo que convierte la comparación en histórica es, en realidad, la concepción de sus objetos de estudio en una relación espacio-temporal específica. Los fenómenos que se comparan son aquéllos cuyo lugar está determinado o es determinable en el tiempo y en el espacio. La comparación histórica plantea, por tanto, fenómenos en su extensión y localización espacio-temporal; aspira siempre a reconstruir la realidad pasada desde perspectivas presentes, que, a su vez, están relacionadas con expectativas de futuro, aunque sea un futuro mediatizado de esta manera; y se distingue específicamente por analizar sus objetos de estudio en un contexto, es decir, como momentos (o partes) de procesos de cambio diacrónicos, por un lado, y de relaciones sincrónicas, por otro (pudiendo tanto el contexto diacrónico como el sincrónico ser concebido de diferente manera: como sociedad, como cultura, como historia de una región o de una nación, como civilización o de otro modo). Esta definición de la comparación histórica es aplicable al conocimiento histórico en su conjunto.

Contraste y generalización

Cabe distinguir las comparaciones históricas de acuerdo con sus objetivos de conocimiento. En el nivel más general se puede establecer una distinción entre dos tipos básicos de comparación

histórica, concretamente entre aquéllas que se emplean, más bien, con fines de contraste y, por tanto, para entender las diferencias y conocer más exactamente los casos individuales incluidos en la comparación (o uno de ellos), y aquéllas que tienen como objeto prioritario estudiar las coincidencias y, por tanto, comprender y sistematizar las relaciones generales.

En la bibliografía científica sobre la comparación encontramos esta distinción reiteradamente. Ya John Stuart Mill contrastó el «method of difference» con el «method of agreement»[2]. En 1928 Marc Bloch concebía el propósito de la comparación histórica como la «comprobación de semejanzas y diferencias, y, a ser posible, también su explicación»[3]. Análogamente, Otto Hintze escribía en 1928: «Se puede comparar para encontrar lo general que subyace a lo comparado; y se puede comparar para captar más nítidamente uno de los objetos comparados en su individualidad y destacarlo del otro»[4]. Theda Skocpol y Margarete Somers distinguieron entre la «parallel demonstration» y el «contrasting type» de la comparación sociológica e histórica; sin embargo, abogaron por un camino intermedio que conjugaba ambos («macrocausal analysis»)[5]. Charles Tilly distinguió entre «individualizing comparison» y «universalizing comparison», pero introdujo otras dos formas intermedias: la «encompassing comparison» y la «variation-finding comparison»[6]. Otros han ofrecido definiciones similares[7].

En la práctica de la investigación y la exposición, la mayoría

---

[2] Vid. J. S. MILL, *Philosophy of Scientific Method*, New York Ed. E. Nagel, 1881, pp. 211-233.

[3] M. BLOCH, «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», en ID., *Mélanges historiques*, Paris, 1963, vol. 1, pp. 16-40, aquí p. 17.

[4] O. HINTZE, «Soziologische und geschichtliche Staatsauffassung», en ID., *Soziologie und Geschichte. Gesammelte Abhandlungen* (ed. por G. Oestrich), Göttingen, 1964, vol. 2, pp. 239-305, aquí p. 251.

[5] *Vid.* Th. SKOCPOL y M. SOMERS, «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, núm. 22, 1980, pp. 174-197.

[6] *Vid.* Ch. TILLY, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, New York, 1984, pp. 82ss. (trad. cast.: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991).

[7] Por ejemplo, A. VAN DEN BRAEMBUSSCHE, «Historical Explanation and Comparative Method: Towards a Theory of the History of Society», *History and Theory*, núm. 28, 1989, pp. 2-24.

de los casos no permite distinguir tajantemente entre comparaciones generalizadoras e individualizadoras. Los científicos que utilizan la comparación hacen casi siempre ambas cosas al mismo tiempo, aun cuando atribuyéndoles un peso diferente. Mientras los historiadores, por regla general, se interesan más por la individualización, la comparación histórica en manos de los sociólogos y politólogos tiende más hacia la generalización, si bien casi siempre con un alcance espacial y temporal limitado. Ahora bien, esta diferencia es sólo de grado.

Funciones metodológicas

a. Desde una perspectiva heurística, la comparación permite identificar problemas y cuestiones que, sin ella, solo podrían reconocerse o plantearse difícilmente (o no podrían en absoluto). Marc Bloch ilustró con un ejemplo esta utilidad de la comparación. Tras haber investigado los cercamientos del campo inglés de los siglos XVI a XIX y haber valorado sus funciones, le pareció lógico suponer que procesos semejantes también podrían haber tenido lugar en Francia, aun cuando las investigaciones sobre este país todavía no los hubieran descubierto. A partir de esta pregunta acerca de las correspondencias o las equivalencias francesas, estimulada por el caso inglés, Bloch descubrió cambios análogos, aunque no idénticos, de la estructura de propiedad agraria en la Provenza de los siglos XV, XVI y XVII, contribuyendo así a una revisión de la historiografía sobre esta región. Esta aplicación científica productiva partía de la convicción de que las problemáticas de la sociedad agraria se asemejaban en ambos lados del canal y tenían que empujar hacia soluciones similares, aunque no idénticas, si posteriormente se producían desarrollos comparables, susceptibles de observación retrospectiva (en este caso, la formación de una agricultura organizada de forma capitalista).

b. Desde una perspectiva descriptiva, la comparación histórica resulta, sobre todo, útil para perfilar más claramente casos individuales, a menudo un caso único y especialmente interesante. Así, se va imponiendo la visión de que el movimiento obrero alemán apareció relativamente pronto como una fuerza propia que incluía su correspondiente partido, sobre todo, al compararlo con otros movimientos obreros, por ejemplo, con los de Inglaterra, Francia e Italia. La impronta patricia-urbana de la nobleza

de Italia septentrional y central, su débil posición política en los siglos XIX y XX y su estrecha alianza con la burguesía educada, terrateniente, pero no muy activa en el campo de los negocios, en la formación social de los notables, se reconoce sólo a través de la comparación (por ejemplo, con la nobleza prusiana-alemana, que era más fuerte y cerrada, permaneció estrechamente vinculada con el Estado hasta entrado el siglo XX y se distanciaba más categóricamente de la burguesía en ascenso)[8]. Las especificidades históricas se reconocen de manera especialmente precisa cuando se recurre a ejemplos que en la mayoría de aspectos son suficientemente parecidos, pero diferentes en el campo que interesa en especial. En virtud de la selección de las unidades de comparación, se destacan diferentes características del objeto de estudio.

c. Desde una perspectiva analítica, la comparación contribuye de manera insustituible a la explicación de acontecimientos históricos. Por una parte, sirve para reconocer relaciones causales espaciales y temporales. De esta manera, a través de la observación comparada de la protesta social en diferentes sociedades del siglo XIX y XX, ha podido establecerse la influencia de determinadas formas de violencia estatal sobre las protestas sociales por ella provocadas[9]. Por otra parte, la comparación resulta de utilidad para criticar pseudoexplicaciones al uso. Marc Bloch ha proporcionado de nuevo un buen ejemplo para rechazar las pseudoexplicaciones locales: si se tiene en cuenta que el recrudecimiento de la presión feudal en la Edad Media y la primera Edad Moderna se produjo en la mayor parte de los territorios de Europa más o menos simultáneamente (de diferente forma, por supuesto), se afrontarán con escepticismo las explicaciones específicas que puede ofrecer el historiador local o regional. Más bien se buscarán pautas explicativas aplicables al conjunto de Europa y, en este caso, se dará con el declive de la renta de la tierra y sus causas[10]. La comparación precisa sirve asimismo para rechazar con fundamento pseudoexplicaciones de carácter general, como se aprecia a propósito del viejo debate sobre la relación entre capitalismo

---

[8] *Vid.* M. MERIGGI, en J. KOCKA y A. M. BANTI (eds.), *Borghesie europee dell'ottocento,* Venezia, 1989, pp. 161-185.

[9] *Vid.* Ch. TILLY et al., *The Rebellious Century 1830-1930,* Cambridge, Mass., 1975 (trad. cast.: *El siglo rebelde, 1830-1930,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997).

[10] *Vid.* BLOCH, 1963, p. 21.

y fascismo. En contra de lo que se ha supuesto en ocasiones, la crisis del capitalismo no condujo, en general, al ascenso de los movimientos fascistas, sino sólo bajo determinadas condiciones históricas típicas de algunas, pero no todas las sociedades industriales. Así se advierte, por ejemplo, al comparar las sociedades alemana y americana[11]. En términos generales cabe decir que las comparaciones pueden ser utilizadas como experimentos indirectos y posibilitar la comprobación de hipótesis. Si un investigador atribuye la aparición de un fenómeno «a» en una sociedad a la condición o causa «b», puede probar esta hipótesis si busca sociedades en las cuales se dio «a» sin «b», o se daba «b» sin que condujera a «a», con el objetivo de, o bien aceptar la hipótesis provisionalmente o cualificarla más[12]. Sin embargo, este procedimiento tropieza con límites estrictos, ya que en la comparación de sociedades históricas —a diferencia de lo que ocurre con el experimento en las ciencias naturales— sólo muy rara vez cabe dar por supuesta la condición *ceteris paribus*.

d. Desde una perspectiva paradigmática, la comparación tiene a menudo un efecto distanciador. A la luz de las alternativas observadas, el propio proceso pierde la certeza que podía haber tenido antes. La comparación abre la visión a situaciones diferentes; permite apreciar un caso de interés dado como una más entre otras posibilidades. Esto es especialmente importante para los historiadores, entre los cuales sigue predominando una cierta fijación sobre la propia historia nacional o regional. Esta fijación resulta más difícil bajo el peso de la comparación. Se produce así una pérdida de provincianismo. La comparación tiene, por tanto, consecuencias sobre el tono y el estilo de los trabajos de las ciencias históricas y sociales, también con frecuencia sobre el modo en el que se utilizan los conceptos esenciales que se eligen. La comparación muestra la especificidad cultural e historicidad de éstos. Del mismo modo, a la hora de someter a crítica conceptos más generales resulta recomendable la comparación extensa con culturas muy diferentes, como las no occidentales o las muy alejadas en el tiempo.

---

[11] *Vid.* por ejemplo, mi *Impiegati tra fascismo e democrazia. Una storia sociale-politica degli impiegati: America e Germania (1890/1940)*, Napoli, Ligvori, 1982.

[12] W. H. SEWELL Jr., «Marc Bloch and the Logic of Comparative History», *History and Theory,* núm. 6, 1967, pp. 208-218.

Por último, la comparación provoca la reflexión sobre la lengua y, por tanto, sobre la posición cultural del investigador que compara. En la medida en que una disciplina científica se halla comprometida con el marco nacional y percibe lo extraño sólo como una variación de pautas de desarrollo firmes, sus supuestos básicos deberían ser puestos en cuestión por una ampliación geográfica y de contenido del marco comparativo. De esta manera, la comparación puede asimismo cumplir una importante función de cara a determinar la posición y fomentar la evolución de disciplinas científicas particulares[13].

FORMULACIÓN DE PREGUNTAS, CONCEPTOS Y UNIDADES DE COMPARACIÓN

La comparación se configura a través de la formulación de una pregunta. Dos o más fenómenos sólo pueden ser comparados en relación a algo, a un tercero (*tertium comparationis*). Quien compara, precisa conceptos claros, nítidamente definidos, que designen las que, de acuerdo con la pregunta planteada, constituyan las similitudes relevantes de los objetos a comparar y formen así la base sobre la cual quepa después determinar las diferencias entre ellos. Veámoslo con un ejemplo: quien conciba el nacionalsocialismo alemán exclusivamente como hitlerismo y lo entienda sólo como fenómeno *sui generis*, quien rechace la aplicación de conceptos generalizadores, como «fascismo» o «totalitarismo», se priva de la posiblidad de tratarlo comparativamente. Sólo con la ayuda de estos conceptos se puede colocar el fenómeno en contextos de comparación, concretamente en diferentes contextos, dependiendo de la elección del concepto. Mediante un concepto de fascismo diferenciado se podrán examinar semejanzas y diferencias entre el nacionalsocialismo alemán, el fascismo italiano y otros movimientos o sistemas de la primera mitad del siglo XX; pero también se podrá rastrear la pregunta sobre por qué los movimientos fascistas fueron débiles o estuvieron ausentes en algunos países. Mediante un concepto de to-

---

[13] *Vid.* J. MATTHES, «The Operation called "Vergleichen"», en ID (ed.), *Zwischen den Kulturen? Die Sozialwissenschaften vor dem Problem des Kulturvergleichs. Soziale Welt,* Göttingen, 1992, vol. 8, pp. 75-99.

talitarismo diferenciado se puede comparar con provecho el nacionalsocialismo con dictaduras de otro tipo, por ejemplo, con la Unión Soviética de Stalin y otros sistemas comunistas. Ambas comparaciones son legítimas. Cuál de ellas se acomete, depende de lo que interese conocer. En función de la elección del concepto y, por tanto, del contexto de comparación, aparecen diversas características del nacionalsocialismo alemán en el foco de análisis: en el caso de la aproximación desde el fascismo, más intensamente las condiciones y las funciones sociales del nacionalsocialismo; en la aproximación desde el totalitarismo, más bien las características de los sistemas de dominación dictatoriales y de la ideología[14].

La elección de las unidades de comparación se halla estrechamente vinculada con las interrogantes dominantes y los conceptos centrales. Hasta ahora, la investigación, al menos en el ámbito de la historia moderna, ha privilegiado la comparación entre Estados nacionales (la comparación internacional), tanto cuando se trataba de semejanzas y disparidades de sociedades enteras bajo determinados aspectos, como en comparaciones parciales, por ejemplo, en una historia social comparada de los abogados en Alemania, Italia y Suiza[15]. Hay muchos factores favorables a la elección de unidades de análisis nacionales. Por una parte, muchas estructuras, procesos, experiencias, acciones y fenómenos que merece la pena comparar históricamente, se hallan marcados en los siglos XIX y XX por sus identidades nacionales; es decir, por la lengua, la cultura y la política estatal. Por ello, las fuentes y datos de la investigación empírica sobre estos siglos se encuentran disponibles, en la mayoría de los casos, en forma específicamente nacional. Esto se aplica a las estadísticas —que se precisan en las comparaciones cuantitativas— no menos que a los documentos orales —que pueden ser necesarios en la comparación de experiencias bélicas—, a las declaraciones de asociaciones profesionales —imprescindibles en la investigación histórica sobre la profesionalización— y, por supuesto, a las leyes y constituciones. Por

---

[14] *Vid. Totalitarismus und Faschismus. Eine wissenschaftliche und politische Begriffskontroverse,* Müchen, 1980, pp. 39-44.

[15] *Vid.* H. SIEGRIST, *Advokat, Bürger und Staat. Sozialgeschichte der Rechtsanwälte in Deutschland, Italien und der Schweiz (18.-20. Jh.).* Frankfurt am Main, 1996.

otra parte, los comparatistas actuales se encuentran también en contextos de discusión nacionales y escriben para un público especialmente interesado en la historia nacional y, por tanto, también en las comparaciones internacionales. La comparación internacional seguirá desempeñando en el futuro un papel de gran importancia.

No obstante, determinadas experiencias actuales y nuevos centros de gravedad de la investigación histórica ponen crecientemente en cuestión el predominio de los enfoques de historia nacional y las comparaciones internacionales. Muchos problemas pueden tratarse mejor en la comparación con unidades regionales pequeñas. Cabe pensar en la investigación más reciente sobre la industrialización, que ha descubierto con más intensidad la región como espacio de transformación económica, o en la historia cultural más moderna, que analiza mentalidades e identidades utilizando comparaciones locales y regionales, si bien lo hace mayoritariamente en conexión con comparaciones nacionales[16]. Si se incluye Europa centrooriental y suroriental en la investigación, entonces nos encontramos con sociedades y Estados que se adaptaron muy tardíamente a una pauta de historia nacional: patrones de urbanización concentrada, diversidad étnica y una historia de dependencia de imperios supranacionales limitan estrechamente la comparación histórica nacional-internacional en estas regiones de Europa. Esto es todavía más válido cuando se refiere a la historia de la Edad Media y de la primera Edad Moderna, que se puede reconstruir sólo muy limitadamente desde una perspectiva de historia nacional. Por otra parte, muchas preguntas exigen expedientes supranacionales. En la medida en que la investigación histórica se interesa por las migraciones, el establecimiento de fronteras y las expulsiones de minorías, el marco nacional no resulta irrelevante, pero tiene que ensancharse superando los confines de la nación. Paisajes montañosos, espacios fronterizos y litorales, que no pueden ser asignados a una sociedad nacional, han despertado la atención de los investigadores. Sobre todo, cuando la perspectiva debe ser ampliada más allá de Europa o incluso Occidente, la comparación entre naciones y sociedades

---

[16] *Vid.* Ch. TACKE, *Denkmal im sozialen Raum. Nationale Symbole in Deutschland und Frankreich im 19. Jahrhundert,* Göttingen, 1995.

constituidas nacionalmente choca enseguida contra sus límites. La comparación histórica de las culturas o las civilizaciones a escala global es muy exigente[17]. Mientras en el pasado las comparaciones nacionales se hallaban más bien en el centro de la investigación, en el futuro habrá una mayor diversidad. Se trata de descubrir nuevas formas de la comparación.

Tampoco la decisión entre comparaciones sincrónicas y diacrónicas puede adoptarse *a priori*, sino que depende de lo que interese conocer. Desde puntos de vista antropológicos —por ejemplo, la pregunta sobre el modo en el que las colectividades han manejado el recuerdo de sus derrotas o de su culpa—, resulta aconsejable la comparación entre épocas dentro de espacios mayores, por ejemplo, la Antigüedad clásica (Grecia, Roma) y la Edad Moderna europea. Asimismo, la historia de la ciudad occidental invita a este tipo de comparaciones intertemporales de amplia extensión[18]. Si se pregunta si sociedades diferentes han resuelto problemas idénticos y cómo lo han hecho, puede ser necesaria la comparación desplazada en el tiempo. Si, por ejemplo, se quiere analizar a través de experiencias inglesas y alemanas cómo se relacionaron la industrialización temprana, la desigualdad social y su percepción, con el surgimiento de los sindicatos, habrá que comparar las postrimerías del siglo XVIII y los albores del siglo XIX en Inglaterra con el segundo tercio del siglo XIX en Alemania[19]. Otras muchas preguntas exigen, en cambio, la comparación sincrónica.

La selección de las unidades de comparación representa uno de los pasos más difíciles de la comparación histórica. Condiciona sus resultados y exige de antemano reflexiones teóricas de carácter fundamental. En la mayoría de los casos no puede llevarse a cabo sin recurrir a elementos decisionistas, pues la realidad histórica carece a menudo de delimitaciones unívocas, que, sin em-

---

[17] Sendas panorámicas sobre los problemas y la bibliografía pueden encontrarse en J. OSTERHAMMEL, «Transkulturell vergleichende Geschichtswissenschaft», en H.-G. HAUPT y J. KOCKA (eds.), *Geschichte und Vergleich. Ansätze und Ergebnisse international vergleichender Geschichtsschreibung*, Frankfurt am Main, 1996, pp. 271-313, y H. KAELBLE, *Der historische Vergleich. Eine Einführung zum 19. und 20. Jahrhundert*, Frankfurt am Main, 1997, pp. 47-54.

[18] *Vid.* MEIER, en HAUPT y KOCKA, 1996, pp. 239-270.

[19] *Vid.* Ch. EISENBERG, *Deutsche und englische Gewerkschaften: Entstehung und Entwicklung bis 1878 im Vergleich*, Göttingen, 1986.

bargo, tienen que presuponerse si se pretende examinar, respecto a sus semejanzas y diferencias, unidades de comparación claramente definidas. No hay respuestas *a priori*. La formulación de la pregunta es siempre decisiva.

Sobre el uso y el abuso de la comparación

Las comparaciones se construyen sobre diferentes tipos de argumentación y, en el contexto de éstos, se utilizan para distintos propósitos. Sin pretender ser exhaustivo, expondré a continuación algunos ejemplos de aplicación.

a. El interés por la propia identidad

Enfocar la mirada sobre otro país, otra sociedad, otra población u otra parte del mundo nos ayuda a menudo a conocer mejor la propia historia. Aquí reside una variante asimétrica de la comparación de contraste, que entraña posibilidades científicas interesantes, pero también peligros considerables. Piénsese en Max Weber, interesado, en última instancia, en estudiar el desarrollo de la civilización occidental. Para comprender por qué se había llegado en Occidente a una economía capitalista, ciudades burguesas autónomas, Estados territoriales burocráticos, una cultura secularizada, una ciencia moderna y otras manifestaciones de la «configuración racional de la existencia», se fijó en las culturas superiores asiáticas y se preguntó por qué no se habían producido allí procesos semejantes. Desde una perspectiva occidental, con preguntas y conceptos tallados de acuerdo con el modelo occidental, analizó comparativamente culturas no occidentales. Lo hizo, sin duda, para avanzar en la comprensión de éstas, pero, sobre todo, para entender mejor, de manera indirecta, la senda de desarrollo occidental. Para ello aplicó una comparación conceptualmente reflexiva y científicamente productiva, que, no obstante, tiene algo de instrumentalización de lo ajeno con el fin de conocer lo propio[20]. Después de Weber, la cuestión de la especificidad de Europa, o de Occidente en general, ha estimula-

---

[20] *Vid.* M. Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Religionsgeschichte*, Tübingen, 1920; S. Kalberg, *Max Weber's Comparative-Historical Sociology*, Cambridge, 1994.

do numerosas investigaciones comparativas. El problema de la justificación histórica de una identidad europea adquiere nueva significación al calor de los esfuerzos en torno a la unificación económica y política de Europa[21].

La ampliamente debatida tesis de la «vía especial» (*Sonderweg*) de la evolución histórica de Alemania proporciona un segundo ejemplo de comparaciones de contraste, que primordialmente pretenden captar mejor las peculiaridades de un caso concreto. Se trata de la comparación de los procesos alemanes de los siglos XIX y XX con las trayectorias correspondientes en uno o más países occidentales (a veces también, en general, con «Occidente»). La mayoría de las veces son parte de una interpretación crítica de la historia de Alemania, cuyos déficit (parlamentarización tardía, debilidades del liberalismo, impronta del Estado-Autoridad[22], propensión al fascismo) han sido puestos de relieve por estas aproximaciones comparativas[23]. De manera similar se ha planteado el debate en torno al *American exceptionalism*, así como a otros *Sonderwege*[24]. En uno como en otro caso se trata de comparaciones de contraste, cuyo fin reside en conocer mejor un caso, normalmente la propia historia, en parte con miras afirmativas, en parte autocríticas, en parte distanciadas y ambivalentes. A menudo, la comparación sólo es sugerida; y el país elegido para comparar, únicamente esbozado como telón de fondo. En lugar de ante una comparación desarrollada, nos hallamos ante un análisis de historia nacional en perspectiva comparada. Aun esta forma reducida del procedimiento comparado puede resultar productiva y tiene la ventaja de ser más factible. Alberga, no obstante, el peligro de que la historia del «país de comparación» se estilice en exceso, se homogeneice ilícitamente y, a veces, se trate, por sistema, de manera incorrecta. Así han argüido los críticos

---

[21] *Vid.* H. KAELBLE, *Auf dem Weg zu einer europäischen Gesellschaft. Eine Sozialgeschichte Westeuropas, 1880-1980*, München, 1987, pp. 47-54.

[22] En el original, *Obrigkeitsstaat.* Asumo aquí la traducción que hace de este término M. GÁRCÍA-PELAYO, *El Estado de Partidos*, Madrid, Alianza, 1986 (*N. de la T.*)

[23] *Vid.* J. KOCKA, «German History before Hitler. The Debate about the German 'Sonderweg'», *Journal of Contemporary History*, núm. 23, 1988, pp. 3-16.

[24] A. R. ZOLBERG, «How many Exceptionalisms?», en I. KATZNELSON y A. ZOLBERG (eds) *Working-Class Formation. Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States,* Princeton, 1986, pp. 397-455.

de la tesis del *Sonderweg* alemán[25]. Esta modalidad de la comparación arrostra el riesgo de dejarse seducir por aquellos «contraconceptos asimétricos» mediante los cuales las naciones, las clases o los grupos étnicos se han definido, estilizado y distanciado de otros[26]. Existe entonces el peligro de que la comparación sólo reproduzca la autocomprensión cultural, los estereotipos y las ideologías de tiempos pasados, en lugar de analizarlos de manera crítica. Por añadidura, en esta forma de la caracterización comparada de una nación, una sociedad o un grupo, los resultados dependen ostensiblemente del caso de comparación que se elige; una elección que, por regla general, no responde sólo a criterios científicos.

b. Tipologías

Si la comparación debe desembocar en la elaboración de una tipología, es necesario incluir al menos tres casos comparados relativamente simétricos. Como ejemplo de este procedimiento puede servir la investigación de Theodor Schieder sobre el desarrollo del Estado-nación en Europa occidental, central y oriental. A través de la comparación de movimientos nacionales en la Europa del siglo XIX, Schieder llegó a una tipología tripartita: mientras los movimientos nacionales en la parte occidental del continente pudieron desarrollarse sobre la base de Estados territoriales ya existentes, en Centroeuropa (por ejemplo, en Alemania e Italia) ensamblaron unidades territoriales más pequeñas en Estados nacionales, y en Europa Oriental se volvieron contra imperios supranacionales existentes para formar Estados-nación. Las diferentes evoluciones se hallaban relacionadas con profundas diferencias en la manifestación programático-ideológica y en la cronología de los movimientos nacionales, que pueden ser elaboradas a través de la comparación sistemática[27]. A otra tipología se llega si se pregunta, como hizo Miroslav Hroch, por tipos de de-

---

[25] *Vid.* D. BLACKBOURN y G. ELEY, *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in 19th Century Germany,* Oxford, 1984.

[26] R. KOSELLECK, «Zur historisch-politischen Semantik asymmetrischer Gegenbegriffe», en *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten,* Frankfurt am Main, 1979, pp. 211-259 (trad. cast.: *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993).

[27] *Vid.* Th. SCHIEDER, «Typologie und Erscheinungsformen des Nationalstaats in Europa», *Historische Zeitschrift,* núm. 202, 1966, pp. 58-81.

sarrollo de la formación nacional. En su estudio sobre las pequeñas naciones de Europa central, oriental y septentrional, Hroch establece distintas discontinuidades en función del estrato social promotor y del grado de difusión de las ideas nacionales, distinguiendo tres fases hasta la formación de los movimientos de masas[28]. Ambas aproximaciones parten de que en el siglo XIX la formación de los Estados-nación se hallaba en el orden del día, pero, dependiendo del contexto social, experimentó una manifestación muy diferente, que se plasmó en la diversidad de tipos nacionales y en la variedad de su desarrollo cronológico.

Se inscriben en un contexto aun más general aquellos estudios dedicados a las crisis de modernización de los siglos XIX y XX. Podrían citarse aquí los trabajos de Reinhard Bendix, quien se pregunta por las particularidades de la «modernización política» de Europa Occidental con respecto a Rusia, Japón e India[29]. Pese a toda la crítica que ha suscitado la teoría de la modernización, ésta resulta útil para estimular investigaciones históricas o sociales de amplio espectro. En los últimos años, la atención se ha centrado crecientemente en las transiciones políticas, especialmente en la transición desde formas estatales dictatoriales totalitarias o autoritarias a democracias representativas modernas. En estudios comparativos sobre la evolución en los países del sur de Europa se han formulado diversas preguntas, sobre todo, acerca de la función y el significado de instituciones concretas (como el ejército), de clases sociales (como la burguesía) o también de ideologías específicas en este proceso de cambio[30].

Estas tipologías, ubicadas en el ámbito entre las *comparative politics*, la sociología histórica y la historia, arrojan, en ocasiones, problemas considerables desde la perspectiva del historiador. Conciben procesos históricos como «morfotípicos», como fenómenos con formas de desarrollo y dirección típicos. La multidimensionalidad, la contingencia y la apertura de las situaciones históricas resultan fácilmente infravaloradas. Por último, algunos estudios que proceden tipológicamente tienden a considerar

---

[28] *Vid.* M. HROCH, *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleineren Völkern Europas,* Prag, 1968.

[29] *Vid.* R. BENDIX, *Nation-Building and Citizenship*, Berkeley, Los Angeles, 1977.

[30] *Vid.* J. LINZ y A. STEPAN (eds.), *Problems of Democratic Transition and Consolidation*, Baltimore, 1996.

«normales» ciertos desarrollos o estructuras, como la industrialización inglesa, la democracia anglosajona o la formación revolucionaria del Estado-nación en Francia. Estos procesos son utilizados como criterios de referencia para clasificar otros casos nacionales o regionales, que aparecen así como desviaciones deficitarias o simples retrasos. Esto puede resultar problemático.

Sin embargo, las tipologías históricas no tienen por qué conducir a semejantes reducciones. Contra el supuesto según el cual las instituciones, los sistemas económicos, las sociedades o incluso las civilizaciones, siguen patrones de desarrollo regulares y, por tanto, se asemejan en lo esencial[31], el procedimiento tipológico sienta el supuesto de la diversidad dominante por regla general. Contra la tendencia a generalizar ciertas soluciones a problemas, considerándolas «normales», el método consistente en formular tipologías puede argumentar con la figura de pensamiento del «equivalente funcional». Este supone —como hipótesis que debe verificarse— la validez equivalente de distintas soluciones para un único problema, así como también el significado equivalente de distintas partes en relación con un único todo. Por ejemplo, Arnold Heidenheimer ha estudiado las diferencias de ritmo y expansión en la formación del Estado Social en Francia y Alemania, para después indicar que la paz social y la fabricación de la lealtad de las masas, que debían ser conseguidas en Alemania a través del Estado Social, en Francia se perseguían a través de un sistema educativo socialmente abierto y organizado de acuerdo con criterios meritocráticos[32].

c. *Síntesis analíticas*

El uso de la comparación como eje de síntesis analíticas constituye una tarea ambiciosa y exigente. Se trata de análisis contextuales con núcleo comparado de gran amplitud, empíricamente fundados, teóricamente articulados y de carácter histórico-siste-

---

[31] *Vid.* A. J. TOYNBEE, *A Study of History*, London, 1934-1961, 12 vols. (trad. cast.: *Estudio de la historia*, Barcelona, Altaya, 1994-1995, 3 vols.), y W. W. ROSTOW, *The Stages of Economic Growth,* Cambridge, 1960 (trad. cast.: *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1993).

[32] *Vid.* A. J. HEIDENHEIMER, «The Politics of Public Education, Health and Welfare in the USA and Western Europe: How Growth and Reform Potentials Have Differed», *British Journal of Political Science,* núm. 3, 1973, pp. 315-340.

mático, que se refieren, no obstante, a un objeto limitado espacial, temporal y temáticamente. Alexander Gerschenkron, por ejemplo, expuso un esbozo sintético de la evolución industrial de Europa que hoy día se halla en parte superado, pero, en su estructura, sigue siendo un trabajo de primer orden. La comparación entre los procesos de industrialización nacionales en Europa constituye el objeto de su estudio. Una lista de sus semejanzas básicas y sus diferencias significativas, identificadas principalmente gracias a la figura de pensamiento del «equivalente funcional», sirve a este propósito. Pero Gerschenkron no se queda aquí, sino que concibe los casos de comparación que estudia como partes de un amplio sistema de la industrialización europea y explica las diferencias entre ellas, por un lado, a partir de su diferente posición en el sistema global («retraso relativo») y de su distinta cronología, y, por otro lado, a partir de su influencia recíproca, por tanto, de la historia de las relaciones entre tales partes[33].

La síntesis analítica de Gerschenkron, bajo la forma de ensayo, ofrece una caracterización a grandes rasgos de las industrializaciones europeas, un marco para monografías ulteriores e investigaciones concretas. Por su parte, el análisis magistral de Barrington Moore sobre las distintas sendas hacia la modernidad de Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, China, Japón e India, bajo la perspectiva del surgimiento de la democracia y la dictadura, representa un ejemplo de análisis comparativo, detallado y extenso de una relación compleja. Combina la descripción, el análisis de las condiciones y la interpretación de las consecuencias de evoluciones diferentes; si bien no faltan incursiones en la historia de las relaciones, la comparación representa el motor central de la vasta argumentación teórica y empírica.

La comparación en la historiografía y en las ciencias sociales: desarrollos y tendencias

La historia, como disciplina especializada, no ha mostrado durante largo tiempo ninguna inclinación especial por la compa-

---

[33] *Vid.* A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, Mass., 1962 (trad. cast.: *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1968).

ración. Es cierto que la comparación entre las culturas no era ajena a los historiadores y científicos sociales de la época de la Ilustración, como muestran las obras de Montesquieu, Adam Smith y Johann Heinrich Gottlob Justi. En la Ilustración escocesa y francesa, el pensamiento fue desarrollándose en modelos de historia universal constituidos por etapas. Así surgió un método comparativo con la idea básica de que las sociedades «más desarrolladas» de una época podrían estudiar su propio pasado atendiendo a las sociedades «más retrasadas», es decir, a los pueblos de la misma época que se hallaran en una fase anterior de desarrollo. Esta idea alcanzó su clímax en las filosofías dialécticas y evolucionistas de la historia del siglo XIX; así, por ejemplo, en Karl Marx[34].

Con el historicismo clásico del siglo XIX, la comparación desapareció en gran medida de la historia. Ello fue así porque, en primer lugar, se impuso entre los historiadores profesionales la convicción de que las investigaciones y exposiciones históricas debían hallarse, en la medida de lo posible, muy pegadas a las fuentes para poseer autenticidad y poder reivindicar validez. La historiografía comparada, sin embargo, tiene que prescindir a menudo de la investigación archivística intensa y apoyarse en literatura secundaria, especialmente cuando se incluyen muchos casos de comparación. En segundo lugar, se impusieron las ideas de continuidad, individualidad y dependencia del contexto respectivo como principios del pensamiento, de la investigación y la exposición en la disciplina de la historia. De ahí que los fenómenos históricos sólo se comprendieran al interpretarse en su contexto diacrónico y sincrónico: como parte de un desarrollo (diacrónico) y como parte de un todo mayor (sincrónico).

Pero la historia no consiste en una sucesión de casos que pueden ejemplificar leyes generales. Por el contrario, la comparación supone despegar los objetos de comparación un trecho de su contexto diacrónico y sincrónico con el propósito de analizarlos con respecto a sus semejanzas y diferencias. Quien compara, concibe sus objetos de investigación al menos no exclusivamente como individualidades, sino como casos que se asemejan en algunas dimensiones y se diferencian en otras. No cabe comparar fenómenos entre sí en su totalidad multifacética —como individualida-

[34] *Vid.* OSTERHAMMEL, 1996, pp. 277-278

des completas—, sino siempre sólo parcialmente. La comparación implica la disposición a la selección y la abstracción. En tercer lugar, el ascenso de la historia como disciplina histórica, como asignatura troncal en los colegios y como inclinación del público instruido se hallaba íntimamente ligado al interés por la propia historia, especialmente por la historia de la propia nación. La mirada más allá de las propias fronteras carecía, por ello, de prioridad alguna.

Así se explica por qué, desde el historicismo (que facilitó la irrupción de estos principios), la historia mantuvo una actitud reservada respecto a la comparación. Los historiadores de los siglos XIX y XX dejaron la comparación a los lingüistas, a los estudiosos de la religión, a los antropólogos, a los etnólogos, a los geógrafos, a la escuela histórica de la economía nacional y, después, sobre todo, a una sociología que estaba naciendo. Las grandes figuras fundadoras de esta última disciplina —Max Weber, Emile Durkheim, Marcel Mauss— eran partidarios decididos de la historia comparada y hallaron cierto eco entre algunos pocos historiadores, como Otto Hintze, Marc Bloch, Henri Pirenne, Fernand Braudel y Joseph Needham, el sinólogo e historiador de las ciencias inglés.

Tras la Segunda Guerra Mundial, las comparaciones históricas siguieron siendo practicadas más bien por científicos sociales con orientación histórica, o bien surgieron en contextos interdisciplinares, como el ejemplificado por la revista *Comparative Studies in Society and History* (desde 1958)[35]. Bajo el signo de la teoría de la modernización pervivieron conceptos teóricos basados en las teorías de los estadios e influyeron sobre muchos estudios de *comparative politics*, de la sociología histórica y la historia económica cuantitativa[36]. Hasta los primeros años setenta la comparación formó rara vez parte del núcleo de la historia.

Únicamente después de que la disciplina haya ampliado de modo paulatino el tradicional paradigma historicista, se haya aproximado a los métodos analíticos y se haya abierto un poco a las vecinas ciencias sociales, se han promovido y realizado trabajos comparativos. Con precursores en los años cincuenta, este

---

[35] R. GREW, en H. ASTMA y A. BURGUIÈRE (eds.), *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, Paris, 1990, pp. 323-334.

[36] Por ejemplo, ROSTOW, 1960.

«giro analítico» de la historia tuvo lugar fundamentalmente en los años sesenta y setenta[37]. Sobre todo en el ámbito de la historia social, que se ha desarrollado rápidamente, la comparación internacional ha experimentado un notable auge en los últimos veinticinco años. A ello han contribuido, junto al aumento de la investigación sociohistórica y al mencionado giro analítico de la historia, la creciente imbricación internacional de esta disciplina con otras ciencias y, en general, del estudio académico con la vida intelectual. Una y otra vez, el interés por la propia historia ha resultado una motivación estimulante: la esperanza de comprender mejor el propio *Sonderweg* a través del contraste con otras sendas nacionales; los éxitos y los límites de la propia modernización, a través de la comparación con otras variantes de modernización; lo característico de Europa, a través de la comparación global —en parte con visión crítica, en parte fascinada, y a menudo con distancia analítica—. Hasta ahora, la investigación comparativa a escala internacional ha tenido lugar más bien en la historia moderna y contemporánea, menos en relación con épocas previas. Se han llevado a cabo más a menudo comparaciones internacionales en el ámbito de la historia social, la historia económica y la demografía histórica que de la historia política, cultural y del discurso, y mínimamente en la historia cotidiana, con su factura microhistórica. La comparación internacional ha encontrado casi siempre una mayor difusión en la historia alemana (de la República Federal) que en la inglesa o francesa. Medido por el número de historiadores, se han realizado bastantes trabajos comparativos en Suiza, Suecia y Austria. El sur de Europa ha permanecido, en cambio, infrarrepresentado tanto en términos de productores como de temas objeto de comparaciones internacionales. La inclusión de Europa del Este se halla todavía en los inicios. Las numerosas comparaciones de científicos americanos se caracterizan por una mayor apertura geográfica. Por término medio, han establecido comparaciones con tanta frecuencia con países latinoamericanos, asiáticos y africanos como con Europa[38].

---

[37] G. G. IGGERS, *New Directions in European Historiography*, Middletown, Conn., 1984 (trad. cast.: *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books, 1998).

[38] *Vid.* KAELBLE, 1997, pp. 94-107; P. ROSSI (ed.), *La storia comparata. Approci e prospettive,* Milano, 1990, pp. IX-XXV, 243-287; M. SALVATI, «Storia con-

La investigación histórica comparada se transforma. Los trabajos orientados principalmente hacia la cuantificación son cada vez más raros. La comparación de estructuras y procesos se complementa con la comparación de experiencias y pautas de acción. Las mentalidades, las prácticas culturales y el mundo de los símbolos se incorporan a la comparación histórica. A diferencia de lo que sucedía antaño, hoy dominan los historiadores entre los comparatistas. Tienden a limitarse a pocos casos de comparación, a menudo sólo dos. La mayor parte de las veces argumentan a un nivel medio de abstracción y siguen la siguiente regla: tanta abstracción como sea precisa, tanta concreción y referencia contextual como sea posible. En general valoran más el contraste que la generalización. A menudo conectan modos de argumentación comparativos con otros propios de la historia de las interacciones. Sólo raramente se atreven los historiadores a emprender comparaciones de culturas y civilizaciones a escala global. Sus comparaciones son normalmente más limitadas espacial y temporalmente.

Tanto más importante sigue siendo la comparación que llevan a cabo los científicos sociales de orientación histórica. Los economistas todavía no han retomado su antigua gran tradición de investigación histórico-comparativa, que tuvo su punto álgido en la Escuela Histórica alemana del siglo XIX y principios del XX[39]. En cambio, llegan importantes contribuciones de la etnología y la antropología[40], de la sociología[41] y de la ciencia política[42]. Jürgen Osterhammel identifica cinco «grandes preguntas de la sociología histórica» en la actualidad[43]. En primer lugar, aquellas institucio-

---

temporanea e storia comparata oggi: il caso dell Italia», *Rivista di storia contemporanea,* núm. 2-3, 1992, pp. 486-510; *Passato e Presente,* núm. 28, 1993, pp. 19-51; M. FRIEDRICKSON, «Comparative History», en M. KAMMEN (ed.), *The Past Before Us. Contemporary Historical Writing in the United States*, Ithaca, 1980, pp. 457-473.

[39] *Vid.* B. SCHEFOLD, «Theoretical Approaches to a Comparison of Economic Systems from a Historical Perspective», en P. KOSLOWSKI (ed.), *The Theory of Ethical Economy in the Historical School,* Berlin, 1995, pp. 221-247.

[40] *Vid.* Th. SCHWEIZER, «Interkulturelle Vergleichsverfahren», en J. FISCHER (ed.), *Ethnologie. Einführung und Überblick*, Berlin, 1988 (2ª ed.).

[41] *Vid.* S. IMMERFALL, *Einführung in den europäischen Gesellschaftsvergleich*, Passau, 1994.

[42] *Vid.* D. COLLIER, «The Comparative Method», en A. W. FINI (ed.), *Political Science: The State of the Discipline II*, Washington D.C., 1993.

[43] OSTERHAMMEL, 1996, pp. 285-291.

nes y prácticas sociales que aparecen en muchas partes del mundo y que, en su sustancia, no presentan una especificidad cultural, resultan adecuadas para un análisis universal de sus variantes. Se pregunta, por ejemplo, por las manifestaciones específicas y los rasgos generales de instituciones como la «familia», «la comunidad rural», la «ciudad» o la «esclavitud», concretamente en el marco de una amplia comparación cultural (*cross-cultural*), sobre la base de un gran número de casos y no pocas veces recurriendo a métodos cuantitativos. En segundo lugar, el examen de la estatalidad premoderna, o bien de los comienzos de la Modernidad promete importantes análisis. En tercer lugar, una historia social comparada del saber y de los problemas científicos forma parte de las principales tareas de la comparación transcultural[44]. En cuarto lugar, sigue vigente la pregunta clásica estudiada por Max Weber sobre las causas del *Sonderweg* europeo (occidental) en comparación con el resto del mundo[45]. En quinto lugar, la comparación que rebasa Europa explora con éxito «sendas alternativas hacia el mundo moderno». Las obras comprometidas con este propósito de conocimiento unen el razonamiento teórico con la concreción histórica[46]. Dejan atrás eficazmente la fijación sobre Europa y Occidente, están convencidas de la pluriformidad de la Modernidad e interesadas por las diferencias, pero, al mismo tiempo, buscan hacer afirmaciones históricas generales, también sobre las causas generales del desarrollo.

La comparación contribuye a la innovación de la ciencia histórica[47]. Los historiadores que trabajan comparativamente utilizan conceptos precisos, procedimientos analíticos y teorías de las

---

[44] Por ejemplo, S. NAKAYAMA, *Academic and Scientific Traditions in China, Japan, and the West,* Tokyo, 1984.

[45] Por ejemplo, E. L. JONES, *The European Miracle: Environments, Economies and Biopolitics in the History of Europe and Asia,* Cambridge, 1981.

[46] *Vid.* B. MOORE, *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World,* Boston, 1966 (trad. cast.: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Barcelona, Península, 1976); Th. SKOCPOL, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China,* Cambridge-New York, 1979; M. MANN, *The Sources of Social Power,* 2 vols., Cambridge, 1986, 1993 (vol. I: hasta 1760; vol. II: 1760-1914), (trad. cast.: *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza, 1991-1997); J. A. GOLDSTONE, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World,* Berkeley, 1991.

[47] L. CAFAGNA, en ROSSI, 1990, pp. 379-408.

ciencias sociales. A través de la comparación, la historia se abre hacia sus disciplinas colindantes de carácter sistemático. Y viceversa, la comparación remite a los sociólogos, politólogos y etnólogos a la historia[48]. La comparación histórica se muestra como un campo de encuentro para representantes de distintas líneas de investigación, como un espacio para la investigación interdisciplinar[49]. La apertura de las ciencias sociales forma parte del orden del día. La comparación allana el camino para lograr este objetivo.

---

[48] A. CAVALLI, en ROSSI, 1990, pp. 409-421.
[49] ROSSI, 1990, p. XVI.

CAPÍTULO II

LA HISTORIA SOCIAL, ENTRE LA HISTORIA DE LAS ESTRUCTURAS Y LA HISTORIA DE LAS EXPERIENCIAS*

«Casi sigilosamente, sin espectacularidad alguna, se ha producido un cambio de perspectiva en la investigación histórica de la República Federal de Alemania: ha ido dejando atrás el ambiente delicado de las cancillerías y los salones, las actuaciones de los dirigentes y los Estados, el análisis de estructuras y procesos sociales globales, y se ha venido aproximando a los pequeños mundos de vida, las zonas grises y los nichos de la vida cotidiana»[1]. Esto es, sin duda, una simplificación, ya que ni la historia más tradicional de orientación política ha desaparecido[2], ni, afortunadamente, puede decirse que las estructuras y los procesos sociales (como el ascenso del capitalismo industrial o la protoindustrialización, la formación del Estado-nación, las revoluciones

---

* Publicado en W. SCHIEDER y V. SELLIN (eds.), *Sozialgeschichte in Deutschland. Entwicklungen und Perspektiven im internationalen Zusammenhang*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1986, pp. 67-88.

[1] V. ULLRICH, «Entdeckungsreise in den historischen Alltag. Versuch einer Annäherung an die 'neue Geschichtsbewegung'», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* núm. 36, 1985, pp. 403-414, aquí p. 403.

[2] *Vid.*, por ejemplo, la obra *Geschichte der Bundesrepublik Deutschland*, Stuttgart, 1981-1984, 4 volúmenes, especialmente el cuarto volumen; K. HILDEBRAND, *Von Erhard zur Großen Koalition, 1963-1969* (como ilustración de una obra general con un enfoque de historia política); he reseñado este libro en *Die neue Gesellschaft/Frankfurter Hefte,* núm. 32, 1985, pp. 864-866.

y la formación de clase) hayan sido descuidadas por la historia actual[3]. De «zonas grises» sólo cabe hablar sobre el trasfondo de una imagen en blanco y negro; los «nichos» se reconocen como tales sólo cuando se conocen al menos aproximadamente los espacios y la arquitectura en su conjunto. Sin embargo, en esencia, la citada frase de Volker Ullrich describe acertadamente una tendencia de la historia más joven, valorada de distinta manera por diferentes historiadores y que ya ha dado lugar a numerosos debates[4]. «Territorios en buena medida inexplorados afloran en este viaje de descubrimiento a la cotidianeidad histórica: ¿Cómo vivían antes los hombres?, ¿cómo se vestían y alimentaban?, ¿cómo celebraban sus fiestas y cómo manejaban el nacimiento, la enfermedad y la muerte? Se trata aparentemente de cuestiones banales que los historiadores no han planteado durante mucho tiempo. Ahora ya no se arredran a la hora de descender a las bajuras de las acciones cotidianas»[5].

El concepto de la historia estructural de Werner Conze

A la luz de estos desarrollos recientes, resulta tentador releer el escrito básico de un representante de aquella visión contra la cual se revuelven tan vehementemente los historiadores de la cotidianeidad: la obra de Werner Conze titulada *Strukturgeschichte*

---

[3] *Vid.* desde esta perspectiva el excelente *Oldenbourg Grundriß der Geschichte*, por ejemplo, los volúmenes 3 (W. Dahlheim, *Geschichte der Römischen Kaiserzeit*), 10 (H. Lutz, *Reformation und Gegenreformation*), 12 (E. Fehrenbach, *Vom Ancien Régime zum Wiener Kongreß*), 13 (D. Langewiesche, *Europa zwischen Restauration und Revolution 1815-1849*), 14 (L. Gall, *Europa auf dem Weg in die Moderne 1850-1890*) y 16 (E. Kolb, *Die Weimarer Republik*).

[4] Junto al artículo citado en la nota 1, *vid.* F. J. Brüggemeier y J. Kocka (eds.), *'Geschichte von unten — Geschichte von innen'. Kontroversen um die Alltagsgeschichte,* Hagen, 1986; P. Borscheid, «Plädoyer für eine Geschichte des Alltäglichen», en P. Borscheid, H. J. Teuteberg (eds.), *Ehe, Liebe, Tod. Studien zur Geschichte des Alltags*, Münster, 1983; D. Peukert, «Arbeiteralltag —Mode oder Methode?», en H. Haumann (ed.), *Arbeiteralltag in Stadt und Land*, Berlin, 1982; K. Tenfelde, «Schwierigkeiten mit dem Alltag», *Geschichte und Gesellschaft,* núm. 10, 1984, pp. 376-394; L. Niethammer, «Anmerkungen zur Alltagsgeschichte», *Geschichtsdidaktik,* núm. 3, 1980, pp. 231-242; H. Süssmuth (ed.), *Historische Anthropologie. Der Mensch in der Geschichte*, Göttingen, 1984.

[5] *Vid.* la nota 1.

des technisch-industriellen Zeitalters als Aufgabe für Forschung und Unterricht, publicada en 1957. Retrospectivamente, esta conferencia en la Academia de Düsseldorf se lee, por una parte, como un discurso programático, diplomático y formulado todavía de forma cautelosa e imprecisa con el objetivo de fundar un instituto de investigación interdisciplinar para el análisis histórico de la era técnico-industrial desde finales del siglo XVIII hasta el presente. Por otra parte, precisamente en vista de las nuevas corrientes antiestructuralistas, destaca la gran importancia positiva que ha tenido el programa de la historia estructural moderna, desarrollado por Conze en los años cincuenta, en la posterior evolución de la historia social en la República Federal[6]. Se trató, sin duda, de uno de los esfuerzos más importantes realizados en la primera época de la República Federal para elaborar las experiencias de la historia contemporánea y extraer de ellas consecuencias aplicables al trabajo del historiador.

Ciertamente, Conze no hacía referencias directas a la dictadura nacionalsocialista, la Segunda Guerra Mundial y el colapso del Estado nacional alemán. No obstante, enlazaba expresamente con un hallazgo formulado por el historiador holandés Johan Huizinga «en medio de la catástrofe europea de nuestros días» (y, seguramente, sólo posible gracias a ésta). Huizinga constataba un «cambio formal de carácter fundamental en la historia desde la mitad del siglo XIX». En la estela de Huizinga, Conze mantenía que, a diferencia de la historia de siglos anteriores, la de la época técnica-industrial desde las postrimerías del siglo XVIII ya no podía escribirse como la epopeya y el drama de hombres de acción

---

[6] *Vid.* la reseña que escribió W. CONZE de F. BRAUDEL, *La Mediterranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II,* Paris, 1949 (2.ª edición de 1966), en *Historische Zeitschrift,* núm. 172, 1951, pp. 358-362; ID., «Die Stellung der Sozialgeschichte in Forschung und Unterricht», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* núm. 3, 1952, pp. 648-657; ID., *Die Strukturgeschichte des technisch-industriellen Zeitalters als Aufgabe für Forschung und Unterricht,* Köln, 1957; ID., «Sozialgeschichte», en *Die Religion in Geschichte und Gegenwart,* Tübingen, 1962 (3.ª edición), vol. 6, columnas 169-176; ID., «Was ist Sozialgeschichte?», en *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique. Aix-en-Provence 1962,* Paris, 1965, pp. 819-823; ID., «Sozialgeschichte», en H.-U. WEHLER (ed.), *Moderne deutsche Sozialgeschichte,* Köln, 1966, pp. 19-26; ID, «Social History», *Journal of Social History,* núm. 1, 1967, pp. 7-16; ID., «Die Gründung des Arbeitskreises für moderne Sozialgeschichte», *Hamburger Jahrbuch für Wirtschafts- und Gesellschaftspolitik,* núm. 24, 1979, pp. 23-32.

concretos, ni tampoco primordialmente como la historia de los Estados; antes bien, la modernidad se hallaba determinada más que en el pasado por movimientos y tendencias supraindividuales, sobre todo, por la economía y la civilización técnica. La afirmación de estos movimientos y tendencias permitía hablar de *un* contexto histórico universal. El papel de las masas en la historia había cambiado; desde la «crisis de emancipación» en torno a 1800, los movimientos sociales aparecían sobre el escenario de la historia de distinta forma a como lo hacían en siglos anteriores; las masas ya no podían ser vistas como mero «fondo» de las decisiones y las acciones históricas.

De acuerdo con el argumento desarrollado por Conze, la historia contemporánea se escapa a la representación en imágenes de vivo recuerdo, a la simple narración sobre la única base de la «sana razón histórica». «Las *res gestae*, en el sentido primigenio, sólo pueden convertirse en el contenido de la investigación si se sostienen sobre una base histórico-estructural que tome en consideración este cambio formal». Los historiadores, según Conze, no se habrían adaptado suficientemente a este nuevo hecho. El método histórico tendría que ser ampliado para facilitar el conocimiento de relaciones estructurales y contextuales. Conze recomendaba la reinterpretación, la combinación y la apropiación de los métodos, los conceptos y los resultados sustantivos de las ciencias sistemáticas. Defendía una estrecha colaboración con la sociología, la ciencia política y la economía. Criticaba la sobreespecialización de los historiadores y abogaba a favor de planteamientos, temas y métodos que superaran la separación entre historia política, historia social y económica, historia cultural y humana, etc. La «historia estructural» (en ocasiones utilizaba también, como sinónimo, «historia social»)[7] de-

[7] Aunque no siempre. También hacía uso de un concepto más estricto de «historia social», entendida como la historia de un sector en el que, no obstante, no quería ser encasillado con el instituto de investigación o grupo de trabajo que pretendía establecer: «No debería hablarse de historia social para no acotar excesivamente la empresa desde el principio» («Die Gründung des Arbeitskreises für moderne Sozialgeschichte», p. 26). Sin embargo, en su uso del lenguaje se impuso con creciente intensidad la utilización sinónima de los conceptos «historia estructural» e «historia social». La institución que fundó en 1956/57, y que ha llegado hasta nuestros días, se denominó «Grupo de trabajo de historia social moderna», entendiendo «historia social» en un sentido muy amplio.

bía cumplir precisamente esta labor trascendente, sintetizadora, sin dejar al margen a la historia política; antes bien, la historia estructural era política, «sólo que no fija su atención prioritaria en las *res gestae*, sino en las continuidades y cambios de sus estructuras». Conze entendía que la historia debía conjugar el método tipificador e individualizador en la historia. Rompió una lanza a favor de la utilización histórica de la estadística (sin sobreestimarla), cuando muchos de quienes le rodeaban, como el conservador Huizinga, pensaban, y siguen pensando hoy, que «la narración desfallece entre los números, siendo incapaz de alumbrar una imagen»[8].

También retrospectivamente, treinta años después, pueden criticarse muchos puntos de este programa: 1. Desde luego se sobrevaloró la profundidad de la transformación formal acontecida desde el siglo XVIII al XIX. En siglos anteriores las estructuras y los procesos no carecían de eficacia histórica; quien narra la historia de la temprana Edad Moderna primordialmente en términos de acciones y acontecimientos también la simplifica. Posiblemente se trataba menos de una transformación objetiva de los procesos históricos, como opinaba Conze coincidiendo con Huizinga, que de una relación cambiante del presente del siglo XX respecto a su pasado[9]. 2. La equiparación de historia estructural e historia social es problemática y se presta a confusión, como tendré oportunidad de exponer más adelante. 3. Al lector apenas se le informa sobre las razones y las fuerzas motrices del profundo cambio estructural que Conze constata en la historia universal. La pregunta causal sólo se formula al margen. El cambio estructural económico se supone más que se explica; por ejemplo, no se habla del auge de la economía capitalista de mercado, de sus conflictos y de su dinámica. Las referencias a las fases de la técnica y al creciente dominio sobre la naturaleza como factores de desarrollo son demasiado vagas; en primer lugar, habría que explicar tales factores como elementos de un contexto histórico. 4. Las consecuencias metodológicas que extrae Conze de sus consideraciones fundamentales son muy modestas, y uno tropieza con muchas formulaciones im-

---

[8] Las citas proceden de CONZE, *Strukturgeschichte*, pp. 9, 16, 12, 18 y 25.

[9] Ya lo expuso así H. MOMMSEN, «Sozialgeschichte», en WEHLER (ed.), *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, pp. 27-36, aquí pp. 31ss. (crítica a Huizinga).

precisas e incluso contradictorias[10]. No ha faltado, pues, la crítica[11].

Pero, por otra parte, no pueden soslayarse tres grandes cualidades del planteamiento de la historia estructural:

1. Aunque todavía se echa en falta una historia más pormenorizada de la historiografía posterior a 1914, seguramente mostraría hasta qué punto el programa de historia estructural de los años cincuenta fue poco más que un fenómeno minoritario innovador que sólo paulatinamente adquirió resonancia y extensión[12].

---

[10] Así, por ejemplo, las diferentes afirmaciones sobre la relación entre la historia y las colindantes ciencias sistemáticas, en CONZE, *Strukturgeschichte*, pp. 18 (difuminación de límites) y 22 (contra la transgresión de los límites). El concepto central «estructura» no era objeto de explicación.

[11] Sobre todo, de carácter político-ideológico: W. SCHMIDT, «Zur historisch-politischen Konzeption des Heidelberger "Arbeitskreises für moderne Sozialgeschichte"», *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, núm. 9, 1967, pp. 626ss. Muy duro fue también el juicio de H.-U. WEHLER («Die Sozialgeschichte zwischen Wirtschaftsgeschichte und Politikgeschichte», en *Sozialgeschichte und Strukturgeschichte in der Schule*, Bonn, 1975, pp. 13-26, aquí p. 18). He desarrollado mi posición en *Sozialgeschichte. Begriff, Entwicklung, Probleme*, Göttingen, 1986, (2.ª ed.), pp. 70-82 (trad. cast.: *Historia social: concepto, desarrollo y problemas*, Barcelona, Laia, 1989).

[12] Junto a Conze, *vid.* O. BRUNNER, «Sozialgeschichtliche Forschungsaufgaben», *Anzeiger der Phil.-Hist. Klasse der Österreichischen Akademie der Wissenschaften*, 1948, pp. 335-362; O. BRUNNER, «Das Problem einer europäischen Sozialgeschichte» [1953], en: ID., *Neue Wege der Verfassungs- und Sozialgeschichte*, Göttingen, 1980, (3.ª ed.), pp. 80-102. *Vid.* también T. SCHIEDER, «Zum gegenwärtigen Verhältnis von Geschichte und Soziologie», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* núm. 3, 1952, pp. 27-32; ID., «Strukturen und Persönlichkeiten in der Geschichte», *Historische Zeitschrift,* núm. 195, 1962, pp. 265-296; ID., «Der Typus in der Geschichtswissenschaft», *Studium Generale,* núm. 5, 1952, pp. 228-234; ID., *Geschichte als Wissenschaft. Eine Einführung,* München, (2.ª ed.). Asimismo, C. JANTKE, «Vorindustrielle Gesellschaft und Staat», en A. GEHLEN y H. SCHELSKY (eds.), *Soziologie,* Düsseldorf, 1955, pp. 91ss; ID., «Industriegesellschaft und Tradition», *Verhandlungen des 13. Deutschen Soziologentages in Bad Meinberg,* Köln, 1957, pp. 32-52; H. FREYER, «Soziologie und Geschichtswissenschaft», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* núm. 3, 1952, pp. 14ss. El enfoque de la historia estructural tuvo precursores en la historia popular (*Volksgeschichte*) de los años treinta; merece la pena estudiarlos con más detenimiento. *Vid.* el término ya en O. BRUNNER, «Zum Problem der deutschen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte», *Zeitschrift für Nationalökonomie,* núm. 7, 1936, pp. 671-685, aquí p. 677; ID., *Land und Herrschaft* [1939], Wien, 1943, 3.ª edición (1965, 5.ª ed.), pp. 124-150, 507ss. Por último, *vid.* O. G. OEXLE, «Sozialgeschichte —Begriffsgeschichte— Wissenschaftsgeschichte. Anmerkungen zum Werk Otto Brunners», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte,* núm. 71, 1984; pp. 305-341.

Por ello reviste importancia el hecho de que Conze tuviera, al mismo tiempo, ambiciones en el terreno de la política científica y capacidades de organización científica, si bien en menor medida que Braudel, a quien él ya citara tempranamente. Cabe mencionar aquí la fundación del «Grupo de trabajo de historia social moderna» de 1956/1957 a iniciativa de Conze[13].

2. El programa de historia estructural extraía deliberadamente las consecuencias de una experiencia que a lo largo de los siglos XIX y XX se fue haciendo ineludible, concretamente la experiencia del poder de las circunstancias. La frecuente falta de coincidencia entre las intenciones y los resultados de las acciones humanas, el condicionamiento de los ámbitos de actuación individuales por procesos económicos, movimientos sociales e instituciones políticas, la comprobación de que la historia nunca se plasma en lo que procuran recíprocamente los hombres, la incapacidad de experimentar muchos acontecimientos o la capacidad de experimentarlos sólo deformadamente, la comprensión de la historia no sólo en contextos de acciones y experiencias, sino en el marco de relaciones funcionales y causales que se imponen eventualmente contra las pretensiones de los individuos, sin que por fuerza adquieran conciencia de ello: todo esto conformaba una experiencia basada en la realidad que apenas podía soslayarse, incluso entre las clases altas y medias (a las cuales pertenecían los historiadores), *como muy tarde* desde el ascenso del capitalismo industrial, desde la irrupción de los movimientos sociales del siglo XIX, desde las grandes y, la mayoría de las veces, mal comprendidas crisis de la economía de mercado, desde las guerras mundiales y las catástrofes del siglo XX. Esta experiencia de la impotencia relativa del individuo frente a sus circunstancias había penetrado probablemente mucho antes en las clases bajas. La idea del cambio histórico antisociológica, idealista, centrada en las acciones, las personas y las ideas, que marcó el tono en la historia de impronta historicista del siglo XIX y de comienzos del XX, no se había enfrentado a esta experiencia.

Esta experiencia podía justificarse e interpretarse teóricamente de diferente modo; así, por ejemplo, se pretendía ver como pérdida de la unidad entre el producto y el productor (unidad que podía plasmarse en alienación o apropiación); como independi-

---

[13] Sobre este punto, *vid.* CONZE, «Die Gründung des Arbeitskreises».

zación amenazante de un proceso histórico que en su origen surgía de las acciones humanas, pero ahora se imponía a los agentes de manera forzosa e inquietante; como enajenación erradicable bajo otras condiciones de producción o en sociedades organizadas de modo racional, a lo cual se debía aspirar según los criterios de la Ilustración y la emancipación. Conze no congeniaba con esta última perspectiva marxista-hegeliana, de cuya verificación cabe dudar. Junto con Freyer, pero sin perderse demasiado en reflexiones filosóficas básicas, Conze partía del hecho de la impotencia relativa del individuo, «en medio de relaciones funcionales técnicas inscritas en sistemas secundarios», de «ciclos inabarcables» y «estructuras imperativas».

Conze extraía de esta experiencia una consecuencia paradigmático-metodológica tan formal y general que también podía resultar aceptable para aquellos que la clasificaban desde otra perspectiva teórica diferente a la de la historia de las estructuras y de los procesos: había que tratar de entender lo que cohesionaba y dinamizaba la realidad pasada, no a través de la reconstrucción de las acciones, las experiencias y las ideas humanas, sino a través del análisis del cambio estructural. Para la historia, esto significaba, primera y principalmente, un vigoroso aditamento de fuerza analítica. En la historia estructural se abría finalmente paso una experiencia patente desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, durante mucho tiempo desplazada; concretamente la experiencia de la fuerza histórica de los fenómenos colectivos supraindividuales en contraste con las decisiones y las acciones individuales, las experiencias, los acontecimientos y las personas[14].

3. El programa de historia estructural de los años cincuenta albergaba en esencia mucho de lo que en los años sesenta y setenta fue explicitado y ensayado bajo la etiqueta de «sociología histórica»[15]: el énfasis sobre las estructuras y los procesos en el desarrollo histórico; la exigencia de completar con esfuerzos de generalización, tipificación y análisis la comprensión hermenéutica que predominaba tradicionalmente en la historia de impronta

---

[14] *Vid.* SCHIEDER, *Geschichte als Wissenschaft*, pp. 156ss.; MOMMSEN, *Sozialgeschichte*, p. 31.

[15] *Vid.* una breve síntesis en J. KOCKA, «Historische Sozialwissenschaft», en K. BERGMANN *et alii* (eds.), *Handbuch der Geschichtsdidaktik,* Düsseldorf, 1985 (2.ª ed.), pp. 170-172.

historicista; la llamada a la estrecha cooperación con las aledañas ciencias sistemáticas y el interés por sus métodos, sus teorías y sus resultados; la pretensión de llegar a un conocimiento de las relaciones globales entre economía, sociedad, política y cultura. Pronto, sin embargo, comenzaron a percibirse más intensamente los rasgos distintivos. En efecto, el programa posterior de la sociología histórica se distinguía en aspectos centrales del programa de historia estructural de los años cincuenta, por ejemplo, en el empleo mucho más explícito de la teoría; en el énfasis más marcado sobre los factores causales de carácter socioeconómico y socioestructural, y sobre su impacto en la política y la cultura; en un uso conceptual que asumía la distinción moderna entre Estado y sociedad (en lugar de tratar de negarla al estilo de la vieja Europa, es decir, intentando, en vano, «superar el pensamiento disociador»), al objeto de estudiar las interconexiones entre las esferas diferenciadas; en las referencias abiertas y reflexivas a objetivos sociopolíticos prácticos, como la emancipación, la ilustración y la crítica a la tradición y a la dominación.

En resumen, la historia estructural es un enfoque de la historia que puede ser aplicado a todos los ámbitos de la realidad histórica, al ámbito de lo social como al de lo político, al desarrollo económico y al campo de las ideas y de la cultura[16]. De acuerdo con este enfoque, las «circunstancias» y las «condiciones», los procesos y los desarrollos supraindividuales se hallan en un primer plano, por delante de los acontecimientos y las personas particulares. La historia estructural fija antes su mirada sobre los contextos, los márgenes de actuación y las posibilidades de las experiencias y las acciones humanas en la historia, que sobre las experiencias, los motivos, las decisiones y las actuaciones individuales. Aclara, más bien, fenómenos colectivos que individualidades, convierte en objeto de investigación ámbitos de realidad que deben ser analizados, más bien, a través de la descripción y la expli-

---

[16] Esto es algo que, a menudo, se pasa por alto, equiparando erróneamente historia social con historia estructural, de un lado, e historia política con historia de los acontecimientos y las acciones, de otro. He desarrollado esta cuestión con más detalle en *Sozialgeschichte*, pp. 77ss. A este equívoco ha contribuido una corriente central de la investigación francesa (en torno a los Anales) que ha practicado tradicionalmente la historia de las estructuras y los procesos, pero, por desgracia, ha descuidado en gran medida la historia de las estructuras y los procesos políticos.

cación que de la comprensión hermenéutica. Se interesa, sobre todo, por los fenómenos relativamente duraderos, «duros» y sólo difícilmente transformables, por estratos de la realidad que se modifican premiosamente, no tanto por ámbitos de la realidad que se transforman de modo acelerado y sólo ofrecen escasa resistencia a los impulsos de cambio. Finalmente, este enfoque aspira a menudo (así, por ejemplo, en Conze) a comprender relaciones transcendentes, el proceso histórico en su totalidad, en un contexto tanto sincrónico como diacrónico.

La crítica de la historia de la cotidianeidad[17]

Al enfoque de la historia estructural se le ha reprochado durante mucho tiempo que no tuviera en cuenta la propia entidad de los acontecimientos y la libertad de los agentes. Con razón, la historia de los acontecimientos y de las acciones se veía como alternativa, antítesis o complemento de la historia estructural[18]. En las últimas décadas se ha desplazado ligeramente el frente de ataque. La «historia de la cotidianeidad» no censura que la «historiografía social moderna» descuide acontecimientos individuales e infravalore la importancia de los grandes actores (como Bismarck o Hitler). Más bien formula otras objeciones: «Independientemente de que se presentara con el ropaje de las teorías de la modernización o de las teorías sistémicas, su mirada [la de la historia social moderna, J. K.] siempre se dirigió a las estructuras y los procesos trascendentes. La pregunta acerca de cómo viven y elaboran los hombres y las mujeres estas estructuras y estos procesos se dejó casi completamente al margen. La crítica a esta limitación constituye un punto de arranque importante para la ampliación de la perspectiva (desde la historia de la cotidianeidad) al mundo de las percepciones y las interpretaciones personales de los afectados por la historia». La historia de la cotidianeidad también «renuncia a una comprensión reducida del marxismo que

---

[17] Sobre este tema, *vid.* el cap. X de este volumen, pp. 240-244 (*N. del Ed.*).

[18] *Vid.*, por ejemplo, los trabajos de M. Bosch (ed.), *Persönlichkeit und Struktur in der Geschichte*, Düsseldorf, 1977; K. E. Born, «Der Strukturbegriff in der Geschichtswissenschaft», en H. V. Einem *et alii, Der Strukturbegriff in den Geisteswissenschaften*, Mainz, 1973, pp. 17-30; Schieder, *Strukturen und Persönlichkeit in der Geschichte*.

busca explicar el pasado exclusivamente a partir de la acción de imperativos económicos irresistibles, de las famosas condiciones objetivas. Las cálidas corrientes del factor subjetivo deben entremezclarse con la antigua lógica de las construcciones históricas basadas en la política económica y las teorías de la modernización. Dicho de otra forma, se trata de aportar vida y perfiles a las personas individuales, con sus deseos y fracasos, sus penas y sus capacidades creativas»[19].

En definitiva, desde la perspectiva de la historia de la cotidianeidad, la historia estructural ha relegado la historia de las percepciones y las experiencias. Se invoca el lado interno, subjetivo, de la realidad pasada. El desafío de la historia de la cotidianeidad entraña, a menudo, mucho más que esto[20]. Prestaré, no obstante, atención prioritaria a este aspecto central, en mi opinión el más productivo de la crítica de la historia de la cotidianeidad a la historia social moderna. Expondré mi postura en los siguientes cinco puntos:

1. Lo que el programa de historia estructural desde los años cincuenta y el programa de la historia social desde los sesenta han hecho valer frente a la reducción tradicional del enfoque historicista, centrado en las acciones, las decisiones y las personas, es absolutamente aplicable a las posibles generalizaciones de la aproximación histórica basada en las percepciones y las experiencias de la «gente común»: la historia no se plasma en lo que los hombres perciben y experimentan. La reconstrucción (hermenéutico-interpretativa) *únicamente* de percepciones y experiencias pasadas no puede conducir a la reconstrucción comprensiva de la historia en conjunto. Los historiadores de distintas corrientes deberíamos poder alcanzar un consenso en torno a este punto. Recurriré a dos ejemplos para ilustrar este argumento:

Una cosa es tratar de comprender lo que la veneración de los

---

[19] ULLRICH, *Entdeckungsreise in den historischen Alltag*, p. 405.

[20] He discutido esta cuestión en otras publicaciones. *Vid.* «Klassen oder Kultur? Durchbrüche und Sackgassen in der Arbeitergeschichte», *Merkur,* núm. 36, 1982, pp. 955-965; «Historisch-anthropologische Fragestellungen — ein Defizit der historischen Sozialwissenschaft?», en H. SÜSSMUTH (ed.), *Historische Anthropologie. Der Mensch in der Geschichte,* Göttingen, 1984, pp. 73-83; «Worum es geht», en BRÜGGEMEIER y KOCKA (eds.), *Geschichte von unten — Geschichte von innen*; «Antwort an David Sabean», *Geschichtsdidaktik,* núm. 11, 1986, pp. 24-27; *Sozialgeschichte*, pp. 167-174.

santos significó para los miembros de las comunidades del primer cristianismo del siglo tercero y cuarto, para su experiencia intelectual y su visión de la realidad; otra cosa es, sin embargo, comprender por qué la veneración de santos comenzó en tales siglos, por qué esta práctica fue posible bajo las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales del Bajo Imperio romano, qué «significaba» este hecho con respecto a aquella sociedad y su desarrollo a largo plazo. Para ello no basta con una posible reconstrucción aproximada, por lo demás muy difícil, del sentido que adquiría la veneración de los santos en el horizonte de experiencias de aquellos miembros de la comunidad. Se precisan más bien reflexiones tentativas de carácter histórico-estructural sobre la historia de la economía, la sociedad, la política y la cultura de aquella época, incluyendo esfuerzos teóricos dirigidos a la formulación de una teoría de la acción política en la sociedad antigua[21].

Otro ejemplo puede ilustrar la posible «falsedad» de las percepciones y experiencias. Imaginemos a un historiador interesado en analizar la ola de antisemitismo rural que creció en los años ochenta del siglo XIX en algunas zonas de Alemania, donde, por ejemplo, en el Alto Hesse, arrastró a algunos diputados de un nuevo partido antisemita al *Reichstag* (Böckel, Ahlwardt) y se desvaneció de nuevo en los años noventa. Imaginemos que este historiador se limitara a reconstruir las experiencias subjetivas de aquellos campesinos y pequeños agricultores del Alto Hesse cargados de deudas, acosados y sometidos a la presión de prestamistas y ganaderos (con frecuencia, judíos), de aquella gente que, en su mayoría, profesaban el antisemitismo de buena fe. Eso sería fatal: resultaría una interpretación absolutamente insuficiente que reproduciría las experiencias distorsionadas y los prejuicios de esa gente común. Sólo cuando el historiador consigue tomar en serio las vivencias y opiniones de los afectados, pero, al mismo tiempo, comprenderlas en su contexto (que, en el mejor de los casos, sólo es parcialmente susceptible de experimentación) hace justicia a aquellos campesinos y se aproxima a la verdad histórica. Para ello tiene que ocuparse de las recesiones económicas y la incipiente crisis agrícola de larga duración en aquel entonces (junto a sus causas en parte ocultas, vinculadas, por ejemplo, con las

---

[21] Este ejemplo se halla en J. MARTIN, «Die Integration von Erfahrungen», en BRÜGGEMEIER y KOCKA (eds.), *Geschichte von unten*, pp. 48-51.

nuevas posibilidades del transporte marítimo y de la producción agraria en Norteamérica), de la relación que prevalecía entre la ciudad y el campo, de la crisis del liberalismo en el contexto de la depresión de los años setenta y ochenta, de la historia secular de los judíos en la Europa cristiana, de su «inmigración» a la sociedad alemana desde las reformas de principio del siglo, de su sobrerrepresentación en determinadas profesiones que adquirían especial importancia durante la industrialización, etc. Todo esto da lugar a análisis históricos que tienen en cuenta las estructuras y los procesos; semejantes análisis no pueden remplazar la reconstrucción de las tribulaciones, la indignación y el antisemitismo de aquellos campesinos, pero tampoco pueden ser remplazados por ella[22].

Las estructuras y los procesos[23] son más que la suma de experiencias; a menudo no están presentes en las experiencias o lo están de forma incompleta. Por el contrario, las experiencias no están completamente determinadas por estructuras y procesos. Entre ambas dimensiones de la realidad no existe congruencia, sino un hiato. La historia social sin la historia de las experiencias

---

[22] Algo que ya se aprecia (por desgracia, con errores de transcripción que deforman el sentido) en *Alltagsgeschichte der NS-Zeit. Neue Perspektiven oder Trivialisierung?*, München, 1984, pp. 52s.

[23] Por acontecimiento cabe entender la relación de eventos que pueden experimentar los contemporáneos como unidad de sentido en el marco de una sucesión cronológica de antes y después; por tanto, una relación que puede ser «narrada» por el historiador en categorías cronológicas. Los acontecimientos se caracterizan por que no traspasan «el espacio de experimentación cronológico registrable por quienes participan en el acontecimiento», son desencadenados o padecidos por sujetos (personas) determinables y están condicionados por estructuras, sin derivarse, no obstante, plenamente de ellas. Por estructuras entiendo relaciones (no necesariamente experimentadas como unidades de sentido) o hechos, que no se diluyen «temporalmente en la estricta sucesión de acontecimientos susceptibles de ser experimentados» y alcanzan más allá del espacio de experimentación temporal de los coetáneos; de ahí que no puedan ser narrados como acontecimientos, sucesiones de acciones y experiencias. Las estructuras preceden a los acontecimientos y las experiencias «de modo distinto a la prelación cronológica», se plasman (aunque no del todo) en los acontecimientos y las experiencias y por ello son parcialmente inteligibles articulados en unos y otras. Estas reflexiones se basan en R. KOSELLECK, «Darstellung, Ereignis und Struktur», en G. SCHULZ (ed.), *Geschichte heute. Positionen, Tendenzen und Probleme*, Göttingen, 1973, pp. 307-317; *vid.* también KOCKA, *Sozialgeschichte*, pp. 73s. Por tanto, yo no distingo la «estructura» del «proceso», sino del «acontecimiento» y de la «acción».

puede resultar parcial e insuficiente. Pero tampoco ella se condensa, en tanto historia de las estructuras y de los procesos, en la historia de las experiencias; es más que ésta. Y no cabe esperar en absoluto exposiciones sintéticas efectuadas desde la historia de las experiencias. El enfoque de la historia de las experiencias no representa una alternativa a la historia social tal y como la conocemos hasta el momento, aun cuando, como expondré a continuación, pueda contribuir a enriquecerla internamente y a reponderarla.

2. La crítica de la historia de la cotidianeidad a la historia social moderna va unida con frecuencia a la exigencia de ampliar o modificar la perspectiva, prestando atención a las experiencias y la cultura. Se reivindica el estudio de la «cultura» y los «modos de vida» de la «gente común», esperando así comprender mejor sus vivencias y percepciones, sus acciones y aflicciones[24]. En este punto debería establecerse una distinción más tajante. La historia cultural y la historia de las experiencias no son equivalentes; la reconstrucción de la cultura pasada también precisa de incursiones en la historia estructural.

Cuando hoy se reivindica la reconstrucción de la «cultura popular», de la «cultura obrera», de la «cultura de la gente común», es indiscutible que «cultura» no (o no sólo) significa la producción, el resultado y la apropiación de una cultura superior, diferenciada como subsistema, dotada de instituciones propias y provista de personal especializado. Antes bien, en el contexto de estas reivindicaciones y nuevos enfoques la cultura parece entenderse como un sistema (un «tejido» o un «modelo») de signos[25].

---

[24] Véase R. BERDAHL *et alii* (eds.), *Klassen und Kultur. Sozialanthropologische Perspektiven in der Geschichtsschreibung,* Frankfurt, 1982, pp. 9ss. (introducción); R. VAN DÜLMEN y N. SCHINDLER (eds.), *Volkskultur. Zur Wiederentdeckung des vergessenen Alltags (16.-20. Jahrhunderts),* Frankfurt, 1984.

[25] Me apoyo, en gran medida, en C. GEERTZ, «Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture», en ID., *The Interpretation of Cultures*, New York, 1973, pp. 3-30 (trad. cast.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000); R. G. WALTERS, «Signs of the Times: Clifford Geertz and the Historians», *Social Research,* núm. 47, 1980, pp. 537-556, 582, 585; P. BOURDIEU, *Zur Soziologie symbolischer Formen,* Frankfurt, 1974, pp. 47-74, 125-158; P. BURKE, *Helden, Schurken und Narren. Europäische Volkskultur in der frühen Neuzeit,* Stuttgart, 1981 (versión inglesa de 1978), p. 9 (del prólogo de R. SCHENDA) (trad. cast.: *La cultura popular en la Europa moderna*, Barcelona, Altaya, 1997); los representantes de los nuevos planteamientos de historia cultural recurren a menu-

que *confiere sentido* a la realidad para un número considerable de personas (un grupo profesional, un estamento, una clase, una comunidad religiosa, un pueblo, una nación, los miembros de una sociedad, etc.) y así posibilita sus relaciones sociales (comunicación, pertenencia y diferenciación) tanto como sus relaciones internas y con su entorno (incluida la naturaleza). Estas interpretaciones contienen informaciones sobre lo correcto y lo falso, lo bueno y lo malo (lo justo y lo injusto), lo bello y lo indecoroso. Contribuyen a establecer en qué contextos perciben y ordenan las personas su realidad, cómo valoran los hechos, las acciones y las innovaciones y a qué posiciones estéticas llegan. Estas interpretaciones marcan las mentalidades, cuya transformación es sólo paulatina, las disposiciones a la acción y los modos de vida de la gente. Tales sistemas de signos cargados de significación y proveedores de sentido permiten ser expresados a través de un gran número de fenómenos; a través de aquellos que, como determinados textos, códigos, símbolos, obras artísticas, tradiciones orales, actos religiosos, rituales, usos, gestos, etc., sirven fundamentalmente a este fin. Pero también pueden expresarse a través de actos y productos que sirven primordialmente a otros fines (por ejemplo, la satisfacción de necesidades distintas, el trabajo, el ejercicio del poder, la persuasión argumentativa, la reproducción). *Por tanto*, otras muchas manifestaciones vitales, otras acciones u otros productos (una obra artesanal, un discurso parlamentario, una relación amorosa, una sanción, un producto industrial expuesto en un museo, el estatuto de una asociación) pueden ser *asimismo* interpretados como elementos de una relación cultural. La «cultura» así entendida se transforma en el tiempo, pero no se halla sometida a cambios rápidos. Más bien posee suficiente consistencia relativa y peso propio para mantener su identidad y poder ser transmitida (por ejemplo, entre particulares o entre generaciones), a pesar de los cambios que sufren los individuos, cuyas vivencias y acciones contribuye a orientar y a través de las cuales se manifiesta y se reproduce siempre nuevamente[26].

---

do a Geertz, Bourdieu y Burke. Muy informativo y con amplias referencias bibliográficas: W. LEPENIES, «Arbeiterkultur. Zur Konjunktur eines Begriffs», *Geschichte und Gesellschaft,* núm. 5, 1979, pp. 125-136. *Vid.* también J. KOCKA, «Arbeiterkultur als Forschungsthema», *Geschichte und Gesellschaft,* núm. 5, 1979, pp. 5-11.

[26] Esta transmisibilidad, que se extiende sobre las experiencias individuales,

El análisis de la cultura así entendida nos acerca, sin duda, a las percepciones, las experiencias, las asimilaciones, las acciones y los intereses de los contemporáneos. El significado que tenía para los oficiales artesanos la imposición paulatina de la economía de mercado y, más tarde, de la producción de las grandes empresas en los años cuarenta del siglo XIX, la vivencia de estos procesos (o estas transformaciones estructurales), las razones por las cuales tomaron postura de esta manera y no de otra, y se comportaron así y no de otro modo, pueden descifrarse sólo cuando se conoce y se incorpora a la argumentación su cultura, tal y como la he definido, sus mentalidades condicionadas culturalmente y sus modos de vida habituales. La cultura tiñe, marca y dirige las percepciones de la realidad, las experiencias y las transformaciones, las actividades y los intereses derivados de todo ello. Pero mientras los «signos» individuales proveedores de sentido, que son, por tanto, manifestaciones culturales (la narración de un cuento, la exhibición ostentosa de una bandera, una cencerrada, una misa) podían ser experimentados por los contemporáneos como cargados de sentido y significado (y así ocurría si surtían efecto), esto no se aplica al «tejido» de los signos, es decir a la cultura, compuesta precisamente de aquellos signos o manifestaciones individuales. La extensión temporal de este «tejido» superaba la extensión temporal de las experiencias de las personas concretas. Descifrar el «sentido» trascendente de este tejido (de distinta manera de acuerdo con el planteamiento del investigador, por lo cual debería preferiblemente evitarse hablar de una «lógica social»), exige más que la reconstrucción de las experiencias, en las cuales aquel sentido se hallaba presente sólo parcial y quizá deformadamente. Se precisa, pues, más bien la decodificación de una estructura cultural que las experiencias individuales sólo pueden esclarecer de manera parcial. «Cultura» y «estructura» no representan conceptos contrapuestos, ni se hallan en tensión. La histo-

---

también es aplicable a lo que se entiende por «mentalidad» y «modo de vida», categorías de uso habitual, a menudo estrechamente asociadas a «cultura». *Vid.*, por ejemplo, R. WILLIAMS, «Theorie und Verfahren der Kulturanalyse», en ID., *Innovationen. Über den Prozeßcharakter von Literatur und Kultur,* Frankfurt, 1977, p. 50; H. MEDICK, «Plebejische Kultur, plebejische Öffentlickeit, plebejische Ökonomie. Über Erfahrungen und Verhaltensweisen Besitzarmer und Besitzloser in der Übergangsphase zum Kapitalismus», en BERDAHL *et alii.* (eds.), *Klassen und Kultur*, pp. 157-204, 160.

ria cultural y la historia de las experiencias no son idénticas[27]. La historia cultural, correctamente practicada, posee, sin duda, un componente de historia de las experiencias; nos aproxima a las percepciones, vivencias y acciones de los contemporáneos. Su atractivo radica, al parecer, en esto. Pero también precisa el recurso a la historia estructural y —en este contexto— obviamente también a las teorías. No lleva necesariamente a la reconstrucción de experiencias cotidianas y, en ningún caso, «desde dentro». No podrán reconstruirse las experiencias de los contemporáneos sin tomar en consideración sus pautas interpretativas culturales, pero a partir de la reconstrucción hermenéutico-interpretativa de sus vivencias no se comprende ni por asomo su cultura.

3. Ni el enfoque de la historia social tal como la concebía Conze, ni el programa de la sociología histórica, ni gran parte de la bibliografía publicada en las últimas tres décadas en el ámbito de esta disciplina han descuidado del todo las percepciones y experiencias de las personas que, en el pie de la pirámide social o algo más arriba, se sienten afectadas, elaboran tales vivencias y actúan. No debemos construir espantapájaros. Conze advirtió desde el principio del riesgo de magnificar el enfoque de la historia estructural; casi con un conservadurismo irritante insistía en la necesidad de trabajar pegado a las fuentes, «dejar que la historia se nos revele a través de testimonios inmediatos, desarrollar o precisar los conceptos a partir de las fuentes e ilustrar específicamente los problemas generales siempre en la situación histórica correspondiente». Para cumplir el programa de la historia estructural recomendaba investigaciones (microhistóricas) sobre pueblos y ciudades, y reivindicaba, junto con la estadística, el método de la historia conceptual y el recurso a la biografía[28]. El programa de sociología histórica aludía, una y otra vez, a la necesidad de conectar los procedimientos analíticos y hermenéuticos[29]. Basta echar un

---

[27] *Vid.* sobre la definición la nota 22. Asimismo LEPENIES, *Arbeiterkultur*, p. 132: «La preferencia analítica [en las investigaciones sobre la "cultura obrera"] se basa en que las actitudes y los modos de vida culturales parecen ser más estables que las posturas y las acciones políticas; por ello constituyen objetos privilegiados de un enfoque histórico de orientación estructural».

[28] *Vid.* CONZE, *Strukturgeschichte*, p. 21; ID., «Sozialgeschichte», en WEHLER (ed.), *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, pp. 19-26.

[29] *Vid.* al respecto el prólogo de los editores de la revista *Geschichte und Gesellschaft. Zeitschrift für historische Sozialwissenschaft,* núm. 1, 1975, p. 1.

vistazo a las investigaciones realizadas en el marco de este programa para descubrir que, a pesar de todo su interés por las estructuras y los procesos, también toman en consideración las experiencias de los grupos sociales analizados y procuran entenderlas con mayor o menor éxito[30].

Así como la historia social no monopoliza el enfoque de la historia estructural, por regla general tampoco se resume en ella; antes bien, el análisis de las acciones sociales y las experiencias forma asimismo parte de las tareas de la historia social[31]. Quien se *limitara* a efectuar análisis históricos de estructuras o procesos, estaría desconociendo que las estructuras históricas resultan, sobre todo en la fase de su surgimiento, de acciones individuales y colectivas, derivadas de experiencias y motivadas por objetivos; y que tales acciones influyen sobre las estructuras, las mantienen constantes o las transforman permanentemente, por mucho que, al mismo tiempo, éstas desarrollen una dinámica propia y marquen las experiencias y las acciones, aun cuando no suelan concordar con los objetivos intencionados de los actos humanos o con sus vivencias. Se trata de comprender la *relación* entre las estructuras y los procesos, por una parte, y las acciones y las experiencias, por otra, como una relación históricamente variable de refracción y no-congruencia; no se trata, sin embargo, de negar o ignorar esta relación. Omitirla significaría, desde una perspectiva

---

[30] *Vid.* «Bismarck und der Imperialismus» de H.-U. WEHLER; «Unternehmensverwaltung und Angestelltenschaft» de J. KOCKA; las investigaciones sobre el antisemitismo de R. RÜRUP; el análisis de K. TENFELDE sobre los mineros del Ruhr, así como el libro de H. REIF sobre la nobleza de Münster en los siglos XVII y XVIII. Esto se aplica ya en escasa medida a la «investigación social histórica», estrictamente cuantitativa, generada en torno a la revista *Historical Social Research / Historische Sozialforschung.* No obstante, la cuantificación no es una característica necesaria de la historia estructural, ni de la historia social de orientación teórica tal y como la practica la sociología histórica. Sobre este punto, con más detalles y ejemplos, *vid.* J. KOCKA, «Theories and Quantification in History», *Social Science History,* núm. 8, 1984, pp. 169-178.

[31] Por lo demás, la historia social es entendida, por un lado, como «ciencia sectorial», como subdisciplina de la historia que se distingue de otras (como la historia política, la historia económica y la historia cultural) a través de su objeto particular, de su campo de investigación específico, concretamente las estructuras, los procesos y las acciones sociales. Por otro lado, la historia social significa tanto como la historia de sociedades completas (historia de la sociedad o *Gesellschaftsgeschichte*), es decir, historia general desde la perspectiva de la historia social.

metodológica, tanto como reducir la realidad histórica objetivamente a estructuras o procesos, o ignorarla subjetivamente como contexto de acciones y experiencias. Que sea así puede pretenderse utópicamente. Hacer como si así lo fuera, sería fatal.

4. Convengamos, no obstante, que en las dos últimas décadas la historia social se ha concentrado prioritariamente en la tarea de comprender las estructuras y los procesos, incluyendo a menudo más bien de manera circunstancial las opiniones y las experiencias, la elaboración de estas últimas y las acciones de los contemporáneos, sin que haya proporcionado siempre una conexión entre las estructuras y las vivencias, entre los procesos y las acciones. Las teorías aplicadas en la historia social, o más propiamente en la historia social y económica, estaban construidas de tal forma que facilitaban el análisis de las estructuras y los procesos, pero dificultaban la conexión con las acciones y las experiencias. Tomemos como ejemplo las teorías de la protesta social. Han permitido a los historiadores analizar la relación entre distintas formas de protesta, por una parte, y la industrialización, el nivel de vida, la urbanización y la formación del Estado, por otra. ¿Es la reiteración de huelgas y disturbios resultado del desarraigo de las clases bajas o presupone más bien su integración? Preguntas como ésta han sido rastreadas con gran interés[32]. Pero, curiosamente, las esperanzas y los temores, las vivencias y las posturas de la gente que protestaba quedaron con frecuencia al margen. Podríamos citar otros muchos ejemplos.

En este sentido, la crítica de la historia de la cotidianeidad resulta productiva. Insiste en la necesidad, en realidad indiscutible pero no siempre totalmente observada, de tomar en serio y reconstruir las experiencias, las actitudes y los actos de la gente de tiempos pasados. Pretende revalorizar, con todo derecho, una dimensión que la historia social ha descuidado en ocasiones, pero cuya importancia no cabe cuestionar. De esta manera se abre no

---

[32] *Vid.* especialmente Ch. TILLY *et alii, The Rebellious Century 1830-1930,* Cambridge, 1975 (trad. cast.: *El siglo rebelde 1830-1930,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997). También sobre este tema se ha publicado posteriormente H.-G. HUSUNG, *Protest und Repression im Vormärz. Norddeutschland zwischen Restauration und Revolution,* Göttingen, 1983; H. VOLKMANN y J. BERGMANN (eds.), *Sozialer Protest. Studien zu traditioneller Resistenz und kollektiver Gewalt in Deutschland vom Vormärz bis zur Reichsgründung,* Opladen, 1984.

sólo a un gran número de nuevos temas y ámbitos de la realidad, tradicionalmente poco estudiados. No sólo activa nuevos motivos para ocuparse de la historia. También puede introducir matizaciones y realzar otros aspectos en el cuadro general de épocas y fenómenos históricos que, hasta entonces, se discutían y ubicaban prioritariamente desde la perspectiva de la historia de las estructuras y los procesos[33].

5. Lograr una conexión adecuada entre las experiencias, las percepciones, las actitudes y las acciones, de un lado, y las estructuras y los procesos, de otro, resulta crucial. La historia de las experiencias pura es, en el fondo, una abstracción mucho más unilateral que la mera historia estructural. En la conexión entre ambas residen los problemas interesantes, que deben seguir abordándose de manera práctica, pero discutiéndose siempre de nuevo en el terreno teórico[34].

De los historiadores de la cotidianeidad cabe esperar poco. Con su inclinación a las menudencias, su desconfianza frente a las estructuras y los procesos, y no pocas veces también frente a la historia y la sociología profesionales, con su mayoritaria predilección por una reproducción de experiencias, simpatizante y conceptualmente pobre, a ser posible a través de recuerdos transmitidos, seguirá descubriendo y alumbrando nichos. Esto es, sin duda, importante, pero con frecuencia también enojoso, improductivo y prolijo. Por ello, es de suponer que abandone el análisis de la relación entre las experiencias y las estructuras en manos de otros, o que siga reseñando negativamente esta relación y desfigurando así los nichos, convertidos en refugios de la subjetividad obstinada y de la inadecuación esquiva, tomando distancia frente a los procesos de modernización supuestamente hostiles a la vida (o, tal vez, incluso oponiéndose a ellos). Pero aunque (como ojalá suceda

---

[33] Los cambios en la imagen de conjunto del período nacionalsocialista pueden servir de ilustración. *Vid.*, por ejemplo, la contribución de M. BROSZAT en *Alltagsgeschichte der NS-Zeit*, pp. 11-20; D. PEUKERT y J. REULECKE (eds.), *Die Reihen fast geschlossen. Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus,* Wuppertal, 1981.

[34] Sobre este punto, *vid.* principalmente las contribuciones de J. RÜSEN, «Erklärung und Theorie in der Geschichtswissenschaft», *Storia della storiografia,* núm. 4, 1983, pp. 3-29; *Historische Vernunft. Grundzüge einer Historik I,* Göttingen, 1983; *Rekonstruktion der Vergangenheit. Grundzüge einer Historik II,* Göttingen, 1986.

cada vez más) los historiadores de la cotidianeidad pueden liberarse de la carga de este ambiente, entreverado con elementos irracionales, de crítica contra la civilización que pesa sobre ellos (y otros), no se ve muy bien cómo a partir de la historia de las percepciones, las experiencias y las acciones pueden formularse conceptos sintéticos, planteamientos y teorías que permitan una reconstrucción de la historia en sus rasgos esenciales. Esta posibilidad no se dará en tanto prevalezca la experiencia secular y fehaciente de la fuerza de las circunstancias, tal y como fue planteada por primera vez por el programa de la historia estructural de los años cincuenta. ¿Y quién ve indicios de que tal experiencia se halle superada en nuestros días, al final del siglo XX? ¿Quién podría razonablemente argumentar que nuestra historia se encuentra en un proceso de cambio desde los contextos marcados por relaciones estructurales a los marcados por acciones, desde los sistemas a los mundos de vida? Nada sugiere una transformación semejante.

No, la historia de las estructuras y los procesos será la que más probablemente proporcione la conexión. Hay varias posibilidades, algunas ya conocidas y ojalá también otras nuevas. La pregunta sobre cómo percibieron, experimentaron, elaboraron, aceptaron o rechazaron quienes vivían entonces las estructuras y los procesos analizados se deja integrar con facilidad en los planteamientos de la historia de las estructuras y los procesos si se incorporan al análisis, con mayor énfasis que hasta el momento, las estructuras y los procesos culturales. En esta empresa podremos aprovechar la colaboración de la etnología y la antropología social, cuya importancia se acrecienta para la historia social[35]. La cuestión de las causas de las *transformaciones* estructurales conduce con frecuencia a contextos históricos marcados por las acciones y sus repercursiones sobre la gente de a pie. Así se ha puesto recientemente de manifiesto en la historia de los movimientos de protesta en los inicios de la Edad Moderna y de sus efectos sobre las autoridades[36]. Se puede intentar ilustrar estructuras y pro-

---

[35] *Vid. Geschichte und Gesellschaft* núm. 10, 3, 1984; «Anthropology and History in the 1980s», *Journal of Interdisciplinary History,* núm. 12, 1981, pp. 252-278; H. BAUSINGER, *Volkskunde. Von der Altertumsforschung zur Kulturanalyse,* Darmstadt, 1979; G. WIEGELMANN *et alii.* (eds.), *Volkskunde. Eine Einführung,* Berlin, 1977.

[36] *Vid.,* por ejemplo, B. W. SCHULZE (ed.), *Europäische Bauernrevolten der frühen Neuzeit,* Frankfurt, 1982.

cesos extensos a través de la narración de acciones, sucesiones de acontecimientos y experiencias vitales, pues, dentro de ciertos límites y con ciertas fracturas, las estructuras y los procesos históricos están siempre presentes en las experiencias y las acciones, y a través de unas y otras pueden ser representados[37]. Esta es una habilidad que sólo se alcanza cuando se poseen conocimientos de historia de las estructuras y los procesos. A la luz de estos conocimientos puede interpretarse el fenómeno histórico, bien sea la experiencia, la acción o la práctica cotidiana. Se buscarán teorías o combinaciones de teorías que contemplen dimensiones tanto de la historia sistémica como de la historia de los mundos de vida[38]. La historia social es, en cualquier caso, historia de las estructuras y de las experiencias al mismo tiempo. Sólo a través de la conexión entre ambas se realiza plenamente.

---

[36] *Vid* J. KOCKA, «Zurück zur Erzählung? Plädoyer für historische Argumentation», *Geschichte und Gesellschaft*, núm. 10, 1984, pp. 395-408, 406 (traducido en esta colección de artículos bajo el título «¿El retorno a la narración? Alegato a favor de la argumentación histórica»).

[37] De nuevo cabe referirse al muy valioso libro de H. REIF, *Westfälischer Adel 1770-1860. Vom Herrschaftsstand zur regionalen Elite,* Göttingen, 1979.

CAPÍTULO III

¿EL RETORNO A LA NARRACIÓN? ALEGATO A FAVOR DE LA ARGUMENTACIÓN HISTÓRICA*

I. En noviembre de 1981 Joachim Fest y Christian Meier invitaron a algunos historiadores alemanes a participar en una serie bajo el título «Relatos históricos cortos», que debían aparecer en el diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung* con periodicidad irregular. A los historiadores convocados se les pidió «que eligieran de entre sus ámbitos de investigación un evento y que lo contaran de la manera más clara posible, con el fin de transmitir a un amplio público no sólo el acontecimiento en sí mismo, sino una parte de la historia estructural». Los invitados constataron la existencia de un interés por la historia sorprendentemente reavivado en la esfera pública, al cual no sabía responder la historia profesional con su elevada especialización y su tendencia a la historia estructural. La serie planeada debía contribuir a reducir esta carencia. Algunos meses después se interrumpió esta empresa porque apenas ninguno de los relatos enviados cumplía la exigencia planteada de relatar un acontecimiento de manera ilustrativa y ofrecer así al conjunto de lectores el acceso a una parcela de la historia estructural.

---

* Publicado en *Geschichte und Gesellschaft*, núm. 10, 1984, pp. 395-408. Versión escasamente reelaborada de la conferencia que pronuncié en el congreso anual de la Western Association for German Studies en Madison, Wisconsin (30-9/2-10-1983), así como también en el congreso anual de la Deutsche Gesellschaft für Amerikastudien en Kiel (24/27-5-1983).

A finales del año 1981 el historiador americano Gordon A. Craig recibió el premio a los historiadores de la ciudad de Münster, que, por primera vez, fue concedido a una obra de la historiografía «que expone con un alto nivel de especialización una época de la historia europea con referencias al presente, y ha merecido una consideración que trasciende los círculos especializados». Craig obtuvo el premio por su muy exitosa «Historia de Alemania 1866-1945». En su conferencia de agradecimiento, Craig cuestionó las nuevas tendencias de la historiografía. Según él, ésta versaba en la actualidad, principalmente, sobre «las fuerzas ocultas o las oscilaciones en la fertilidad, las tendencias del desarrollo de la población, las transformaciones climáticas y otras cuestiones». El objetivo de la buena historiografía era, sin embargo, como ya dijera Tucídides, el estudio de las personas en sus circunstancias, no de las mismas circunstancias. Resultaba terrible observar «cuántos historiadores jóvenes... parecían haberse entregado de por vida a la producción de estudios especializados». «La historia narrativa», siguió diciendo, «había dejado paso, en gran medida, a la historia analítica, que a menudo es muy técnica en su contenido y se expresa a través de fórmulas cuantitativas y matemáticas; un número creciente de escritos históricos está dedicado a cuestiones historiográficas y metodológicas». Pero, en última instancia, la historia no es «una ciencia exacta, sino una disciplina humanística»[1]. El gran éxito de ventas de su libro galardonado no es el indicio menos importante de que Craig no se encuentra solo cuando hace estas apreciaciones. En la misma imagen podría encajar el hecho de que, entre los mayores éxitos de libros históricos de los últimos años, figuren tres biografías (todas ellas, por cierto, editadas por Wolf Jobst Siedler): la doble biografía sobre Bismarck y su banquero Bleichröder de Fritz Stern, el «Bismarck» de Lothar Gall y el «César» de Christian Meier.

Finalmente deseo hacer una tercera observación: dentro de la historia social va ganando terreno una corriente o perspectiva promovida mayormente por historiadores jóvenes, para la cual se ha establecido la denominación de «historia de la cotidianeidad»

---

[1] G. A. CRAIG, «Der Historiker und sein Publikum», en *Erster Träger des Historikerpreises der Stadt Münster. Gordon A. Craig* (editado por el Oberstadtdirektor der Stadt Münster [Presseamt]), julio de 1982, pp. 41-77, citas de las pp. 57, 67, 55, 57.

(*Alltagsgeschichte*). Esta corriente se caracteriza por su interés prioritario por las experiencias y las percepciones cotidianas, el comportamiento diario y las formas de vida —«la cultura»[2]— de la gente sencilla de tiempos pasados, y el interés menos acusado por las grandes estructuras y los vastos procesos, como la industrialización, la formación del Estado o la revolución. La historia de la cotidianeidad concentra sus esfuerzos en la reconstrucción de mundos de vida en transformación, pequeños y abarcables, de trayectorias vitales, de la historia de una familia o un pueblo, o en la interpretación del significado de una fiesta o una huelga. Con frecuencia se halla fuertemente determinada por planteamientos propios de la antropología cultural. En todo caso, algunos representantes de esta tendencia desean dar la palabra directamente a su objeto de estudio, el pequeño mundo de la gente común, que habitualmente contemplan con mucha simpatía y comprensión. Algunos de ellos piensan que, en el análisis de estas cuestiones, la mirada fría del historiador social sólo puede importunar y perturbar[3].

Estas tres observaciones podrían fácilmente completarse con otras, procedentes de otros países del entorno occidental[4]. Por

---

[2] En la actualidad, esta palabra es objeto de un uso inflacionario y una extensión imprecisa que limitan considerablemente su utilidad. Así se observa, por ejemplo, en A. BERDAHL *et al., Klassen und Kultur. Sozialanthropologische Perspektiven in der Geschichtswissenschaft,* Frankfurt, 1982, p. 11 (Introducción). No menos borroso e inconsecuente aparece el concepto en: M. STÜRMER, *Das ruhelose Reich. Deutschland 1866-1918,* Berlin, 1983, pp. 95-119; bajo el título «Cultura política» aparecen tratados, junto a los símbolos políticos y el estilo político, los problemas del federalismo, la constitución del Reich, las amenazas de golpe de Estado de Bismarck, así como también las elecciones y los parlamentos, entre otras cosas.

[3] Para una discusión sobre la bibliografía, *vid.* J. KOCKA, «Klassen oder Kultur? Durchbrüche und Sackgassen in der Arbeitergeschichte», *Merkur,* núm. 36, 1982, pp. 955-965; M. BROSZAT replica en: «Plädoyer für Alltagsgeschichte», *Merkur,* núm. 36, 1982, pp. 1244-1248. *Vid.* también el debate entre D. PEUKERT y A. LÜDTKE en: *Das Argument,* núm. 140, 1983, pp. 536-549, así como la aportación de K. TENFELDE en este mismo ejemplar de la revista; además, la colección de contribuciones a la discusión en H. SÜSSMUTH (ed.), *Historische Anthropologie. Der Mensch in der Geschichte,* Göttingen, 1984 (especialmente las de H. MEDICK, D. PEUKERT y J. KOCKA).

[4] Mucha atención ha suscitado el giro de 180 grados efectuado por Lawrence STONE (*Vid.* su «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past & Present,* núm. 85, 1979, pp. 3-24; y *The Past and the Present,* London, 1981, pp. 74-96).

muchas diferencias que presenten, apuntan a un común denominador: implican una crítica a una historia demasiado centrada en estructuras y procesos, enriquecida con teoría y que procede analíticamente; señalan una renovada valoración de la narración histórica. «Narrar» significa aquí, y así se utilizará el concepto en las páginas siguientes, una forma de exposición, en la cual la sucesión temporal de acontecimientos susceptibles de descripción y de acciones inteligibles es central; no lo es, sin embargo, el análisis de las estructuras y los procesos, aun cuando a través de la narración de eventos y acciones pueda pretenderse arrojar luz sobre unas y otros. Cuando aquí y en las páginas siguientes defiendo un concepto de «narración» entendido primordialmente como un principio de exposición, parto conscientemente de que la exposición influye sobre el modo en el cual se plantea un problema de la historia y se emprende su estudio. Narración significa, por tanto, en puridad, no sólo un hecho en el plano de la exposición, sino también algo que influye sobre la investigación, si bien sólo de forma indirecta.

Estoy convencido de que éste o un significado parecido es el que se da al concepto «narración» cuando últimamente se vuelve a invocar con más fuerza la historiografía narrativa. Lo que una mayor dosis de narración debe reemplazar, modificar o desplazar de su supuesto dominio es una historia más estructural, más teórica y más orientada analíticamente. En este sentido, narración y teoría se oponen claramente o, al menos, se hallan en tensión. De otra forma, la exigencia actual de más narración en la historia tiene tan escaso sentido como las tres observaciones antes apuntadas o el título de este artículo.

Por supuesto, hay otros significados más amplios y complicados del concepto de «narración», especialmente entre filólogos, aunque también en la discusión histórico-teórica (cabe pensar, por ejemplo, en Arthur C. Danto o HaydenWhite). Según el filósofo Hans Michael Baumgartner, «narración» significa no sólo la estructura temporal de textos y argumentaciones históricos, sino también una forma de interpretación de la realidad fundamental y necesaria, dispuesta en las condiciones básicas de la existencia humana[5]. Casi igual de amplio es el concepto de narración del

---

[5] M. BAUMGARTNER, «Erzählung und Theorie in der Geschichte», en J. KOCKA y Th. NIPPERDEY (eds.), *Theorie und Erzählung in der Geschichte,* Mün-

que se sirve el teórico de la historia Jörn Rüsen: narrar es, según él, «un ejercicio cultural de necesidad vital», «una acción oral elemental y general, a través de la cual se interpretan las experiencias temporales, esto es, se ponen en relación con puntos de vista supremos de la organización consciente de la práctica vital de los individuos»[6]. Rüsen concibe la «narración» en un sentido tan lato, que la utilización de teoría y la argumentación discursiva pueden ser formas de narración siempre que se refieran de forma específica a la transformación de la realidad humana en el tiempo y radiquen en la necesidad humana de orientarse en los mundos de vida del presente. De esta forma se allana, se suprime, se omite la tensión entre teoría y narración, entre una historia que procede analíticamente y otra narrativa. La narración se convierte realmente en el arquetipo del tratamiento histórico de la realidad. En este sentido, la narración ya no es una «forma especial, junto a otras, de tratar la historia» (S. Quandt), sino el principio constituyente de la historia por excelencia, sin sesgo antiteórico o anstiestructural alguno.

Por supuesto, el concepto de narración puede definirse con este grado de amplitud. Entonces todos los historiadores, también los más decididos valedores de la historia estructural de carácter teórico, han narrado siempre (quizá con algunas pocas excepciones). Sólo que así desaparece la controversia, hoy de nuevo actual, entre quienes defienden una historia teórico-estructural y quienes abogan por una historia más narrativa. En esta polémica actual, «narración» no se entiende en una acepción tan amplia y exigente, por lo demás, alejada del uso verbal común, sino aproximadamente en el sentido estricto antes esbozado. Éste es el significado que doy a esta la palabra cuando la utilizo en las siguientes páginas.

II. Para poder valorar correctamente el sentido y la justificación de la demanda de más narración es necesario tener presente *contra* qué se dirige ésta. ¿Cuáles son las tendencias en la historia

---

chen, 1979, pp. 259-289; en este volumen pueden también encontrarse otras contribuciones sobre el tema, especialmente las de K. STIERLE, W. HARDTWIG y J. RÜSEN.

[6] J. RÜSEN, «Geschichtsdidaktische Konsequenzen aus einer erzähltheoretischen Historik», en S. QUANDT y H. SÜSSMUTH (eds.), *Historisches Erzählen. Formen und Funktionen,* Göttingen, 1982, pp. 129-170, aquí, p. 135.

más reciente de la República Federal a las que se opone la exigencia de más narración? Destacaré dos de estas tendencias, eligiendo los ejemplos fundamentalmente de la historia moderna desde el final del siglo XVIII.

1. En contraste con décadas anteriores, cada vez más se han ido imponiendo las aproximaciones históricas basadas en el estudio de estructuras o procesos, desplazando así a otras fundadas en acontecimientos, acciones y experiencias. Por ejemplo, los historiadores económicos han preferido antes investigar la industrialización que la fundación de una empresa. Los historiadores políticos han escrito antes sobre la parlamentarización o el desarrollo del sistema de partidos en Alemania que sobre las motivaciones de Bebel o Stresemann. Los historiadores sociales han debatido sobre la formación de clase y la desigualdad social, y sólo raramente han narrado la historia de vida de un campesino o de una familia trabajadora. Los historiadores culturales se han preocupado de la «lógica» interna de la «cultura plebeya», en lugar de reconstruir las alegrías y las desgracias de un trabajador doméstico o estudiar grandes obras artísticas individuales. Estos ejemplos muestran que la orientación hacia la historia de las estructuras y los procesos no ha sido, ni es, una peculiaridad de la historia económica o de la historia social; se aprecia asimismo en la historia política, en la historia cultural y religiosa. El concepto opuesto a «historia estructural» no es «historia cultural», sino «historia de los acontecimientos», o «historia de las acciones», o «historia de las experiencias»[7].

¿Qué subyacía en este vigoroso interés por la historia de las estructuras y de los procesos? En última instancia, un aprendizaje trascendental que se abrió camino en Alemania y otros lugares: el aprendizaje de la enorme fuerza de las relaciones. Habermas lo ha expresado persuasivamente: la historia no se acaba en las intenciones recíprocas de los hombres. Cabe añadir que, la mayoría de las veces, se abre una enorme brecha entre las intenciones y las consecuencias de la acción. Sólo una parte de la realidad histórí-

---

[7] En torno a la delimitación de «estructura» y «proceso» frente a «acontecimiento» y «acción», *vid.* J. KOCKA, *Sozialgeschichte. Begriff, Entwicklung, Probleme,* Göttingen, 1977, pp. 74-77 (trad. cast.: *Historia social: concepto, desarrollo, problemas,* Barcelona, Laia, 1989); elaborado sobre la base de: R. KOSELLECK, «Darstellung, Ereignis und Struktur», en G. SCHULZ (ed.), *Geschichte heute,* Göttingen, 1973, pp. 307-317.

ca se halla manifiesta y presente en las experiencias y en la conciencia de los vivos; muchas condiciones de la acción y de la experiencia, en cambio, no. Por ello, no es suficiente reconstruir las acciones, las experiencias y los acontecimientos narrativamente, como parecen pretender hoy, de nuevo, algunos historiadores de la cotidianeidad. En los años sesenta y setenta, la orientación hacia la historia de las estructuras y los procesos se vinculaba con una intensa crítica al historicismo, al cual se le reprochaba, no sin razón, que había circunscrito el interés de los historiadores fundamentalmente a la comprensión del sentido intencionado, de las acciones humanas y los acontecimientos susceptibles de ser experimentados[8].

Este ánimo estructuralista se hallaba, y se halla, ampliamente extendido. Lo comparten muchos historiadores que, por lo demás, se distinguen considerablemente entre sí. Con esta orientación hacia las estructuras y los procesos, el desarrollo en la República Federal se equiparaba, en principio, al de otros países.

2. Algo menos difundida estaba y está, en cambio, la segunda tendencia contra la cual se dirige la reivindicación de «más narración». Se trata, sobre todo, de la proclividad observable en los últimos años sesenta y en los setenta hacia una historia analítica y orientada teóricamente. Esta proclividad fue probablemente más acusada en la República Federal que en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. La historia de orientación teórica se halla especialmente representada en el programa y también en la práctica de esta revista (*Zeitschrift für Historische Sozialwissenschaft*)[9]. Pero la densidad teórica también ha aumentado en los escritos de otros muchos historiadores. ¿Qué significa esto?

La orientación teórica no entrañaba, por regla general, la búsqueda de leyes nomológicas y el deseo de convertir la historia en una ciencia de leyes. Tampoco comportaba necesariamente cuantificación; de hecho, en la historia alemana se han impuesto los métodos estadístico-cuantitativos mucho menos que en la

---

[8] *Vid.* G. G. IGGERS, *Vom Historismus zur Historischen Sozialwissenschaft. Ein internationaler Vergleich,* München, 1978, pp. 97-156. La cita literal de HABERMAS se encuentra en: *Zur Logik der Sozialwissenschaften. Materialien,* Frankfurt, 1970, p. 116 (trad. cast.: *La lógica de las ciencias sociales,* Madrid, Tecnos, 1996).

[9] *Vid.* el prólogo de los editores en *Geschichte und Gesellschaft,* núm. 1, 1975, pp. 5-7.

americana o en la francesa, y también en este terreno continúan teniendo mucho que hacer los historiadores alemanes. En todo caso, hay ejemplos célebres y menos célebres de historiografía de carácter teórico, pero no cuantificador, en Max Weber y Norbert Elias, Barringon Moore o Reinhart Koselleck[10]. Antes bien, la orientación teórica implicaba la utilización flexible de conceptos, modelos y teorías explícitas —a menudo procedentes de las vecinas ciencias sociales— con el fin de estructurar y delimitar el objeto de estudio, de enlazarlo con aspectos parciales y también de explicar. Conceptos de clase en la tradición de Marx o Weber fueron utilizados en la historia del trabajo; se aplicaron teorías de la modernización a la interpretación del *II Reich* o teorías psicosociales en la historia de las mentalidades. La mayoría de las veces, dichas teorías fueron modificadas para su uso en la investigación histórica, adaptándolas a sus necesidades específicas. A menudo, varias teorías se articulaban entre sí y se utilizaban de modo semejante a los tipos ideales. Servían así como principios organizadores en las argumentaciones históricas complejas. Se abrió paso la convicción de que podría ser productivo y útil aplicar conceptos sistemáticos del presente para la comprensión del pasado, en lugar de desviarse escasamente del lenguaje de las fuentes. La utilización que hizo Hans Rosenberg de las teorías de la coyuntura de Kondratieff y Schumpeter en su libro *Große Depression und Bismarckzeit* («La gran depresión y la era de Bismarck», publicado por primera vez en 1967) se convirtió en un modelo clásico para muchos historiadores de orientación teórica.

Asimismo, la proclividad a la reflexión metodológica formaba parte de la historiografía de impronta teórica. Bajo la inspiración de Max Weber, el objetivo consistía en explicitar las propias decisiones conceptuales para hacerlas también mas debatibles y criticables. Esto no tenía nada que ver con el dogmatismo, más bien al contrario, pero sí con un compromiso crítico. Muchos de quienes defendían la utilización de teorías en la historia subrayaban al tiempo las funciones sociales y políticas de la disciplina, su cometido de crítica a la tradición y la ideología, su contribución a la emancipación. La historia de orientación teórica nunca fue en-

---

[10] *Vid.* J. KOCKA, «Theorieorientierung und Theoriepraxis in der Geschichtswissenschaft. Alte und neue Argumente», *Historische Sozialforschung. QUANTUM Information*, núm. 23, 1982, pp. 4-19.

tendida como un castillo en el aire, sino como un esfuerzo con relevancia práctica[11].

¿Qué significaba para la exposición historiográfica el modo de observación de la historia estructural de muchos y la orientación teórica de otros? No significaba que las correspondientes obras históricas consistieran, sobre todo, en tablas o fórmulas; algo semejante no ocurría casi nunca. No obstante, tampoco la narración clásica, en la que la sucesión temporal de acontecimientos descriptibles y acciones inteligibles es capital, desempeñaba una función dominante. La forma de representación adecuada a la historia de carácter teórico no es ni la tabla ni la narración, sino la argumentación teórica. ¿Qué quiere decir esto? Con frecuencia implica la reflexión sobre las condiciones y las consecuencias de la aproximación elegida, cuya justificación y cuyos límites se discuten, a la luz de aproximaciones alternativas no seleccionadas. Esto conduce a una definición nítida de los conceptos, a la interrupción del curso de la narración por definiciones así como por consideraciones conceptuales de carácter histórico y estrátégico, a la pausa para sugerir al menos lo que se deja. La exposición se torna más reflexiva, lo cual menoscaba la elegancia de la fluidez, pero (en el mejor de los casos) aumenta la transparencia de la exposición y, de paso, su racionalidad. Se utilizan conceptos complejos, a menudo un poco alejados del lenguaje cotidiano. Se desprecia el trabajo basado en el recurso a la sugerencia. La lectura no se hace así más fácil. Surge de este modo una interpretación *sui generis*, que trabaja con preguntas y respuestas, tesis, dudas y principios de comprobación, con los recursos del contraste y de la analogía. Esto no es la narración en el sentido definido al principio. No obstante, conviene hacer dos matizaciones para evitar que se abran falsos frentes:

1. La mayoría de los autores no ha optado de forma absoluta por la historia de las estructuras y los procesos. Aun cuando se estuviera especialmente interesado en las condiciones estructura-

---

[11] *Vid.* J. KOCKA, «Theorien in der Geschichtswissenschaft», en ID. *et al., Theoriedebatte und Geschichtsunterrricht,* Paderborn, 1982, pp. 7-27 (donde puede encontrarse más bibliografía de carácter teórico y referencias a trabajos de investigación de orientación teórica). Sobre el significado y la función de la teoría en la investigación histórica resulta muy esclarecedor J. MERAN, *Hypothetische Geschichte? Zur Konstruktion und Anwendung von Theorien in der Geschichtswissenschaft*, Hamburg, 1983 (Tesis de doctorado).

les que posibilitaron el ascenso del nacionalsocialismo —la tardía formación de un Estado nacional «desde arriba», el bloqueo del parlamentarismo, las tradiciones de intolerancia, la inflación, la crisis económica mundial, etc.—, había que destacar pormenorizadamente a la persona de Hitler para comprender realmente el nacionasocialismo y su victoria, su dominación y su derrota. Ningún historiador digno de consideración negaría este extremo. Muchos, sin embargo, juzgarán el tema acerca de las condiciones en las que un solo hombre pudo adquirir semejante importancia tan importante o incluso más importante. Asimismo, el historiador de la población más analítico, interesado por regla general en las estructuras y los procesos de largo alcance, no negará que acontecimientos concretos, como la peste del siglo XIV o también las guerras, pueden dar al traste con las curvas más perfectas. Y un tercer ejemplo: *Bismarck und der Imperialismus*, de Hans-Ulrich Wehler, es con seguridad un libro de historia de fuerte impronta estructural, pero contiene largos párrafos sobre los temores y las esperanzas, las actitudes y los modos de comportamiento de la «comunidad empresarial» de aquel entonces, así como también de quienes adoptaban las grandes decisiones. Por mucho énfasis que se haya puesto sobre la historia estructural, la historiografía más joven no ha descuidado en absoluto (salvo casos contados) las acciones y las experiencias, los acontecimientos y las personas concretas.

2. A pesar de la orientación teórica y de la tendencia hacia la argumentación analítica, los historiadores han seguido pensando y escribiendo generalmente por medio de las categorías del antes y el después. A mi juicio, el interés por la transformación de la realidad en el tiempo une a los historiadores de todos los colores. En este sentido, las obras que recurren intensamente a la teoría y el análisis contienen expresamente elementos narrativos.

La demanda actual que se formula en la República Federal a favor del «retorno a la narración» no se dirige contra la prepotencia de los cuantitativistas, puesto que prácticamente no existen, aquí menos que en otras partes[12]. Tampoco se encauza esta

---

[12] QUANTUM, el «Grupo de Trabajo para la cuantificación y los métodos en la investigación histórica y sociológica» (*Arbeitsgemeinschaft für Quantifizierung und Methoden in der historisch-sozialwissenschaftlichen Forschung*) ha contribuido decisivamente, a través de publicaciones, cursos de metodología, apoyos

demanda contra cualquier forma de determinismo económico o dogmatismo de otro tipo, toda vez que también éstos carecen de importancia alguna en la ciencia histórica respetable de la República Federal. La exigencia del retorno a la narración se lanza más bien contra ese cierto predominio de la historia estructural, contra la historia de orientación teórica y su modo de exposición: la argumentación histórica.

¿Cómo se ha llegado a esta crítica? ¿Por qué sopla tan vigorosamente el cálido viento del neohistoricismo contra la historia de las estructuras y los procesos, de orientación teórica, y, especialmente, contra la sociología histórica?

De la exposición desarrollada hasta aquí debería desprenderse claramente que considero que el acento estructuralista, las tendencias teóricas y el tinte analítico de sectores de la historiografía más reciente constituyen evidentes progresos. El poder explicativo de la historia ha ganado con todo ello; se ha vuelto más aguda y honesta intelectualmente; ha aprendido a desvelar estratos profundos de la realidad histórica que antes le estaban vedados. Precisamente si se alberga esta convicción, hay que preguntarse qué subyace en realidad a esa exigencia crítica de más narración y, en su caso, cómo se justifica esta exigencia. Para concluir, intentaré dar una respuesta a esta pregunta a través de cinco puntos.

1. Hay, en efecto, algunos ejemplos disuasorios en la historia analítico-teórica. Entre ellos se encuentran las obras en las cuales la inversión teórica supera ampliamente el resultado empírico y, por tanto, vulnera el principio básico de economía en la forma de exposición. También se incluyen aquí las obras que, invocando «criterios científicos» rígidos, exponen laboriosamente cosas irrelevantes y eclipsan las importantes, porque la investigación de estas últimas no parece posible bajo semejantes criterios. Hay asimismo trabajos en los cuales la orientación teórica ha conducido, en buena medida, a una especialización muy específica, es decir, a una disociación del objeto de investigación del contexto histórico (especialmente en la historia económica), lo cual supone, sin

---

y servicios de todo tipo, a la expansión de los métodos cuantitativos. Lamentablemente, hasta ahora no parece haberse conseguido una base institucional sólida para esta iniciativa. En mi opinión, las grandes (si bien costosas) oportunidades de conocimiento que promete la investigación histórica cuantitativa (sobre la base de la informática) están lejos de haber sido agotadas en Alemania.

duda, una pérdida. Con frecuencia, parece que la exigencia de narración se dirige contra tales excesos, y esto es comprensible. Pero el retorno a la narración no constituye la única alternativa. Cientifismo y narración delimitan sólo los dos extremos de un amplio espectro de formas de representación histórica. Entre ellos se encuentra el amplio territorio de la argumentación histórica, con muchos caminos, a menudo ya transitados y otros nuevos por descubrir.

2. También habría que señalar que la creciente orientación teórica entre una, por entonces, joven generación de historiadores germano-occidentales, fue a menudo de la mano del compromiso crítico-político, alentada por el clima reformista y el ambiente de euforia de los últimos sesenta y los primeros setenta[13]. En los años ochenta nos hallamos lejos de todo esto. El escepticismo teórico se halla ampliamente extendido, no sólo en la historia. Las dudas sobre la capacidad de planificar la política y el escepticismo sobre el progreso marcan entre nosotros el clima intelectual. El ambiente de final de siglo se extiende. Comparemos el movimiento estudiantil de 1968 con los movimientos de protesta juveniles de hoy. Entonces, el complejo debate sobre teoría y práctica era no menos parte integrante de la protesta que la misma manifestación. Sin embargo, los signos actuales de la revuelta se denominan, más bien, «vida», «temor» y «movimiento». Se quiere experimentar, pero no necesariamente reflexionar en torno a los conceptos. Finalmente, cualquier esfuerzo conceptual esconde un intento de superación (*Bewältigung*), de apoderamiento (*Überwältigung*), como lo denominaría alguien que ve la civilización moderna fundamentalmente como un exceso destructivo e híbrido. El factor de «disciplina» y «dominio», que, de hecho, es propio de cualquier teoría, contribuye, precisamente entre la generación más joven, al actual escepticismo teórico.

Lo postmoderno es chic, también en la historia. Desde el punto de vista del contenido, esto se aprecia, por ejemplo, en la revalorización de los mundos de vida tradicionales, vistos con

---

[13] *Vid.*, por ejemplo, la introducción de H.-U. WEHLER a E. KEHR, *Der Primat der Innenpolitik. Gesammelte Aufsätze zur preußisch-deutschen Sozialgeschichte im 19. und 20. Jahrhundert,* Berlin, 1965 (3.ª ed. 1976); W. J. MOMMSEN, *Geschichtswissenschaft nach dem Historismus,* Düsseldorf, 1971; A. SYWOTTEK ofrece una panorámica sobre la discusión teórica que tuvo lugar entre 1969 y 1973 en *Geschichtswissenschaft in der Legitimationskrise,* Bonn, 1974.

simpatía, en la elevada estima (a menudo acrítica) de la «cultura de las gentes sencillas» de los siglos XVII y XVIII frente al «proyecto de la modernidad»[14]. Desde el punto de vista metodológico, el escepticismo teórico, la desconfianza ante la cuantificación, el desprecio de la precisión conceptual y la demanda de narración elegante y accesible, son manifestaciones de este nuevo clima: la revalorización de la premodernidad con medios tradicionales e ideología postmoderna no es una empresa muy prometedora.

Así se observa entre algunos defensores de la «historia de la cotidianeidad», en la que prevalece la ilusión de la «historia desde dentro y desde abajo» ajena a toda teoría. De acuerdo con esta posición, el historiador debe reconstruir las experiencias de la gente de a pie con comprensión y simpatía. Debe dejar hablar a las gentes de entonces, en lugar de imponerles el repertorio de conceptos de que él mismo está provisto. Contra semejantes ilusiones cabe recordar la crítica al historicismo de las últimas décadas e insistir sobre sus resultados. No hay un camino científico directo hacia la realidad histórica[15].

---

[14] *Vid.* sobre el problema, en general: J. HABERMAS, *Theorie des kommunikativen Handelns, vol. 2: Zur Kritik der funktionalistischen Vernunft,* Frankfurt, 1981, pp. 576ss (trad. cast.: *Teoría de la acción comunicativa. 2. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Taurus, 1998). También, entre otros, P. L. BERGER *et al., Das Unbehagen in der Modernität,* Frankfurt, 1975.

[15] Así lo subraya también ahora, acertadamente, H. MEDICK en su contribución a este número de la revista. Sin embargo, sigue reivindicando que una historia de orientación etnológica o socioantropológica se halla implicada en una relación entre la teoría (del historiador) y el objeto de investigación esencialmente distinta a la «sociología histórica» en la tradición de Max Weber. Propone la «descripción densa» como alternativa que, a través de la reconstrucción, toma en serio la «teoría autóctona de los sujetos históricos» en lugar de encastrar las teorías, la aproximación del historiador, sobre la realidad histórica que debe ser investigada. Al respecto cabe hacer dos consideraciones: 1. Incluso quien defiende la historia de orientación teórica en la tradición de Max Weber y la «sociología histórica», no persigue establecer una relación mecánica y dicotómica entre teoría y empiria, como si cualquier teoría externa pudiera ser aplicada a un objeto descubierto por ella y recogido en las fuentes. Así no procede la investigación histórica de carácter teórico, ni así la he descrito. Más bien, un entendimiento previo del objeto investigado guía la formación y la elección de la teoría, si bien es cierto que el uso de la teoría afina este entendimiento y, la mayoría de las veces, también lo modifica intensamente en el transcurso del proceso de estudio. A lo largo de éste se produce además, por regla general, una adaptación de la aproximación inicialmente elegida, una modificación de los conceptos, los modelos y las teorías seleccionadas, como consecuencia de su confrontación con las fuentes

3. El interés de la opinión pública por las obras de los historiadores no sólo ha aumentado, sino que también se ha desplazado en su énfasis. Hace algunos años, cuando se trataba de explicar la «relevancia social» de la contestada disciplina, se subrayaban las funciones críticas y de formación de juicio de la historia. Hoy son más raras estas discusiones; en cambio se hace hincapié en otra cualidad de la historia que entonces sólo se mencionaba de pasada: concretamente la creación de identidad individual y colectiva, de la cual supuestamente hay escasez[16]. De este argumento se desprende la esperanza de que la historia narrada puede asegurar esta identidad mejor que una exposición analítico-disectiva, argumentativa, no narrativa. No todos estarían dis-

---

y de su conexión con los datos que éstas transmiten. De acuerdo con el entendimiento de la sociología histórica, durante el proceso de investigación se desarrolla también una interacción entre teoría y empiria. 2) Medick sigue sin cumplir el cometido de ofrecer una definición precisa de la relación entre la «teoría autóctona de los sujetos históricos» y la «interpretación sistemática» del historiador que él mismo reclama. Esquiva esta cuestión mediante metáforas (p. 307) o cree que la «descripción densa» conduce «desde sí misma a problemas sistemáticos que la trascienden» (p. 314). Considero esto una ilusión de la que Medick es víctima porque renuncia a describir más detalladamente el factor constructivista en cualquier proceso de reconstrucción, el trabajo activo de selección y de sistematización del investigador, que, como etnólogo o como historiador, se ve confrontado con una cultura extraña o con unas fuentes, según los casos. Si Medick lo hiciera así, llegaría a un concepto más realista de lo que nosotros hacemos como historiadores (independientemente de que nuestro trabajo tenga una orientación antropológica o no). El sujeto conocedor y la realidad que debe ser conocida nunca son lo mismo. No puede existir el conocimiento científico desde el interior de la realidad que debe ser conocida. El trabajo activo y configurador (de selección, conexión, relación, construcción) del investigador (no su entrega simpatizante a la realidad que debe ser investigada) forma parte del conocimiento histórico-sociológico (también en su variante antropológica cultural y etnológica). La historia social puede, sin duda, enriquecerse teniendo en cuenta las preguntas y respuestas de la etnología o la antropología cultural. Pero de ahí no resulta una nueva relación distinta entre teoría y empiria, entre comprensión y fuentes.

[16] Quizá cabría recordar que la identidad históricamente fundamentada suele crearse más fácilmente a través del cultivo de monumentos y tradiciones, así como de leyendas, que a través de la historia científica y que, por otra parte, el cuestionamiento de las informaciones y la crítica de las tradiciones forman parte del quehacer científico; si se la toma en serio, la ciencia debería, por ello, contribuir más bien a la relajación de las identidades (y así ampliar los espacios de libertad) que a la creación de identidad. La *ciencia* histórica (*Geschichtswissenschaft*) resulta escasamente apta como máquina de una «fábrica identitaria».

puestos a seguir este argumento y hacer ofertas de identidad al precio de la precisión científica y la transparencia.

4. Sin embargo, habría que convenir en que la exigencia de más narración también remite a algunas carencias en la historiografía más marcadamente analítica de los últimos años. Por tanto, habría que recoger la crítica e intentar elaborarla positivamente. Por desgracia, no cabe dudar de que el público no profesional encuentra las representaciones históricas de orientación teórica y estructural a menudo ásperas, complicadas de transmitir y, por eso, poco efectivas. Precisamente quien guste de invocar la importancia práctica de la historia, como hacen algunos representantes de la sociología histórica, no podrá pasar por alto este problema, hoy más urgente que hace algunos años porque la opinión pública vuelve a esperar más de la historia. ¡Y nadie quiere escribir ya sólo para sus colegas! ¿Qué se puede hacer?

Nunca debería hacerse un despliegue teórico mayor de lo que la cuestión exige. Esto también se aplica, ciertamente, al uso del lenguaje especializado. La teoría es, sobre todo, un medio para alcanzar un fin. Por lo demás, quizá valdría la pena reflexionar sobre si las *exposiciones* de orientación teórica deberían quedar, sobre todo, reservadas a la circulación intraprofesional, mientras que el libro dirigido al amplio público debería servirse de formas de representación más simples. Finalmente, habría que considerar seriamente que las estructuras y los procesos «entran» en acciones y acontecimientos, influyen sobre ellos y se manifiestan en ellos, *si bien no en su totalidad y no sin sufrir refracciones*[17]. Por ello, puede intentarse con más empeño que hasta ahora representar las estructuras y los procesos a través de acontecimientos y personas y, en este sentido, también narrar. Esto implica una gran destreza, pero en la historiografía hay, desde luego, ejemplos que testimonian que es posible revelar estructuras a través de acontecimientos y, por tanto, narrar ilustrativamente. Podemos pensar en algunos pasajes de la historia del trabajo de E.P. Thompson, en *Montaillou* de Le Roy Ladurie o en *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg. Asimismo, Fritz Stern ha conseguido ilustrar en algunos capítulos, a través del juego entre sus dos protagonistas, Bismarck y Bleichröder, algunos aspectos de la relación entre la política y la economía en el *II Reich* o también el antisemitismo de

---

[17] *Vid.* la bibliografía citada en la nota 7.

salón de la clase alta en la Alemania de entonces. El mismo objetivo perseguía la antes mencionada iniciativa de la *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, a la que se auguraba mayor fortuna. Ahora bien, la capacidad de traducir narrativamente la historia de las estructuras y los procesos tiene límites, como también se puede mostrar en las obras mencionadas[18]. Persiste una tensión entre la orientación teórica y el alcance público de la historia. Lo que aumenta su poder explicativo debilita, en ocasiones, su elegancia y comprensión.

5. Algunos críticos como Gordon Craig señalan en tono de reprobación que los historiadores analíticos modernos pierden de vista al «hombre» detrás de todas las estructuras, los procesos y los contextos[19]. Esta crítica no resulta del todo convincente, pues, como historiadores, no disponemos de un acceso directo y aconceptual a los hombres de tiempos pasados. Pero la crítica puede tener, no obstante, un punto de verdad, toda vez que las teorías que han sido prioritariamente utilizadas en los últimos años por los historiadores de la época contemporánea procedían, sobre todo, de la economía, la sociología y la ciencia política. Se trataba

---

[18] Sobre el libro de STERN *Gold und Eisen*, *vid.* J. KOCKA, «Bismarck-Biographien», *Geschichte und Gesellschaft,* núm. 7, 1981, pp. 572-581, especialmente p. 579 (sobre los límites con que choca el intento de explicar relaciones estructurales desde la historia de las personas y las acciones); también allí comento las debilidades de la biografía de GALL sobre Bismarck, que afectan a la tentativa de vincular la historia del protagonista con la historia de las estructuras y penetrar en ésta a través de aquélla. De las tres biografías mencionadas, se acerca más a este logro *César* de Christian MEIER, un libro muy reflexivo, anticipado y marcado por consideraciones teóricas, que funde un poco de narración con mucha argumentación. Merece también ser valorado positivamente en su mayor parte Ch. MEIER, «Die Notwendigkeit neuer Synthesen. Zur Lage der Geschichtswissenschaft», *Civis,* núm. 1, 1983, pp. 48-53 (que incluye ya muchos de los argumentos aquí defendidos). No obstante, a diferencia de lo que argumenta en las pp. 50-53, yo defendería un concepto más nítido de «narración», destacaría más los límites de la narración y no pondría tan elevadas expectativas en ella; precisamente la síntesis no se puede alcanzar narrando. Por otra parte, no debería contraponerse la narración a la «sociología histórica». Ésta no excluye procedimientos hermenéuticos de conocimiento y de representación narrativa. Sobre el concepto «sociología histórica», *vid.* mi intento de descripción en: K. BERGMANN *et al.* (eds.), *Handbuch der Geschichtsdidaktik,* Düsseldorf, 1979, vol. 1, pp. 136-138.

[19] Así también la intervención de Fritz STERN, muy celebrada entre el público, en la discusión que tuvo lugar en el *Reichstag* de Berlín a propósito del cincuenta aniversario del 30 de enero de 1933: M. BROSZAT *et al.* (eds.), *Deutschlands Weg in die Diktatur,* Berlin, 1983, p. 141.

de teorías de la protesta social, teorías de la coyuntura, teorías de la modernización, etc. Estas teorías estaban constituidas de tal forma que facilitaban la investigación de estructuras y procesos, pero a veces dificultaban la conexión con las acciones y las experiencias. Tomemos como ejemplo las teorías de la protesta social. Han permitido investigar a los historiadores la relación entre distintas formas de protesta, de un lado, y la industrialización, el nivel de vida, la urbanización y la formación del Estado, de otro. ¿Son las huelgas y los tumultos frecuentes el resultado del desarraigo de los estratos inferiores, o presuponen más bien su integración? Se han rastreado semejantes preguntas, a menudo de forma muy interesante[20]. Pero, con frecuencia, las esperanzas y los miedos, las experiencias y las posturas de la gente que protestaba permanecían curiosamente al margen. Se han investigado las estructuras y los procesos con más perseverancia que las experiencias y las acciones, aunque ambos aspectos se hallan estrechamente ligados y no puede decirse que se haya comprendido realmente un fenómeno histórico, si se descuida uno de los dos, cualquiera que sea.

Aquí radica también un argumento central, ampliamente justificado, del desafío que plantea la historia de la cotidianeidad[21].

---

[20] *Vid.*, fundamentalmente, Ch. TILLY *et al.*, *The rebellious century, 1830-1930*, Cambridge, 1975 (trad. cast.: *El siglo rebelde: 1830-1930*, Zaragoza, Prensas universitarias de Zaragoza, 1997); la discusión se halla reflejada en *Geschichte und Gesellschaft,* núm. 3, 1977, especialmente en las contribuciones de H. VOLKMANN, H-G. HAUPT, K. HAUSEN, y H. HOHORST y R. TILLY. También ha avanzado en esta línea: H.-G. HUSUNG, *Protest und Repression im Vormärz. Norddeutschland zwischen Restauration und Revolution,* Göttingen, 1983. De manera similar argumentan en este número de la revista C. LIPP y W. KASCHUBA.

[21] No resulta por ello del todo injustificada la crítica de MEDICK (pp. 295ss. del artículo antes citado, publicado en esta revista). Sin embargo, exagera. Generalmente, tampoco los autores que comparten total o parcialmente el programa de la sociología histórica han descuidado del todo las experiencias y los modos de comportamiento de los afectados. Asimismo, en términos generales, tampoco han cerrado los ojos ni han mostrado indiferencia ante el problema de la conexión entre la historia de las estructuras y los procesos, de un lado, y la historia de las experiencias y las acciones, de otro. Esto se aplica tanto a los trabajos citados en la nota 20 sobre la historia de las protestas, como a *Bismarck und der Imperialismus* de H.-U. WEHLER, a los trabajos de R. RÜRUP sobre el antisemitismo, al libro de H. REIF sobre la nobleza de Münster en los siglos XVIII y XIX o a la investigación de K. TENFELDE sobre los mineros en el Ruhr, por citar sólo algunos ejemplos.

Donde sea necesario habrá que corregir sesgos de la historia estructural, pero no con un nuevo sesgo de la historia de las experiencias. La clave se halla en la conexión entre la historia de las estructuras y de las acciones, de los procesos y de las experiencias. Sin teoría es difícil que se consiga, y «el retorno a la narración» no es la receta[22].

[22] Permítaseme insistir de nuevo en las decisiones sobre las definiciones que he adoptado y justificado antes. En esta discusión sobre la función de la narración en la historia se corre muy fácilmente el riesgo de luchar contra molinos de viento. Es preciso aclarar qué se quiere decir con la palabra «narración» cuando se trata de determinar su lugar o de promover o evitar su «resurrección». Entre las muchas debilidades del artículo de STONE citado en la nota 4 hay que señalar su incapacidad para determinar realmente qué entiende por «narración».

SEGUNDA PARTE

CLASES SOCIALES Y CIUDADANÍA

CAPÍTULO IV

LAS «CLASES MEDIAS»* EN EUROPA**

El atractivo de un concepto rara vez se corresponde con su precisión. «Burguesía» podría ser un buen ejemplo. El concepto ha desempeñado un papel central en los discursos políticos desde el final del siglo XVIII, que lo han ido conformando. Representa un concepto esencial en muchas interpretaciones históricas del mundo moderno. En los últimos años, la historia de la burguesía se ha convertido de nuevo en un tema destacado, particularmente en Europa central[1].

---

* El autor se refiere al concepto británico de *middle class*, relativamente próximo al de *burguesía*, aunque no coincide por completo con él. En esta versión se ha traducido a menudo *middle class* por *burguesía* (*N. del Ed.*).

** Publicado en *The Journal of Modern History*, núm. 67, 1995, pp. 783-806. Escribí este artículo durante mi estancia en 1994-1995 en el Centro para el Estudio Avanzado en las Ciencias del Comportamiento de la Universidad de Stanford. Agradezco las excelentes condiciones de trabajo y el ambiente estimulante que encontré allí. Asimismo, quiero expresar mi agradecimiento a los miembros del European History Workshop por la discusión de una versión previa, como también a Gunilla-F. Budde, de Berlín, por su ayuda en la preparación de este manuscrito.

[1] D. BLACKBOURN y R. J. EVANS (eds.), *The German Bourgeoisie: Essays on the Social History of the German Middle Class from the Late Eighteenth through the Early Twentieth Century*, London, 1991; V. BÁCKSAI (ed.), *Bürgertum und bürgerliche Entwicklung in Mittel- und Osteuropa*, Budapest, 1986, 2 vols.; E. BRUCKMÜLLER *et al.* (eds.), *Bürgertum in der Habsburgermonarchie*, Wien, 1990, 1992, 2

No obstante, «generaciones de inocentes estudiantes han considerado la expresión 'burguesía' como una ciénaga, un campo de minas, incluso una verdadera caja de Pandora. Se trata ciertamente de una definición camaleónica»[2]. La «middle class» inglesa no equivale a la *bourgeoisie* francesa, al *Bürgertum* alemán o la *borghesia* italiana. Más se alejan todavía los conceptos *Mieszcaństwo* (en polaco) y *mescane* (en ruso). En algunos idiomas (por ejemplo, en alemán) el concepto entraña diferentes niveles de significado: desde «burgher» (en el sentido de un habitante legalmente privilegiado en las ciudades medievales y de comienzos de la Edad Moderna) hasta «ciudadano», pasando por «clase media» o «burgués». Los significados han cambiado a lo largo del tiempo. Las funciones descriptivas, analíticas y normativas del concepto se solapan; una y otra vez no ha servido sólo como una categoría «neutral» utilizada por observadores e historiadores, sino también como un código polémico o afirmativo en debates públicos, críticas sociales y visiones utópicas[3].

Con todo, se observa una tendencia hacia la convergencia conceptual en la historiografía actual, al menos de la que se ocupa del «largo siglo XIX», que comenzó en el siglo XVIII y terminó con la Primera Guerra Mundial. El concepto «burguesía» comprende a comerciantes, fabricantes, banqueros, capitalistas, empresarios y directivos, así como también a rentistas, junto con sus familias (lo que, en alemán, se agrupa bajo *Wirtschaftsbürgertum*, la burguesía económica o de negocios). También comprende a las familias de los médicos, juristas, pastores protestantes, científicos y otros profesionales, profesores de universidades y escuelas de educación secundaria, intelectuales, hombres y mujeres de letras, y académicos, incluyendo a aquellos que ejercen como adminis-

---

vols.; R. ROMANELLI, «Political Debate, Social History and the Italian 'Borghesia': Changing Perspectives in Historical Research», *Journal of Modern History*, núm. 63, 1991, pp. 717-739.

[2] P. M. PILBEAM, *The Middle Classes in Europe, 1789-1914: France, Germany, Italy and Russia*, London, 1990, p. 1.

[3] P. GAY, *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud*, vol. 1, *Education of the Senses*, Oxford, 1984, pp. 18-24; J. KOCKA, «The European Pattern and the German Case», en J. KOCKA y A. MITCHELL (eds.), *Bourgeois Society in Nineteenth-Century Europe*, Oxford, 1993, pp. 3-4, 8-15 [Una selección en castellano: J. M. FRADERA y J. MILLÁN (eds.), *Las burguesías*, Madrid-Valencia, Ed. Biblioteca Nueva y Universitat de València, 2000].

tradores y funcionarios en burocracias públicas y privadas (en idioma alemán, el *Bildungsbürgertum*, la burguesía educada o con formación académica).

La «burguesía» no incluye a los nobles, ni a los campesinos, ni a los trabajadores manuales, ni a la masa de gente de clase baja en general, aunque es discutible dónde se deberían trazar los límites exactos. Hay grupos en medio que pueden ser considerados como parte de las clases medias o no, tales como los oficiales del ejército y los artistas. Y hay una categoría heterogénea, amplia y creciente, cuyo estatus cambió de modo característico. Maestros artesanos, comerciantes al por menor, mesoneros y similares fueron ciertamente burgueses (*burghers*) en las ciudades de la primera Edad Moderna. Deben ser considerados como parte de la burguesía en el siglo XVIII y los primeros años del XIX. Pero, con el tiempo, se desplazaron (o fueron desplazados) hacia los márgenes de lo que significaba la «burguesía». En la última parte del siglo XIX y en el siglo XX eran vistos como miembros de las «clases medias-bajas» —con frecuencia junto con el creciente grupo de empleados asalariados de rango medio y bajo, así como de trabajadores de cuello blanco, tanto del sector privado como del público—, del *Kleinbürgertum*, de la *petite bourgeoisie*, es decir, no de la burguesía propiamente dicha[4].

En la medida de lo posible, este artículo se concentrará en la burguesía propiamente dicha. Ello significa que hablamos de una minoría pequeña. En la Alemania del siglo XIX, las familias de la burguesía (*Bürgertum*) representaban aproximadamente el 5% de la población. Este porcentaje variaba regionalmente, en función de la proporción entre población urbana y rural. Era ligeramente más elevado en Inglaterra y en Europa occidental, en general, y más reducido en el este y en la periferia de Europa. Lentamente creció con el tiempo[5]. Tras haber optado por una definición relativamente estrecha de «clase media», utilizaré este calificativo de manera intercambiable con «burgués»[6].

---

[4] G. CROSSICK y H.-G. HAUPT (eds.), *Shopkeepers and Master-Artisans in Nineteenth-Century Europe,* London, 1984; J. KOCKA, *Les employées en Allemagne, 1850-1980: Histoire d'un groupe sociale,* Paris, 1989.

[5] KOCKA, «The European Pattern», p. 4; R. PRICE, *A Social History of Nineteenth-Century France,* London, 1987, p. 122; GAY, 1984, p. 23.

[6] Ello implica que, para el propósito de este artículo, paso por alto algunas diferencias innegables en el uso y las connotaciones de estas dos palabras. «Cla-

La pauta básica

¿Cuáles fueron los rasgos definitorios de la burguesía en las postrimerías del siglo XVIII y en los siglos XIX y XX? ¿Qué características compartían los hombres de negocios, los rentistas, los médicos, los juristas, los párrocos protestantes y otros, que les distinguían a ellos y sus familias de otras categorías sociales no pertenecientes a la clase media? ¿Cuáles eran sus denominadores comunes y cuál la *differentia specifica*, y cómo evolucionaron a lo largo del tiempo?

Si uno toma en serio el concepto de «clase», la «clase media», a pesar de la palabra, nunca ha sido una clase, por lo menos no en sentido marxista, pues incluye tanto a trabajadores por cuenta propia como a asalariados y, más en general, a personas con posiciones de mercado muy diferentes. En contraste con los burgueses de fines de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna, la burguesía del siglo XIX tampoco puede ser considerada como un grupo corporativo (*Stand*), pues carecía de privilegios legales específicos. Se han propuesto dos teorías plausibles para explicar las características unificadoras y definitorias de la burguesía; una relacional, la otra cultural. Como veremos, estas dos teorías son compatibles, y ambas son necesarias para comprender la evolución y la regresión de la clase media europea.

En general, resulta más probable que los individuos formen grupos sociales con alguna cohesión, un entendimiento compartido y potencial de acción colectiva, si experimentan tensión y conflicto respecto a otros grupos sociales. Apartándose de otros, uno

---

se media» es normalmente un concepto más amplio que «burguesía», puesto que, hacia abajo, llega hasta la «pequeña burguesía», y más estrecho, ya que excluye partes de las elites. «Burguesía» y «burgués» se prestan más a un uso crítico, político y polémico que la más neutral «clase media». *Vid.* el artículo de R. KOSELLECK, U. SPREE y W. STEINMETZ, «Drei bürgerliche Welten? Zur vergleichenden Semantik der bürgerlichen Gesellschaft in Deutschland, England und Frankreich», en H. J. PUHLE (ed.), *Bürger in der Gesellschaft der Neuzeit*, pp. 14-58; W. STEINMETZ, «Gemeineuropäische Tradition und nationale Besonderheiten im Begriff der 'Mittelklasse': Ein Vergleich zwischen Deutschland, Frankreich und England», en R. KOSELLECK y K. SCHREINER (eds.), *Bürgerschaft: Rezeption und Innovation der Begrifflichkeit vom hohen Mittelalter bis ins 19. Jahrhundert,* Stuttgart, 1994, pp. 161-236; U. SPREE, «Die verhinderte 'Bürgerin'? Ein begriffsgeschichtlicher Vergleich zwischen Deutschland, Frankreich und Großbritannien», en KOSELLECK y SCHREINER (eds.), pp. 274-306.

gana identidad. Esto es bien conocido por la historia de las clases, las religiones y las etnicidades. Lo mismo se aplica con respecto a la clase media europea cuando emergió, en la segunda mitad del siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX, como una formación social supralocal y ajena a las viejas corporaciones.

Comerciantes, empresarios y capitalistas, catedráticos, jueces, periodistas, pastores protestantes y funcionarios de alto nivel se diferenciaban en muchos aspectos, pero todos compartían un sentido de distancia social respecto a la aristocracia privilegiada y, en el continente, a la monarquía absoluta. Al enfatizar los principios del éxito y de la educación, del trabajo y de la confianza en uno mismo, emergió una visión de una «sociedad civil» moderna, secularizada, superadora del orden corporativo, autorregulada e ilustrada, que sostenían muchas personas de la «clase media» y se oponía a los privilegios y la autocracia del *ancien régime*. Se trataba, en buena medida, de un proyecto de hombres burgueses, aunque apenas contestado por las mujeres de la burguesía, que a largo plazo intentarían reivindicar los principios de la sociedad civil para su propia emancipación.

Fue éste un proceso complicado con muchas excepciones. Las familias burguesas no sólo se apartaron de la nobleza; también adoptaron algunos de sus principios. Los funcionarios eran agentes del Estado, pero simultáneamente formaban parte de la burguesía emergente. Aun así, a los varios subgrupos de la burguesía emergente les unían hasta cierto punto sus oponentes comunes: la nobleza, el absolutismo ilimitado y la ortodoxia religiosa. Desarrollaron intereses y experiencias comunes, así como un cierto grado de conciencia compartida de sí mismos y unas ideologías comunes. De este modo, la burguesía se constituyó como una formación social que englobaba a varios grupos de ocupación, sectores y posiciones de clase.

En el transcurso del siglo XIX, esta línea de distinción y tensión perdió mucha de su fuerza, pero no se desvaneció del todo. El desdibujamiento se debió a la destrucción gradual de los privilegios legales de la nobleza en la mayor parte de Europa y a una creciente aproximación entre los niveles superiores de las burguesías y partes de la nobleza. Simultáneamente entró en juego otra línea de demarcación que no había estado del todo ausente en torno a 1800, pero que adquirió más relieve en el segundo tercio del siglo XIX. Ahora una divisoria más marcada apartó a la clase media de los estratos más bajos: la nueva clase trabajadora y la

«gente corriente» en general, incluida la clase media-baja «pequeñoburguesa». A pesar de sus diferencias, los industriales, comerciantes y rentistas, juristas y altos funcionarios, catedráticos, profesores de escuelas de segunda enseñanza y científicos del final del siglo XIX compartían, en su mayoría, una distancia defensiva o crítica respecto a «la gente», la «clase trabajadora» y el movimiento obrero, lo cual incidía grandemente sobre la concepción de sí mismos, sus alianzas sociales y compromisos políticos[7].

Mientras ganaba en cohesión en su pugna con la gente de arriba y abajo, la clase media se definía por su cultura. Las familias de varias categorías de la clase media compartían el respeto por el logro individual, sobre el cual basaban sus demandas de retribución, reconocimiento e influencia. Participaban de una actitud positiva hacia el trabajo regular, una propensión hacia la racionalidad y el control emocional y un empuje fundamental hacia la independencia, bien individualmente o a través de asociaciones. La clase media enfatizaba la educación. La educación general (*Bildung*) servía de base para la comunicación de unos con otros, distinguiéndoles de los que no compartían este tipo de educación (habitualmente clásica). La ocupación académica era respetada, como también la música, la literatura y las artes.

La cultura burguesa ensalzaba un ideal específico de vida familiar, según el cual la familia constituía un propósito en sí mismo, una comunidad unida por vínculos emocionales y lealtades fundamentales. Diferenciada estrictamente por sexo y, en última instancia, dominada por el *paterfamilias*, se concebía como un refugio protegido del mundo de la competitividad y el materialismo, de la política y el ámbito público. Era una esfera de privacidad bajo la impronta de la mujer, aunque no sin sirvientes, cuyo trabajo permitía a la madre de la clase media dedicar tiempo suficiente a la vida familiar, transmitiendo «capital cultural» a la siguiente generación. En la medida en que las esferas pública y económica se fueron separando del ámbito crecientemente privado

---

[7] Trazar el significado cambiante, el uso y los contraconceptos de «clase media» es una forma de documentar estos cambios estructurales. Ejemplos y detalles sobre el particular pueden consultarse en J. KOCKA, «Bürgertum und bürgerliche Gesellschaft im 19. Jahrhundert: Europäische Entwicklungen und deutsche Eigenarten», en J. KOCKA y U. FREVERT (eds.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert: Deutschland im europäischen Vergleich,* München, 1988, vol. 1, pp. 20-24 (trad. cast.: FRADERA y MILLÁN, *Las burguesías*, pp. 21-83).

del hogar y de la familia, aumentó la desigualdad de papeles de los hombres y las mujeres: sus círculos de vida se fueron alejando progresivamente, aun cuando permanecieron íntimamente interrelacionados en otros aspectos. Esta tendencia prevaleció entre la clase media del siglo XIX. Se revirtió poco a poco a partir del final del siglo XIX, cuando las mujeres comenzaron a entrar en la esfera pública, un proceso lento y prolongado que se ha acelerado a lo largo del siglo XX, pero que todavía no ha concluido[8].

La cultura burguesa sólo pudo florecer en villas y ciudades. El ambiente rural apenas podía ofrecer 'interlocutores' en cantidad suficiente con quienes reunirse en clubs y asociaciones, en fiestas y acontecimientos culturales. La participación plena en las prácticas de la cultura burguesa requería un estatus económico seguro, bastante superior al mínimo de subsistencia: medios, espacio y tiempo. Esto impidió que amplias, si bien decrecientes, mayorías de gran parte de las poblaciones se convirtieran en genuina burguesía. Si se entiende que la cohesión y la especificidad del *Bürgertum* se definen por su cultura y su sociabilidad, entonces cobran importancia las formas simbólicas en la vida de la «clase media»; los modos y convenciones de conducirse en la mesa, las citas de la literatura clásica, las credenciales, las costumbres y la vestimenta[9].

Estos dos grandes argumentos aclaran lo que los diversos grupos de la clase media tenían (y hasta cierto punto tienen todavía) en común, concretamente, experiencias e intereses basados en antagonistas comunes y una cultura compartida. Asimismo revelan que la particularidad definitoria de la «clase media» es bastante tenue. Tener antagonistas comunes y compartir una cultura define sólo limitadamente a los afectados. En todo lo demás difieren: intereses y experiencias basados en la ocupación y el estatus eco-

---

[8] L. DAVIDOFF y C. HALL, *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Classes, 1780-1850,* Chicago, 1987, pp. 18-28 (trad. cast.: *Fortunas familiares: hombres y mujeres de la clase media inglesa, 1780-1850,* Madrid, Cátedra, 1994.); A. KAPLAN, *The Making of the Jewish Middle Class: Women, Family, and Identity in Imperial Germany,* Oxford, 1991; B.G. SMITH, *Ladies of the Leisure Class: The Bourgeoisie of Northern France in the Nineteenth Century,* Princeton, N.J., 1981; G.-F. BUDDE, *Auf dem Weg ins Bürgerleben: Kindheit und Erziehung in deutschen und englischen Bürgerfamilien, 1840-1914,* Göttingen, 1994.

[9] Sobre Austria, U. DÖCKER, *Die Ordnung der bürgerlichen Welt: Verhaltensideale und soziale Praktiken im 19. Jahrhundert,* Frankfurt, 1994; sobre Suecia, J. FRYKMAN y O. LÖFGREN, *Culture Builders: A Historical Anthropology of Middle-Class Life,* New Brunswick, N.J., 1987.

nómico, el género y la región, la religión y la etnicidad. La burguesía siempre ha sido heterogénea: dentro de ella, «muchos mundos separados podían coexistir uno al lado del otro»[10].

COMPARACIONES

Algunos historiadores prefieren el plural y hablan de burguesías para enfatizar la heterogeneidad de esta formación social. La forma plural parece ser particularmente apropiada si se consideran las diferencias regionales y nacionales. Tradicionalmente, las culturas de la burguesía estaban arraigadas en las ciudades. Poseían un fuerte componente local. Es cierto que los comerciantes, los administradores y los intelectuales formaron pronto redes supralocales y suprarregionales, y en el curso del siglo XIX ocurrió algo parecido a la nacionalización de las clases medias europeas. No obstante, siguieron fuertemente diferenciadas e incluso segmentadas por localidad, región y nación. Reconstruir la rica diversidad del cambiante mundo burgués europeo trasciende el propósito de este artículo. Los siguientes párrafos esbozan algunas grandes diferencias entre las clases medias en Europa occidental, central y oriental, incluyendo algunas miradas hacia el sur y el norte. Se refieren sólo al «largo» siglo XIX.

La relación de las «clases medias» con la nobleza representa un factor crucial que varió sustancialmente según los países. Se hallaba estrechamente vinculado con ciertas características del viejo orden feudal-corporativo y con la diversidad de formas que adoptó su fin[11]. En Inglaterra, el orden feudal del campo y la estructura corporativa de la economía urbana habían sufrido una erosión secular. La agricultura se había comercializado; los lazos

---

[10] Th. ZELDIN, *France, 1848-1945,* Oxford, 1973, vol. 1, p. 22. De acuerdo con nuestra definición, «clase media» no es solamente una categoría, sino también una formación social o un grupo cuyos miembros comparten características situacionales, un sentido de pertenencia al conjunto, actitudes y valores comunes, así como una disposición a comportarse de modo semejante.

[11] J. BLUM (ed.), *The End of the Old Order in Rural Europe*, Princeton, N.J., 1978. Un libro similar sobre el final del viejo orden corporativo en las ciudades todavía espera ser escrito. W. MOSSE, «Nobility and Middle Classes in 19th-Century Europe: A Comparative Study», en KOCKA y MITCHELL (eds.), pp. 70-102 (trad. cast.: FRADERA y MILLÁN, *Las burguesías*, pp. 133-168).

feudales habían sido remplazados por relaciones contractuales; los gremios habían dejado de existir hacía tiempo; el avance del capitalismo había horadado la divisoria entre campo y ciudad, entre elites rurales y urbanas. La riqueza urbana no había sido excluida de la adquisición de tierras. A diferencia de la mayoría de los nobles del continente, un aristócrata inglés no podía legar su título a todos sus descendientes, sino sólo a su hijo mayor, siendo posible la herencia femenina en ausencia de un heredero varón.

Si bien estudios recientes han advertido contra la exageración de la apertura de la elite británica, hay que decir que la aristocracia y la pequeña nobleza inglesas estaban notablemente abiertas a los matrimonios, las ideas y las fortunas de las «clases medias». A lo largo del siglo XIX aumentó su accesibilidad. La permeabilidad de la clase alta no debilitó su posición, poder y consistencia, sino más bien al contrario. La aristocracia inglesa consiguió mantener buena parte de su estatus extraordinario en asuntos políticos, sociales y económicos hasta entrado el siglo XX. La línea de separación entre la aristocracia y la pequeña nobleza, de un lado, y los grupos de las «clases medias»-altas, de otro, se hallaba menos tajantemente trazada en Inglaterra que en la mayor parte del continente. Este argumento también se aplica en parte a Suecia, donde la distinción feudal entre señores y campesinos, campo y ciudad, se hallaba igualmente marcada de forma menos tajante, aunque por otras razones[12].

En Francia, el *ancien régime* tampoco excluyó a los habitantes ricos de las ciudades de la adquisición de tierras. En algunas regiones y pueblos franceses, parte de la aristocracia y de los grupos de clase media-alta ya habían formado alianzas estrechas en el siglo XVIII. Cuando la Revolución despojó a la nobleza de todos sus privilegios legales, éstos no fueron nunca restablecidos. La distinción legal entre la ciudad y el campo también se suprimió. Los historiadores de Francia gustan de subrayar en la actualidad el impacto limitado de la Revolución Francesa sobre la distribución de la riqueza, el reclutamiento de las elites y la distribución de poder. Incluso después de la Gran Revolución, los aristócratas

---

[12] E. HOBSBAWM «The Example of the English Middle Class», en KOCKA y MITCHELL (eds.), pp. 127-150 (trad. cast.: en FRADERA y MILLÁN, *Las burguesías*, pp. 231-257); B. STRÅTH, «Die bürgerliche Gesellschaft in Schweden», en KOCKA y FREVERT (eds.), vol. 1, pp. 224-246.

siguieron desempeñando un papel significativo en el gobierno, tanto localmente como en el conjunto del país. Versiones previamente exageradas sobre el supuesto triunfo de la burguesía en la Gran Revolución han debido ser corregidas. Pero si comparamos Francia con la Europa al este del Rhin, se aprecia que determinadas flexibilidades del viejo orden, así como la forma revolucionaria en la que éste concluyó, difuminaron tempranamente la frontera entre la nobleza y la alta burguesía tanto en Francia e Italia, como en los Países Bajos, Bélgica y Suiza (donde la nobleza había sido en cualquier caso muy débil).

La «Era de los Notables», que gobernaron Francia entre la caída de Napoleón y los primeros años de la Tercera República, se ha interpretado como un estadio transitorio entre el viejo orden corporativo y la moderna sociedad de clases. Visto desde más al este, el aspecto que merece destacarse no es ni el fuerte componente aristocrático de este medio, ni la importancia innegable que dio a la posesión de tierra como base de influencia y estatus, ni los mecanismos tradicionales a través de los cuales operó: conexiones familiares y culturas locales de elite. Tampoco fueron excepcionales sus características más modernas y plutocráticas, como los derechos de voto basados en las rentas y el patrimonio imponibles, y graduados de acuerdo con estas variables. Lo que resulta asombroso si comparamos Francia con Europa central y oriental es la estrecha proximidad e interconexión entre los elementos aristocráticos y burgueses en esta elite de Notables. Ciertamente, la distinción entre las culturas de la aristocracia y de las «clases medias» no se había desvanecido totalmente. Pero había en Francia, como en Italia y Gran Bretaña —aunque cada caso era diferente en cuanto a otros aspectos— una tendencia hacia la mezcla de elementos aristocráticos y burgueses. La amalgama permitió un declive gradual y relativamente suave del componente aristocrático y un ascenso igualmente gradual de la burguesía, que hacia 1914 se había convertido, en Francia desde luego, en el socio dominante de la alianza[13].

---

[13] A. DAUMARD, *Les bourgeois et la bourgeoisie en France depuis 1815,* Paris, 1987; G. CHAUSSINAND-NOGARET *et al., Histoire des elites en France du XVIe au XXe siècle: L'honneur, le mérite, l'argent,* Paris, 1991; A. M. BANTI, *Terra e denaro: Una bourghesia padana dell'Ottocento,* Venezia, 1989; A. TANNER, «Bürgertum und Bürgerlichkeit in der Schweiz: Die 'Mittelklassen an der Macht'», en KOCKA y FREVERT (eds.), vol. 1, pp. 193-223.

Algunas regiones en Alemania se aproximaban a la pauta de Europa occidental, por ejemplo Renania, Hesse-Kassel, partes de Sajonia, o ciudades independientes como Hamburgo, que fueron testigo de un declive temprano de la influencia de la nobleza. Pero, en general, el viejo orden había sido más rígido al este del Rhin y sobre todo al este del Elba, regiones menos comercializadas (o comercializadas de una manera distinta), con diferencias legales, políticas y culturales claramente marcadas entre los señores y los campesinos, las ciudades y el campo, los *burghers* y otros habitantes de las ciudades, entre las clases medias y otros grupos sociales. Aquí el Antiguo Régimen había impedido a los vecinos ricos de las ciudades adquirir tierras. En Europa central y oriental, las bases legales del viejo orden feudal-corporativo no fueron derribadas por un acto revolucionario, sino por un proceso prolongado que comenzó al final del siglo XVIII y perduró la mayor parte del XIX.

Por supuesto, las diferencias entre Europa central y oriental eran profundas y variadas. En Prusia y Baviera, Austria y Bohemia, Galitzia y Rusia, la reforma agraria, la individualización de los derechos de propiedad y la introducción de las instituciones políticas modernas se produjeron en momentos distintos y con resultados muy diferentes. Pero, por contraste con Europa occidental, en Prusia, Austria y Rusia, la nobleza (o parte de ella) retuvo restos de un estatus legal especial y otros privilegios hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Es cierto que hubo alguna aproximación, alguna cooperación, incluso alguna fusión limitada entre parte de la aristocracia y parte de la alta burguesía en Europa central y oriental. De esta mezcla dan testimonio las compras de fincas de procedencia aristocrática por parte de la clase media, la cooperación entre burgueses y aristócratas en los niveles superiores de las expansivas burocracias estatales, la entrada de burgueses en cuerpos de funcionarios reservados originariamente a aristócratas y la imitación de estilos de vida aristocráticos por las familias ricas de la alta burguesía hacia el final del siglo. Pequeñas minorías de personas de la «clase media» fueron ennoblecidas (más frecuentemente en Austria y Rusia que en Prusia). Se produjeron algunos matrimonios entre aristócratas y burgueses. Pero, en general, hasta el siglo XX, la línea divisoria entre la nobleza y la burguesía permaneció más nítidamente marcada en Europa central y oriental que en Europa occidental, en detrimento de las burguesías. En Alemania y Austria, éstas se apoderaron de

una proporción más pequeña de poder político y consiguieron menor dominio social y cultural que en el oeste. En Rusia permanecieron incluso más débiles y altamente fragmentadas[14].

Otra manera de entender las diferencias internacionales en la historia de las clases medias europeas consiste en examinar su composición, particularmente la relación entre la burguesía de negocios o económica (*Wirtschaftsbürgertum)* y la burguesía educada o con formación académica (*Bildungsbürgertum*).

En los países económicamente avanzados de Europa occidental, los comerciantes, los banqueros y los rentistas, así como, más tarde, los empresarios fabriles y los directivos industriales, constituyeron el grueso y el núcleo de la «clase media» desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. Un alto grado de continuidad intergeneracional era típico de estos grupos acaudalados; se hallaban bien implantados en sus regiones y eran influyentes en sus comunidades.

Había también, por supuesto, juristas y pastores protestantes, médicos y funcionarios, profesores universitarios y enseñantes en escuelas públicas y liceos. Su número e importancia aumentó, especialmente en la última parte del siglo XIX. Pero, sobre todo a comienzos del siglo, se hallaban claramente subordinados a la clase media económica en cuanto a su alcance y su riqueza, su estatus y su influencia.

En Inglaterra, observadores como John Stuart Mill en torno a 1830 y Karl Marx, un poco más tarde, ignoraron virtualmente al *Bildungsbürgertum*, o lo vieron como un mero apéndice de la clase capitalista empresarial. Los historiadores han seguido frecuentemente su estela, en particular aquellos que se sitúan en la tradición marxista. El historiador británico Harold Perkin escribió acerca de la «olvidada clase media» cuando redescubrió los medios profesionales y los distinguió, como parte de la burguesía emergente hacia 1820, de los empresarios y hombres de negocios.

En Francia, el *Bildungsbürgertum* era menos marginal, pero el

---

[14] Compárense los artículos que resumen la situación en Austria y Polonia de E. BRUCKMÜLLER y H. STEKL, y W. DLUGOBORSKI, en KOCKA y FREVERT (eds.), pp. 160-192, 266-299. Sobre Rusia, PILBEAM, 1990, pp. 18-22; G. FISCHER, «The Intelligentsia and Russia», en T. E. BLACK (ed.), *The Transformation of Russian Society: Aspects of Social Change since 1861,* Cambridge, Massachussets, 1960, pp. 353-373; A. J. RIEBER, *Merchants and Entrepreneurs in Imperial Russia,* Chapel Hill, N.C., 1982.

elemento profesional era relativamente débil entre los Notables. Para los notarios y otros funcionarios, los bienes raíces y las conexiones locales eran más importantes que la formación legal que tenían algunos de ellos.

Tanto en Gran Bretaña como en Francia la balanza comenzó a cambiar sólo en la segunda mitad del siglo XIX. Fue entonces cuando el sistema de enseñanza secundaria se expandió y la educación formal adquirió mayor importancia para los hijos de las clases medias —y eventualmente para sus hijas— como experiencia común y marca de discriminación entre ellos y las masas. Las universidades y las escuelas profesionales también se extendieron, aunque más lentamente. Las carreras profesionales se hicieron más comunes y ganaron respeto. Junto a la riqueza y el origen familiar, el talento y las cualificaciones desempeñaron un papel de creciente importancia (aunque todavía secundaria) para garantizar el acceso a la burguesía. Se abrieron nuevas oportunidades para los hijos y las hijas de algunas familias de «clase media»-baja, pero, en general, las escuelas, caras y no demasiado numerosas, fueron de utilidad para los hombres y las mujeres jóvenes que ya tenían orígenes burgueses[15].

Esta pauta europeo-occidental no estuvo del todo ausente en Europa central. Donde las ciudades y las regiones contaban con una antigua tradición de riqueza industrial y mercantil y gobiernos autónomos activos, el proceso fue similar; por ejemplo, en Mannheim, Karlsruhe y Hamburgo. Pero en la mayor parte de Alemania la tendencia fue diferente. Las actividades comerciales y empresariales se manifestaron en una escala más moderada; el sistema fabril surgió más tarde que en Inglaterra, Bélgica y Francia. Los alemanes eran menos ricos que sus vecinos del oeste. La diferencia se apreciaba no sólo en las fortunas más pequeñas y en las mansiones menos impresionantes de los aristócratas alemanes, sino también en el estilo de vida más moderado de la burguesía.

---

[15] H. PERKIN, *The Origins of Modern English Society, 1780-1880,* London, 1969, pp. 252ss.; H. BERGHOFF y R. MÖLLER, «Tired Pioneers and Dynamic Newcomers? A Comparative Essay on English and German Entrepeneurial History, 1870-1914», *Economic History Review,* núm. 47, 2, 1994, pp. 262-287; R. TORSTENDAHL y M. BURRAGE (eds.), *The Formation of Professions: Knowledge, State and Strategy*, London, 1990; K. OFFEN, «The Second Sex and the Baccalauréat in Republican France, 1880-1924», *French Historical Studies,* núm. 13, 1983, pp. 252-286.

Al mismo tiempo, la «reforma desde arriba» representaba una fuerte tradición en Prusia, Baviera, Austria y otros Estados centroeuropeos. Los gobernantes absolutistas y sus burocracias en expansión se pusieron a la cabeza en la modernización de sus sociedades al objeto de reforzar su propio poder. En este contexto debe interpretarse el precoz énfasis sobre la renovación y el desarrollo de los sistemas escolares públicos en Prusia y otros Estados alemanes. Las escuelas secundarias basadas en la lengua latina y otros estudios clásicos (*Gymnasien*) y las universidades se expandieron notablemente; estas últimas estaban destinadas primordialmente a la formación de hombres jóvenes para el servicio público. El número de estudiantes aumentó en las primeras décadas y volvió a hacerlo en el último cuarto del siglo XIX, mucho más en Alemania que en Francia. El hincapié en la educación y la cualificación, en lugar, o como acompañamiento, de la propiedad y el origen familiar, ayudó a facilitar un poco el acceso de personas de la pequeña burguesía a la «clase media», pero también tuvo efectos excluyentes respecto a las clases trabajadoras y a otros sectores de los estratos bajos. La movilidad ascendente de la clase trabajadora a la burguesía se dilataba normalmente a lo largo de dos o tres generaciones, ocupando el profesor de enseñanza básica una importante posición intermedia. El deslizamiento hacia abajo podía ser más rápido. La educación general (*Bildung*) y la cualificación profesional eran asuntos de elevado prestigio y estima pública en Alemania. La preparación de los hombres jóvenes para ocupar posiciones elevadas en la administración pública también les conectaba estrechamente con la noción de poder, sobre todo, habida cuenta de la debilidad de las instituciones parlamentarias y la fortaleza del aparato burocrático a lo largo del siglo XIX.

Con funcionarios de formación universitaria en su núcleo, el *Bildungsbürgertum* alemán de principios del siglo XIX era pequeño e influyente. Sus miembros aventajaban en cuanto a reconocimiento social, poder y autoestima a la mayoría de los comerciantes, fabricantes y hombres de negocios, que normalmente disfrutaban de mayores ingresos y riquezas. Sólo en la última parte del siglo, cuando la industrialización aumentó drásticamente la riqueza, el poder y la reputación pública de parte de la comunidad de negocios, comenzó a cambiar la balanza. En la mayor parte de los casos, la pauta fue similar en las regiones occidentales de la monarquía de los Habsburgo. También en Italia, la *borghesia umanistica* era relativamente numerosa e influyente. Pero aquí los

funcionarios desempeñaban un papel mucho menor, mientras que los miembros de las profesiones liberales, especialmente los juristas, eran más preponderantes[16].

Tanto en Europa occidental como en Europa central, el *Wirtschaftsbürgertum* y el *Bildungsbürgertum* se hallaban al menos levemente conectados, al compartir elementos de una cultura común y estar unidos por numerosos contactos de distinto tipo, aunque también estuvieran divididos por diferentes experiencias. Incluso se aproximaron a lo largo del siglo, como se desprende de las experiencias educativas cada vez más parecidas, los más frecuentes matrimonios mixtos (al menos en el caso alemán) y el común compromiso con ideologías poderosas, como el liberalismo y el nacionalismo.

Por contraste, en gran parte de Europa centrooriental y oriental, las líneas de división entre los distintos subgrupos de la burguesía permanecieron firmemente marcadas. El relativo retraso económico de buena parte de estas regiones se correspondía con la debilidad de una burguesía empresarial autóctona. Cuando surgieron las oportunidades, el capital extranjero se movió hacia este nicho, y así lo hicieron los empresarios extranjeros —o étnicamente distintos—, en particular alemanes y judíos, griegos y armenios. Los polacos, los checos, los eslovacos y los habitantes de los Balcanes se hallaban bajo la dominación de imperios supranacionales y eran gobernados por elites extranjeras. No pudo desarrollarse fácilmente un *Bildungsbürgertum* del tipo centroeuropeo. Más bien se dio algo así como un *Bildungs-Kleinbürgertum*

---

[16] H.-U. WEHLER, «Deutsches Bildungsbürgertum in vegleichender Perspektive: Elemente eines "Sonderwegs"?», en J. KOCKA (ed.), *Bildungsbürgertum im 19. Jahrhundert IV: Politischer Einfluß und gesellschaftliche Formation,* Stuttgart, 1989, pp. 215-237. La impronta de funcionarios y profesionales era menor en la clase media alemana sudoccidental. *Vid.* L. GALL, *Bürgertum in Deutschland,* Berlin, 1989; H. KAELBLE, *Social Mobility in the 19th and 20th Centuries: Europe and America in Comparative Perspective,* Leamington Spa, 1985 (trad. cast.: *Desigualdad y movilidad social en los siglos XIX y XX,* Madrid, Ministerio de trabajo y Asuntos Sociales, 1994); K. TENFELDE, «Unternehmer in Deutschland und Österreich während des 19. Jahrhunderts», en H. RUMPLER (ed.), *Innere Staatsbildung und gesellschaftliche Modernisierung in Österreich und Deutschland 1867/71-1914,* München, 1991, pp. 125-138; H. SIEGRIST, *Advokat, Bürger und Staat: Eine vergleichende Geschichte der Rechtsanwälte in Deutschland, Italien und der Schweiz (18.-20. Jahrhundert),* Frankfurt, 1995; F.K. RINGER, *Education and Society in Modern Europe, 1815-1960,* Bloomington, Ind., 1979.

autóctono (como lo ha denominado Jiři Kořalka), una pequeña burguesía educada, que incluía a profesores de enseñanza primaria, clero católico, quizá algunos funcionarios menores y algunos intelectuales. Tenían escaso contacto con los comerciantes y los empresarios o con las elites (excepto, tal vez, con algunos aristócratas del lugar), pero se hallaban próximos a la población nativa en conjunto y desempeñaron un papel importante en el surgimiento del nacionalismo europeo oriental (algo también predicable de los intelectuales en Finlandia, Noruega y los países Bálticos). En la Europa centrooriental étnicamente heterogénea, con tensiones crecientes entre las diferentes nacionalidades y en práctica ausencia de una cultura común, la emergencia de una clase media integrada quedó abortada[17].

Esto se manifestó todavía con más rigor en Rusia, donde las tradiciones de autogobierno urbano eran extremadamente débiles. En su lugar, durante la mayor parte del período, los comerciantes prósperos fueron organizados, privilegiados y gravados por corporaciones reguladas gubernamentalmente. Había movilidad hacia dentro y hacia fuera de este grupo, pero sus miembros se hallaban claramente separados no sólo de los artesanos, los pequeños comerciantes y otras categorías de la pequeña burguesía, por debajo de ellos, sino también de la *intelligentsia* (funcionarios menores, clérigos, profesores, profesionales, escritores y periodistas). A diferencia del *Bildungsbürgertum* centroeuropeo, la *intelligentsia* rusa rara vez incluía a altos funcionarios con formación académica, que eran en su mayoría nobles o se hallaban en proceso de convertirse en tales, con frecuencia nacidos en el extranjero y despreciados por los intelectuales. En algunas ocasiones, los miembros de la *intelligentsia* tenían contactos más estrechos con intelectuales adscritos a la nobleza que con miembros de los grupos comerciales e industriales, cuyo estatus era bajo y atraían

---

[17] W. DLUGOBORSKI, «Das polnische Bürgertum vor 1918 in vegleichender Perspektive», en KOCKA y FREVERT (eds.), 1988, vol. 1, pp. 266-299; M. HROCH, «Das Bürgertum in den nationalen Bewegungen des 19. Jahrhunderts», en KOCKA y FREVERT (eds.), 1988, vol. 3, pp. 337-359 (trad. cast.: FRADERA y MILLÁN, *Las burguesías*, pp. 309-329); y E. KACZYNSKA, «Bürgertum und städtische Eliten: Kongreßpolen, Rußland und Deutschland im Vergleich», en KOCKA y FREVERT (eds.), 1988, vol. 3, pp. 466-488; G. RÁNKI, «The Development of the Hungarian Middle Classes: Some East-West Comparisons», en KOCKA y MITCHELL (eds.), 1993, pp. 439-455.

la hostilidad intelectual. Incluso antes de 1917 la situación rusa difería tan rotundamente de la pauta de Europa central y occidental, que la autora de un reciente estudio afirma que «(l)a clase media rusa no existió porque sus elementos constituyentes decidieron evitar la fusión y la identificación»[18].

Recapitulando el contenido de este apartado, las burguesías europeas diferían en muchos sentidos. Desde una perspectiva panorámica, cabe quizá distinguir tres burguesías. En el oeste, grupos acaudalados dominaban la «clase media». Mientras la frontera entre las elites aristocráticas y burguesas no se hallaba claramente marcada y se difuminó progresivamente, la riqueza, el privilegio y la influencia de la burguesía fueron vigorosos y, desde luego, crecientes. En Europa central desempeñó un papel más pujante la burguesía educada. La distinción entre la aristocracia y la burguesía permaneció más netamente definida. Pero el influjo de la burguesía fue limitado. Más al este, la burguesía todavía era más débil. La línea divisoria entre la aristocracia y la burguesía se hallaba tajantemente trazada. Esta última se mantuvo muy fragmentada. En los márgenes orientales y sudorientales de Europa apenas existía una burguesía cohesionada.

Fases

¿Cuáles fueron las tendencias principales en el desarrollo de las burguesías europeas? No pueden esperarse puntos de inflexión precisos en un proceso tan complejo y heterogéneo. La evolución fue diferente según países y regiones, no sólo en cuanto a la estructura, sino también en cuanto al ritmo. Cualquier propuesta de periodización es necesariamente arbitraria. No obstante, podemos distinguir cuatro grandes períodos en la historia de las burguesías europeas: la segunda mitad del siglo XVIII; desde 1800 a 1850; el período desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial; y desde entonces hasta la actualidad.

El siglo XVIII

No cabe identificar un comienzo nítido de la burguesía. A la hora de buscar sus orígenes hay que considerar tres entornos so-

---

[18] PILBEAM, 1990, p. 22 (cita), pp. 18ss., 68, 80, 135ss.

ciales que se solapan. En primer lugar estaban los burgueses (*burghers*) de las ciudades de comienzos de la Edad Moderna. En la mayor parte de Europa (no en el este), las ciudades eran islas en un mar de feudalismo. Disfrutaban de privilegios legales respecto al comercio y a las transacciones, al autogobierno y a las libertades civiles de sus habitantes. En las ciudades, sólo una minoría disfrutaba como norma de derechos civiles completos (*Bürgerrecht*), incluyendo el derecho a la propiedad privada, al comercio, al matrimonio, a formar un hogar y participar en corporaciones, gremios y asociaciones, así como también en el gobierno de la ciudad. La mayoría de los vendedores, comerciantes y maestros artesanos pertenecían a este grupo dotado de privilegios legales, como también los propietarios urbanos, los rentistas, los funcionarios y las personas con habilidades y profesiones específicas: la mayor parte eran cabezas de familia, por lo general, varones. La masa del resto de habitantes de la ciudad —empleados, oficiales, peones y los miembros de ocupaciones deshonrosas, así como también los miembros subalternos del hogar y de la familia, incluyendo a la mayoría de las mujeres— no disfrutaban de derechos civiles completos y no constaban como burgueses en sentido pleno. Precisamente entre los burgueses de las ciudades europeas se desarrollaron los primeros pasos de una cultura burguesa. Las normas y los modos de vida giraban en torno al trabajo, a la propiedad y la respetabilidad, el ahorro, el orden, la religión y la participación en el manejo de los asuntos comunes. Donde, a finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna, no existía la tradición de ciudades de burgueses, fuertes y autogobernadas, faltó más tarde una importante condición para el surgimiento de la burguesía.

En segundo lugar estaban los agentes del capitalismo, comerciantes mayoristas con vínculos interregionales e internacionales, los capitalistas y los banqueros, los propietarios y gestores de inversión, fábricas y minas. Formaban parte habitualmente de las comunidades de burgueses. Al mismo tiempo, su campo supralocal de acción, su tipo de empresa al margen de las corporaciones, su competitividad y su riqueza, los distinguían de la economía corporativa tradicional de las ciudades, regulada por gremios, costumbres y normas morales. De hecho, sobre todo en Europa central e incluso más aún en Europa oriental, disfrutaban con frecuencia de privilegios especiales que les otorgaba el gobierno, el cual les eximía del cumplimiento de las reglas de su

ciudad de residencia y los apartaba de la comunidad de burgueses tradicionales.

En tercer lugar se hallaban quienes servían a los gobernantes y los gobiernos, los príncipes, los obispos, los señores y las numerosas autoridades de la época: asistentes cualificados y funcionarios educados, administradores y expertos legales y, con algún grado de autonomía, catedráticos y pastores protestantes. Muchos de ellos tenían formación universitaria. Dentro de este grupo, las ideas de la Ilustración encontraron máxima resonancia, influyendo decisivamente en la cultura burguesa que se iba formando. Estos primeros burgueses con formación académica residían habitualmente en las ciudades, particularmente en las cortes y centros administrativos. Tenían contactos estrechos con los burgueses, pero su estatus era diferente: estaba basado en su relación con el gobernante y, cada vez más, en la educación, la formación académica y la competencia. Muchos de ellos entraron en estrecho contacto con las elites tradicionales, con los terratenientes y la nobleza. Otros muchos adquirieron tierras donde esto estaba permitido; una minoría accedió a la nobleza[19].

La tradición europea de ciudades autogobernadas, el desarrollo del capitalismo y el impacto de la formación del Estado fueron factores decisivos. Las comunidades urbanas de burgueses, los grupos de negocios en expansión y los círculos educados en auge dentro y fuera de las burocracias públicas diferían ciertamente en muchos aspectos. Pero no eran habitualmente nobles, ni tampoco de clase baja. Mantenían relaciones estrechas, se solapaban parcialmente y desarrollaron elementos de una cultura común. Allí donde y cuando esto ocurrió por encima de un nivel mínimo, emergió la burguesía moderna, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XVIII.

De 1800 a 1850

En Inglaterra y Suiza, las estructuras feudales se habían hundido mucho antes. En el norte apenas existieron. En Rusia y otras

---

[19] La bibliografía es abundante. Un estudio clásico sobre comunidades de *burghers* tradicionales en Europa central es el de M. WALKER, *German Hometowns: Community, State and General Estate, 1648-1871,* Ithaca, Nueva York, 1971; sobre los Notables del siglo XVIII, PILBEAM, 1990, pp. 212-213 (referido a la literatura de R. Forster, L. Bergeron, J. Tulard, etc.); W. D. RUBINSTEIN, «The End of 'Old Corruption' in Britain, 1780-1860», *Past and Present,* núm. 101, 1983, pp. 55-86.

partes del este, la disolución feudal sucedería mucho después, tras la Guerra de Crimea. Pero, en la mayor parte de Europa, el viejo orden concluyó, en buena medida, entre el fin del siglo XVIII y la mitad del XIX, bien a través de la revolución, como en Francia, o de reformas graduales y prolongadas —y revolución—, como en la mayor parte de Alemania. Las distinciones legales entre la ciudad y el campo, y entre los burgueses privilegiados y otros habitantes de las ciudades, fueron eliminándose gradualmente. La tierra se convirtió en una propiedad mercantil. Las regulaciones gremiales se debilitaron o se abandonaron. Se sentaron las bases legales para una economía de mercado sin restricciones. El capitalismo prosperaba en el comercio, la industria y la agricultura. Posteriormente comenzó la industrialización y el sistema fabril empezó a abrirse paso en Inglaterra y parte del continente. Lo que quedaba del viejo orden corporativo se disolvió entonces o, al menos, se debilitó considerablemente. El proceso institucional varió mucho, pero en casi todas partes se dio una tendencia hacia una mayor centralización e intensificación del poder gubernamental, hacia algún control del gobierno autocrático por parte de las burocracias o las instituciones parlamentarias, hacia el gobierno constitucional y el respeto a la legalidad. Iniciada mucho antes, la formación del Estado avanzó ahora con fuerza. Estos cambios fundamentales fueron provocados, en buena medida, por actores de clase burguesa, y tuvieron consecuencias de amplio alcance para el mundo de la burguesía.

En el siglo XVIII se habían producido alianzas estrechas entre nobles y miembros de la alta burguesía; los notables franceses, y la mezcla de terratenientes aristócratas y funcionarios, comerciantes ricos y componentes de las viejas profesiones en Londres constituyen dos ejemplos. Pero en todas partes había dominado el elemento noble. Ahora cambió la balanza. El elemento burgués ganó terreno porque la riqueza comenzó a adquirir más importancia que el título, al tiempo que tenía lugar un movimiento hacia criterios más meritocráticos. Esta redistribución de poder dentro de las alianzas burgués-aristocráticas no ocurrió sin tensiones ni conflictos, como en 1789, 1830 y 1848, pero sólo supuso cambios graduales.

El *Wirtschaftsbürgertum* del siglo XVIII había sido relativamente pequeño. Se hallaba dominado por comerciantes, banqueros y rentistas. O bien funcionaba como un aliado menor de las elites terratenientes, o bien se mantenía políticamente débil y so-

cialmente marginado. Ahora esta categoría creció en cantidad, riqueza e importancia. En el oeste, el ascenso de los fabricantes comenzó a cambiar la composición de la burguesía de negocios y a favorecer sus crecientes demandas y reivindicaciones. En las ciudades fabriles emergentes (por ejemplo, en el norte de Inglaterra, en el norte de Francia y en Renania) surgió un nuevo tipo de cultura burguesa radical y consciente de sí misma, que enfatizaba el trabajo y el ahorro, la autonomía y la dependencia de sus propios medios. Se oponía al poder de las capitales y de sus elites, trabajaba contra el viejo orden aristocrático y autocrático y, a menudo, en nombre de religiones minoritarias, atacaba a la iglesia establecida y a su ortodoxia[20].

Particularmente en Europa central (aunque no de forma exclusiva), las burocracias públicas ganaron fuerza, cohesión y «esprit de corps». Las escuelas fueron reformadas y expandidas. Las universidades se convirtieron en un importante canal de acceso a la burguesía. Los funcionarios y los profesionales desarrollaron nuevas reivindicaciones y demandas apoyadas en su educación y su formación. Pusieron el énfasis sobre los criterios meritocráticos de éxito y la idea de la independencia profesional como elementos de una elite ascendente y modernizadora[21].

Con otras palabras, tanto la burguesía de negocios como la

---

[20] PERKIN, 1969, pp. 196ss.; Ch. CHARLE, *Histoire sociale de la France au XIXe siècle,* Paris, 1991, pp. 42-55, 181-228, 239ss. Un caso de estudio reciente sobre una pequeña región alemana: ST. BRAKENSIEK, «Adlige und bürgerliche Amtsträger in Staat und Gesellschaft: Das Beispiel Hessen-Kassel, 1750-1866», en K. TENFELDE y H.-U. WEHLER (eds.), *Wege zur Geschichte des Bürgertums,* Göttingen, 1994, pp. 15-35. En general, la cultura burguesa mantuvo en Inglaterra relaciones más estrechas con la religión que las culturas burguesas en Alemania y Francia, donde el énfasis residía en mucha mayor medida en la formación (*Bildung*) secularizada y el distanciamiento laico con respecto a la iglesia (con muchas excepciones, por ejemplo, los piadosos hombres de negocios protestantes de Barmen y los católicos de la Francia septentrional, particularmente las mujeres burguesas. Los «Viejos Creyentes» formaban una minoría religiosa inconformista y eran fuertes entre la burguesía moscovita). *vid.* A. GERSCHENKRON, *Europe in the Russian Mirror: Four Lectures in Economic History,* Cambridge, 1970, 17ss. Sobre los empresarios judíos, *vid.* W. E. MOSSE, *The German-Jewish Economic Elite, 1820-1935: A Socio-Cultural Profile,* Oxford, 1989. Acerca de la burguesía católica en la parte occidental de Alemania, Th. MERGEL, *Zwischen Klasse und Konfession. Katholisches Bürgertum im Rheinland, 1794-1914,* Göttingen, 1994; y acerca de Francia, SMITH, 1981.

[21] *Vid.* PILBEAM, 1990, cap. 5.

burguesía con formación académica se reforzaban y adquirían un nuevo perfil. Pero, a comienzos del siglo XIX, ambas permanecían, en su mayor parte, insertas en las comunidades urbanas de burgueses, que, en Europa central y centrooriental, todavía retenían alguna identidad legal y mucha cohesión social y cultural frente a los estratos urbanos más bajos y al campo circundante. La clase media propiamente dicha todavía no había aflojado sus lazos con amplios sectores de artesanos, tenderos, minoristas y pequeños funcionarios.

La afiliación a asociaciones voluntarias mantenía unidos a estos grupos burgueses sobre la base de una naciente cultura común, centrada en la familia y el trabajo, las ideas de progreso, un código moral estricto, la educación y, en ocasiones, la religión. Esta cultura implicaba una visión de la vida moderna y ajena a la aristocracia, cuya defensa entrañaba con frecuencia una crítica sistemática del viejo orden y de la nobleza. De esta cultura surgieron los programas del liberalismo, que se tradujeron en diferentes demandas y campañas en la política local, regional y nacional. Ciertamente había gente burguesa no liberal y liberales no burgueses, pero no cabe poner en cuestión una afinidad básica entre la cultura de la «clase media» y el liberalismo en la primera parte del siglo XIX. Esta burguesía se encontraba en auge y su principal desafío se dirigía contra lo que había sobrevivido del viejo orden del privilegio y de la autocracia[22].

De 1850 hasta la Primera Guerra Mundial

Algunas de estas tendencias continuaron en el período comprendido entre 1850 y la Primera Guerra Mundial. La industrialización alcanzó plena velocidad en gran parte de Europa. La urbanización se aceleró. En Alemania e Italia se formaron Estados-nación, como reclamaban los liberales. La expansión de las burocracias públicas continuó, el sistema educativo creció y, a par-

---

[22] R. J. MORRIS, *Class, Sect and Part: The Making of the English Middle Class. Leeds, 1820-1850,* Manchester, 1990; E. FRANÇOIS (ed.), *Geselligkeit, Vereinswesen und bürgerliche Gesellschaft in Frankreich, Deutschland und der Schweiz, 1750-1850,* Paris, 1986; J. J. SHEEHAN, *German History, 1770-1866,* Oxford, 1989, cap. 9; D. LANGEWIESCHE, «Liberalism and the Middle Classes in Europe», en KOCKA y MITCHELL (eds.), 1993, pp. 40-69 (trad. cast.: FRADERA y MILLÁN, *Las burguesías*, pp. 169-201); D. LANGEWIESCHE (ed.), *Liberalismus im 19. Jahrhundert: Deutschland im europäischen Vergleich,* Göttingen, 1988.

tir de la última década del siglo XIX, se incrementaron las intervenciones del gobierno sobre la economía y las relaciones sociales.

El *Wirtschaftsbürgertum* siguió creciendo en cantidad, riqueza e importancia, ahora con los empresarios industriales en su núcleo. Comenzó el ascenso de los gerentes. Proporciones crecientes de empresarios habían asistido a escuelas de educación secundaria y a universidades. También el *Bildungsbürgertum* se amplió y se diferenció internamente. Los porcentajes de autorreclutamiento disminuyeron y la profesionalización avanzó rápidamente. Incluso en Alemania los profesionales por cuenta propia y los empleados de organizaciones privadas comenzaron a superar en número a los empleados del sector público; el clero protestante se hallaba entre ambos. Los médicos y los juristas componían los subgrupos más extensos, que crecieron rápidamente como consecuencia del avance de la sanidad, el desarrollo del sistema legal y el comienzo del Estado del Bienestar.

Hacia 1914 la burguesía había dejado atrás a la nobleza en riqueza, influencia cultural y poder político en gran parte de Europa. Aun cuando esta afirmación debe ser matizada respecto a la distribución del poder político en Alemania, Europa central y oriental, cabe decir con certeza que las últimas dos décadas previas a la Primera Guerra Mundial fueron testigos del apogeo de la burguesía. Siguió siendo por doquier una pequeña minoría, pero sus miembros y sus instituciones, su espíritu y su cultura prevalecieron en muchos espacios sociales, en la economía y la educación, las ciencias y las artes, en las ciudades, en el trabajo y en la vida familiar. Sería incorrecto hablar de un declive de la burguesía anterior a 1914[23]. No obstante, al mismo tiempo la burguesía se hizo más defensiva y se retrajo más. Perdió parte de su energía anterior y mucha de su cohesión interna.

---

[23] H.G. HAUPT, *Sozialgeschichte Frankreichs seit 1789,* Frankfurt, 1989, pp. 232-260; H.-U. WEHLER, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* München, 1995, vol. 3, pp. 712-750, y «Wie bürgerlich war das Deutsche Kaiserreich?», en J. KOCKA (ed.), *Bürger und Bürgerlichkeit im 19. Jahrhundert,* Göttingen, 1987, pp. 243-280; F. M. L. THOMPSON, *The Rise of Respectable Society: A Social History of Victorian Britain, 1830-1900,* Cambridge, Mass., 1988; D. LIEVEN, *The Aristocracy in Europe , 1815-1914,* London, 1992; Y. CASSIS, «Businessmen and the Bourgeoisie in Western Europe», en KOCKA y MITCHELL (eds.), 1993 pp. 103-124 (trad. cast.: FRADERA y MILLÁN, *Las burguesías*, pp. 85-131); H. KAELBLE, «French *Bourgeoisie* and German *Bürgertum*, 1870-1914», en

La burguesía se había visto desafiada desde abajo mucho antes de 1848-49. La radicalización de la Revolución Francesa en la década de 1790, los elementos de lucha de clases en Gran Bretaña a raíz de las Guerras Napoleónicas, los levantamientos y huelgas de artesanos y trabajadores en París y Lyon en los años treinta y cuarenta del siglo XIX, la revuelta de los tejedores de Silesia en 1844, la demanda de una reforma radical e, incluso, algunas agitaciones socialistas en la década que ha sido etiquetada como «los hambrientos cuarenta» o *Vormärz* (es decir, el período previo a la Revolución de 1848) no pasaron desapercibidos en círculos de la «clase media». Los disturbios ayudaron a recordar a los miembros de la burguesía que había un mundo entero por debajo de ellos al que era difícil llegar, potencialmente peligroso y contra el cual resultaba prudente protegerse, incluso al precio de abandonar algunas ideas progresistas y aceptar una alianza más estrecha con sectores de las viejas elites.

Aunque la frontera social entre la burguesía y quienes se hallaban por debajo de ella no era nueva, adquirió importancia, relieve y pleno significado en la segunda parte del siglo. La experiencia de la Revolución de 1848-49 fue decisiva, toda vez que las masas se emanciparon del liderazgo de la clase media y cuestionaron su mundo.

La democratización progresiva de los derechos de sufragio para los varones —como consecuencia de los acontecimientos de 1848-49 en Francia, de 1867-71 en el emergente Estado-nación alemán, de los años ochenta en Italia y, más gradualmente, en Gran Bretaña y otras partes de Europa— introdujo más que nunca antes a la «gente común» en la esfera política. La estructura de la política cambió de un sistema de notables a una política de masas y clases.

La fuerza de los movimientos obreros independientes indicaba el surgimiento de la clase trabajadora como un factor dinámico y aumentaba la inquietud reinante entre la burguesía. La Comuna de París de 1871 fue una señal que registró toda Europa. En la mayor parte de la Europa de las postrimerías del siglo XIX y

---

KOCKA y MITCHELL, pp. 273-301 (trad. cast.: FRADERA y MILLÁN, *Las burguesías*, pp. 277-308); M. HILDERMEIER, «Sozialer Wandel im städtischen Rußland in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, núm. 25, 1977, pp. 525-566.

comienzos del XX, en diferentes formas y grados, las tensiones y los conflictos de clase, en parte enmascarados, permeaban las relaciones sociales, la política nacional y la cultura, mucho más que cien años antes. Amplios sectores de la burguesía pasaron a enfrentarse a un nuevo adversario. Si el desafío ofensivo a las viejas elites había sido la clave de la cultura y la política burguesas, distanciarse defensivamente de los de abajo se convirtió ahora en lo más importante.

La burguesía tuvo que hacer explícito lo que antes no había hecho falta decir: que sus integrantes no pertenecían a la gente ordinaria. El abismo entre los círculos con propiedades y educación y «la gente» se agrandaba. El resto de la base corporativa de las antiguas comunidades de burgueses se desmoronaba, al tiempo que avanzaba la diferenciación entre las partes alta y baja de las burguesías. La distancia se ampliaba entre comerciantes, industriales, profesores y altos funcionarios, por una parte, y artesanos, comerciantes al por menor, mesoneros, funcionarios de menor rango y empleados, por otra. La pequeña burguesía estableció su perfil como una entidad separada sólo en la segunda mitad del siglo, mientras el concepto de burguesía se iba estrechando, hasta circunscribirse a los círculos más prósperos de propietarios y educados[24].

También en el límite superior de la burguesía la situación estaba cambiando. Investigaciones recientes han relativizado, con muy buenos argumentos, la noción de «feudalización» de la burguesía de finales del siglo XIX. Adquirir tierras y vivir parte del año en una mansión fuera de la ciudad, consumir ostentosamente y disfrutar de la caza y el cricket, mezclarse socialmente con aristócratas, y no sólo durante la «temporada» de Londres o Berlín, o pensar en casar a una hija con una familia aristocrática, no hacían realmente noble al burgués rico.

Era posible adoptar elementos de un estilo de vida aristo-

---

[24] E. J. HOBSBAWM, *The Age of Capital, 1848-1875,* London, 1977, cap. 12 y 13 (trad. cast.: *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, Crítica, 1998), y *The Age of the Empire, 1875-1914,* New York, 1987, cap. 5 y 7 (trad. cast.: *La era del Imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 1998); H.-U. WEHLER, «Die Geburtsstunde des deutschen Kleinbürgertums», en PUHLE (ed.), (nota 6), pp. 199-209; G. CROSSICK (ed.), *The Lower Middle Class in Britain, 1870-1914,* New York, 1977; J. KOCKA (ed.), *Arbeiter und Bürger im 19. Jahrhundert: Varianten ihres Verhältnisses im europäischen Vergleich,* München, 1986.

crático sin abandonar o descuidar el negocio propio. Muchos lo hicieron así. El liberalismo nunca fue una característica estrictamente definitoria de la cultura burguesa y, por tanto, el movimiento hacia la derecha conservadora que, desde finales del siglo XIX, llevaron a cabo muchos empresarios acaudalados, altos funcionarios y profesionales no puede ser visto como una traición a sus orígenes de «clase media». El ennoblecimiento formal siguió siendo poco común. La mayoría de los hijos de hombres de negocios reputados parece haber permanecido en el mundo de los negocios. Las familias aristocráticas siguieron favoreciendo estrategias nupciales endógenas y manteniendo su menosprecio por las ocupaciones industriales y comerciales.

No obstante, después de todo lo dicho, debe reafirmarse el núcleo de verdad que contiene la tesis de la feudalización. En contraste con lo que sucedía en torno a 1800, amplias fortunas de la burguesía igualaban, o incluso superaban, la riqueza aristocrática hacia 1900. Un estrato superior de la burguesía se acercaba mucho a la aristocracia en estilo de vida y cultura. Matrimonios mixtos y otras formas de mestizaje entre círculos burgueses y aristocráticos alcanzaron un máximo sin precedentes en la Inglaterra eduardina y la Alemania guillermina, así como también en el San Petersburgo prerrevolucionario. En política, la confrontación entre intereses terratenientes y empresariales, entre nobles mayoritariamente conservadores y burgueses predominantemente liberales había quedado definitivamente atrás. Amplios sectores de la nobleza habían aceptado el mundo moderno y adoptado elementos centrales de la cultura burguesa, y una buena parte de las clases medias se desplazó a la derecha. Desafiados desde abajo, los que estaban arriba se preocupaban más de sus intereses y sus experiencias comunes que de lo que continuaba separándolos. Particularmente en Europa occidental surgió algo parecido a una elite compuesta que tendía a superar la división entre la vieja aristocracia y la clase media[25].

---

[25] D. L. AUGUSTINE, *Patricians and Parvenus: Wealth and High Society in Wilhelmine Germany,* Oxford, 1994; H. KAELBLE y H. SPODE, «Sozialstruktur und Lebensweisen deutscher Unternehmer, 1907-1927», *Scripta Mercaturae,* núm. 24, 1990, pp. 132-178; H. BERGHOFF, «Aristokratisierung des Bürgertums? Zur Sozialgeschichte der Nobilitierung von Unternehmern in Preußen und Großbritannien 1870 bis 1918», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte,* núm. 81, 1994, pp.178-204; los artículos de F. M. L. THOMPSON y P. THA-

Esto implicaba una nueva diferenciación interna de la burguesía. Su estrato superior se iba desgajando. Uno de los dos frentes sociales que durante tanto tiempo habían servido como piedras angulares para definir la identidad de la burguesía se evaporó parcialmente. La afinidad previa entre la cultura burguesa y el liberalismo se erosionó: el progresismo burgués se convirtió en un fenómeno minoritario. El nacionalismo continuó siendo fuerte, pero revestía connotaciones crecientemente intolerantes, imperialistas y, en ocasiones, racistas. La inseguridad intelectual aumentó. Sobre este telón de fondo pudo extenderse ampliamente la crítica rigurosa y el rechazo total al mundo de la burguesía; crítica y rechazo dirigidos contra sus aspectos filisteos e hipócritas, su convencionalismo y sus rigideces, así como su visión de la vida excesivamente «racional». Las críticas antiburguesas fueron formuladas con más fuerza por los movimientos obreros socialistas. Pero, con frecuencia, también las airearon personas de la propia burguesía; intelectuales, artistas, escritores vanguardistas, así como también los movimientos juveniles de clase burguesa del cambio de siglo. Había numerosos clubs y asociaciones en los cuales prosperaba la *Kulturkritik* antiburguesa; sus miembros pertenecían habitualmente a la burguesía. Al final del siglo y antes de la Primera Guerra Mundial, el mundo burgués no sólo era atacado desde abajo, sino que también estaba siendo cuestionado desde dentro[26].

Desde la Primera Guerra Mundial

La historia de las burguesías desde la Primera Guerra Mundial ha sido un relato de victoria y difusión. En cierto sentido, la burguesía, junto con sus dos oponentes principales, ha desaparecido, mientras que su cultura ha cambiado y se ha extendido.

La división entre la aristocracia y el resto de la sociedad se ha desvanecido. En el siglo XX la nobleza de Europa perdió todos

---

NE sobre la aristocracia y la clase media en Inglaterra, en A. M. BIRKE *et al.* (eds.), *Bürgertum, Adel und Monarchie: Wandel der Lebensformen im Zeitalter des bürgerlichen Nationalismus,* München, 1989, pp. 15-35, 93-108; T. DURANDIN, «Entre tradition et aventure», en CHAUSSINAND-NOGARET *et al.* (eds.), 1991, pp. 319-451; A. J. MAYER, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War,* New York, 1981.

[26] H. MOMMSEN, «Die Auflösung des Bürgertums seit dem späten 19. Jahrhundert», en KOCKA (ed.), *Bürger und Bürgerlichkeit*, pp. 288-315.

sus privilegios legales y la mayor parte de sus particularidades sociales. En Europa del Este la aristocracia fue destruida y expulsada por las dictaduras comunistas. En Europa central no escapó a los efectos nefastos del fascismo y de la guerra. En la mayor parte del continente las victorias del capitalismo y de la democracia erosionaron lo que había quedado de derechos y distinciones aristocráticos. Algunos de éstos y éstas todavía perviven, particularmente en Inglaterra, pero en la mayor parte de los casos carece ya de todo sentido distinguir entre aristocracia y burguesía en la cima de la pirámide social. Por consiguiente, los historiadores de décadas recientes y los estudiosos de sociedades presentes prefieren hablar de elites compuestas, de la *Oberschicht* o de las *classes supérieures*[27].

La segunda frontera social que ayudó a definir la burguesía en el siglo XIX sobrevivió por más tiempo. A lo largo de la mayor parte del siglo XX la división marcada por tensiones y conflictos entre las clases burguesas y las obreras influyó decisivamente sobre las relaciones sociales y la política interna. Incluso hoy esta línea de clase no ha desaparecido en todas las sociedades occidentales. Está reapareciendo en el este, donde otras formas de desigualdad la habían erosionado, anulado y suplantado. Con todo, la composición de la población trabajadora ha cambiado de modo fundamental como resultado del estancamiento y declive del sector de cuello azul, de la enorme expansión de la fuerza de trabajo de cuello blanco y de profundos cambios en la esfera del trabajo. Las vidas de los trabajadores cambiaron drásticamente como consecuencia de la democratización, el surgimiento del Estado del Bienestar y el crecimiento sin precendentes del poder adquisitivo de las masas desde los años cincuenta. La integración de los movimientos obreros avanzó. Las dictaduras y las guerras del siglo XX, la destrucción masiva y las obligadas transferencias de población que las acompañaron, han contribuido a la erosión de las culturas tradicionales de la clase trabajadora en la mayor parte de Europa, pero la mejora fundamental de las condiciones de vida y el surgimiento de la

---

[27] Y. CASSIS, «Financial Elites in Three European Centres: London, Paris, Berlin, 1880s-1930s», *Business History,* núm. 33, 1991, pp. 53-71; H. KAELBLE, «Die oberen Schichten in Frankreich und der Bundesrepublik seit 1945», en *Frankreich Jahrbuch,* Opladen, 1991, pp. 63-78; H. MORSEL, «La classe dominante de l'entre-deux-guerres à nos jours», en Y. LEQUIN (ed.), *Histoire des français XIXe-XXe siècle,* Paris, 1983, vol. 2, pp. 536ss.

sociedad de consumo todavía han acelerado más el proceso de involución de la clase trabajadora.

Las pautas de desigualdad social y cultural se han hecho más amorfas en años recientes. Por supuesto, los movimientos obreros no han desaparecido; en realidad, su amenaza al mundo de la burguesía aumentó tras la Primera Guerra Mundial, cuando el comunismo se convirtió, primero, en un desafío nacional y, más tarde, —transcendiendo su base original de clase trabajadora— en un desafío internacional de primer orden. Pero, en las sociedades occidentales posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los movimientos de trabajadores han perdido parte de su poder y casi todo su empuje. Finalmente, también la amenaza comunista ha desaparecido en el ámbito internacional.

Éste no es el lugar para relatar toda esta complicada historia. Baste decir que el desafío fundamental desde abajo, que se encontraba tan estrechamente ligado a la emergencia de las clases trabajadoras y de los movimientos obreros socialistas, y que había contribuido a constituir y definir a la burguesía de la Europa del siglo XIX y principios del siglo XX, no ha sobrevivido. Hay nuevas líneas de fractura, como la que corta, en la mayoría de los países occidentales, a las nuevas infraclases de inmigrantes, los desempleados y las minorías marginales, de la mayoría de la población. La desigualdad social, en conjunto, no ha disminuido. Se dan nuevos conflictos, por ejemplo, sobre asuntos medioambientales. Pero todo esto no funciona como cuando el desafío proletario-socialista indujo a la burguesía a afirmar sus márgenes y permanecer unida en el siglo XIX y los comienzos del XX[28].

La burguesía demostró ser más fuerte que sus oponentes. Venció. Su cultura y sus principios se han expandido ampliamente a todos los sectores de las *classes supérieures* y, en cierta medida, a la menguante población rural, a la «clase media» habitualmente denominada «clase media-baja» e incluso a parte de la clase obrera. Sigue habiendo límites a la extensión de la cultura

---

[28] J. MOOSER, *Arbeiterleben in Deutschland 1900-1970: Klassenlagen, Kultur und Politik,* Frankfurt, 1984; A. A. JACKSON, *The Middle Classes, 1900-1950,* Nairn, 1991; A. MARWICK, *Class: Image and Reality in Britain, France and the USA since 1930,* New York, 1980. Más reciente y estimulante: H. SIEGRIST, «Ende der Bürgerlichkeit?», *Geschichte und Gesellschaft,* núm. 20, 1994, pp. 549-593; K. TENFELDE, «Stadt und Bürgertum im 20. Jahrhundert», en TENFELDE y WEHLER (eds.), 1994, pp. 317-353.

de la burguesía, y sigue habiendo diferencias por doquier; ni siquera las sociedades occidentales se han convertido totalmente en «burguesas». Pero la cultura burguesa, que tiene una tendencia inherente hacia la universalización, ha ido más allá del segmento social en el que se originó y que una vez ayudó a definir. Esta victoria ha costado a la burguesía gran parte de su identidad.

Pero también se han producido muchos cambios internos. El segmento asalariado de la burguesía ha superado al segmento que trabaja por cuenta propia. De ahí que la definición de la «independencia» de la clase burguesa haya tenido que cambiar. La burocratización ha dejado su impronta. El número de rentistas —aquellos que viven de ingresos de la propiedad sin trabajar— se ha reducido drásticamente (excepto en la vejez): este descenso puede ser visto como un avance de los principios burgueses que enfatizan el trabajo y el logro.

Otros elementos de la cultura de la burguesía del siglo XIX se han perdido en las catástrofes y la modernización del siglo XX. Ya desde la Primera Guerra Mundial, el número de sirvientes de los hogares de «clase media», de fundamental importancia en estas familias, ha descendido constantemente. La educación clásica fue perdiendo peso a medida que daba paso a formas más especializadas de formación; un cambio que hizo desaparecer un soporte importante que había mantenido unida a la burguesía. La cultura del trabajo y del ahorro, del progreso y del orden, de la religión y la hipocresía, que caracterizó a amplios sectores de las burguesías emergentes en las primeras etapas del siglo XIX, ha desaparecido en buena medida. La institución más paradigmática de la cultura burguesa, la familia, que se basaba en una clara separación de las posiciones de género, ha experimentado enormes cambios. Las relaciones de género han experimentado profundas transformaciones. También han influido otros factores, por ejemplo, el estatus cambiante de la juventud, el surgimiento de los medios de comunicación y la multiplicación de las opciones disponibles en la sociedad moderna. Como resultado, la familia ha perdido muchas de sus funciones del siglo XIX y parte de su cohesión interna, lo cual ha tenido efectos desintegradores sobre la cultura burguesa[29].

---

[29] L. DAVIDOFF, «The Family in Britain», en F. M. L. THOMPSON (ed.), *The Cambridge Social History of Britain*, Cambridge, 1990, vol. 2, pp. 98-129 (por

Pero merece la pena recordar que la mayor parte de estos cambios se originaron en el mundo de la burguesía. Esto es, sin duda, predicable de los movimientos para la igualdad de la mujer, que despegaron cuando tomaron lo bastante en serio determinadas promesas de la burguesía (derechos individuales, educación, trabajo y mérito, participación activa en la vida pública), como para demandar su extensión a las mujeres, a las cuales se les habían negado durante los primeros cien años de la historia de la burguesía moderna. Para incorporar «la otra mitad» a la cultura burguesa sobre una base más igualitaria, la propia cultura debía cambiar. Lo mismo cabe decir con respecto a los intentos de incorporar a otras clases y otros elementos a la cultura burguesa. Estos procesos siguen en curso y no está del todo claro hasta dónde van a llegar.

Este artículo ha tratado de la burguesía, entendida como una formación social pequeña, pero coherente y muy influyente, definida por unos adversarios comunes y una cultura compartida. El grado de realización de esta burguesía ha variado en el tiempo y en el espacio. Surgió en el siglo XVIII y decayó en el XX. Se estableció más claramente en las regiones occidentales y centrales del continente que en las orientales. Su existencia dependió de ciertas situaciones históricas, entre ellas, la tradición de la Ilustración y una separación específica entre el campo y la ciudad. Parece que éstos eran órdenes de cosas característicos de Europa; resulta poco probable que se den en muchas otras partes del mundo.

---

contraste con BUDDE [nota 8]); K. H. JARAUSCH, *The Unfree Professions: German Lawyers, Teachers and Engineers, 1900-1950,* New York, 1950 (por contraste con R. KOSELLECK (ed.), *Bildungsbürgertum im 19. Jahrhundert II: Bildungsgüter und Bildungswissen,* Stuttgart, 1990). C. HALL, *White, Male and Middle Class: Explorations in Feminism and History,* Cambridge, 1992; U. FREVERT (ed.), *Bürgerinnen und Bürger: Geschlechterverhältnisse im 19. Jahrhundert,* Göttingen, 1988.

CAPÍTULO V

LA HISTORIA DEL TRABAJO: ¿PARA QUÉ Y CÓMO?*

En los años ochenta, Hartmut Zwahr ha pasado a ser conocido como historiador del trabajo en la República Federal de Alemania. Es, a la vez, muchas otras cosas, hoy aun más que antes. El vicerrector Wartenberg lo ha relatado. Pero las propuestas de Zwahr sobre la historia del trabajo siguen siendo válidas y actuales. Entretanto, la historia del trabajo atraviesa una situación de cambio radical; según algunos, de crisis. Por ello, a propósito de esta conmemoración, puede resultar conveniente reflexionar sobre dónde nos hallamos en la historia del trabajo y hacia dónde deberíamos ir en el futuro. Para ello tomo las propuestas de Hartmut Zwahr y las desarrollo. Desde que pasamos un año juntos en Bielefeld, hace ya una década, hemos discutido repetidamente sobre estas cuestiones. Empezaré por tres aportaciones recientes.

No hace mucho apareció un número del *International Review of Social History* bajo el título «¿El final de la historia del trabajo?». El editor constataba en la introducción que la historia del trabajo se hallaba a la defensiva. Veía las causas, por una parte, en el final global del socialismo, y, por otra, en la posición re-

---

* Publicado en Susanne SCHÖTZ (ed.), *Sozialgeschichte und Landesgeschichte. Hartmut Zwahr zum 60. Geburtstag*, Beucha, 1998, pp. 18-29. Una versión en inglés más desarrollada de este texto apareció en la *International Review of Social History* (primavera 1997).

gresiva del trabajo en nuestra sociedad actual. En su opinión, la historia del movimiento obrero se encontraba aislada y descuidaba el Tercer Mundo. El citado número reunía algunas contribuciones que, según el editor, marcaban caminos que permitían sacar a la historia del trabajo y del movimiento obrero de su crisis actual; contribuciones sobre la geografía de los mercados laborales, la historia cotidiana, la historia de los símbolos socialistas, los fundamentos de la historia del género y del consumo. Hartmut Zwahr participó con una contribución sobre la formación de clase y el movimiento obrero como objeto de una historiografía dialéctica, que pone en relación recíproca la historia del trabajo y de la burguesía.

Casi al mismo tiempo apareció el volumen colectivo *Rethinking Labor History: Essays on Discourse and Class Analysis*, editado por Lenard R. Berlanstein, un joven historiador de los Estados Unidos que antes se había dedicado fundamentalmente al estudio de la historia obrera en Francia. Su introducción puede ser leída como el manifiesto de una historia post-estructuralista del trabajo. La crisis del socialismo habría puesto en cuestión la historia del movimiento obrero escrita hasta nuestros días. El modelo de la formación de clase habría perdido poder de persuasión, no sólo para la historia del movimiento obrero sino también, por ejemplo, para la historia de la Revolución Francesa. Si la primacía de la economía ha sido desplazada por la creencia en la autonomía de la cultura, también la orientación hacia las experiencias humanas (por ejemplo, experiencias de trabajo o de exclusión), tan central en la tradición de Thompson y en la historia de la cotidianeidad, habría sido cuestionada progresivamente, percibida como convencional y sustituida por el énfasis sobre el discurso, sobre el lenguaje. Este giro lingüístico-discursivo habría debido mucho a las influencias de Foucault y Derrida.

Finalmente habría que citar un número de la revista *International Labor and Working-Class History* de finales de 1994 publicado bajo el título «What Next for Labor and Working-Class History?». Ira Katznelson, el sociólogo de orientación histórica y en su día editor del ampliamente leído volumen colectivo *Working Class Formation. Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States* (1986) introdujo la polémica discusión sobre el estado de la investigación con un artículo decisivo. En realidad, según él, la historia del trabajo no se encuentra en una crisis. Nunca antes ha sido empíricamente más valiosa, más extensa

y diversificada. No obstante, ha perdido su impulso, su finalidad, su sentido intelectual. Las nuevas generaciones de historiadores comprometidos se adentran hoy en otros ámbitos, por ejemplo, en la historia de los géneros. La historia del trabajo corre el riesgo de convertirse en una sentida necrológica para esperanzas decepcionadas. La causa se ha desvanecido.

Y ello se debería, por una parte, al ascenso de los nuevos movimientos sociales (ecología, mujeres, derechos civiles), que habrían puesto en cuestión la importancia de la identificación de clase y del análisis clasista, recomendando el enfoque sobre el lenguaje. Por otra parte, los motivos residirían en la derrota del socialismo democrático y, después, en el colapso del comunismo dictatorial y en el consiguiente cuestionamiento de la idea durante mucho tiempo influyente de la marcha ascendente de la clase obrera; es decir, en la derrota de una idea de progreso que habría inspirado y dirigido implícitamente una parte considerable de la historia del trabajo y del movimiento obrero. Katznelson aboga, pues, por tomar de nuevo en serio las instituciones, el imperio de la política y de las ideas políticas, e investigar el movimiento obrero sobre el telón de fondo de las instituciones gubernamentales, del sistema de partidos, del Estado social y de las teorías políticas.

Los tres ejemplos pueden ser suficientes. No son atípicos. Dan cuenta de la extensión de la idea de un giro, de la sensación de crisis y de una búsqueda a fondo y dispersa de salidas, que van desde el análisis post-estructuralista del discurso hasta el retorno a la historia convencional de las instituciones, pero tienen en común el cuestionamiento de los análisis clásicos de la formación de clase. Domina una situación de agotamiento, de insatisfacción con las tradiciones, de conciencia de derrota y de búsqueda de nuevas alternativas, al menos a juzgar por las objeciones de principios y de carácter programático que han aparecido últimamente. Sin embargo, en la investigación práctica, en las publicaciones corrientes, en el día a día de la ciencia, estos cambios y estas carencias aparecen sólo atenuados. No obstante, tampoco se hallan del todo ausentes.

Nuevos desafíos

¿Qué hacer? ¿Qué aportaciones son nuevas y al mismo tiempo prometedoras? ¿Dónde merece la pena realizar una inversión

especial de ideas y trabajo de investigación? ¿Qué callejones sin salida deberían evitarse a ser posible? ¿Qué preguntas sobre la historia del trabajo y del movimiento obrero se derivan de los problemas prácticos del presente? Las siguientes observaciones son, por supuesto, sumamente selectivas.

1. De los desafíos arriba citados, la historia de los géneros es el de mayor alcance. Es cierto que la historia de los géneros plantea, en ocasiones, reivindicaciones descabelladas y de carácter exclusivista. No son las que me importan en este lugar. Tampoco se aprecia, ni cabe esperar en el futuro, que la historia de los géneros revolucione la historia social. Sin embargo, los representantes (mayormente, las representantes) de una historia de los géneros inteligente plantean retos productivos a la aproximación desde la historia de las clases (que yo sigo defendiendo), favoreciendo una modificación clara de las imágenes tradicionales. De un lado, la perspectiva de género obliga a ocuparse necesariamente de las dimensiones del proceso de formación de clase que no se refieren sólo al trabajo y a los puestos laborales. ¿Cómo se concibe la situación de clase de personas sin rendimientos (permanentes) del trabajo (entre ellas, muchas mujeres)? ¿Cómo se articula la historia del trabajo asalariado con la historia del hogar? De otro lado, la cuestión acerca de cuáles han sido las contribuciones de las mujeres al proceso de formación de clase abre la mirada a dimensiones durante largo tiempo descuidadas, como, por ejemplo, el papel de las relaciones de parentesco en el desarrollo de redes específicas de clase, el papel de las amistades y las relaciones vecinales o el cultivo y la transmisión del capital cultural en el proceso de formación de clase. Bien es cierto que el análisis de Hartmut Zwahr sobre la historia del protelariado de Leipzig es, en este sentido, pionero. Finalmente, la perspectiva de género permite identificar el movimiento obrero como un movimiento masculino, lo cual se manifiesta no sólo en sus programas y en su trabajo político, sino también en su estilo y en su cultura. Al modificarse la imagen tradicional del movimiento obrero, esta historia se torna más crítica y gana en realismo. En conjunto, los problemas que suscita la conexión de la historia de las clases con la historia de los géneros no están resueltos. Pero el trabajo en torno a estos problemas promete réditos interesantes.

2. Menos lejos ha llegado hasta ahora el desafío de la corriente histórico-lingüística, del giro lingüístico. No hay que la-

mentar que sus variantes más radicales apenas se hayan hecho apreciar hasta ahora en Alemania, toda vez que los representantes radicales de esta aproximación exigen que la reconstrucción historiográfica se limite al estudio de los fenómenos lingüísticos. La realidad pasada se circunscribe a los textos; sólo la reconstrucción de los discursos se ve como posible y provechosa; se aconseja el estudio de los conceptos y de sus significados, pero sólo en relación con otros conceptos y sus significados, no en relación con elementos de referencia externos a ellos. Las clases aparecen desde esta perspectiva sólo en su forma lingüística, como producto de los discursos, en el medio lingüístico; no, sin embargo, en el contexto de experiencias, intereses o estructuras. Todo ello desemboca en simplificaciones idealistas, que fracasan en el análisis de la realidad pasada y siguen siendo la excepción incluso en la historiografía americana.

No obstante, la lengua, la retórica y los discursos del movimiento obrero de épocas más tempranas representan un objeto de investigación grato, algo que recuerdan los representantes del giro lingüístico a quienes hayan podido olvidarlo. Sin duda, sería desacertado interpretar el lenguaje, los conceptos de la gente, sólo como dimensiones derivadas, como reflejos o simples manifestaciones de experiencias, intereses y estructuras subyacentes. Más bien habría que reconocer y tomar en serio que la formulación linguïstica, o el discurso, conforma y determina activamente las experiencias; que la comunicación lingüística comporta socialización y justifica las diferencias de poder.

La historia de los conceptos desempeña desde hace tiempo un papel fecundo en la historia del trabajo y del movimiento obrero. Asa Briggs, en Inglaterra, Werner Conze y Reinhart Koselleck, en Alemania, y muchos otros siguiendo su ejemplo, han procurado que así sea. Puede que sugerencias metodológicas de la lingüística moderna conduzcan a perfeccionamientos ulteriores. El lenguaje del movimiento obrero me parece, en cualquier caso, un campo de investigación no suficientemente elaborado. Reconstruir y comparar conceptos centrales, símbolos, discursos y figuras retóricas en los textos puede ser un camino importante para identificar diferencias, rasgos comunes y cambios en las experiencias y las expectativas de los representantes y portavoces del movimiento obrero; para comprender mejor cómo interpretaban los trabajadores su realidad; para discernir qué tenían en común en su calidad de trabajadores, qué les mantenía unidos como

movimiento obrero, qué les separaba de otras partes de la sociedad y a quién se oponían. La dimensión histórico-semántica de los procesos de formación de clase se puede investigar mucho mejor de este modo. Mas resulta imprescindible interrogarse continuamente por la relación interactiva entre las dimensiones lingüísticas y las no lingüísticas de la realidad pasada, y comprender los textos legados en sus contextos de aparición y de acción, que, por sí mismos, no se hallan suficientemente presentes en aquéllos.

3. En 1980 apareció en la revista inglesa *Social History* un artículo de Geoff Eley y Keith Nield bajo el título «Why Does Social History Ignore Politics?». Se iniciaba así un alegato, desde entonces progresivamente amplificado y en los últimos años cada vez más patente, a favor de incorporar de nuevo con más intensidad la política estatal, las instituciones y el Derecho en la historia social y, por tanto, también en la historia del trabajo y del movimiento obrero. ¿Qué puede argumentarse al respecto?

Por una parte, cabe observar que el Estado y la política nunca fueron desplazados de manera tan radical en la historia social alemana como ocurrió en la historia social inglesa o americana. Por otra parte, es preciso reconocer que también aquí se han desarrollado variantes de la historia social que han descuidado la política en el sentido de política institucionalizada. Esto no se aplica sólo a los microestudios inscritos en la historia de la cotidianeidad, que se concentran tanto en la reconstrucción de experiencias, percepciones y formas de elaboración en espacios pequeños, que pierden arriesgadamente de vista las grandes estructuras, incluidos el Derecho, el Estado y la política. Más bien hay que referirse a algunas aproximaciones desde la historia social sistemática, por ejemplo, desde la historia de las clases, que se caracterizan por su seguro distanciamiento del economicismo llano y de la unilinealidad teleológica, pero destacan específicamente la situación de clase definida socioeconómicamente y las experiencias de trabajo, dependencia, conflicto y pertenencia relacionadas con aquella situación (por ejemplo, la familia o la vida asociativa); en definitiva, subrayan la cultura, la comunicación y la socialización, y entienden la asociación en sindicatos, cooperativas y partidos (la política del movimiento) sólo como un paso ulterior, más como consecuencia de la economía, la cultura y la socialización, y menos como una dimensión independiente o un factor condicionante.

En principio sigo considerando acertada esta forma de proceder. Sobre todo, juzgo necesario investigar las voluntades, las

actuaciones y las instituciones políticas en relación con factores económicos, sociales y culturales; es decir, no de forma aislada y absoluta, como se postula en ocasiones ahora. Pero quizá se debería estar dispuesto a enfocar de otra manera esta relación, a abrirse a la idea de una independencia y una eficacia posiblemente mayores de la política. Para la historia de los trabajadores y del movimiento obrero esto significaría concebir el proceso de formación de clase en mayor medida como un proceso siempre deseado, promovido e influido conscientemente, con medios políticos, por activistas. De esta forma se fija la atención sobre los objetivos y sobre la agitación, y, por otra parte, también sobre el lenguaje, la retórica, el trabajo cotidiano en las asociaciones, las organizaciones y los partidos locales, sobre la formación de clase como un *proyecto* de minorías activas; un proyecto que, sin embargo, allí donde fue posible, sólo podía prosperar bajo determinados factores económicos, socioestructurales, sociopolíticos y culturales; pero un proyecto en cualquier caso, y no sólo un proceso.

De hecho, muchos factores avalan esta perspectiva. Si tomamos en cuenta su situación socioeconómica, sus experiencias laborales y vitales, así como sus intereses y sus visiones concretas, los asalariados fueron, también en el seno del movimiento obrero en cada momento de su historia, muy diferentes, variados y heterogéneos. Lo que aglutinó a muchos de ellos (aunque siempre sólo a una minoría) en el movimiento obrero fue, junto a intereses y experiencias comunes, y en conexión con unos y otras, el trabajo político intencionado de políticos obreristas como Bebel, Lassalle, Tölcke, Liebknecht y otros miles de activistas menos conocidos. La formación de clase fue siempre asimismo formación consciente de coaliciones relacionadas con propósitos comunes, por encima de fragmentaciones sociales y mentales, y con medios propios del trabajo político. El movimiento obrero no creció nunca como una flor del mantillo de factores ambientales de carácter económico, social y cultural. También fue invariablemente una construcción.

Por supuesto, semejante perspectiva puede conducir fácilmente a nuevas interpretaciones parciales, a exageraciones del voluntarismo y del antiestructuralismo. Deberíamos ponernos en guardia ante esta eventualidad. Pero la relativización de los paradigmas explicativos de tipo socioeconómico se halla suficientemente desarrollada como para repensar la relación entre estruc-

tura y acción, y, por tanto, el papel de la política, también en relación con la historia del movimiento obrero. En todo caso, la discusión internacional empuja en este sentido.

La sociedad civil como perspectiva

El horizonte político-intelectual en el cual se escribe la historia del movimiento obrero se ha desplazado decisivamente en los últimos quince años. Atrás ha quedado la mezcla de crítica social radical y optimismo modernizador que marcó el clima de los años sesenta y setenta. Parece que las estrategias de reforma socialistas y socialdemócratas tradicionales han fracasado cuando se trata de solucionar crisis presentes. Basta pensar en la permanente crisis ecológica de alcance global, en el desempleo masivo, en el retorno del nacionalismo y de la guerra incluso en determinadas zonas de Europa, en el endeudamiento de los Estados y en las dificultades del Estado Social bajo el signo de la globalización.

El colapso del comunismo dictatorial en 1989/1990 fue, sobre todo, un acto de liberación. Pero reforzó las dudas ya existentes sobre la doctrina socialista. Ya a mediados de los años ochenta, Ralf Dahrendorf había hablado del fin del siglo socialdemócrata. Una y otra vez se aviva la discusión sobre el supuesto final del movimiento obrero. Y en relación con todo ello se halla la idea según la cual el pensamiento actual adolece, aparentemente, de una falta de gran perspectiva utópica que pudiera proporcionar a la historia del trabajo y del movimiento obrero un paradigma anclable a la vez en el presente y en el pasado. ¿Qué implicaciones tiene esto para las tareas y las posibilidades de la historia del trabajo y del movimiento obrero en la actualidad? Al respecto formularé algunas preguntas y una propuesta final.

Pregunta 1: Creo que la historia de la relación entre la socialdemocracia y el comunismo como dos ramas del movimiento obrero en parte emparentadas, en parte contendientes y en parte mortalmente enemistadas, constituye un problema científico que debe ser abordado de nuevo en el contexto de los años noventa. Habría que intentar comprender mejor desde la historia de las experiencias, de las mentalidades y desde la historia política la bifurcación del movimiento obrero socialdemócrata-socialista en una rama democrática y otra dictatorial, así como también plantearse la pregunta de por qué la tradición del movimiento obrero

socialdemócrata-socialista no contenía suficientes mecanismos internos de seguridad contra su perversión antiliberal y antidemocrática.

Pregunta 2: Pienso que la historia de los movimientos obreros bajo las condiciones de la dictadura comunista representa un gran problema de investigación todavía a la espera de respuesta; un problema que sólo ahora, tras el fin de estas dictaduras, puede ser acometido conceptual y empíricamente de modo correcto. ¿Pueden ser considerados los partidos comunistas gobernantes hasta 1989 —de acuerdo con su retórica de legitimación— como herederos del movimiento obrero? ¿O más bien como sus aviesos sucesores? ¿No dinamitó y destruyó la dictadura del SED[1] la historia del movimiento obrero alemán? Así lo parece actualmente, a juzgar por lo poco que ha quedado de un movimiento obrero genuino sobre el territorio del antiguo Estado de los obreros y campesinos.

Pregunta 3: Tras el fin de las dictaduras comunistas en Europa del Este, y en vista de la evanescente fascinación que provoca el socialismo democrático en el oeste, algunos historiadores del movimiento obrero han perdido la orientación comprometida que subyacía explícita o implícitamente a sus escritos. El interés por los temas del movimiento obrero remite, sin duda, en cuanto que se alimentaba del compromiso extracientífico por la causa del proletariado o del socialismo, de la esperanza de reformas anticapitalistas o incluso revoluciones. Esto se aprecia en la demanda menguante de los estudiantes más jóvenes, y resulta lamentable.

Pero quizá se abren de esta manera nuevas oportunidades para la historia del movimiento obrero como disciplina académica. Ésta se libera de la opresión política. La lucha entre interpretaciones marxistas-leninistas y socialdemócrata-burguesas marcó la historia del movimiento obrero alemán durante mucho tiempo, pero hoy ya no es así. Se ha desembarazado de ideas enojosas, quedando libre para plantearse nuevos interrogantes científicos. Anteriormente se preguntaba a menudo por qué el movimiento obrero no fue más radical en determinadas fases, por ejemplo, antes de 1914, en la Primera Guerra Mundial o en los años iniciales

---

[1] *Sozialistische Einheitspartei Deutschlands* (Partido Socialista Unificado de Alemania), el partido gobernante en la República Democrática Alemana *(N. de la T.)*.

de la República de Weimar. Hoy se impone, sin embargo, la pregunta de por qué el movimiento obrero pudo ser, en algunas etapas de su historia, tan radical, tan progresista y tan futurista como lo fue en realidad.

Finalmente, deseo formular una propuesta. He afirmado antes que algunas de las grandes ideas de futuro, especialmente de la izquierda, han perdido credibilidad y poder de orientación, y que de ahí han surgido algunas dificultades que lastran actualmente la historia del trabajo y del movimiento obrero. En cambio, el programa de la sociedad civil pertenece, en mi opinión, a ese grupo de grandes programas que hasta hoy no han sido refutados, aunque tampoco realizados. Me refiero a un diseño de la cultura y la política futuras surgido en los discursos de la época de la Ilustración, a una visión, un proyecto. Apunta éste a una sociedad de ciudadanos y ciudadanas emancipados, iguales en derechos y libres, que, cada vez más democratizados, educados y razonables, conviven sobre la base de la economía de mercado, como personas particulares, miembros de familias y en la esfera pública, bajo la protección de instituciones del Estado de derecho y constitucional, organizando independiente y conjuntamente su convivencia sin tutelas de la autoridad estatal y sin dominación ni desigualdad excesivas.

El programa de la sociedad civil se ha ido desarrollando, completando y revisando progresivamente en los dos últimos siglos, entre otros, por socialdemócratas y socialistas. En cierto modo, se ha democratizado. Sólo tardíamente se ha planteado el problema de la desigualdad de género. La remoción del mercado no se compadece con la realización del proyecto. Ahora bien, a la larga, éste tampoco es compatible con diferencias sociales y económicas demasiado grandes. El programa depende de desarrollos ulteriores y precisa una reescritura continua.

La realidad social de los dos últimos siglos se ha encontrado la mayoría de las veces bien alejada de este proyecto, que casi sucumbió totalmente con las dictaduras del siglo XX. Todavía hoy se halla incumplido, mientras le aquejan nuevas crisis. Su expansión global aún se encuentra en los inicios y resulta cada vez más incierta. No obstante, en la práctica de la política y las discusiones de los intelectuales, la idea ha vuelto a ganar brillo y capacidad persuasiva tras el derrumbamiento de las alternativas fascistas y comunistas.

En mi opinión, se puede intentar concebir la historia del tra-

bajo y del movimiento obrero en el horizonte de la historia todavía no consumada de la sociedad civil y, partir de ahí, plantearle nuevas preguntas y recuperar su interés.

La relación entre los burgueses y los trabajadores se desliza así al primer plano: la cuestión de sus percepciones e influencias recíprocas, el problema de los contactos, los espacios de contacto, las tensiones y los conflictos entre ellos. La cultura de la burguesía, con su propuesta de expansión y universalización, influyó sobre el modo de vida y las expectativas de los trabajadores, si bien su difusión se detuvo repetidamente, mostrándose las condiciones de vida reales del proletariado como una barrera difícil de superar. En sentido contrario, la cultura burguesa cambió bajo la influencia de los trabajadores: sobre todo, a través de la delimitación y el blindaje, pero también a través de la reforma y el compromiso. Creo que, precisamente tras el auge de la investigación histórica sobre la burguesía en los últimos tres lustros, la cuestión acerca de la relación dialéctica entre burgueses y trabajadores promete nuevas preguntas y hallazgos, tambien de especial interés para la historia cultural. Evidentemente hay trabajos precursores, entre los cuales se encuentran los de Hartmut Zwahr ya citados. Nuevas aproximaciones a la historia del consumo, a la historia del manejo del cuerpo, a la cultura de masas y a la americanización permiten establecer nuevas conexiones, y la historia del trabajo puede contribuir, por su parte, al desarrollo de estas áreas.

Por lo que se refiere al movimiento obrero, la perspectiva de la sociedad civil sitúa en el centro de la atención la pregunta por el carácter burgués y antiburgués del movimiento. Habría que describir la concurrencia entre el carácter parcialmente burgués y el antiburgués del movimiento obrero; dos elementos cuya combinación ha cambiado a lo largo del tiempo. Permítanme de nuevo la referencia a Alemania. En la fase inicial del movimiento obrero alemán (desde los años sesenta del siglo XIX hasta aproximadamente 1890) destacaron tan fuertemente los rasgos antiburgueses porque la burguesía era débil y el aburguesamiento de la sociedad avanzaba sólo lentamente. El aburguesamiento creciente de la sociedad, la cultura y la política en las dos décadas y media previas a la Primera Guerra Mundial fue de la mano de un cierto debilitamiento de los rasgos antiburgueses del movimiento obrero. La profunda crisis de la burguesía, de la cultura y la sociedad burguesas en la Primera Guerra Mundial corrió paralela a

la radicalización del signo antiburgués de una parte considerable del movimiento obrero en su rama socialista radical y, posteriormente, comunista.

Añadamos una reflexión sobre la comparación internacional. En 1990, el fallecido historiador de Leipzig Manfred Kossok escribió: «Ciertamente no es casualidad que los países del socialismo deformado no vivieran un feliz año 1789; sus ciudadanos se transformaron en camaradas, sin haber sido previamente *citoyens*.» En efecto, la fuerza y la determinación del movimiento obrero y el tipo de relación establecida entre las corrientes socialdemócratas y las comunistas-dictatoriales, dependieron, entre otros factores, del carácter burgués de la sociedad correspondiente; es decir, de las dimensiones y de la calidad de la cultura y dominación burguesas en los distintos países, sin que, por el contrario, deba descuidarse el influjo del movimiento obrero sobre la burguesía.

Al menos hasta la Primera Guerra Mundial cabe interpretar el movimiento obrero alemán como parte de una sociedad que, de un lado, era más burguesa que las sociedades del este de Europa, donde la debilidad y el subdesarrollo de las formas de vida burguesas, de las garantías jurídicas y de las constituciones habían obstaculizado el despliegue del movimiento obrero y, al mismo tiempo, lo radicalizaron en su rechazo a lo burgués. Por otro lado, el movimiento obrero alemán era parte de una sociedad cuyo carácter burgués era limitado en comparación con Europa occidental, característica que se refleja en el tinte autoritario de la vida política, en la fortaleza de grupos de liderazgo y tradiciones preburgueses incluso en plena época burguesa, en la comparativamente débil capacidad de irradiación y cohesión de la burguesía y en el particular rigor de la exclusión y la discriminación. A partir de ahí se explican las especificidades del movimiento obrero alemán, por ejemplo, su temprana separación del movimiento burgués, su precoz independencia y su carácter masivo, así como también su oportunidad de desarrollar objetivos, prácticas y formas de organización postburgueses. El movimiento obrero alemán de los siglos XIX y XX se revela como parte de una sociedad de un carácter burgués moderadamente marcado.

Haciendo un balance general, no puede menospreciarse la contribución del movimiento obrero socialdemócrata (en parte, también del cristiano) al triunfo gradual de la sociedad civil en Alemania. Cabe recordar la apuesta de la socialdemocracia a fa-

vor de la cultura asociativa democrática, de la parlamentarización, del Estado de Derecho y de la juridificación de las relaciones sociales, de la educación generalizada y de la democracia social. También habría que añadir las tendencias ilustradas, la intervención contra el antisemitismo y la xenofobia, la lucha, en los años previos a 1933, contra el fascismo en defensa de la República, a favor de la cual se interpuso el movimiento obrero, infructuosamente al fin, pero, no obstante, con más claridad que la mayoría del resto de fuerzas sociales y políticas. En un país en el que la fuerza del liberalismo (al menos, en el conjunto del Estado) flaqueó pronto y donde la burguesía practicó a menudo sin demasiada convicción el proyecto de la sociedad civil, sectores del movimiento obrero desempeñaron un papel vicario.

También de cara al futuro la realización, la extensión mundial y la para ello necesaria transformación del modelo de la sociedad civil representan tareas centrales. Quien busque utopías de izquierda, podrá encontrarlas en este ámbito. Estas reflexiones pueden desarrollarse. Conducen a nuevas preguntas. Quizá coadyuven a recuperar de forma novedosa el interés por la historia del trabajo y del movimiento obrero desde la perspectiva comparativa. Ojalá sea así.

CAPÍTULO VI

ESTADO-AUTORIDAD* Y CIVILIZACIÓN BURGUESA. SOBRE LA HISTORIA DE LA BURGUESÍA ALEMANA EN EL SIGLO XIX**

I. Al hablar de la burguesía alemana del siglo XIX, probablemente la mayoría de los historiadores germanohablantes coincidirán, a grandes rasgos, en los grupos profesionales y sociales que pertenecen a aquélla y los que no forman parte de ella —salvo algunos pocos grupos híbridos y marginales, aunque de considera-

---

* En el original, *Obrigkeitsstaat*. Asumo aquí la traducción que hace de este término M. GARCÍA-PELAYO, *El Estado de Partidos*, Madrid, Alianza, 1986 (*N. de la T.*).

** Publicado en W. HARDTWIG y H. H. BRANDT (eds.), *Deutschlands Weg in die Moderne. Politik, Gesellschaft und Kultur im 19. Jahrhundert*, München, 1993, pp. 107-121. Las tesis que presento aquí surgen básicamente del proyecto de investigación «Burguesía, civilización burguesa y sociedad civil. El siglo XIX en perspectiva comparada» que se viene desarrollando en el Centro para la Investigación Interdisciplinar de Bielefeld. Más detalladas se encuentran en J. KOCKA, «Bürgertum und bürgerliche Gesellschaft im 19. Jahrhundert. Europäische Entwicklungen und deutsche Eigenarten», en J. KOCKA, U. FREVERT (eds.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, 3 vols., München 1988, vol. 1, pp. 11-78 (trad. cast.: J. M. FRADERA y J. MILLÁN (eds.), *Las burguesías europeas del siglo XIX*, Madrid-Valencia, Biblioteca Nueva y Universitat de València, 2000). Thomas NIPPERDEY ha participado en la preparación de este proyecto a través de sus consejos, estímulos y opiniones. *Vid.* especialmente sus contribuciones: «Aspekte der Verbürgerlichung», en J. KOCKA, E. MÜLLER-LUCKNER (eds.), *Arbeiter und Bürger im 19. Jahrhundert. Varianten ihres Verhältnisses im europäischen Vergleich,* München, 1986, pp. 49-52; «"Bürgerlich" als Kultur», en J. KOCKA (ed.), *Bürger und Bürgerlichkeit im 19. Jahrhundert*, Göttingen,

ble tamaño, cuya adscripción no está clara y resulta cambiante—. No pertenecen a la burguesía la nobleza, el clero católico, los campesinos, los trabajadores y el conjunto de las clases bajas. Forman parte de la burguesía, en cualquier caso, los comerciantes, los fabricantes y los banqueros, los financieros, los empresarios y los directivos, por tanto, la burguesía económica; es decir, la burguesía («Bourgeoisie») en sentido propio. Asimismo, adscribimos a la burguesía, por regla general, a los médicos, los abogados y otras profesiones liberales, a los profesores de instituto y los catedráticos, a los jueces y los altos funcionarios, así como a los naturalistas, los ingenieros diplomados y los expertos cualificados de otro tipo; es decir, personas que poseen generalmente formación superior, preferentemente académica, viven de ella, y a las que por ello, en ocasiones, se engloba bajo la denominación colectiva «Bildungsbürger» (burgueses con formación académica). «Bourgeoisie» y «Bildungsbürgertum» son los dos segmentos más importantes de la burguesía. En la segunda mitad del siglo XIX, ellos y sus familias representaban probablemente no más del 5-8% de la población[1].

Más discutible es si la burguesía incluye a la gran masa de pequeños ocupados por cuenta propia en el comercio y la industria —los artesanos, los pequeños comerciantes y los hosteleros—, así como a los pequeños y medianos empleados y funcionarios, cuyo número pronto aumentaría. En todo caso, hacia el final del siglo XIX se les denominaba «kleinbürgerlich» (pequeño-burgueses) (o «mittelständisch», de clase o estamento medio), sugirien-

---

1987; y ya antes en *Deutsche Geschichte 1800-1866. Bürgerwelt und starker Staat,* München, 1983, pp. 255-271. Desde mis estudios universitarios estoy en deuda con Thomas Nipperdey. Sus escritos, así como también las numerosas charlas y discusiones que he mantenido con él, me han brindado enseñanzas, estímulos y oportunidades de contrastar productivamente mis argumentos. Los encuentros regulares a propósito de las sesiones que celebra dos veces al año el Grupo de Trabajo de Historia Social Moderna fundado por Werner Conze (antes en Heidelberg y, desde hace ya tiempo, en Bad Homburg) han constituido el principal marco de estas conversaciones. Con agradecimiento y respeto participo en el volumen dedicado a Thomas Nipperdey, que honra su obra.

[1] Las cifras proceden de J. KOCKA, «Zur Schichtung der preußischen Bevölkerung während der industriellen Revolution», en W. TREUE (ed.), *Geschichte als Aufgabe. Feschschrift für Otto Büsch,* Berlin, 1988, pp. 357-390, tablas 1 y 4; y de *Statistik des deutschen Reichs NF,* Berlin, 1897, vol. 104, pp. 608, 622; 1898, vol. 114, pp. 3ss.

do que, en cierta medida, pero no en el sentido cabal de la palabra, pertenecían a la burguesía. Como se ha dicho, esto se aplica a las postrimerías del siglo XIX. En cambio, un siglo antes, los artesanos urbanos y los comerciantes al por menor formaban, sin duda, parte de la clase de la burguesía ciudadana, pero en la medida en que, a lo largo del siglo XIX, cobraron auge los burgueses económicos y culturales, y marcaron el significado del concepto «burgués», aquellos grupos de ocupados se desplazaron al margen del campo semántico de «Bürgertum». Los empleados como fenómeno de masas son, igual que los trabajadores, sólo un producto de finales del siglo XIX. Ahora bien, los primeros procuraban no ser confundidos con los segundos y situarse, como «nueva clase media», más bien al lado de la burguesía, de acuerdo con su propia concepción, su consideración social, sus actitudes y su estilo de vida[2].

Aun cuando dejemos de momento a un lado a los pequeños trabajadores autónomos y a los pequeños asalariados, así como a otras categorías difíciles de clasificar (por ejemplo, los artistas), y nos ciñamos al núcleo de la burguesía económica y cultural, no es fácil decir, por mucho que constituya una pregunta central de la investigación sobre la burguesía, cuál es el denominador común y, al mismo tiempo, la especificidad delimitadora de aquellos que ya los diccionarios contemporáneos, y después los historiadores actuales, incluyen en la burguesía. ¿Qué características socialmente relevantes tenían en común los comerciantes, los fabricantes y los directores de entidades financieras, los profesionales de la abogacía, los jueces y los funcionarios de los ministerios, y, más tarde, también los ingenieros diplomados y los economistas, etc.? ¿Y concretamente de qué forma les discriminaban de quienes no eran burgueses? No podía ser la misma situación de clase, pues unos eran autónomos, los otros empleados estatales y los terceros se incluían entre los empleados de negocios particulares. Las diferencias entre ellos no sólo residían en la profesión, sino también en la educación, pues la mayoría, si bien menguante, de los burgueses económicos no disponía en el siglo XIX de la formación aca-

---

[2] *Vid.* G. CROSSICK, H.-G. HAUPT (eds.), *Shopkeepers and Master Artisans in Nineteenth-Century Europe,* London, 1984; J. KOCKA, *Die Angestellten in der deutschen Geschichte 1850 bis 1890. Vom Privatbeamten zum angestellten Arbeitnehmer,* Göttingen, 1981.

démica que definía a los burgueses de educación como tales. La burguesía era también extraordinariamente heterogénea en cuanto a los ingresos y la procedencia social. Entonces, ¿qué la definía, que la unía?

Una posible contestación es la siguiente: nada o, por lo menos, nada esencial. De hecho, en la mayoría de los países de Europa occidental y oriental, muchos historiadores sociales renuncian a hablar de la burguesía en conjunto y a convertir a ésta en objeto de sus investigaciones. Por ejemplo, los historiadores polacos llevan a cabo trabajos sobre la *Bourgeoisie* (empresarios, capitalistas, etc.), junto a otros sobre la *intelligentsia* y sobre la pequeña burguesía, pero estas tres líneas de investigación discurren por separado, no como algo conectado, y son emprendidas por distintos grupos de personas. En el ámbito angloamericano se concoce el concepto «middle classes», pero es más bien marginal y estructura sólo escasamente la investigación. Se analizan de forma relativamente independiente a los *businessmen*, por una parte, y a las *professions*, por otra[3]. Asimismo, en el espacio germanohablante, nos encontramos con una mayoría de estudios especializados: unos, en los empresarios; otros, en los funcionarios, y otros, en los médicos; y hay más trabajos sobre determinados aspectos de la historia de la burguesía (educación, profesionalización, ideal familiar, liberalismo) que sobre la burguesía en su conjunto. Pero, sobre todo en los últimos años, hallamos cada vez con más frecuencia la tendencia a tratar en proyectos de investigación, monografías, artículos y libros compilados la historia de la burguesía en su totalidad. Tendencias similares se aprecian en Austria, Hungría y en Italia[4]. Se supone implícitamente o se justifica explícita-

---

[3] *Vid.* W. DUGOBORSKI, *Die Bürgertumsforschung in Polen* (SFB Arbeitspapier Nr. 3), Bielefeld, 1987; E. J. HOBSBAWM, «Die englische 'middle-class' 1780-1920», en J. KOCKA, *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, München, 1988, vol. 1, pp. 79-106 (trad. cast.: FRADERA y MILLÁN, *Las burguesías europeas del siglo XIX*).

[4] Reviste especial interés M. R. LEPSIUS, «Bürgertum als Gegenstand der Sozialgeschichte», en W. SCHIEDER y V. SELLIN (eds.), *Sozialgeschichte IV*, Göttingen, 1987, pp. 61-80. Diferentes panorámicas sobre la bibliografía existente se encuentran en J. KOCKA, «La bourgeoisie dans l'histoire moderne et contemporaine de l'Allemagne: recherches et débats récents», *Le mouvement social*, núm. 136, julio-septiembre 1986, pp. 5-28; ID., «Bürgertum und Bürgerlichkeit als Probleme der deutschen Geschichte vom späten 18. zum frühen 20. Jahrhundert», en ID. (ed.), *Bürger und Bürgerlichkeit im 19. Jahrhundert*, Göttingen, 1987, pp. 21-

mente una relación interna y una delimitación externa de los grupos profesionales y sociales englobados en la burguesía. ¿Con qué argumentos?

Dos argumentaciones me parecen plausibles, útiles y complementarias. Me limitaré a ellas, dejando otras al margen.

Por una parte, hay que aludir a la argumentación basada en el enfrentamiento de posiciones sociales. Se sabe que, muy a menudo, los grupos se constituyen sólo a través del conflicto: la propia identidad se construye a través del distanciamiento respecto a otros. Esto lo conocen bien la historia de las clases, las nacionalidades o las religiones. Aplicado a nuestro caso, podríamos decir que hacia el final del siglo XVIII y en el siglo XIX, cuando surgió la burguesía en sentido moderno, los comerciantes, los empresarios manufactureros y los capitalistas, los funcionarios formados y los publicistas, los catedráticos y algunos pastores protestantes —con toda su diversidad de intereses y experiencias— compartían el distanciamiento crítico hacia los viejos poderes, la privilegiada nobleza de sangre, de un lado, y el absolutismo monárquico, de otro. Apelaban al mérito y a la educación, al trabajo y a la personalidad; concibieron el modelo de una sociedad moderna,

---

63. Desde entonces, cabe citar, entre otros, a H.-U. WEHLER, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* München, 1987, vol. 1, pp. 177-217; vol. 2, pp. 174-241; ID., *Aus der Geschichte lernen?,* München, 1988, pp. 161-255; L. GALL, *Bürgertum in Deutschland,* Berlín, 1989; ID. (ed.), *Stadt und Bürgertum im 19. Jahrhundert,* Stuttgart, 1985-1992, secciones I-IV (resultados de una serie de jornadas del Grupo de Trabajo de Historia Social Moderna de Bad Homburg) y también, de manera especial, los primeros trabajos emprendidos en Bielefeld, en el marco del programa de investigación que, desde 1986, existe bajo el título «Historia social de la burguesía de la Edad Moderna. Alemania en comparación internacional» y que publica ahora una serie propia: «Bürgertum. Beiträge zur europäischen Sozialgeschichte». Ha coordinado el primer volumen H.-J. PUHLE (ed.), *Bürger in der Gesellschaft der Neuzeit. Wirtschaft — Politik — Kultur,* Göttingen, 1991. La bibliografía sobre este tema aumenta con rapidez. Algunos ejemplos de otros países: P. MACRY y R. ROMANELLI (eds.), «Borghesie urbane dell' ottocento», *Quaderni Storici,* núm. 19, 1984, p. 56; V. BÁCKSAI (ed.), *Bürgertum und bürgerliche Entwicklung in Mittel- und Osteuropa,* Budapest, 1986, 2 vols.; E. BRUCKMÜLLER (ed.), *Bürgertum in der Habsburgermonarchie,* Wien, 1990; A. DAUMARD, *Les bourgeois et la bourgeoisie en France,* Paris, 1987. La bibliografía sobre la burguesía urbana del siglo XVII es bastante abundante. Así, por ejemplo, R. VIERHAUS (ed.), *Bürger und Bürgerlichkeit im Zeitalter der Aufklärung,* Heidelberg, 1981; y sobre la transición, L. GALL (ed.), *Vom alten zum neuen Bürgertum. Die mitteleuropäische Stadt im Umbruch 1780-1820,* München, 1992.

secularizada, post-estamental, no tutelada desde arriba, capaz de autorregularse razonablemente; en definitiva, de una sociedad civil; y todo ello, en contraposición a los privilegios estamentales adquiridos y el Estado-Autoridad. Se reunían y discutían en las sociedades de lectura y las logias, así como también en otras asociaciones, y pronto también en círculos liberales, en banquetes políticos y finalmente en el Parlamento (*Landtag*). La mayoría de las veces, la crítica de los burgueses no era revolucionaria. Y la línea de demarcación nunca estuvo nítidamente trazada; hubo no pocos tránsfugas nobles, y los funcionarios ilustrados se inscribían tanto en la crítica burguesa como en el Estado objeto de crítica. No obstante, lo que unía en cierto modo a estos burgueses de muy distinto tipo eran sus detractores: la nobleza, el absolutismo ilimitado, quizá incluso la ortodoxia eclesiástica. Y en contraposición a ellos se desarrolló algo así como una burguesía que, con su por entonces utópica idea de la sociedad civil de hombres libres y, en principio, iguales, trascendía profesiones y grupos[5].

Sin embargo, en el transcurso del siglo XIX se difuminó esta línea de enfrentamiento, sin llegar a desaparecer del todo. A ello contribuyeron la considerable reducción de los privilegios legales de la nobleza desde el comienzo de siglo hasta la década de la fundación del Imperio (1870), la constitucionalización del sistema de dominación y la aproximación económica, social y cultural entre las capas superiores de la burguesía y partes de la nobleza. Pero emergió otra posición de enfrentamiento, que ya se vislumbraba hacia 1800: la delimitación hacia abajo, la separación respecto a los estratos bajos no burgueses y sus movimientos, que, en forma de un movimiento obrero que se expandía con la industrialización, se convirtieron en un desafío cada vez más poderoso. Por mucho que se distinguieran entre sí los grandes industriales y los pequeños empresarios, los altos funcionarios, los empleados y los profesores, los ingenieros diplomados y los hosteleros, compartían por regla general el distanciamiento crítico-defensivo frente a las gentes sencillas, el pueblo, el proletariado

---

[5] *Vid.* W. RUPPERT, *Bürgerlicher Wandel. Studien zur Herausbildung einer nationalen deutschen Kultur im 18. Jahrhundert,* Frankfurt am Main, 1981; U. HERRMANN (ed.), *'Die Bildung des Bürgers'. Die Formierung der bürgerlichen Gesellschaft und die Gebildeten im 18. Jahrhundert,* Weinheim, 1982; R. VIERHAUS (ed.), *Aufklärung als Prozeß.,* Hamburg, 1988.

y el movimiento obrero, lo cual era lo suficientemente importante y singular en la sociedad clasista del Imperio e incluso en la Alemania de Weimar para permitir seguir hablando de una burguesía[6].

De esta reflexión se sigue, en sentido contrario, que en la medida en que faltaron o se debilitaron estas posiciones de enfrentamiento, perdió contenido real la referencia a una burguesía comprehensiva y, al mismo tiempo, fácil de delimitar. Así pueden explicarse algunas diferencias internacionales: donde la tradición nobiliaria era débil o se hallaba ausente (como en Suiza o en los Estados Unidos), donde la temprana desaparición del feudalismo y la pronta comercialización de la agricultura desgastaron a tiempo la diferencia entre la nobleza y la burguesía, y, en general, entre campo y ciudad (Inglaterra, Suecia), factores poderosos contrarrestaron el desarrollo de una burguesía distintiva y de una discusión autóctona en torno a la burguesía. Sin embargo, el atenuamiento más radical (en comparación con los territorios al este del Rhin) de la diferencia entre la nobleza y la burguesía en la Francia revolucionaria (y en Suiza) contribuyó probablemente a que a lo largo del siglo XIX fuera más común al oeste del Rhin hablar de elites nobiliarias-burguesas (por ejemplo, los notables) que diferenciar entre nobleza y burguesía (como siguió siendo razonable en Alemania, Austria, Italia y partes de Europa centro-oriental)[7]. De manera similar cabe explicar por qué hoy resulta mucho más difícil que en el siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX identificar en países industrialmente desarrollados, como la República Federal de Alemania, una burguesía extensa y, al tiempo, claramente delimitada, pues entre tanto también se ha difuminado (es decir, ha perdido significado, aunque no se haya borrado completamente) la segunda de las dos posiciones de enfrentamiento mencionadas (la «línea de clase»). Por ello, resulta necesaria una historización consecuente del concepto de burguesía[8]. La burguesía como forma-

---

[6] La historia conceptual permite rastrear este desplazamiento de las posiciones enfrentadas que determinan a la burguesía. *Vid.* KOCKA, *Bürgertum und bürgerliche Gesellschaft*, pp. 22-25.

[7] Así se explica que la idea de una burguesía comprehensiva revista una importancia especial en las tradiciones de pensamiento e investigación centroeuropeas.

[8] También ha desarrollado esta idea fundamental M. R. LEPSIUS, «Zur

ción muestra su dependencia con respecto a su contexto. Aparece y desaparece en contextos cambiantes. No sólo el tipo de burguesía, sino el grado de su existencia varían de acuerdo con el tiempo y el espacio.

Una segunda argumentación, absolutamente compatible y complementaria, destaca la «cultura» común y específica de la burguesía; «cultura» entendida como modo de vivir, patrones interpretativos, símbolos, valoraciones y mentalidades.

Desde esta perspectiva histórico-cultural, los burgueses económicos y los burgueses culturales compartían una estima especial por el mérito individual, sobre el cual fundaban sus pretensiones de recompensa económica, prestigio social e influencia política. Vinculado a esto se hallaba una actitud de principio positiva respecto al trabajo regular, y una proclividad típica hacia un modo de vida racional y metódico. Decididamente burguesa era, en este sentido, la aspiración de conformar autónomamente las tareas individuales y comunes, por ejemplo, a través de asociaciones, corporaciones, cooperativas y autogestión (en lugar de a través de la autoridad). El énfasis sobre la educación (en lugar de sobre la religión) definía la concepción del mundo y de sí mismos de los burgueses. La educación configuraba, al mismo tiempo, la base de sus relaciones personales y los límites respecto a otros (por ejemplo, a través de las citas de clásicos y de habilidades de conversación). La burguesía se caracterizaba por una relación estética con la cultura superior (arte, literatura y música) no menos que por el respeto ante la ciencia. Ciertamente, el modo de vida burgués se distinguía por un ideal de famila específico: la familia como una comunidad que se forma a sí misma y se concibe como fin en sí mismo; una esfera marcada por las relaciones emociales en lugar de por la utilidad y la competencia, en contraste con la economía y la política; la familia como un espacio interior de privacidad frente a la esfera pública, protegido legalmente y liberado de cargas gracias a los «espíritus serviciales» de los criados. La cultura burguesa sólo se realizaba en la ciudad. Quizá también suponía un mínimo de virtudes liberales, como la tolerancia, la capacidad de controversia y compromiso, el escepticismo frente a la autoridad y el

---

Soziologie des Bürgertums und der Bürgerlichkeit», en J. KOCKA, *Bürger und Bürgerlichkeit im 19. Jahrhundert,* Göttingen, 1987, pp. 79-100, en particular, pp. 82-86.

amor a la libertad. Sin embargo, en este punto la descripción ideal-típica se desliza de manera especialmente fácil hacia una justificación ideológica. Definida así la cohesión de los burgueses y su diferenciación respecto a otros grupos a través de normas, actitudes y modos de vida, se aprecia la gran importancia de las formas simbólicas para la identidad de la burguesía, tales como los usos de mesa y las convenciones, los títulos y el estilo de vida refinado, la limpieza y el cuidado corporal, la indumentaria, el sombrero (hoy ya caído en desuso)[9].

Para este conjunto de componentes culturales y prácticas de vida característicos de la burguesía se ha propuesto también el concepto «Bürgerlichkeit». Cuando a partir de ahora hablemos de «civilización burguesa», lo haremos en este sentido.

La definición de la burguesía a través de una cultura y un modo de vida específicos reviste algunos problemas. Los criterios no son siempre categóricos; nada es más difícil de conceptuar de forma precisa en la historia que el campo etéreo de las interpretaciones y los usos, de las orientaciones valorativas y los modos de vida. Por otra parte, algunas de las características citadas se aplican precariamente a determinados grupos de la burguesía. Por el contrario, nunca se hallaron del todo ausentes en los estratos no burgueses.

Pero esta definición histórico-cultural de la burguesía también presenta numerosas ventajas y posibilidades de ilación. Cabe, por ejemplo, preguntar qué condiciones socioeconómicas y políticas tendrían que darse para hacer realidad la civilización burguesa en este sentido: por ejemplo, un Estado de derecho, unas rentas permanentes claramente por encima del mínimo existencial (independientemente de las fuentes de su procedencia) y, unido a ello, alguna seguridad y capacidad de planificar la vida; en las familias, cierta liberación de la mujer y los hijos con respecto a actividades laborales pesadas y opresivas, pues sólo de esta forma podían garantizarse el cultivo y la transmisión de aquella cultura burguesa, así como también una cierta distancia hacia

---

[9] *Vid.* las aportaciones de H. BAUSINGER y Th. NIPPERDEY, en KOCKA, *Bürger und Bürgerlichkeit*, pp. 121-148; W. KASCHUBA, «Deutsche Bürgerlichkeit nach 1800», en KOCKA (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert*, vol. 3, pp. 9-44; F. H. TENBRUCK, «Bürgerliche Kultur», en F. NEIDHARDT *et al.* (eds.), *Kultur und Gesellschaft,* Opladen, 1986, pp. 263-285.

el trabajo manual y, sobre todo, tiempo y ocio[10]. Así se explica también por qué los pequeños artesanos y los empleados se hallaban sólo en el margen de la burguesía, mientras que otros —trabajadores, agricultores— no estaban representados dentro de ella de ninguna forma. En estos grupos, las condiciones rigurosas para la existencia de una civilización burguesa se daban sólo en una medida limitada y precaria, o no se daban en absoluto. A ellos les estaba vedada la civilización burguesa en esencia; su aburguesamiento chocaba con fronteras, por más que lo promovieran reformadores burgueses y lo anhelaran aspirantes a burgueses[11].

Finalmente, cabe disociar analíticamente los conceptos «burguesía» y «civilización burguesa». Aun cuando ambos fenómenos coinciden en su fase de aparición al final del siglo XVIII y principios del XIX, hay etapas posteriores y otras situaciones en las cuales se impuso, se extendió y se mantuvo la civilización burguesa sin depender de la burguesía como grupo que la sustentara o sin hallarse limitada a ella. La cultura burguesa encerraba en sí misma una tendencia hacia la generalización y poseía una gran fuerza de atracción e irradiación. Pensemos, por ejemplo, en el modelo de la familia burguesa, emulado muy pronto por la clase obrera. También hubo distintas instituciones y estrategias que favorecieron la expansión del modo de vida y los valores, las formas de relacionarse y la cultura burguesas, no siempre sin la ayuda de la fuerza y la presión. Cabe mencionar el colegio y, en otro sentido, la empresa centralizada, sobre todo, la fábrica. Sin duda, la elevación de los niveles de vida y la generalización de la educación escolar han impulsado el aburguesamiento de capas no burguesas. Elementos individuales de la civilización burguesa, como el respeto a lo escrito, la limpieza y, más tarde, los viajes, se extendieron universalmente. Cuanto más se aburguesaban grandes partes de la sociedad en su conjunto, tanto menos se solapaban la civilización burguesa y la burguesía. Ésta es la situación actual en muchos países occiden-

---

[10] Sobre este particular, *vid.* P. BOURDIEU, *Die feinen Unterschiede. Kritik der gesellschaftlichen Urteilskraft,* Frankfurt am Main, 1982 (trad. cast.: *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988).

[11] Sobre los límites del aburguesamiento de los trabajadores, los pequeños burgueses, los empleados y los campesinos, *vid.* las aportaciones de H. ZWAHR, H.-G. HAUPT, M. KÖNIG y W. JACOBEIT, en KOCKA (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert.*

tales[12]. Contrariamente, podemos preguntarnos cuánto de burgués tenía una burguesía específica y hasta dónde alcanzaba su civilización burguesa. Esto lo haremos ahora tomando como referencia a la burguesía alemana del siglo XIX.

II. La discusión en torno a la pregunta sobre la particularidad de la burguesía alemana, comparada internacionalmente y pasando por alto las, sin duda, relevantes diferencias regionales, tiene una larga tradición. A menudo se ha defendido la tesis según la cual Alemania, en comparación con la Europa occcidental, habría iniciado en el siglo XIX una vía especial (*Sonderweg*), que se habría manifestado fundamentalmente en una marcada debilidad de la burguesía alemana, en un déficit específico de civilización burguesa en Alemania; un *Sonderweg*, que en el período de entreguerras habría debilitado la capacidad de supervivencia de la primera democracia alemana e indirectamente habría potenciado el ascenso y la irrupción del nacionalsocialismo. Esta tesis del *Sonderweg* ha sido sometida en los últimos años a una intensa crítica[13].

Esta discusión no puede ser recogida aquí. Sólo se menciona para sugerir un trasfondo sobre el cual reviste interés específico la cuestión de las peculiaridades de la burguesía y la civilización burguesa en Alemania. La pregunta por el *Sonderweg* ha guiado, junto a otras, el ya citado proyecto de investigación en torno al tema «Burguesía, civilización burguesa y sociedad civil. El siglo XIX en una comparación europea» (1986/1987) del Centro para la Investigación Interdisciplinaria de Bielefeld. Los resultados de este proyecto confirman que no cabe hablar de un subdesarrollo general de la civilización burguesa alemana en el siglo XIX y comienzos del XX. Ponen de manifiesto que la llamada «feuda-

---

[12] Sobre la pretensión de generalización de la cultura burguesa, que la distinguía de la cultura nobiliaria, campesina o artesanal, *vid.* especialmente W. VOSSKAMP, *Der Bildungsroman in Deutschland und die Frühgeschichte seiner Rezeption in England,* en KOCKA (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert*, vol. 3, pp. 257-286.

[13] Cabe destacar el artículo influyente y precursor de Th. NIPPERDEY, «1933 und die Kontinuität der deutschen Geschichte», *Historische Zeitschrift,* núm. 227, 1978, pp. 86-111. Otras referencias bibliográficas y argumentos se hallan en J. KOCKA, «Deutsche Geschichte vor Hitler», en ID., *Geschichte und Aufklärung,* Göttingen, 1989, pp. 101-113, 187-190.

lización» de la gran burguesía, es decir, la adopción de valores y modos de vida aristocráticos por los estratos superiores de la burguesía y la fusión social de la gran burguesía con parte de la nobleza no representaron un fenómeno específicamente alemán, sino de toda Europa; esta feudalización de la gran burguesía se hallaba incluso menos marcada en Alemania que en Francia o Inglaterra, aun cuando en Prusia-Alemania revestía características especiales; por otra parte, en la manifestación comparativamente más nítida de la fisura entre nobleza y burguesía no se reflejaban necesariamente la fuerza y la independencia burguesas, sino más bien los límites del poder de irradiación burgués.

Los resultados del citado proyecto de investigación también han confirmado que el producto de la comparación depende decisivamente de la elección del marco comparativo. Si se compara la burguesía económica alemana con la de los países occidentales, resulta moderadamente débil, como un fenómeno de desarrollo tardío, un tanto atrasado (con grandes diferencias regionales). Si se compara con Polonia y Rusia, aparece muy desarrollada, nada atrasada en absoluto, más bien fuerte.

Y hubo singularidades que no pueden ser interpretadas en términos de debilidad o fortaleza, sino precisamente como peculiaridades de la burguesía y de la civilización burguesa en Alemania. Cabe recordar la estructura confesional, así como la manifestación casi única en la comparación internacional y el poder de irradiación de la burguesía cultural[14].

De todo esto no puedo ocuparme más detalladamente aquí. Más bien deseo sólo referirme a una relación central, a una característica cardinal de la burguesía alemana que la distingue de hecho de las burguesías de otros países, como la investigación comparativa ha corroborado repetidamente. Me refiero a la fuerte orientación hacia el Estado o también al sesgo estatal de la burguesía alemana.

En la comparación internacional con Inglaterra, Estados Unidos, Europa oriental y meridional, no cabe sobrevalorar un hecho básico de la historia alemana que aparece una y otra vez: en Prusia, Austria, y otros grandes Estados alemanes, y posteriormente en el Imperio Alemán, se desarrollaron tempranamente burocra-

---

[14] Más detalles en KOCKA, *Bürgertum und bürgerliche Gesellschaft*, pp. 57-69.

cias públicas eficientes, influyentes y prestigiosas, mucho antes de la industrialización, de la parlamentarización y, especialmente, de la democratización. El Estado funcionarial es en Alemania un producto del siglo XVIII y, a pesar de todas las ampliaciones y transformaciones que experimentó, sobrevivió básicamente a las profundas fracturas de la historia alemana hasta entrado el siglo XX. Bajo la dirección estatal se llevaron a cabo en Alemania logros modernizadores decisivos: desde el absolutismo ilustrado de los José de Austria y Federico de Prusia hasta la parlamentarización del Imperio impuesta por los aliados en el año 1918, pasando por la modernización defensiva de las reformas de principios del siglo XIX y la fundación del Imperio desde arriba. En Inglaterra y Estados Unidos surgieron las burocracias públicas mucho más tarde y fueron menos influyentes; en el sur, en el norte y en el este de Europa se dio una situación bien diferente, toda vez que fuerzas extranjeras y sus funcionarios ejercieron el dominio durante mucho tiempo; en Francia, la burocracia surgió del absolutismo, pero fue quebrada de forma revolucionaria en repetidas ocasiones, representó en menor medida un agente modernizador, era menos independiente y también menos prestigiosa y determinante.

Una aproximación comparada permite evidenciar la influencia de las elites y los modelos burocráticos, del poder burocrático y de la cultura burocrática en muchos ámbitos de la historia social, constitucional, económica y cultural alemana. Desde esta perspectiva se interpretan mejor las singularidades de nuestro movimiento obrero, de masas, pero escasamente revolucionario; también la parlamentarización detenida del Imperio o, asimismo, el hecho de que los análisis sobre la burocracia más influyentes procedan de autores alemanes, como Max Weber y Otto Hintze. No sorprende que la historia de la burguesía y de la civilización burguesa en Alemania quedase también marcada por estos hechos. No es éste el lugar para mostrar esto exhaustivamente[15]. Me limitaré a ilustrarlo a través de cuatro fenómenos individuales.

1. Por una parte, hay que remitirse al gran número, al elevado prestigio y a la fuerte influencia socio-política de los funciona-

---

[15] Sobre este asunto, en general, J. KOCKA, «Capitalism and Bureaucracy in German Industrialization before 1914», *Economic History Review,* núm. 33, 1981, pp. 453-468.

rios en el seno de la burguesía alemana. Ciertamente, es menester distinguir en función de regiones y décadas. En determinadas regiones y ciudades dominaban los comerciantes y los empresarios; por ejemplo, en la zona industrial alrededor de Chemnitz, en el área industrialmente densa del *Bergisches Land,* en ciudades como Hamburgo y Krefeld, en las regiones suroccidentales y occidentales, más que en Prusia central. Y, sin duda, con la industrialización, la burguesía económica experimentó un aumento acelerado, también en relación con los funcionarios y otros burgueses culturales. El Berlín guillermino contaba con una burguesía robusta, rica, prestigiosa y segura de sí misma, que, en ningún caso, miraba desde abajo respetuosamente a los funcionarios, muy al contrario del Berlín del *Vormärz*[16]. Pero, no obstante, en comparación con Europa occidental y los Estados Unidos, la burguesía cultural, de formación académica, tuvo en Alemania un peso mucho mayor que la *Bourgeoisie* o burguesía económica. Además, en el marco de la burguesía cultural dominó el elemento funcionarial, en fuerte contraste con el mundo anglosajón, pero también a diferencia de Italia, con sus muchos e influyentes abogados, y de la apenas funcionarizada *intelligentsia* polaca. Su elevado número y prestigio social no menos que su marcado poder político, su relativa autonomía y su *esprit de corps* podrían ilustrar esta posición singular de los funcionarios en el conjunto de la burguesía alemana. El funcionario superior y medio tenía una imagen pública y de sí mismo caracterizada por una instrucción acreditada por el Estado y la resultante habilitación para ocupar un puesto seguro, con derechos sólidamente adquiridos (si bien, de ningún modo, lucrativo), por la proximidad al poder y al Estado, y por la pretensión de servir al interés general y conocer éste mejor que cualquier persona particular[17].

2. Por supuesto, en Alemania había innumerables grandes y pequeñas empresas privadas, comerciantes y fabricantes, capitalistas y banqueros, directores de sociedades de ferrocarriles, in-

---

[16] Período de predominio absolutista entre la derrota de Napoleón y la Revolución de 1848, que estalló en *marzo* de ese año en Berlín (*N. del Ed.*)

[17] La sólida posición de los funcionarios en las respectivas burguesías queda patente en diferentes estudios locales y regionales. *Vid.,* por ejemplo, H. BÜHLER, *Das beamtete Bürgertum in Göppingen und sein soziales Verhalten 1815-1848,* Göppingen, 1976; D. WEGMANN, *Die leitenden staatlichen Verwaltungsbeamten der Provinz Westfalen 1815-1918,* Münster, 1969.

dustriales y corredores, todos ellos claramente distinguibles del tipo del funcionario, y caracterizados por su orientación hacia el mercado y el beneficio, su disposición al riesgo y a las innovaciones, su familiarización con la competencia y su capacidad de imponerse, que cultivaban la independencia individual y se aferraban a la propiedad y al mérito. Al fin y al cabo, la industrialización alemana se desarrolló también de acuerdo con reglas capitalistas y, en ningún caso, bajo la dirección de la autoridad. Y una y otra vez se encuentran ejemplos de críticas de la burguesía económica a la excesiva tutela del Estado-Autoridad y de su burocracia[18].

Sin embargo, parece que el espíritu burocrático y la orientación hacia el Estado se hallaban más ampliamente extendidos entre el empresariado alemán que entre los empresariados de otros países occidentales. Al respecto pueden servir unas cuantas ilustraciones, a las que se podrían añadir otras muchas.

Así, como pone de manifiesto la comparación entre las empresas industriales y los ferrocarriles de Alemania y Estados Unidos en el siglo XIX, el modelo de la administración pública marcó fuertemente la aparición de la organización y gestión económicas privadas en Alemania, pero no en América. Los funcionarios que se incorporaban a la economía privada sirvieron a menudo de mediadores. Esto redundaba en beneficio de la eficacia de las empresas alemanas[19]. Otro ejemplo: el título de consejero de comercio o consejero secreto de comercio era concedido en Prusia por la administración ministerial a empresarios de éxito, con méritos y fidelidad probados, en parte a propuesta de administraciones inferiores e intermedias. Este título equiparaba protocolariamente al así distinguido con oficiales y altos funcionarios, por ejemplo, en la celebración del aniversario del Rey, a la cual podía invitar el gobernador. De los aproximandamente 750 casos analizados (en Prusia, en el siglo XIX), sólo un empresario rechazó este nombramiento, y ello porque albergaba la convicción de que no merecía el simple título de consejero de comercio, sino directamente el más elevado en rango de consejero secreto de co-

---

[18] *Vid.* F. ZUNKEL, «Beamtenschaft und Unternehmertum beim Aufbau der Ruhrindustrie 1849-1880», *Tradition,* núm. 9, 1964, pp. 261-276.

[19] *Vid.* J. KOCKA, «Eisenbahnverwaltung in der industriellen Revolution, Deutsch-amerikanische Vergleiche», en H. KELLENBENZ y H. POHL (eds.), *Historia socialis et oeconomica,* Stuttgart, 1987, pp. 259-277.

mercio. El título era extraordinariamente solicitado, y en Prusia, por regla general, se concedía sólo tras comprobaciones detalladas. Era un sello de calidad otorgado por el Estado, que aumentaba el reconocimiento social, pero también la solvencia y, con ella, el éxito comercial; en cierta medida, elevaba, a través de un acto estatal, a una capa superior de empresarios de la masa de los empresarios, lo cual les complacía. Hacia 1900 Friedrich Naumann habló de una generación «en la cual uno prefiere ser llamado señor Consejero de Comercio que señor Barón». La palabra «consejero»[20] sugería la deseada equiparación de rango con el muy apreciado funcionariado[21]. También otros aspectos de los títulos, ampliamente extendidos, indicaban que una suerte de burocratización social no se detenía ante la burguesía económica. Los viajeros de Inglaterra y Estados Unidos reparaban repetidamente en este fenómeno. Sólo rara vez demandaron los empresarios alemanes una política de *laissez-faire* extremadamente antiestatal. Más bien esperaban mucho del Estado. La progresiva y, en el contexto europeo, temprana y exitosa transición al Estado intervencionista desde los años setenta chocó con escasas resistencias por parte de las grandes asociaciones empresariales que se estaban estableciendo, como la CVDI y la BDI[22]. Con ayuda estrictamente estatal surgieron grandes cárteles y consorcios. Se ha hablado así de un «capitalismo organizado». La diferencia típica entre empresarios y funcionarios perdió, por tanto, precisión antes y más rápidamente que en otros países[23].

3. Por doquier en Europa y Norteamérica tuvieron lugar procesos de profesionalización en el siglo XIX; es decir, se formaron profesiones delimitadas con nitidez, cuyos miembros disponían de formación técnica especializada, generalmente académica. Sobre esta base exigían el monopolio en la oferta del trabajo que

---

[20] En alemán, el sufijo «-rat» *(N. de la T.)*.

[21] *Vid.* K. KAUDELKA-HANISCH, *Preußische Kommerzienräte in der Provinz Westfalen und im Regierungsbezirk Düsseldorf (1810-1918)*, Bielefeld, 1989 (Tesis de doctorado).

[22] Las siglas corresponden a *Centralverband Deutscher Industrieller* (Asociación Central de Industriales Alemanes) y *Bund der Industriellen* (Federación de Industriales) *(N. de la T.)*.

[23] *Vid.* la comparación entre los empresarios alemanes e ingleses de R. TILLY, «Unternehmermoral und -verhalten im 19. Jahrhundert», en KOCKA (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, vol. 2, pp. 35-64.

efectuaban, reivindicaban autonomía y formaban organizaciones eficaces destinadas al autocontrol profesional y a la representación de intereses. Estos procesos se desarrollaron de manera similar en los diferentes países, pero en el contexto internacional —por ejemplo, contrastando a los médicos en Inglaterra y Alemania— queda algo cada vez más claro: en Alemania, la profesionalización de estas ocupaciones se asentaba, mucho más claramente que en Inglaterra, sobre una formación universitaria que establecía y regulaba el Estado. Los médicos alemanes, especialmente los prusianos, podían apoyarse en mucha mayor medida que sus colegas ingleses sobre ordenamientos estatales (por ejemplo, los de 1851/52) que discriminaban a los competidores no profesionalizados o semiprofesionalizados como «curanderos», expulsándolos del mercado. A diferencia de sus colegas ingleses, los portavoces de las organizaciones profesionales en Alemania se remitían una y otra vez al modelo del funcionario superior bien situado cuando justificaban sus demandas corporativas[24].

4. Lancemos finalmente una mirada a esa zona marginal amplia y creciente de la burguesía en la cual la pertenencia a este colectivo era dudosa y precaria. Como en otros países, en Alemania crecía hacia 1900 de forma extraordinariamente rápida la categoría de los empleados privados, de los contables y capataces, de los dependientes y escribientes, de los secretarios y secretarias. Por todas partes se distinguían entonces (como también hoy) los empleados asalariados de los trabajadores, los empleados de cuello blanco de los obreros de cuello azul. Pero en Alemania la autoidentificación colectiva y la valoración pública de la emergente clase de los empleados revestían características propias que no se hallaban en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

---

[24] *Vid.*, sobre todo, C. HUERKAMP, *Ärzte in Deutschland und England. Gemeinsamkeiten und Unterschiede des ärztlichen Professionalisierungsprozesses im 19. Jahrhundert,* Bielefeld, 1986; C. HUERKAMP, *Der Aufstieg der Ärzte im 19. Jahrhundert. Vom gelehrten Stand zum profesionnellen Experten. Das Beispiel Preußens,* Göttingen, 1985; W. CONZE y J. KOCKA (eds.), *Bildungsbürgertum im 19. Jahrhundert,* Stuttgart, 1985 (primera parte: «Bildungssystem und Professionalisierung in internationalen Vergleichen»); H. SIEGRIST (ed.), *Bürgerliche Berufe. Zur Sozialgeschichte der freien und akademischen Berufe im internationalen Bereich,* Göttingen, 1988; H. SIEGRIST, *Advokat, Bürger und Staat. Sozialgeschichte der Rechtsanwälte in Deutschland, Italien und der Schweiz (18.-20. Jh.),* Berlin, 1992 (Tesis de habilitación).

Como se observa ya en la autodenominación «funcionario privado» (*Privatbeamte*), el colectivo emergente de los empleados eligió el tipo del funcionario público como grupo de referencia normativo, como modelo hacia el cual orientarse y al cual emular. En la primera década del siglo XX, esta orientación hacia el funcionariado que testimoniaban muchos pequeños y medianos empleados se plasmó en su intervención a favor de una seguridad social similar a la de los funcionarios. Los empleados se constituyeron en Alemania como grupo social a raíz de la agitación impulsada por sus organizaciones en reivindicación de un seguro especial, diferente de la seguridad social común a los trabajadores. La Ley de Aseguramiento de los Empleados de 1911 plasmó el éxito de esta campaña. Contribuyó en las siguientes décadas a destacar (tajantemente desde una perspectiva comparativa) la diferencia entre trabajadores y empleados, pues esta distinción tenía ahora también una dimensión legal (en principio, solo concerniente al derecho de seguridad social, pero pronto también al derecho laboral y social), en claro contraste con la mayoría de los otros países (salvo Austria, en este aspecto similar). La «línea del cuello» (*white-collar*, *blue-collar*) aparece, en la comparación internacional, relativamente marcada en Alemania, entre otras razones, en virtud de la gran atracción del modelo funcionarial en este ámbito marginal y creciente de la pequeña burguesía y en virtud de las intervenciones sociales de carácter burocrático-estatal[25].

Podrían mencionarse otros muchos ejemplos de la impronta burocrática, de la orientación hacia el Estado y el sesgo estatal de la burguesía alemana. Así, cabría referirse al sistema de escuelas estatales y de formación educativa, y al sistema de credenciales con él relacionado. Podrían discutirse las peculiaridades del liberalismo alemán, que rara vez recurría a argumentos antigubernamentales. También podría citarse la proximidad al Estado de las iglesias protestantes en Alemania, cuyos pastores eran prácticamente funcionarios, a diferencia de lo que ocurría en Inglaterra y los Estados Unidos[26]. Y, sin duda, tendríamos que referirnos a la

---

[25] *Vid.* J. KOCKA, «Class formation, interest articulation and public policy: the origins of the German white-collar class in the late nineteenth and early twentieth centuries», en S. BERGER (ed.), *Organizing interests in Western Europe*, Cambridge, 1981, pp. 63-82.

[26] A propósito, O. JANZ, *Bürger besonderer Art. Evangelische Pfarrer in Preußen 1850-1914, vornehmlich in Westfalen*, Berlin, 1991 (Tesis de doctorado).

mentalidad de súbdito, que Heinrich Mann perfiló exageradamente, pero no sin fundamento, en su Diederich Hessling. ¿En qué otra capital europea salvo en Berlín habría podido tener lugar la historia de *El súbdito*?

No obstante, me voy a detener aquí, concluyendo con una pregunta abierta: ¿Cómo se interpreta el sesgo estatal de la civilización burguesa en Alemania? ¿Se trata de una variante de la civilización burguesa en virtud de la cual Alemania se distinguía de otras variantes más alejadas del Estado, menos estatalizadas (en parte favorable, y en parte desfavorablemente)? ¿O hay que ver en este sesgo estatal y en este marchamo burocrático más bien un límite a la civilización burguesa, unos hechos que muestran que la afirmación del especial déficit de una civilización burguesa en Alemania no carece de fundamento? De una forma similar lo vio Max Weber, el cual se hallaba, por una parte, fascinado con el Estado funcionarial alemán, pero, por otra parte, lo vinculaba con la por él denostada debilidad de la burguesía alemana y de su cultura. Weber se mofaba del credencialismo, del pensamiento previsor patente ya entre los estudiantes, de las reformas sociales de los socialistas de cátedra, interpretando todos estos fenómenos como signos de burocratización social e inanidad burguesa. Y, efectivamente, ¿no se halla la figura social del funcionario en cierta tensión con el ciudadano independiente y emancipado, y con sus asociaciones? Así lo percibieron algunos contemporáneos del siglo XIX, a diferencia de la mayoría de los historiadores actuales. Si se repasan en las enciclopedias y en otros escritos del siglo XIX —desde Hegel hasta Max Weber, pasando por Riehl— las definiciones de burguesía utilizadas en cada caso, se constata que, con frecuencia, el funcionario era adscrito sólo condicionalmente a la burguesía. El uso del lenguaje de la época permite comprobar la persistencia de tensiones entre el concepto de funcionario y el de burgués[27]. Y si la capacidad para autorregularse emancipato-

---

[27] M. WEBER, *Wirtschaftsgeschichte*, München, 1923, p. 271 (trad. cast.: *Historia económica general*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974). Pueden encontrase referencias adicionales en H. HENNING, *Das westdeutsche Bürgertum in der Epoche der Hochindustrialisierung 1860-1914* (Primera parte: «Das Bildungsbürgertum in den preußischen Westprovinzen»), Wiesbaden, 1972, pp. 23, 31. Sobre la crítica weberiana a la burocratización social, WEBER, *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Tübingen, 1924, pp. 390, 413ss.; W. J. MOMMSEN, *Max Weber und die deutsche Politik 1890-1920*, Tübingen, 1974

riamente y el rechazo de la tutela y la provisión estatales forman parte de la idea de una auténtica sociedad civil, entonces la impronta estatal-autoritaria de la burguesía alemana marca un límite ostensible a su civilización burguesa.

(2.ª ed.), pp. 17, 94, 179ss. (trad. cast.: *Max Weber: Sociedad, política e historia*, Buenos Aires, Alfa, 1981).

CAPÍTULO VII

PROBLEMAS Y ESTRATEGIAS DE LEGITIMACIÓN DE LOS EMPRESARIOS Y CUADROS DIRECTIVOS EN EL SIGLO XIX Y COMIENZOS DEL XX*

I. Esta intervención versa sobre la legitimación de la gestión empresarial dentro de un proceso de cambio. Expondré este tema con respecto al siglo XIX y comienzos del XX, empezando por acotarlo más estrictamente a partir de los conceptos centrales del título de este encuentro: «legitimación» y «gestión empresarial».

Nadie ha marcado tanto el concepto «legitimación» como Max Weber, quien lo desarrolló en el marco de su sociología de la dominación[1]. La legitimación tiene que ver con reconocimiento; con el reconocimiento de pretensiones por parte de aquellos que deben contribuir a la realización de éstas. Los problemas de legitimidad se plantean cuando alguien —en nuestro caso, la dirección empresarial— busca reivindicar poder político, prestigio público, capacidad económica o riqueza, pero no desea hacerlo calladamente y de forma encubierta o mediante la fuerza, sino con el consenso de otros, en este caso de los trabajadores, los empleados y los colaboradores, pero también de la opinión pública

---

* Publicado en H. POHL y W. TREUE (eds.), *Legitimation des Management im Wandel*, suplemento de *Zeitschrift für Unternehmensgeschichte*, núm. 28, 1983, pp. 7-21.

[1] *Vid.* Max WEBER, *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriß der verstehenden Soziologie. Studienausgabe*, Köln, 1964, p. 157ss. (trad. cast.: *Economía y sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993 [10.ª ed.]).

o del legislador. Los problemas de legitimación surgen también cuando son cuestionadas o desafiadas reivindicaciones ya establecidas, es decir, ventajas de poder, reputación, rentas o factores similares, debiendo ser reconstruidas desde una posición defensiva. Así pues, nos preguntaremos a continuación por los problemas y ámbitos respecto a los cuales las direcciones de las empresas tenían una necesidad de legitimación, así como por los medios y métodos mediante los que buscaron crear la necesaria legitimación; analizaremos, por tanto, sus «estrategias de legitimación» en el sentido más amplio[2].

En cuanto al término polisémico «gestión», subrayaré aquí su significado funcional. Cabe distinguir analíticamente dos funciones respecto a la empresa privada capitalista: por una parte, la *propiedad del capital* y las decisiones fundamentales de inversión ligadas a ella; y por otra, la dirección empresarial, incluyendo la competencia para decidir sobre el comportamiento de mercado y la estructura interna de la empresa, así como de imponer estas decisiones. Utilizo a continuación indistintamente, como sinónimos, los conceptos «dirección empresarial» en esta acepción y «gestión». Los «gerentes» son, por lo tanto, los directores de empresa o los empresarios sin (gran) propiedad de capital, también denominados «empresarios empleados»[3].

En la primera parte de esta exposición trato algunos problemas y estrategias de legitimación de los directores de empresa durante la Revolución Industrial, es decir, en la fase de arranque de la industrialización, que, en Alemania, se puede fechar en el período comprendido entre los años cuarenta y setenta del siglo XIX. Fueron éstas las décadas en las cuales se impusieron plenamente, tras diversos ensayos, el sistema fabril y un orden de economía liberal. A lo largo de esta etapa, en la cúspide de la mayoría de las empresas se hallaban personas que unían las funciones de pro-

---

[2] Utilizo aquí el término «estrategias» en una acepción muy amplia que incluye esfuerzos, respuestas y reacciones menos organizados y coordinados, que resultaban adecuados para asentar la legitimación.

[3] *Vid.* E. SALIN, entrada «Manager», en *Handwörterbuch der Sozialwissenschaften,* Stuttgart, 1961, volumen 7, pp. 107-113; J. KOCKA, *Unternehmer in der deutschen Industrialisierung,* Göttingen, 1975, pp. 13-14. Un concepto distinto de «gerente», en la tradición anglo-americana, se maneja, por ejemplo, en F. HARBISON y C. A. MEYERS, *Management in the Industrial World. An International Analysis,* New York, 1959, pp. 3ss.

piedad de capital y dirección de empresa, empresarios propietarios que poseían «su» empresa y la dirigían[4].

En la segunda parte de esta exposición me centraré, en cambio, en los comienzos del siglo XX, en la fase final del Imperio y en la República de Weimar. La atención girará en torno al número creciente de grandes empresas en cuya cúspide se produjo una cierta separación entre propiedad del capital y dirección empresarial, una distribución de estas dos funciones entre capitalistas no gerentes, de un lado, y gerentes no propietarios de otro. Discutiré, sobre todo, los problemas y las estrategias de legitimación de los empresarios empleados, concretamente en comparación con la situación de los empresarios propietarios, que seguían representando la gran mayoría de todos los empresarios, pero no eran tan predominantes como algunas décadas atrás[5].

El propósito consiste en trazar líneas básicas, teniendo que prescindir, en buena medida, de diferenciaciones en principio necesarias y de ilustraciones deseables. El objeto de la exposición son los empresarios industriales, incluidos los de la minería. Queda por ver en qué medida las observaciones siguientes se aplican también a los directivos de empresas de transporte, bancarias y comerciales. Fuera de estas consideraciones quedarán también los empresarios agrícolas, los pequeños empresarios de clase media y los artesanos, al igual que determinados grupos específicos, como, por ejemplo, los empresarios aristócratas, concentrados fundamentalmente en Silesia y Bohemia[6].

II. La Revolución Industrial desde el *Vormärz*[7] hasta después de la fundación del Imperio representó la gran época de los empresarios propietarios, de los señores de las fábricas, como *Siemens* y *Borsig*, de los numerosos y mucho menos conocidos propietarios y directores de telares mecánicos y fábricas textiles, de

---

[4] Sobre este período, en general, *vid.* F.-W. HENNING, *Die Industrialisierung in Deutschland. 1800 bis 1914,* Paderborn, 1973, pp. 111-202.

[5] Sobre la historia empresarial de este período más tardío, *vid.,* en general, KOCKA, *Unternehmer*, pp. 88ss.

[6] *Vid.* W. ZORN, «Unternehmertum und Aristokratie in Deutschland», *Tradition,* núm. 8, 1963, pp. 241-254.

[7] Período de predominio absolutista entre la derrota de Napoleón y la Revolución de 1848, que estalló en *marzo* de ese año en Berlín *(N. del Ed.).*

los generosos pioneros de los ferrocarriles y empresarios múltiples, como Mevissen o Hansemann, y de los fundadores de la región del Ruhr, como Haniel y Friedrich Grillo[8].

La sociedad del segundo tercio del siglo XIX ya no era estamental. La opinión pública instruida reconocía la legitimidad de las innovaciones, y el sistema legal ya no ponía trabas insuperables a los innovadores económicos. La Ilustración, el Estado absolutista tardío con su política de promoción industrial y las reformas antifeudales, que alcanzaron su clímax con las leyes de Stein, Hardenberg y Montgelas, pero, en realidad, se extendieron a lo largo de muchas décadas, habían socavado, en buena medida, las barreras legales, mentales y prácticas propias del orden estamental, que, en épocas más tempranas, habían interferido las novedades empresariales[9]. Aunque no del todo. Hasta los años sesenta del siglo XIX, la legislación fabril de la mayoría de los Estados alemanes, excepto Prusia, incluía reglas que ligaban la fundación de fábricas a concesiones estatales que debían solicitarse en cada caso. Es cierto que, según las investigaciones sobre el tema, las limitaciones subsistentes sobre la libertad industrial no significaban mucho en la práctica, pero probablemente la última palabra no está todavía dicha en esta materia[10]. En la Revolución de 1848/1849 irrumpió con fuerza un movimiento de artesanos de clase media, anticapitalista y contrario a la economía liberal, contribuyendo así a que la burguesía se apartara de la Revolución, al menos tanto como la movilización

---

[8] *Vid.,* como introducción, W. KÖLLMANN, «Frühe Unternehmer», en W. FÖRST (ed.), *Ruhrgebiet und Neues Land,* Köln, 1968, pp. 11-46; H. KAELBLE, *Berliner Unternehmer während der frühen Industrialisierung. Herkunft, sozialer Status und politischer Einfluß,* Berlin, 1972; M. L. HARTSOUGH, «Business Leaders in Cologne in the Nineteenth Century», *Journal of Economic and Business History,* núm. 2, 1929-30, pp. 232-252.

[9] *Vid.* R. BRAUN, «Zur Einwirkung sozio-kultureller Umweltbedingungen auf das Unternehmerpotential und das Unternehmervehalten», en W. FISCHER (ed.), *Wirtschafts- und sozialgeschichtliche Probleme der frühen Industrialisierung,* Berlin, 1968, pp. 247-284.

[10] Un buen estudio sobre un caso concreto se halla en J. JESCHKE, *Gewerberecht und Handwerkerwirtschaft des Königreichs Hannover im Übergang 1815-1866,* Göttingen, 1977. La escasa importancia de las condiciones legales ha sido subrayada por F.-W. HENNING, «Die Einführung der Gewerbefreiheit und ihre Auswirkungen auf das Handwerk in Deutschland», en W. ABEL (ed.), *Handwerksgeschichte in neuer Sicht,* Göttingen, 1978, pp. 147-177.

de una parte de las masas desposeídas, el «peligro rojo»[11]. De hecho, la modernización económica que defendían muchos empresarios significaba a menudo también una amenaza, incluso la destrucción, de formas de economía y de vida antiguas: los telares mecánicos desplazaron y arrollaron a los telares domésticos, el ferrocarril vulneró intereses existentes sobre los canales y privilegios de tráfico de la clase alta, la casa de confección hurtó a muchos sastres la autonomía y el «honor» artesanal[12]. La resistencia contra los innovadores y su sistema no podía ser más que comprensible. ¿Cuál fue la reacción de los empresarios ante ella?

Por una parte, reaccionaron con toda la retórica de progreso de que era capaz el liberalismo de entonces, con la doctrina de la Ilustración aplicada a la economía, con el elogio del rendimiento individual y de la responsabilidad amante del riesgo, con la promesa de un bienestar general como resultado de las acciones razonables de los individuos libres, y también con dudas sobre las capacidades de la tutela burocrática y críticas a los privilegios inmerecidos de las viejas capas dirigentes. Esta retórica adquirió, ya durante el *Vormärz*, y más decididamente en la década de la unificación del Imperio, un componente nacional: el progreso económico como medio para recuperar la ventaja de Inglaterra, la potencia económica como condición decisiva de los éxitos militares de 1866 y 1870/71, el éxito económico como garantía, presente y futura, de la grandeza nacional. La mayoría de los empresarios apoyaba probablemente el liberalismo de partido con distintos matices, al menos hasta los años setenta, pero, con frecuencia, también hasta más tarde. Influían sobre los gobiernos y la opinión pública a través de las cámaras de comercio y las organizaciones empresariales libres que habían ido surgiendo desde los años cincuenta[13]. Sin embargo, en última instancia, los go-

---

[11] *Vid.* H. BEST, *Interessenpolitik und nationale Integration 1848/49. Handelspolitische Konflikte im frühindustriellen Deutschland*, Göttingen, 1980.

[12] *Vid.*, como aproximación general, F. REDLICH, *Der Unternehmer*, Göttingen, 1964, pp. 46ss. y 339.

[13] *Vid.* el excelente caso de estudio sobre las posiciones políticas de un grupo empresarial regional realizado por F. ZUNKEL, *Der Rheinisch-Westfälische Unternehmer 1834-1879. Ein Beitrag zur Geschichte des deutschen Bürgertums im 19. Jahrhundert*, Köln, 1962, pp. 133-245. *Vid.* también R. TILLY, «Los von England: Probleme des Nationalismus in der deutschen Wirtschaftsgeschichte», en R.

biernos les quitaron el trabajo de la liberalización económica, en el interés bien entendido del aumento del poder estatal a través del progreso económico. No fue necesaria la asunción de poder político por parte de la burguesía, del mismo modo que fue posible llevar a buen puerto la modernización económica sin necesidad de parlamentarización ni democratización.

Un segundo problema de legitimación de los empresarios de entonces consistía en su escaso prestigio, lo cual lamentaban muchos de ellos una y otra vez. En realidad, a estas quejas subyacían, sobre todo, las crecientes expectativas de un grupo cada vez más consciente de sí mismo, pero también un cierto desdén con el cual los nobles, los oficiales del ejército y los burgueses con educación académica miraban por encima del hombro a los *Koofmichs*[14]. «Mi hijo el dependiente» era el comentario afligido e hiriente del padre de Georg Siemens, más tarde director del *Deutsche Bank,* cuando éste optó por el negocio bancario. El padre era funcionario. Sin embargo, este menosprecio de las profesiones de la burguesía económica no representaba un fenómeno homogéneo; pensemos en ciudades industriales o comerciales como Barmen o Hamburgo, en las cuales la alta burguesía económica disfrutó pronto de elevado prestigio y ejerció el poder municipal[15].

Tampoco era homogénea la respuesta de los empresarios a este menosprecio por su papel. En aquel tiempo todavía prevalecía el énfasis jactancioso sobre las virtudes burguesas, como el mérito, el éxito y la decencia, así como el desarrollo de un estilo de vida moderadamente acomodado, aunque sólo fuera por falta de alternativas. Únicamente algunas minorías entre los empresarios, primero en Berlín, más tarde en Renania y posteriormente en Hamburgo, adoptaron elementos de un estilo de vida señorial o

---

TILLY, *Kapital, Staat und sozialer Protest in der deutschen Industrialisierung,* Göttingen, 1980, pp. 197ss.; K. W. HARDACH, «Anglomanie und Anglophobie während der Industriellen Revolution in Deutschland», *Schmollers Jahrbuch,* núm. 91, 1971, pp. 153-181; KOCKA, *Unternehmer,* pp. 56s.

[14] Expresión dialectal, que podría traducirse por «cómpramelo». Se designaba con ella a pequeños comerciantes, algunos de los cuales iban de puerta en puerta vendiendo sus artículos (*N. del Ed. y de la T.*)

[15] K. HELFFERICH, *Georg von Siemens,* Berlin, 1923, vol, 3, pp. 153, 159. En cambio, sobre Barmen: W. KÖLLMANN, *Sozialgeschichte der Stadt Barmen im 19. Jahrhundert,* Tübingen, 1960, pp. 108ss. Sobre Hamburgo: P. E. SCHRAMM, *Neun Generationen 1648-1848. Dreihundert Jahre deutscher «Kulturgeschichte» im Lichte der Schicksale einer Hamburger Bürgerfamilie,* Göttingen, 1963, volumen 1.

incurrieron en consumos ostentosos de nuevos ricos. Los contactos con la burocracia se valoraban por motivos sociales. Empresarios de la primera época colaboraron más intensamente que con posterioridad en la administración municipal y aceptaron cargos honoríficos. Actuaban como mecenas, aunque, al parecer, menos destacadamente que en los Estados Unidos. Los fabricantes preferían presentarse, en la medida de lo posible, como hombres de técnica; el prestigio de la técnica crecía paralelamente a su progresiva cientifización, y superó de lejos al del comercio. La década de la fundación del Imperio significó, sobre todo para los empresarios de la industria productiva, un progreso decisivo en el camino hacia el creciente reconocimiento social, pues concienciaba a una opinión pública instruida y sensible a los intereses patrios sobre el significado nacional de la técnica y la industria (pesada)[16].

Un tercer problema de legitimación de mayor peso para los empresarios, que, con el tiempo, más bien tendió a crecer que a disminuir, consistía en lo que por entonces se denominaba «la cuestión social» y, cada vez más, incluso antes del auge del movimiento obrero en los años sesenta del siglo XIX, «el conflicto entre el capital y el trabajo». Visto sistemáticamente, bajo esta etiqueta se escondían cosas distintas y, en todo caso, mucho más de lo que las teorías del movimiento obrero formularían pronto. De un lado, un gran número de personas que participaban en la división del trabajo tenían que ser agrupadas y coordinadas en las fábricas que se iban implantando, algo que no podía llevarse a cabo sin órdenes ni disciplina. De otro lado, en las fábricas, pero también en la pequeña empresa artesanal y en la que funcionaba a base de encargos a domicilio, chocaban formas y normas tradicionales de trabajo con las nuevas reglas de la economía industrial capitalista de racionalidad orientada hacia la consecución de objetivos, con principios de modernización económica que se manifestaban de manera especialmente cruda en las exigencias abusivas de disciplina y de división del trabajo, y, a menudo, provocaban la protesta de los trabajadores más bien conservadores, vinculados con medios artesanales o campesinos[17]. Y, por último,

---

[16] *Vid.*, como ejemplo, la carta de Alfred Krupp al Emperador Guillermo I en 1871: «Vivimos ahora en la era del acero», en W. BERDROW (ed.), *Alfred Krupps Briefe 1826-1887 im Auftrage der Familie und der Firma Krupp,* Berlin, 1928, p. 259.

[17] *Vid.* E. P. THOMPSON, «Zeit, Arbeitsdisziplin und Industriekapitalismus»,

en el antagonismo capital-trabajo residía obviamente un conflicto de distribución necesario y consistente. Éste se percibía y manifestaba con tanta más fuerza, cuanto más visibles eran determinados aspectos de la desigualdad social. La nueva y rápida riqueza de los empresarios de éxito no pasaba desapercibida, y la experiencia de la privación relativa adquiría fuerza también entre aquellos trabajadores que encontraban trabajo con suficiente regularidad para participar en el lento aumento de los salarios reales de los años sesenta. La desigualdad entre los trabajadores y la burguesía aumentaba en aquel tiempo en cuanto a la retribución, la vivienda, así como también la posibilidad de llegar a la vejez con salud; al mismo tiempo, se extendía la experiencia del cambio, y así también de la capacidad de transformación y, por tanto, de la mutabilidad de las relaciones desiguales, que, por todo esto y por la aparición de expectativas crecientes, se vieron sometidas a una presión de legitimación. Las protestas adoptaron formas muy diferentes, desde la silenciosa huelga de brazos caídos hasta el todavía pequeño movimiento obrero de los años sesenta y setenta, pasando por las protestas y las huelgas de 1848/49. En la esfera pública encontraban amplio eco. Es importante tener en cuenta que estas protestas se producían la mayor parte de las veces de buena fe, que creían tener el derecho, la moral y la decencia de su lado y, por tanto, suponían, en alguna medida, el cuestionamiento de la legitimidad de la otra parte[18].

¿Con qué estrategias de legitimación respondieron las direc-

---

en R. BRAUN *et al.* (eds.), *Gesellschaft in der industriellen Revolution*, Köln, 1973, pp. 81-112 (originariamente en inglés, en *Past & Present,* núm. 38, 1967, pp. 56-97; trad. cast.: *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979); L. MACHTAN, «Zum Innenleben deutscher Fabriken im 19. Jahrhundert. Die formelle und die informelle Verfassung von Industriebetrieben, anhand von Beispielen aus dem Bereich der Textil- und Maschinenbauproduktion (1869-1891)», *Archiv für Sozialgeschichte,* núm. 21, 1981, pp. 179-236; respecto a la minería, K. TENFELDE, *Sozialgeschichte der Bergarbeiterschaft an der Ruhr im 19. Jahrhundert,* Bonn, 1977, especialmente pp. 397-486.

[18] *Vid.,* a modo de introducción, K. TENFELDE y H. VOLKMANN (eds.), *Streik. Zur Geschichte des Arbeitskampfes in Deutschland während der Industrialisierung,* München, 1981; U. ENGELHARDT, «Gewerkschaftliches Organisationsverhalten in der ersten Industrialisierungsphase», en W. CONZE y U. ENGELHARDT (eds.), *Arbeiter im Industrialisierungsprozeß,* Stuttgart, 1979, pp. 372-402; D. LANGEWIESCHE y K. SCHÖNHOVEN (eds.), *Arbeiter in Deutschland. Studien zur Lebensweise der Arbeiterschaft im Zeitalter der Industrialisierung,* Paderborn, 1981, especialmente pp. 7-36.

ciones de las empresas? En parte, con ninguna, ya que disponían de otro medio, concretamente la coacción legal: desde la coacción tácita de la amenaza de despido hasta la a menudo exitosa llamada al servicio militar en caso de grandes huelgas, pasando por la obligación contractualmente establecida de respetar el orden de la fábrica. Sin embargo, a la mayoría de las empresas no se les ocultaba que la disposición óptima para el trabajo no se podía alcanzar sólo con estos medios, sino que además era preciso conseguir alguna aceptación por parte de los trabajadores y empleados.

El aumento progresivo de sueldos y salarios era, sin duda, el medio más efectivo para la consecución de este fin. No obstante, también había otros. En la pequeña y mediana empresa que dominaba entonces, las cualidades personales del empresario desempeñaban un papel importante. El estilo directivo era personal, el jefe de la fábrica residía a menudo en el recinto de la empresa y era conocido. Si había sido un trabajador tenaz (como era el caso de muchos), era buen conocedor de la materia y sabía tratar a los trabajadores, sus rasgos de personalidad se convertían en fuente de legitimidad, mucho más que posteriormente, o mucho más que en la gran empresa contemporánea[19]. El estilo dirigente revestía con frecuencia tintes patriarcales. Los métodos de dirección patriarcal respondían a muchos motivos y cumplían distintos fines. Pero, sobre todo, cuando no resultaban demasiado intolerantes (como en el caso del industrial del Sarre von Stumm-Halberg), ofrecían a los trabajadores algún reconocimiento, previsión social y protección por encima del mínimo estipulado en el contrato laboral, contribuyendo, sin duda, a ampliar la base de legitimidad de las respectivas direcciones empresariales. Lo propio sucedía seguramente con las prestaciones especiales más fuertemente formalizadas y, por tanto, en rigor, no calificables como patriarcales; es decir con las llamadas instituciones de bienestar. Considerando las empresas industriales con diez o más empleados establecidas en Prusia, casi la mitad de ellas disponía a principios de los años setenta al menos de una institución semejante. Entre las más frecuentes se hallaban los seguros contra accidentes

---

[19] *Vid.* J. KOCKA, «Industrielles Management: Konzeptionen und Modelle in Deutschland vor 1914», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte,* núm. 56, 1969, pp. 332-372, aquí pp. 334-336.

(25%), las cajas de enfermedad y asistencia (17%) y distintas formas de facilitar el acceso a la vivienda (14%)[20].

Como ilustración de otra estrategia de legitimación expondré, por último, una cita de un pasquín de Osnabrück de 1875, dirigido contra la socialdemocracia y especialmente contra su doctrina, según la cual «el trabajador, es decir, el obrero de fábrica y sus camaradas serían las principales personas del Estado». Graves serían las consecuencias que los socialdemócratas extraerían de esta doctrina equivocada: «Si el trabajador, dicen ellos, es el primer hombre del Estado, entonces tendría que ser retribuido más y poder vivir mejor que nadie. Pues, ¿qué hace un empresario? Se sienta unas horas en el despacho, se da unos cuantos paseos por la fábrica y después almuerza bien: nosotros, sin embargo, tenemos que estar junto a la máquina, levantar pesos, etc., y por ello recibimos un simple plato... ¿Quién no ha oído todavía estas formas de hablar? Están en boca de cualquier aprendiz, de cualquier criada impertinente. Por supuesto, poco trabajo, gran sueldo y una vida alegre: ésta es toda vuestra política. Los señores trabajadores, con su gran sabiduría, no piensan que el jefe de la fábrica tiene que disponer de una gran cantidad de dinero y capacidades intelectuales para dirigir y vigilar su negocio, que tiene que discurrir cómo y cuándo puede vender mejor sus productos, que en la mayoría de los casos, al menos en sus años de juventud, ha tenido que realizar también algún trabajo manual para llegar a ser algo en la vida, que asume la responsabilidad sobre todo el negocio y que cualquier pérdida le afecta exclusivamente a él»[21].

---

[20] *Vid.* L. PUPPKE, *Sozialpolitik und soziale Anschauungen frühindustrieller Unternehmer in Rheinland-Westfalen,* Köln, 1966; F. DECKER, *Die betriebliche Sozialordnung der Dürener Industrie im 19. Jahrhundert*, Köln, 1964 (tesis de doctorado); sobre los diferentes motivos y funciones de las instituciones sociales empresariales, resumidamente, J. KOCKA, «Management und Angestellte im Unternehmen der Industriellen Revolution», en BRAUN *et al., Gesellschaft*, pp. 162-204, aquí 172-174; *vid.* también W. FISCHER, «Die Pionierrolle der betrieblichen Sozialpolitik im 19. und beginnnenden 20. Jahrhundert», *Betriebliche Sozialpolitik deutscher Unternehmen seit dem 19. Jahrhundert (Zeitschrift für Unternehmensgeschichte, Reihe 12),* Wiesbaden, 1978, pp. 34-50. Las cifras se han calculado a partir de *Die Einrichtungen für die Wohlfahrt der Arbeiter der größeren gewerblichen Anlagen im preußischen Staate. Bearb. im Auftrag des Ministers für Handel, Gewerbe und öffentliche Arbeiten in drei Theilen,* Berlin, 1876.

[21] Citado en W. VAN KAMPEN y T. WESTPHALEN (eds.), *100 Jahre SPD in Os-*

En este intento de legitimación de una ventaja retributiva y de poder que se estaba poniendo en cuestión se alude no sólo a la responsabilidad y la capacidad, al mérito individual y a la procedencia modesta, sino también al principio del capital invertido y del riesgo personalmente asumido. Éste era un argmento que seguramente no era ni falso ni inoperante. Antes bien, en la discusión pública se justificaba a menudo la propiedad del capital a través de los rendimientos que el propietario aportaba o iba a aportar en calidad de empresario[22]. Las oportunidades de legitimación residían precisamente en la conexión entre las funciones de la propiedad de capital y de la dirección empresarial. Cuando en las siguientes décadas aumentó la separación entre propiedad y control en la cima de las grandes empresas, se perdieron o se debilitaron estas oportunidades.

III. Ya en las primeras décadas de la Revolución Industrial hubo empresas en cuya cúspide se daba una cierta disociación entre capital y control, que se hallaban bajo la dirección de empresarios empleados que no disponían de grandes capitales. Cabe pensar en los ferrocarriles o en la empresa metalúrgica, fundada desde el principio sobre base accionarial, principalmente a partir de los años cincuenta en la región del Ruhr[23]. Pero el número y la proporción de estas empresas dirigidas por gerentes crecieron rápidamente desde los años setenta. El motor principal de este desarrollo fue la necesidad de capital, derivada del progreso tecnológico y de las crecientes posibilidades de economías de escala; una necesidad, grande y en aumento, que superaba la capacidad de financiación de muchas empresas de un solo dueño y de familias propietarias. Como consecuencia, un número rápidamente

---

nabrück 1875-1975, Osnabrück, 1975, p. 10, del «Allgemeines Kalender für das Fürstenthum Osnabrück...».

[22] *Vid.* A. E. F. SCHÄFFLE, «Die Anwendbarkeit der verschiedenen Unternehmungsformen» en ID., *Gesammelte Aufsätze,* Tübingen, 1885, volumen 1, pp. 196-281, especialmente 227ss.

[23] *Vid.* W. HERRMANN, *Entwicklungslinien montanindustrieller Unternehmungen im Rheinisch-Westfälischen Industriegebiet,* Dortmund, 1954; W. FELDENKIRCHEN, «Die Eisen- und Stahlindustrie des Ruhrgebietes 1879-1914. Wachstum, Finanzierung und Struktur ihrer Großunternehmen», *Zeitschrift für Unternehmensgeschichte*, Beiheft 20, Wiesbaden, 1982; R. FREMDLING, *Eisenbahnen und deutsches Wirtschaftswachstum 1840 bis 1879*, Dortmund, 1975.

creciente de empresas de un solo dueño se transformaron en sociedades de capital, de las que se fundaron cada vez más; los bancos, sobre todo los grandes bancos generales, administrados a su vez por gerentes, promovieron este proceso. En 1903/1904, el Imperio Alemán contaba aproximadamente con 5.000 sociedades anónimas, de ellas 3.000 en la industria, prácticamente en todos los sectores. La sociedad anónima se convirtió en la forma jurídica típica de las grandes empresas. En 1907, de las 100 empresas industriales y mineras más grandes de Alemania, 77 adoptaban la forma jurídica de sociedades anónimas; sólo 7 eran empresas de particulares, el resto sindicatos de derecho minero, sociedades limitadas y sociedades en comandita. En 1927, ya figuraban 88 sociedades anónimas entre las 100 empresas más grandes, mientras que sólo una adoptaba todavía la forma de sociedad personal. Sin embargo, la gran mayoría de las empresas, concretamente la mayor parte de las pequeñas y medianas empresas, mantuvo la forma jurídica de sociedad personal[24].

No todas las sociedades anónimas asistieron a una auténtica separación de la propiedad de capital y del control. Como ponen de relieve los ejemplos de *Siemens* y *Krupp*, bajo el ropaje de sociedad anónima había empresas familiares ligeramente modificadas. Pero, en un número creciente de sociedades anónimas con propiedad accionarial relativamente dispersa o gran influencia de los bancos, el auténtico poder residía en los empresarios empleados, en los gerentes, como fue el caso de Emil Kirdorf, director general de la sociedad anónima de explotación minera de Gelsenkirchen, o de Emil Rathenau, de *AEG*[25].

---

[24] *Vid.* J. KOCKA, «Großunternehmen und der Aufstieg des Manager-Kapitalismus im späten 19. und frühen 20. Jahrhundert: Deutschland im internationalen Vergleich», *Historische Zeitschrift,* núm. 232, 1981, pp. 39-60; más detalladamente: J. KOCKA y H. SIEGRIST, «Die hundert größten deutschen Industrieunternehmen im späten 19. und frühen 20. Jahrhundert», en J. KOCKA y N. HORN (eds.), *Recht und Entwicklung der Großunternehmen im 19. und frühen 20. Jahrhundert,* Göttingen, 1979; también H. POHL, «Zur Geschichte von Organisation und Leitung deutscher Großunternehmen seit dem 19. Jahrhundert», *Zeitschrift für Unternehmensgeschichte,* núm. 26, 1981, pp. 143ss.

[25] *Vid.* H. BÖHME, «Emil Kirdorf. Überlegungen zu einer Unternehmerbiographie», *Tradition,* núm. 13, 1968, pp. 282-300; núm. 14, 1969, pp. 21-48; A. RIEDLER, *Emil Rathenau und das Werden der Großwirtschaft,* Berlin, 1916; a modo de resumen puede consultarse J. KOCKA, «Les entrepreneurs salariés dans l'industrie allemande à la fin du XIXe et au début du XXe siècle», en M. LÉVY-LE-

¿Qué problemas de legitimación afrontaban estos empresarios empleados? ¿Qué soluciones tenían a mano? ¿Cómo se distinguía su situación de la de los empresarios propietarios de la Revolución Industrial? Y sobre todo, ¿cómo se planteaba la problemática de legitimación para las grandes empresas que con anterioridad al año 1914 contaban con más de 10.000 empleados y hasta 200.000 millones de marcos de capital en acciones?[26]

En primer lugar, cabe constatar que algunos problemas de legitimidad de los primeros tiempos habían cedido. Las resistencias tradicionales contra el cambio se habían debilitado y la innovación permanente se había convertido en un principio evidente que, en realidad, ya no precisaba legitimación especial, a pesar de algunas protestas antimodernistas, sobre todo, en el movimiento de clase media.[27] A principios del siglo XX, los problemas de estatus apenas atormentaban ya a los más grandes empresarios. Habían visto incrementarse sustantivamente su prestigio, algo que se aceleraría durante la Primera Guerra Mundial. A ello habían contribuido la cientifización de la técnica, la discusión con connotaciones nacionalistas sobre el Estado industrial en el Imperio guillermino y el paulatino debilitamiento de los valores anticapitalistas y agrarios, y de los grupos dirigentes tradicionales[28].

Pero precisamente este auge de los grandes empresarios acrecentó la distancia social entre ellos y la amplia masa de población. Ello se reflejaba en el traslado del empresario próspero o, como muy tarde, de su heredero a una lujosa villa a la entrada de la ciudad, en la proximidad social de la burguesía guillermina con res-

---

BOYER (ed.), *Le patronat de la seconde industrialisation,* Paris, 1979, pp. 85-100; KOCKA, *Unternehmer in der deutschen Industrialisierung*, pp. 515ss.

[26] La sociedad anónima *Friedrich Krupp* de Essen tenía en 1907 un capital nominal de 180 millones de marcos y más de 64.000 empleados. Estos y otros datos se encuentran en KOCKA y SIEGRIST, *Die hundert größten deutschen Industrieunternehmen*, pp. 106-112, en especial p. 107.

[27] *Vid.* S. VOLKOV, *The Rise of Popular Anti-Modernism in Germany. The Urban Master Artisans, 1873-1896,* Princeton, 1978.

[28] *Vid.* K. H. MANEGOLD, «Das Verhältnis von Naturwissenschaften und Technik im 19. Jahrhundert im Spiegel der Wissenschaftsorganisation», en *Geschichte der Naturwissenschaften und der Technik im 19. Jahrhundert,* Düsseldorf, 1969, pp. 141-187, en especial pp. 160ss. D. BLACKBOURN subraya ahora enfáticamente la estructura básica de carácter burgués del Imperio en «Wie es eigentlich nicht gewesen», en ID. y G. ELEY, *Mythen deutscher Geschichtsschreibung,* Frankfurt, 1980, pp. 71-129.

pecto a los grupos dirigentes tradicionales, en especial a la nobleza cortesana o terrateniente, algo que se manifestaba en vínculos matrimoniales, formas de vida, adquisiciones de tierra, acceso a títulos nobiliarios y, políticamente, en alianzas conservadoras y liberales nacionalistas. Cada vez más hijos de empresarios iban a las universidades o las escuelas técnicas universitarias, a menudo se integraban también en las mismas asociaciones estudiantiles que los hijos de abogados y médicos, altos funcionarios y terratenientes nobles. El estilo de vida del industrial guillermino era, por regla general, mucho más ostentoso y lujoso que el del fabricante de la Revolución Industrial. El empresario guillermino se distanciaba de los de abajo más que su antecesor preindustrial[29]. La desigualdad social en el seno de la población dedicada a la actividad industrial creció, la exclusividad de la burguesía aumentó; todo lo cual incrementó precisamente la necesidad de aceptación social de esta clase, exigiendo nuevas estrategias de legitimación.

Un mecanismo semejante se observa dentro de las propias grandes empresas, de forma similar en las empresas de propietario y las de gerente. Ahora, la dirección de la empresa residía con frecuencia lejos, en otros edificios, incluso a veces en otras ciudades, ajena a la experiencia de la mayoría de los empleados, invisible, burocratizada, difícilmente penetrable y extraña. En estas grandes empresas, la legitimación apenas se producía a través de la cooperación visible, de la proximidad y del ejemplo de la dirección empresarial, o se hallaba simplemente limitada al círculo más estricto de los colaboradores dirigentes. En el seno de la gran empresa, la perseverancia de estas direcciones empresariales en los principios del ejercicio patriarcal del poder, en el principio del señor en la comunidad doméstica o del *pater familias*, se percibía como una ideología fácilmente intuible, sin efectos legitimadores[30]. Se requerían nuevas formas de legitimidad.

En el mismo sentido actuaba una tercera transformación,

---

[29] *Vid.* W. KÖLLMANN, *Sozialgeschichte der Stadt Barmen im 19. Jahrhundert*, pp. 120ss.; KAELBLE, *Berliner Unternehmer während der frühen Industrialisierung*, pp. 190ss.

[30] *Vid.* la crítica coetánea a las «instituciones de bienestar» como instrumentos de dominación y al patriarcalismo como ideología que, desde una posición liberal, formuló L. BRENTANO, «Das Arbeitsverhältnis in den privaten Riesenbetrieben», *Schriften des Vereins für Socialpolitik,* núm. 116, Leipzig, 1906, pp. 135-235.

concretamente el rápido ascenso de un movimiento obrero de oposición fundamental, sobre todo, con posterioridad a 1890 y especialmente en la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después. El desafío planteado por el movimiento obrero socialdemócrata no se radicalizó vehementemente, pero sí ganó en extensión, organización y eficacia pública. La empresa individual siguió siendo un escenario importante de este conflicto, pero una parte creciente de éste se dirimía fuera de la empresa, entre las grandes asociaciones, en el ámbito de la política estatal, en la esfera pública, donde el movimiento obrero obtenía amplio apoyo en una u otra cuestión; así, por ejemplo, en las huelgas mineras del Ruhr de 1889 y 1895 o, en general, a través del llamado socialismo de cátedra. En particular, tras la liberalización del derecho laboral en los años sesenta y después de que las prohibiciones legales no hubieran tenido efecto (Leyes socialistas de 1878-1890) o hubieran fracasado (proyecto contra la insurrección de 1895, proyecto de penitenciaría de 1899), las direcciones empresariales y sus asociaciones se vieron de manera reforzada ante la necesidad de desarrollar nuevas estrategias de defensa y legitimación que se ajustaran a la creciente importancia de la esfera pública y de la política para el éxito económico. Esto se hizo todavía más patente tras la parlamentarización y la democratización como consecuencia de la Guerra Mundial y la revolución[31].

---

[31] Una panorámica sobre el desarrollo del movimiento obrero en aquella época ofrece H. GREBING, *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung,* München, 1966, capítulos III y IV; también reviste importancia: K. SAUL, *Staat, Industrie, Arbeiterbewegung im Kaiserreich... 1903-1933,* Düsseldorf, 1974; H. JAEGER, *Unternehmer in der deutschen Politik (1890-1918),* Bonn, 1967; *vid.* también I. LIESEBACH, *Der Wandel der politischen Führungsschicht der deutschen Industrie von 1918-1945,* Basel, 1956 (tesis de doctorado); M. SCHNEIDER, *Unternehmer und Demokratie. Die freien Gewerkschaften in der unternehmerischen Ideologie der Jahre 1918-1933,* Bonn, 1975. El conflicto entre trabajadores y gerentes adquirió una nueva cualidad cuando, en la Primera Guerra Mundial (Ley de servicio de asistencia de 1916), y después con la ley de los comités de empresa de 1920, en las empresas más grandes se hicieron obligatorios los comités o las representaciones de trabajadores y empleados, limitando las posibilidades del ejercicio de poder unilateral por parte de la gerencia. *Vid.,* a modo de panorámica (también sobre los antecedentes y el desarrollo posterior hasta la ley sobre la cogestión de los trabajadores de 1976), H.- J. TEUTEBERG, «Ursprünge und Entwicklung der Mitbestimmung in Deutschland», en *Mitbestimmung. Ursprünge und Entwicklung (Zeitschrift für Unternehmensgeschichte, Beiheft 19),* Wiesbaden, 1981, pp. 7-73 (con más bibliografía).

Además, este desafío afectaba tanto a los empresarios propietarios como a los empresarios empleados. Pero un cuarto desafío concernía especialmente a estos últimos. A finales del siglo XIX y principios del XX, éstos habían encontrado ocasionalmente una cierta desconfianza y un cierto desprecio por parte de los empresarios propietarios. En efecto, puesto que los directores de las empresas fundamentaban la concepción de sí mismos y sus demandas sobre el hecho de que eran propietarios independientes, bien como fundadores o herederos, y sobre el hecho de que asumían un riesgo y respondían del éxito de «su» negocio con su propiedad y su existencia ecónomica, utilizaban argumentos de legitimación que no se aplicaban, sin más, a los gerentes, sino que se dirigían implícitamente también contra ellos. Al concepto de «gerente» se adhirió por entonces una connotación ligeramente despectiva que mantuvo durante tiempo. Las opiniones se hallaban divididas en el debate público. Unos, como Gustav Schmoller, expresaban su esperanza de que los gerentes, precisamente porque no eran al mismo tiempo capitalistas, adoptasen decisiones apropiadas, menos guiadas por los intereses personales, y de que, como los funcionarios, pudieran contribuir al equilibrio del antagonismo entre el capital y el trabajo. Otros temían que los directores empresariales sin propiedad de capital y sin el riesgo derivado de ello rindieran menos, incluso quizá resultaran menos fiables[32].

¿Cómo respondieron las direcciones empresariales a estos nuevos desafíos y a esta renovada necesidad de legitimación? ¿Había respuestas específicas para los empresarios empleados?

Hay que llamar la atención sobre el desarrollo de las prestaciones sociales corporativas, especialmente en las grandes empresas, incluyendo la creación de asociaciones «amarillas» a partir del cambio de siglo, cuyos miembros obtenían, por regla general, acceso contractualmente garantizado a prestaciones especiales de

---

[32] *Vid.* los ya citados SCHÄFFLE, *Anwendbarkeit*, p. 238, y BÖHME, *Emil Kirdorf*, p. 284; asimismo G. SCHMOLLER, «Wesen und Verfassung der großen Unternehmungen», en ID., *Zur Social- und Gewerbepolitik der Gegenwart*, Leipzig, 1890, pp. 388-394 (trad. cast.: *Política social y economía política*, Barcelona, 1905); H. PROSS, *Manager und Aktionäre in Deutschland*, Frankfurt, 1965, pp. 12-14, 73; ya antes, H. V. MANGOLDT, *Grundriß der Volkswirtschaftslehre*, Stuttgart, 1863, p. 25; A. EMMINGHAUS, *Allgemeine Gewerkslehre*, Berlin, 1968, pp. V, 108s.

la empresa y a otras bonificaciones[33]. Asimismo, hay que destacar el desarrollo de departamentos de política social en las grandes empresas, ocupados por especialistas que no tenían otra cosa que hacer más que atender a cuestiones de política económica y social. Se encargaban de asuntos relacionados con los trabajadores y los empleados en las empresas, pero también de las relaciones públicas, y cultivaban las relaciones con la política, con las administraciones públicas y, sobre todo, con las asociaciones, en parte también con los partidos y con el parlamento, que durante la República adquirieron mayor importancia que durante el Imperio. Pero sólo las más grandes de estas empresas asumían por cuenta propia semejantes tareas. Las otras se servían de las correspondientes asociaciones de intereses. La importancia de éstas en la conexión entre economía y política aumentó desde los años setenta, mientras descendía el número de empresarios individuales en el Reichstag[34]. Conviene asimismo señalar una medida en principio menos importante, pero crucial para nosotros los historiadores: algunas empresas especialmente cuidadosas de la tradición, como *Siemens* o *Krupp*, descubrieron inmediatamente después del cambio de siglo el valor estabilizador de la legitimidad que tenía la historia y, por este y otros motivos, fundaron archivos de empresas o encargaron ese trabajo a científicos bien dispuestos, como Richard Ehrenberg. También alguna vez habría que analizar desde esta perspectiva la coyuntura de la producción de publicaciones conmemorativas[35].

---

[33] Para una visión de conjunto, A. GÜNTHER y R. PREVOT, *Die Wohlfahrtseinrichtungen der Arbeitgeber in Deutschland und Frankreich,* Leipzig, 1905. Sobre las funciones legitimadoras de las instituciones sociales de las empresas, R. REICHWEIN, *Funktionswandlungen der betrieblichen Sozialpolitik,* Köln, 1965, pp. 154-194 (con una referencia a la situación especial de los gerentes en la p. 175).

[34] *Vid.* W. KULEMANN, *Die Berufsvereine,* Jena, 1903, sección I, volumen 3 (panorámica detallada sobre las organizaciones obreras y las asociaciones económicas); H. KAELBLE, *Industrielle Interessenpolitik in der Wilhelminischen Gesellschaft. Centralverband Deutscher Industrieller 1895-1914,* Berlin, 1967; H.-P. ULLMANN, *Der Bund der Industriellen. Organisation, Einfluß und Politik klein- und mittelbetrieblicher Industrieller im Deutschen Kaiserreich 1895-1914,* Göttingen, 1976. Sobre la creación y la función del «Negociado para asuntos económicos» en *Siemens* entre 1907 y 1911, *vid.* J. KOCKA, *Unternehmensverwaltung und Angestelltenschaft am Beispiel Siemens 1847-1914,* Stuttgart, 1969, pp. 442s.

[35] Sobre la creación de los primeros archivos de empresa en 1905/1906 por *Krupp* y en 1907 por *Siemens*, *vid.* KOCKA, *Unternehmensverwaltung...,*

El debate público incidía sobre los grandes e indiscutibles logros de la economía industrial alemana; logros para la cobertura de necesidades y la elevación del nivel de vida, por una parte, y para la grandeza nacional y el poder político del Imperio Alemán, por otra. La discusión sobre el concepto del empresario, en parte científica y en parte popular, ganó en fuerza, y muchas definiciones del papel del empresario adoptaron rasgos justificadores y apologéticos, y a menudo también irracionales: el empresario como creador dinámico e innovador, más tarde como líder de personas; las cualificaciones empresariales, como virtudes, talentos o incluso instintos congénitos, más allá de conocimientos y habilidades susceptibles de ser adquiridos[36].

¿Pueden comprobarse diferentes reacciones entre los empresarios propietarios y los gerentes? A reserva de investigaciones más exhaustivas, todavía pendientes, puede afirmarse que el temor o la esperanza (según el punto de vista que se adoptara) de que los gerentes se mostraran más dispuestos al compromiso, más flexibles y comprensivos ante las reivindicaciones de los trabajadores y los sindicatos, no se cumplió. Por supuesto, se dieron muchas diferencias en el campo de los empresarios en cuanto a la política frente al movimiento obrero y las demandas de los trabajadores, pero tales diferencias se mostraban en función de sectores, regiones e individuos, pero no entre los gerentes y los empresarios propietarios. Pensemos en gerentes como Emil Kirdorf, Albert Vögler o Hans Jencke, e identificaremos en ellos a los representantes de la postura del «señor en casa» menos proclives al compromiso que cabe imaginar. ¿Se trataba tal vez, en parte, de un comportamiento compensatorio?[37].

---

pp. 443ss. *Vid.* también K. BURHENNE, «Betriebs-Archive», *Thünen-Archiv. Organ für exakte Wirtschaftsforschung,* núm. 2, 1909, pp. 675-716; S. V. WEIHER, «Traditionspflege im Hause Siemens im Spiegel der Geschichte seines Archivs», *Tradition,* núm. 2, 1957, pp. 222-228. Sobre R. Ehrenberg, *vid.* KAELBLE, *Industrielle Interessenpolitik*, p. 188.

[36] *Vid.* algunos ejemplos en F. KUH, *Der selbständige Unternehmer,* Berlin, 1918, pp. 16ss.; también KOCKA, *Industrielles Management*, pp. 354-356.

[37] Sobre estos y otros empresarios empleados, *vid.* a modo de introducción H. CROON, «Die wirtschaftliche Führungsschicht des Ruhrgebietes 1850-1914», en H. HELBIG (ed.), *Führungskräfte der Wirtschaft im neunzehnten Jahrhundert 1790-1914,* Limburg, 1977, pp. 201-233, en especial 214 ss.; G. ADELMANN, «Führende Unternehmer im Rheinland und in Westfalen 1850-1914», *Rheinische Vierteljahrsblätter,* núm. 35, 1971, pp. 335-352. Discrepando en cierta medida de

Tampoco se cumplió el temor, también manifestado por algunos científicos, de que la transición hacia el gerente sin propiedad debilitaría los incentivos del trabajo y reduciría la dinámica de las empresas. Algunos ejemplos permiten afirmar retrospectivamente más bien lo contrario: como parece indicar la comparación entre *Siemens* y *AEG* desde los años ochenta, el empresario empleado podía comportarse definitivamente de forma más agresiva, expansiva y dinámica que el empresario propietario, preocupado por el dominio familiar de la empresa y, por tanto, más cauteloso a la hora de adoptar las decisiones[38]. Investigaciones más exhaustivas demostrarían probablemente que los empresarios empleados tendían a acentuar fuertemente el punto de vista de la cualificación y el mérito. Las confesiones más vehementes a favor del máximo rendimiento como base de la posición del empresario provienen de la pluma de empresarios empleados de aquel tiempo, por ejemplo, Walther Rathenau. Él estilizó el rendimiento empresarial puesto al servicio del negocio, el cual, en cierto sentido, desarrollaba una vida propia, se convertía, en tanto firma y «entidad autónoma», en un fin en sí mismo y sobrevivía ampliamente al propietario[39]. Estos argumentos podían emplearse también frente a los intereses del capital representados en la asamblea general y en el consejo de administración con el fin de limitar el reparto de dividendos y elevar la parte dedicada a la reinversión.

El argumento de las cualificaciones profesionales revestía especial importancia para los gerentes. La investigación sobre las postrimerías del siglo XIX y los principios del siglo XX ha mostrado de modo impecable que el nivel de educación general y especializada de los gerentes superaba sobradamente el nivel medio correspondiente de los empresarios propietarios. Si para éstos la

---

las tesis aquí expuestas, Kaelble mantiene que los gerentes se inclinaban más que los empresarios propietarios a encauzar el conflicto con los trabajadores a través de asociaciones patronales (en lugar de sólo en la propia empresa) y que tendían hacia «métodos más racionales» en la lucha obrera en lugar de defender ideologías «irrealistas». *Vid.* H. KAELBLE, «From the Family Enterprise to the Professional Manager: the German Case», en *From Family Firm to Professional Management: Structure and Performance of Business Enterprise. Eighth International Economic History Congress,* Budapest, 1982, pp. 50-59, aquí 57. No conozco actualmente suficientes datos que confirmen estas suposiciones.

[38] *Vid.* J. KOCKA, «Siemens und der aufhaltsame Aufstieg der AEG», *Tradition,* núm. 17, 1972, pp. 125-142.

[39] *Vid.* W. RATHENAU, *Von Kommenden Dingen,* Berlin, 1918, p. 144.

formación de capital o la herencia constituían condiciones importantes para el acceso a la dirección empresarial, para aquéllos lo era la cualificación. La familia de procedencia se revela en ambos casos como un factor relevante, ya que una formación excelente dependía, casi igual que una gran herencia, de los logros previos de la familia de origen. Ciertamente, determinadas familias que no podían legar a sus hijos grandes propiedades se hallaban, no obstante, en la situación de dotarles con «capital cultural» en forma de educación superior. Así se explica que los hijos de la «nueva clase media», de familias de empleados y funcionarios, se hallaran más representados entre los gerentes que entre los empresarios propietarios[40]. Estos gerentes tenían que simpatizar con una argumentación meritocrática, que no hiciera hincapié más que en el rendimiento individual, y que se hallaba lejos de la referencia tradicional a la propiedad. ¿Pero no suponía esto un cuestionamiento profundo de un sistema que, en última instancia, se basaba sobre el principio de la propiedad privada y los derechos que se derivaban de ella? Esta argumentación de los gerentes contribuyó probablemente a que, en las siguientes décadas, también los empresarios propietarios se legitimaran cada vez con más frecuencia invocando la cualificación y el mérito, en lugar de primar su propiedad, por muy importante que ésta siguiera siendo la mayoría de las veces como fundamento real de su poder.

---

[40] H. KAELBLE, «L'évolution du récrutement du patronat en Allemagne comparée a celle des États-Unis et de la Grande-Bretagne depuis la revolution industrielle», en M. LÉVY-LEBOYER (ed.), *Le Patronat de la Seconde Industrialisation*, pp. 15-36; KOCKA, «Les entrepreneurs salariés», en M. LÉVY-LEBOYER (ed.), *Le Patronat...*, pp. 85-100, aquí 94-95. *Vid.* también T. PIERENKEMPER, *Die westfälischen Schwerindustriellen 1852-1913. Soziale Struktur und unternehmerischer Erfolg*, Göttingen, 1979, pp. 43ss., 50ss.

TERCERA PARTE

PROBLEMAS DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

CAPÍTULO VIII

TRAS EL FIN DE LA *VÍA ESPECIAL*. SOBRE LA SOLIDEZ DE UN CONCEPTO*

Las comparaciones abren grandes posibilidades de conocimiento a la ciencia histórica. No sin razón la comparación ha sido calificada como el «camino real» del conocimiento histórico sistemático. Ahora bien, las comparaciones también pueden conducir a resultados problemáticos cuando no han sido diseñadas metodológicamente de forma escrupulosa o se quedan empíricamente en la superficie. Asimismo, en muchos casos resulta aconsejable completar la comparación, concentrada en la elaboración de semejanzas y diferencias, recurriendo a la historia relacional, que estudia la influencia recíproca de las unidades que se comparan; esto es, los procesos de interdependencia, transferencia y oposición entre ellas, que pueden determinar y (en parte) explicar su relación más allá de las similitudes y las discrepancias. Así lo ha mostrado ejemplarmente Chistoph Kleßmann en su análisis de la historia alemana del reciente período de doble estatalidad[1]. Finalmente tambien habría que pensar que la elección de objetivos y sujetos de comparación no representa a menudo una

---

* Publicado en Arnd BAUERKÄMPER *et al.* (eds.), *Doppelte Zeitgeschichte. Deutsch-deutsche Beziehungen 1945-1990*, Bonn, 1998, pp. 364-375.

[1] Ch. KLESSMANN, «Verflechtung und Abgrenzung. Aspekte der geteilten und zusammengehörigen deutschen Nachkriegsgeschichte», *APZ*, núm. 29-30, 1993, pp. 30-41.

cuestión puramente científica, sino que también se halla determinada por factores extracientíficos[2].

A continuación expondré algunos de los problemas que plantean estas reflexiones sirviéndome del ejemplo sobre el debate del *Sonderweg* o «vía especial alemana»; un debate que resulta adecuado a este propósito porque la visión crítica sobre la historia contemporánea alemana a la que alude la expresión «vía especial» encierra, implícita o explícitamente, una perspectiva comparativa[3]. En primer lugar, desarrollaré la tesis de la vía especial, y seguidamente, las principales críticas que ha suscitado. Luego señalaré qué elementos de esta tesis deben ser abandonados, modificados o conservados, considerando las investigaciones y los debates de los últimos años. Finalmente extraeré algunas consecuencias respecto a la metodología de la comparación histórica.

I. En las postrimerías del siglo XIX y los comienzos del XX, los historiadores y los publicistas alemanes defendieron a menudo una variante positiva de la tesis de la vía especial. Subrayaron las peculiaridades de la historia alemana, que, desde su perspectiva, distinguían ventajosamente a ésta de la historia de Europa occidental, o que se fundamentaban en (y justificaban por) la situación peculiar (ya geográfica, ya confesional, ya histórica, en general) de Alemania: así, por ejemplo, el fuerte Estado burocrático en contraste con el parlamentarismo occidental, la ética de servicio prusiana en contraposición a la complacencia occidental, la «cultura» alemana frente a la «civilización» occidental, y también el Estado Social, surgido en fecha temprana, frente al *laisser-faire* económico y la plutocracia en Occidente[4]. Esta versión positiva de la tesis

---

[2] En general *vid.* H.-G. HAUPT y J. KOCKA (eds.), *Geschichte und Vergleich. Ansätze und Ergebnisse international vergleichender Geschichtschreibung*, Frankfurt am Main, 1996, especialmente la introducción, pp. 9-45. El concepto «camino real» (*Königsweg*) ha sido formulado por H.-U. WEHLER.

[3] Enlazo con una antigua aportación a la discusión sobre este tema: J. KOCKA, «Ende des deutschen Sonderwegs?», en W. RUPPERT (ed.), *«Deutschland, bleiche Mutter» oder eine neue Lust an der nationalen Identität. Texte des Karl-Hofer-Symposions 12/17-11-1990,* Berlin, 1992; KOCKA, *Geschichte und Aufklärung,* Göttingen, 1989, pp. 101-113, 187-190.

[4] *Vid.* B. FAULENBACH, *Die Ideologie des deutschen Weges. Die deutsche Geschichte in der Historiographie zwischen Kaiserreich und Nationalsozialismus,* München, 1980.

de la vía especial perdió vigencia tras 1945. A partir de entonces ya no sería tomada en consideración.

En su lugar apareció, desde fines de los años cuarenta, una variante crítica de la tesis de la vía especial, que podía remitirse a antecedentes famosos, como Friedrich Engels y Max Weber. Científicos que en los años treinta habían huido de Alemania o habían sido expulsados y que, a menudo, habían encontrado acogida en Inglaterra o Estados Unidos (por ejemplo, Ernst Fraenkel y Hans Rosenberg, o más jóvenes, como George Mosse y Fritz Stern) contribuyeron decisivamente al desarrollo de esta interpretación de la historia alemana. Y pronto también lo hizo una entonces joven generación de historiadores y científicos sociales alemanes con experiencias tempranas en Europa occidental y los Estados Unidos, entre ellos Karl-Dietrich Bracher, Gerhard A. Ritter, Hans-Ulrich Wehler y Heinrich August Winkler; autores que, por lo demás, mostraban considerables diferencias entre sí.

En esencia, la versión crítica de la tesis de la vía especial trataba de responder a una pregunta fundamental, concretamente a la de por qué Alemania, a diferencia de países comparables al oeste y al norte, se pervirtió en sentido fascista y/o totalitario durante la crisis general del período de entreguerras. A la luz de esta pregunta estos historiadores interpretaron procesos esenciales de la historia alemana, al menos desde el siglo XIX.

Ninguno de ellos pasó por alto la enorme significación que la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, la consiguiente inflación y la crisis económica posterior (es decir, factores con efectos a corto plazo) tuvieron en el rápido derrumbamiento de la República de Weimar y el ascenso del nacionalsocialismo. Y, en todo caso, los científicos dignos de ser tomados en serio evitaron explicar la irrupción del nacionalsocialismo como consecuencia necesaria de una prolongada trayectoria de la historia de Alemania. Mas los historiadores que defendían la tesis de la vía especial miraban al siglo XIX, y en ocasiones más hacia atrás, para identificar, sobre la base de comparaciones explícitas o implícitas con Inglaterra, Francia, Norteamérica u «Occidente», las peculiaridades de la historia de Alemania que hubieran dificultado a largo plazo el despliegue en este país de una democracia liberal, facilitando al final el ascenso y la irrupción del nacionalsocialismo.

Helmut Plessner se refirió a la «nación rezagada», es decir, a un proceso retardado de formación de la nación y del Estado nacional alemanes, como un lastre. Ernst Fraenkel, Karl-Dietrich

Bracher y Gerhard A. Ritter describieron las debilidades estructurales del sistema de gobierno del Imperio bismarckiano: la parlamentarización bloqueada, un sistema de partidos fragmentado de modo relativamente rígido y otras singularidades que, más tarde, devinieron en problemas palmarios del sistema de gobierno de Weimar. Leonard Krieger, Fritz Stern, George Mosse y Kurt Sontheimer enfatizaron los elementos aliberales y antipluralistas de la cultura política alemana que se venían desarrollando desde hacía tiempo; elementos que más tarde recogerían los enemigos de la República de Weimar y también los nacionalsocialistas. Hans Rosenberg y otros mostraron que las capas dirigentes preindustriales, especialmente los «Junker» al este del Elba, mantuvieron una gran influencia y mucho poder hasta el período de entreguerras, representando un obstáculo para la democracia liberal en Alemania. La variante bismarckiana de la fomación del Estado nacional a «sangre y hierro» reforzó el peso político y social de la oficialidad, ya de por sí fuerte en la tradición prusiana, que escapaba al control parlamentario. La militarización fue una consecuencia social, y no sólo de la historia constitucional, que a menudo llamaba la atención de los visitantes extranjeros del Imperio Alemán. Ya Max Weber había criticado con vehemencia la «feudalización» de la gran burguesía alemana: amplios sectores de la alta burguesía aceptaron la hegemonía aristocrática en la cultura y la política, en lugar de perseverar en el estilo de vida burgués y plantear frente a la nobleza y la burocracia la cuestión del poder en el interior del país. La burguesía alemana, sin la experiencia de una revolución exitosa desde abajo, marcada por la larga tradición de un fuerte Estado funcionarial y de reformas efectivas «desde arriba», desafiada, además, «por abajo» por un movimiento proletario cada vez más fuerte, aparecía débil y antiburguesa, al menos comparada con las de otros países occidentales. Según la influyente interpretación de Hans-Ulrich Wehler, el Imperio se hallaba marcado por una curiosa mezcla de industrialización capitalista muy próspera y modernización socioeconómica, por una parte, e instituciones, relaciones de poder y culturas de supervivencia preindustrial, por otra[5].

---

[5] *Vid.* H. PLESSNER, *Die verspätete Nation. Über die politische Verführbarkeit bürgerlichen Geistes,* Stuttgart, 1959; E. FRAENKEL, *Deutschland und die westlichen Demokratien,* Stuttgart, 1964; K.-D. BRACHER, *Die Auflösung der*

Desde esta perspectiva, la concurrencia de tales pautas de efecto a largo plazo con los factores a corto plazo de los años veinte y treinta contribuyó decisivamente a explicar el rápido colapso de la República de Weimar, así como también el ascenso y la irrupción del nacionalsocialismo (fenómenos que deben ser disociados analíticamente). La dictadura nacionalsocialista, con sus consecuencias catastróficas, colocó la vía especial en su punto más bajo, pero al mismo tiempo contribuyó a crear las condiciones bajo las cuales tal vía pudo ser gradualmente consumada tras la Segunda Guerra Mundial en la República Federal de Alemania. Pues, a pesar de la existencia de dos Estados alemanes, contradictorios en muchos aspectos, y a pesar de la carga que representaba el legado del período previo a 1945, en lo que respecta al orden económico, a la vida social, a la constitución y la cultura, la República Federal pudo convertirse en un país occidental bastante normal, cuya conciencia de sí mismo no se alimentaba ya de su contraposición con «Occidente»[6].

Weimarer Republik, Villingen, 1962; M. R. LEPSIUS, «Parteiensysteme und Sozialstruktur. Zum Problem der Demokratisierung der deutschen Gesellschaft», en W. ABEL *et al.* (eds.), *Wirtschaft, Geschichte, Wirtschaftsgeschichte. Festschrift für Friedrich Lütge zum 65. Geburtstag,* Stuttgart, 1966, pp. 371-393; L. KRIEGER, *The German Idea of Freedom,* Boston, 1957; F. STERN, *The Politics of Cultural Despair. A Study in the Rise of the German Ideology,* Berkeley, 1961; G.L. MOSSE, *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich,* New York, 1964; K. SONTHEIMER, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik,* München, 1962; H. ROSENBERG, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy. The Prussian Experience 1660-1815,* Cambridge, Mass., 1958; K. SONTHEIMER, «Die Pseudodemokratisierung der Rittergutsbesitzerklasse» (1958), en, ID., *Machteliten und Wirtschaftskonjunkturen,* Göttingen, 1978, pp. 83-101; H. A. WINKLER, «Die "neue Linke" und der Faschismus. Zur Kritik neomarxistischer Theorien über den Nationalsozialismus», en ID., *Revolution, Staat, Faschismus,* Göttingen, 1978, pp. 65-117; H.-U. WEHLER, *Das Deutsche Kaiserrreich 1871-1918,* Göttingen, 1983 (1.ª ed., 1973); F. FISCHER, *Bündnis der Eliten. Zur Kontinuität der Machtstrukturen in Deutschland 1871-1945,* Düsseldorf, 1979.

[6] *Vid.* J. KOCKA, «Ursachen des Nationalsozialismus», *APZ,* núm. 25, 1980, pp. 3-15; H. A. WINKLER, «Unternehmensverbände zwischen Ständeideologie und Nationalsozialismus», en ID., *Liberalismus und Antiliberalismus. Studien zur politischen Sozialgeschichte des 19. und 20. Jahrhunderts,* Göttingen, 1979, pp. 175-194; H. MÖLLER, «Parlamentarismus-Diskussion in der Weimarer Republik. Die Frage des "besonderen" Wegs zum parlamentarischen Regierungssystem», en M. FUNKE *et al.* (eds.), *Demokratie und Diktatur. Geist und Gestalt politischer Herrschaft in Deutschland und Europa,* Düsseldorf, 1987, pp. 140-157; J. KOCKA, «1945: Neubeginn oder Restauration?», en C. STERN y H.A.

Esto puede bastar como recapitulación sintética de la tesis crítica de la vía especial, dejando al margen una serie de manifestaciones radicales poco dignas de consideración, principalmente de la época inmediatemente posterior a la Segunda Guerra Mundial, como, por ejemplo, las inspiradas en el lema «de Lutero a Hitler». Reiteremos el núcleo: la tesis de la vía especial identifica en la historia contemporánea alemana unas estructuras y unos procesos con efectos a largo plazo que, en la crisis del período de entreguerras y con el concurso de numerosos otros factores (desde las consecuencias de la derrota bélica hasta las características personales de Hitler, pasando por los conflictos de clase de los años veinte), favorecieron el fracaso de la República de Weimar y la irrupción del nacionalsocialismo, sin que ni uno ni otra puedan ser interpretados como consecuencias obligatoriamente necesarias de aquellas estructuras y procesos. La tesis de la vía especial plantea e interpreta importantes procesos de la historia contemporánea de Alemania desde la perspectiva de su relación con la «catástrofe alemana» de los años treinta y cuarenta del siglo XX, sin suponer que la historia moderna de este país pueda ser, en conjunto, entendida desde esta relación con el año «1933» y sin cuestionar la legitimidad de otras perspectivas interpretativas. Muchos autores han contribuido a esta tesis o enfoque de distintas formas y a menudo sin utilizar el vocablo *Sonderweg*. En inglés se ha preferido la expresión «la divergencia alemana con respecto a Occidente» (*German divergence from the West*), en rigor, más adecuada. De hecho, el término «vía especial» parece haber sido utilizado más bien por los numerosos críticos de la tesis que por sus defensores.

II. La crítica era, en parte, de carácter metodológico. Thomas Nipperdey se halló entre los primeros en subrayar que en la historia alemana se daban «varias continuidades». El Imperio bismarckiano no sólo habría sido el antecedente histórico de 1933, sino también de nuestro presente, y, por añadidura, un período independiente en sí mismo. Con el aumento de la distancia temporal respecto al nacionalsocialismo resultaría cada vez menos indicado interpretar la historia alemana del siglo XIX y XX, sobre

---

WINKLER (eds.), *Wendepunkte deutscher Geschichte 1848-1990,* Frankfurt, 1994, pp. 159-192.

todo y primordialmente, desde el referente del derrumbe de la República de Weimar y el triunfo del nacionalsocialismo[7].

David Blackbourn y Geoff Eley han indicado que la tesis de la «vía especial» supone la idea de una «vía normal», de la cual se habría desviado el desarrollo histórico alemán. La respuesta crítica sería una u otra, en función del significado del concepto «normal». Si «normal» significara tanto como «medio» o «más frecuente», debería resultar difícil mostrar que el desarrollo francés, inglés o americano representan «la normalidad», sin tener en cuenta el hecho de que entre ellos existen grandes diferencias y, por tanto, su caracterización global como «occidentales» resulta poco apropiada. Pero entender «normal» en el sentido de «norma» implicaría una decisión valorativa muy subjetiva y, sobre todo, entrañaría el peligro de una idealización de «Occidente»[8]. Cabe añadir que, en las últimas décadas, las dudas crecientes sobre la superioridad de «Occidente» han sustraído una parte de su inmediata plausibilidad a la tesis de la vía especial. Frente a ello puede argüirse que Europa septentrional y occidental, así como también Norteamérica, se defendieron mucho mejor que Alemania y amplias zonas de Europa central, oriental y meridional ante el acontecimiento secular del desplome de la democracia y el ascenso de la dictadura en el período de entreguerras.

Al menos tan importante como la crítica metodológica a la tesis de la vía especial ha sido la crítica empírica, surgida de investigaciones que arrancaban en parte de este debate. Prescindo aquí de exponer una panorámica sobre la bibliografía y me limito a un ejemplo: el gran proyecto de investigación de Bielefeld sobre la historia de la burguesía europea recibió algunos estímulos del polémico debate sobre la vía especial. En el transcurso de las investigaciones se comprobó que la influencia de la nobleza sobre la alta burguesía probablemente no era más acusada en la Alemania de finales del siglo XIX y principios del XX que en otros muchos lugares de Europa. El reproche de «feudalización», dirigido contra la burguesía y probatorio de su debilidad, perdió así mucho

---

[7] Th. NIPPERDEY, «1933 und die Kontinuität der deutschen Geschichte», *Historische Zeitschrift,* núm. 227, 1978, pp. 86-111.

[8] D. BLACKBOURN y G. ELEY, *Mythen deutscher Geschichtsschreibung,* Berlin, 1980; versión inglesa revisada: *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in 19th Century Germany*, Oxford, 1984.

peso como parte de la tesis de la vía especial. Al comparar la administración autónoma de la burguesía en ciudades de Alemania, de Europa occidental y de Europa oriental en el siglo XIX, no se hallan pruebas de una debilidad especial de las normas y las prácticas burguesas en Alemania, sino más bien al contrario. Comparada internacionalmente, la burguesía cultural alemana (*Bildungsbürgertum*) aparece vigorosa y claramente perfilada. Estos y otros datos harían desmoronarse la tesis de la vía especial[9].

Un tercer cuestionamiento de la tesis de la vía especial todavía se halla escasamente desarrollado, pero probablemente adquirirá importancia en el futuro. Se dibuja la tendencia hacia una cierta europeización de la imagen de la historia del siglo XX. Cuanto más se extiende ésta geográficamente, menos se comprende el nacionalsocialismo exclusivamente como un fenómeno alemán y más como parte de un gran fenómeno europeo. A mediados de los años ochenta, Ernst Nolte propuso la europeización de la interpretación del nacionalsocialismo en una variante radical. Esta propuesta no se hallaba libre de rasgos apologéticos, fue criticada en el debate entre los historiadores (*Historikerstreit*) y no se ha impuesto[10]. En cambio, más influencia tuvo probablemente el intento de François Furet, quien, como es sabido, también interpretó los fascismos europeos (incluido el caso más radical, concretamente el del nacionalsocialismo alemán) en su gran contexto europeo y en su interacción con el bolchevismo soviético[11]. En conjunto, estas cuestiones siguen constituyendo, sin duda, una tarea de la investigación y la interpretación históricas:

---

[9] *Vid.* H. KAELBLE, «Wie feudal waren die Unternehmer im Kaiserreich?», en R. TILLY (ed.), *Beiträge zur quantitativen deutschen Unternehmergeschichte,* Stuttgart, 1985, pp. 148-174; D. L. AUGUSTINE, *Patricians and Parvenus. Wealth and High Society in Wilhelmine Germany,* Oxford, 1994; H.-U. WEHLER, «Deutsches Bildungsbürgertum in vegleichender Perspektive. Elemente eines 'Sonderwegs'?», en J. KOCKA (ed.), *Bildungsbürgertum im 19. Jahrhundert, Teil IV: Politischer Einfluß und gesellschaftliche Formation,* Stuttgart, 1989, pp. 215-237; J. KOCKA (ed.), *Bürgertum im 19. Jahrhundert,* München, 1988, 3 volúmenes [nueva edición abreviada: Göttingen, 1995; selecc. cast.: FRADERA y MILLÁN (eds.), *Las burguesías europeas*, 2000].

[10] *'Historikerstreit'. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung,* München, 1987.

[11] F. FURET, *Das Ende der Illusionen. Der Kommunismus im 20. Jahrhundert,* München, 1995; también ID. y E. NOLTE, *Feindliche Nähe. Kommunismus und Faschismus im 20. Jahrhundert. Ein Briefwechsel,* München, 1998.

la mirada comparativa sobre las dictaduras europeas del siglo XX y sus relaciones recíprocas complementará cada vez más el narcisismo de la historia nacional. La europeización gradual de las interrogantes, las definiciones y las interpretaciones contribuye, sin embargo, a relativizar más aun el enfoque de la vía especial.

III. No obstante, no creo que la interpretación de la vía especial de la historia alemana de los siglos XIX y XX haya sido refutada o deba ser abandonada por otras razones en un plazo de tiempo previsible.

Los hallazgos revelan ambigüedad empírica. Ciertamente, determinadas cuestiones, como el tinte aristocrático de las capas superiores de la burguesía y su apartamiento del liberalismo desde el final del siglo XIX, constituyen, más que un fenómeno específicamente alemán, una manifestación ampliamente extendida en Europa. Convengamos, además, que los rasgos premodernos y aburgueses del Imperio han sido exagerados durante mucho tiempo. El período entre 1871 y 1914 rebosó, en realidad, de dinámica moderna, por ejemplo, en los ámbitos de la ciencia, el arte y la cultura. La intensa investigación de los últimos años también ha llevado a entender actualmente el nacionalsocialismo menos como un resultado de residuos premodernos y tradiciones anacrónicas que como un fenómeno de la propia modernidad. Ello reduce el atractivo de la tesis de la vía especial.

Sin embargo, la investigación crítica de las últimas décadas no ha rebatido, sino más bien corroborado, fundamentos decisivos de esta tesis. En primer lugar, en Alemania, y sólo en Alemania, se dirimieron casi al mismo tiempo, concretamente en el tercer cuarto del siglo XIX, tres problemas centrales del desarrollo de las sociedades modernas: por una parte, la formación del Estado nacional; por otra, la decisión en torno a la cuestión constitucional y, finalmente, la cuestión social como consecuencia del inicio de la industrialización. El solapamiento temporal y la influencia recíproca de estas tres crisis determinaron su resolución imperfecta, con múltiples repercusiones para el país: así, las características de un movimiento obrero autónomo desde muy pronto y que ejercía una oposición a los fundamentos mismos del orden vigente, la marcada debilidad del liberalismo de partido, los límites estrictamente delineados del poder burgués dentro del Estado, así como los rasgos intolerantes en la cultura política de entonces; y también la formación del Estado nacional a «sangre y hierro»,

que facilitó la revalorización de las fuerzas armadas en la sociedad y el Estado.

En segundo lugar, hoy ya no se puede hablar, en general, de un déficit de civilización burguesa en la Alemania del siglo XIX y de comienzos del siglo XX. Sin embargo, también es evidente que, entre nosotros, la burguesía ha dejado su impronta sobre la sociedad en su conjunto menos que en Suiza, Francia, Italia o los Países Bajos.

En tercer lugar, la investigación más reciente ha confirmado una y otra vez un hecho básico del desarrollo alemán que ha destacado asimismo la tesis de la vía especial: el peso y la continuidad de la tradición burocrática. El desarrollo alemán se distinguió de otros, tanto al oeste como al este, por un funcionariado profesional tempranamente desarrollado, eficiente, prestigioso y carismático, y por una larga tradición de reformas exitosas desde arriba. También se caracterizó por un Estado-Autoridad[12] fuerte, muy activo y que, no sin razón, suscitaba amplia admiración, pero, en cierto modo como precio, adolecía de una debilidad específica de virtudes liberales-burguesas. La tradición burocrática influyó sobre los más diversos ámbitos de la realidad: la formación social de las clases y los estratos, el sistema escolar, la estructura y la mentalidad de la burguesía, el movimiento obrero y el sistema de partidos, la organización de las grandes empresas económicas e incluso las teorías sociales de un Max Weber. La tradición burocrática facilitó el ascenso especialmente temprano del Estado Social y a largo plazo (hasta hoy) ha contribuido a garantizar a esta sociedad una medida de eficacia y capacidad de acción que, desde muchos puntos de vista, es saludable y, en ningún caso, evidente. Mas la tradición del poderoso Estado burocrático también coadyuvó a bloquear la parlamentarización del Imperio y de los Estados individuales hasta 1918. Las tradiciones burocráticas marcaron las mentalidades. En los más diversos medios sociales se esperaba mucho del Estado y, si estas expectativas resultaban decepcionadas, podían fácilmente transformarse en protestas dirigidas al Estado y, en definitiva, contra el sistema[13].

Con toda seguridad, la imagen del fracaso de la República de

---

[12] En el original, *Obrigkeitsstaat*. Asumo aquí la traducción que hace de este término Manuel GARCÍA-PELAYO, *El Estado de Partidos*, Madrid, 1986 (*N. de la T.*).

[13] Más detalles en KOCKA, *Ende*, pp. 24-25; H.-U. WEHLER, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, München, 1995, vol. 3, pp. 449-486.

Weimar y del triunfo del nacionalsocialismo ha adquirido nuevos matices y se ha modificado. A la hora de preguntarse por las causas, es necesario distinguir entre el surgimiento y la irrupción del nacionalsocialismo, por una parte, y las debilidades y la derrota de la democracia de Weimar, por otra. Es erróneo hacer derivar el nacionalsocialismo de las tradiciones de la vía especial alemana; era demasiado nuevo, demasiado moderno, participaba demasiado de un fenómeno europeo para ser así. Pero que en Alemania encontrara tan escasa resistencia, que la República de Weimar fuera tan débil y endeble frente a su ataque, que su parlamentarismo funcionara tan mal, que sus elites apenas la aceptaran y que, en la cultura política de entonces, el apoyo a la República se hallara ausente de manera tan acusada, tuvo mucho que ver con las tradiciones que han sido una y otra vez expresamente analizadas desde la perspectiva de la tesis de la vía especial[14].

Desde los años setenta forma parte de esta tesis el argumento según el cual la vía especial alemana concluyó en la República Federal de Alemania. Así habría ocurrido como consecuencia imprevista de la dictadura, la guerra y el colapso, como resultado de procesos de aprendizaje consciente, como fruto de una política orientada hacia Occidente y del nuevo comienzo parlamentario-democrático que pronto encontró amplia aceptación entre la población, y que posibilitaron y promovieron las fuerzas de ocupación occidentales bajo las condiciones de la Guerra Fría. Las investigaciones y experiencias de los últimos años también han corroborado esta parte de la perspectiva de la vía especial sobre la historia de Alemania. Incluso la reunificación puede ser interpretada en este marco: mucho tiempo después de que la vía especial concluyera en la República Federal, en la República Democrática Alemana seguían existiendo elementos de aquélla, sobre todo en su dimensión intolerante-autoritaria, en la forma del socialismo real. Visto así, la vía especial alemana se extingue también allí en 1989/90, donde (muy transformada) había sobrevivido, sin que por ello la República Federal, cuyo orden se extendió hacia el este, hubiera quedado arrumbada en una vía especial entre el oeste y el este[15].

---

[14] *Vid* H. A. WINKLER, *Weimar 1918-1933. Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie,* München, 1993.

[15] *Vid.* KOCKA, «Ein deutscher Sonderweg. Überlegungen zur Sozialgeschichte der DDR», en ID., *Vereinigungskrise. Zur Geschichte der Gegenwart,*

La progresiva europeización de la mirada sobre las catástrofes del siglo XX permitirá trascender las estrecheces habituales de la historia nacional, algo que debe celebrarse. Pero al final no se podrá ni se deberá borrar de la memoria que Alemania fue el principal país del fascismo europeo, y que la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto partieron de Alemania. La europeización de la interpretación del nacionalsocialismo presenta, por tanto, límites claros[16]. De ahí que las cuestiones a las cuales buscaba respuesta la tesis de la vía especial mantengan, en cualquier caso, su vigencia.

¿Y qué hay del menguante poder de persuasión de la tesis de la vía especial, dada la creciente distancia temporal respecto al nacionalsocialismo? Después de más de 50 años, tras una nueva discontinuidad profunda (1989/90), en vista de nuevos problemas socioeconómicos y socioculturales típicos no ya de Alemania, sino de las sociedades occidentales modernas, disminuye presumiblemente la solidez de la oferta interpretativa que contiene la tesis de la vía especial. La tendencia a interpretar la historia alemana desde la perspectiva de 1933 debería debilitarse en realidad. La larga fase de autocrítica, que se plasmó en una visión acusadamente escéptica sobre la historia nacional de Alemania, habría tocado supuestamente a su fin[17]. De esta forma se desmoronaría la plausibilidad de la tesis de la vía especial, puesto que responde a cuestiones que ahora, al final del siglo, apenas se plantean ya.

De hecho, los debates actuales de los historiadores y los publicistas apuntan parcialmente en esta dirección. Llama asimismo la atención que la investigación comparativa se consagre hoy más a la comparación, durante mucho tiempo considerada tabú, entre dictaduras pardas y rojas, fascistas y comunistas, que a la comparación entre el desarrollo alemán, que llevó a la dictadura, y los procesos de Europa Occidental, que evitaron este resultado.

Göttingen, 1995, pp. 102-121; ID. en *Materialien der Enquete-Kommission 'Aufarbeitung von Geschichte und Folgen der SED-Diktatur in Deutschland (12. Wahlperiode des Deutschen Bundestages),* Baden-Baden, 1995, volumen IX, p. 591s.

[16] Sobre la imbricación de la dimensión europea y alemana, *vid.* la obra magistral de S. FRIEDLÄNDER, *Das Dritte Reich und die Juden,* München, 1998, volumen 1.

[17] En torno a esta cuestión ha aportado argumentos críticos S. BERGER, *The Search for normality. National identity and historical consciousness in Germany since 1800,* Oxford, 1997.

Por supuesto, es indiscutible que el interés por la Alemania nacionalsocialista y sus delitos se mantiene vivo. Cuanto más se estudia la historia de la segunda dictadura alemana, de la República Democrática, tanta más atención se presta también a la primera, es decir, a la nacionalsocialista. La Alemania nacionalsocialista está hoy más presente en la conciencia histórica que hace veinte años. No parece, además, que esto vaya a cambiar pronto. La catástrofe alemana de 1933 a 1945 —de la que el holocausto fue sólo una parte, aunque particularmente terrible— sigue siendo el espacio de tiempo durante el cual la historia alemana y la historia mundial han estado conectadas de manera especialmente estrecha, más que nunca antes en la época moderna. Esto no resulta agradable ni tampoco se puede cambiar: una parte del pasado que no pasa con el tiempo, sino que, más bien, se halla cada vez más presente. Mientras esto sea así, las preguntas que han conducido a las respuestas de la tesis de la vía especial mantienen su actualidad.

Ahora bien, todos estos argumentos a favor de la tesis de la vía especial son sólo válidos bajo una condición que constriñe considerablemente su pretensión de validez. La noción de la vía especial sólo tiene sentido si se trata de discutir la cuestión acerca de por qué Alemania degeneró bajo determinadas circunstancias en un sistema totalitario y fascista, mientras que esto no ocurrió bajo condiciones similares en otros países occidentales con los cuales Alemania gusta de compararse tradicionalmente. Ésta es la cuestión que condujo a la perspectiva crítica de la vía especial, y éste es el contexto en el cual la tesis crítica de la vía especial fue formulada originalmente. Tomó forma sobre la base de la experiencia vital y los intereses intelectuales de dos generaciones, la de los emigrantes y exilados y la de los sucesores más jóvenes que, cada vez más, se veían como parte de «Occidente» y deseaban hacer compatible el lastre de su pasado con las oportunidades de su futuro. La tesis de la vía especial sigue teniendo sentido como respuesta a aquella pregunta y como parte de este contexto, aunque modificando su contenido. De otro modo conduce al absurdo. La tesis de la vía especial está fuera de lugar si de lo que se trata es de analizar comparativamente, por ejemplo, procesos industriales regionales o nacionales desde el punto de vista de su dependencia de estructuras preindustriales, o sistemas educativos de distintos países desde la perspectiva de la exclusión y la inclusión. Cada país, incluso cada región, emprende una vía

especial respecto a la mayoría de cuestiones. El concepto de la vía especial alemana no posee, o apenas posee, poder explicativo en relación con la mayoría de las cuestiones. La pretensión de validez y utilidad de la propuesta de la vía especial depende estrictamente de determinados planteamientos e intereses cognoscitivos. Dentro de estos límites conserva su validez.

IV. El enfoque de la via especial de la historia alemana posee un núcleo comparativo. Contrasta bajo determinados puntos de vista el desarrollo alemán con otras trayectorias en Europa occidental y Norteamérica, suponiendo semejanzas (por ejemplo, respecto al estado de desarrollo social y los desafíos a los que hacer frente) y perfilando nítidamente las diferencias. Sin embargo, las afirmaciones basadas en la tesis de la vía especial resultan rara vez de comparaciones equilibradas, que se caracterizan por analizar cada una de las unidades de comparación consideradas aproximadamente con la misma precisión y el mismo detalle. Por el contrario, el enfoque de la vía especial representa la mayor parte de las veces un tipo de comparación extraordinariamente asimétrica; se trata más bien de una perspectiva comparativa que de una comparación en toda regla. El interés intelectual se dirige a la mejor comprensión de la historia del propio país desde determinados planteamientos. Para ello se utiliza el esbozo sucinto de la historia de otro país o de otros países como planilla sobre cuyo fondo identificar las características del caso en el cual se está interesado, es decir, Alemania.

Las comparaciones asimétricas son, a menudo, arriesgadas, como pone de relieve la historia del teorema de la vía especial. El esbozo del fondo de comparación (en este caso, el de la historia de un país occidental o de «Occidente») se basa normalmente en una selección de literatura secundaria y puede resultar tan selectivo, superficial, estilizado o idealizado, que lleve a resultados distorsionadores. Asimismo, cabe objetar que la comparación asimétrica menoscaba el caso que se utiliza para comparar, pues no lo estudia por derecho propio, sino que lo instrumentaliza. Se mira al otro para comprenderse mejor a sí mismo.

No obstante, también hay argumentos a favor de la comparación asimétrica, siempre que sea posible evitar la superficialidad y la distorsión. Presenta ventajas de economía de esfuerzos, puesto que no exige la misma inversión respecto a todas las unidades de comparación. La comparación asimétrica es, con frecuencia, la

única posibilidad de trabajar comparativamente en tesis de doctorado y otros trabajos sometidos a limitaciones temporales. Incluso en su modalidad asimétrica, la comparación conduce a preguntas y respuestas que, sin la aproximación comparativa, no habrían sido planteadas ni ofrecidas. Si se tiene en cuenta el claro predomino, al menos en la historia moderna (y también en la contemporánea)[18], de las aproximaciones específicamente nacionales, se advertirán muchos argumentos a favor de la aceptación de la perspectiva comparativa al objeto de ampliar el horizonte, aunque no esté equilibrada y haya sido realizada asimétricamente. Si bien la comparación asimétrica puede arrastrar resultados problemáticos y distorsiones, también puede dar lugar a investigaciones empíricas que lleven a rectificar los supuestos inicialmente sesgados y los resultados provisionales.

El ejemplo de la tesis de la vía especial permite ver con meridiana claridad lo mucho que dependen los resultados de una comparación de la elección de las unidades que se comparan. Si se compara la burguesía económica alemana del siglo XIX con sus equivalentes holandesas o inglesas, aparece limitada en extensión, poder y condición burguesa. En cambio, aparece fuerte y marcadamente burguesa cuando se sitúa en una perspectiva comparativa con Europa oriental o centrooriental. Al analizar el nacionalsocialismo alemán desde una perspectiva comparativa occidental, aparece como una desviación. Comparado con el sur y el sureste de Europa, se convierte, en cierta medida, en un fenómeno que afecta a extensos territorios. La elección de las unidades de análisis no depende sólo de consideraciones científicas. Intervienen asimismo decisiones normativas y experiencias de la historia personal. No se debería perder de vista la selectividad de tal modo condicionada. Ésta puede hacerse consciente y atenuarse si se cambian las unidades de análisis.

Ahora bien, la decidida «orientación hacia Occidente» de la perspectiva comparativa también puede defenderse con buenas razones, a pesar de la selectividad que implica. La comparación sirve diversos fines en la investigación histórica y cumple muchas funciones. En el caso del debate sobre la vía especial resulta útil

---

[18] Véase Ch. KLESSMANN, *Die doppelte Staatsgründung. Deutsche Geschichte 1945-19553*, Göttingen, 1982; J. KOCKA, «Die Geschichte der DDR als Forschungsproblem», en ID. (ed.), *Historische DDR-Forschung*, Berlin, 1993, pp. 9-26.

para la comprobación colectiva de la identidad, concretamente con intención crítica. La comparación con Occidente abre la mirada a alternativas de desarrollo histórico, en este caso, a alternativas mejores, no fascistas y menos dictatoriales, que lamentablemente no tomó la historia alemana. A la luz de estas alternativas, que no sólo fueron posibles, sino, en los países de comparación, también reales, el curso de la historia de Alemania aparece menos ineludible, más cuestionable, más como problema que como hecho. La comparación histórica posee un objetivo crítico; dentro de ella, la tesis de la vía especial seguirá ocupando un lugar.

CAPÍTULO IX

REVOLUCIÓN Y NACIÓN EN 1989. SOBRE LA ORDENACIÓN HISTÓRICA DE LOS ACONTECIMIENTOS PRESENTES*

I. La unidad de Europa

La Revolución Francesa de 1789 profundizó la división de Europa. Desembocó en dos décadas de contiendas. Durante más de un siglo se distinguieron los modelos de desarrollo de Europa central y oriental de los de Europa occidental, ya que la mayoría de los países al este del Rin reaccionaron frente al modelo sociopolítico de la Revolución Francesa con una mezcla de adaptación y resistencia, en lugar de asumirlo o remedarlo. Ésta fue una de las raíces de aquel desarrollo divergente entre Europa occidental y central que más tarde ha sido descrito como «vía especial alemana» o «divergencia alemana de Occidente», y que tuvo mucho que ver con el catastrófico punto crepuscular de la historia alemana en los años treinta y cuarenta de este siglo.

La Revolución Rusa de 1917 puso las bases para otra división, más profunda, de Europa. De ella surgió un conflicto que se prolongó varias décadas entre principios económicos alternativos, ordenamientos políticos opuestos e ideologías hostiles, un conflicto entre sistemas que radicalizó la tensión entre las grandes potencias y alcanzó su clímax en la Guerra Fría. Este conflicto dividió

---

* Publicado en *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte,* núm. 19, 1990, pp. 479-499.

Alemania, polarizó Europa y contribuyó a la relativización, incluso al desvanecimiento, de aquella línea de tensión que había separado a Alemania de Occidente.

Por el contrario, las revoluciones de Europa central y oriental de 1989 han contribuido a unir el continente. Han introducido o acelerado la transición a la normalidad paneuropea de la economía de mercado descentralizada, aunque penetrada por el Estado, allí donde esta normalidad se hallaba deformada por el Estado socialista. Y, en las dictaduras hasta entonces vigentes, en parte han completado, en parte han abierto paso a la transición —o el retorno— a la norma paneuropea del Estado constitucional democrático liberal, dotado de un sistema de partidos y división de poderes. Si bien en la comparación internacional la nueva ordenación económica y política avanza irregularmente y sus probabilidades de éxito siguen graduadas en el sentido del antiguo desnivel oeste-este (*West-Ost-Gefälle*), Europa se encuentra hoy, como consecuencia de las revoluciones de 1989, menos fragmentada en términos de concepciones de ordenación económica, principios constitucionales y filosofía política oficial que en cualquier otro momento de los últimos 200 años. Este consenso europeo es, en realidad, un consenso occidental que han ayudado a generar y comparten al menos los países norteamericanos, en tanto que la Unión Soviética semieuropea se aproxima en la actualidad sólo lentamente a él, si bien ha hecho posible la implantación de este consenso al oeste de sus fronteras.

II. Particularidades de las revoluciones de 1989

El efecto unificador de toda Europa que han tenido las revoluciones de 1989 se deriva, en primer lugar, de su particularidad. A pesar de las diferencias muy marcadas entre países, tres factores no pueden pasarse por alto.

Por una parte, las revoluciones de 1989, a diferencia de las de 1789 y 1917, no seguían en absoluto ideas nuevas y utópicas. Tampoco aportaron visiones alternativas sólidas de ordenamientos económicos, sociales o constitucionales. Se buscaron teorías de una tercera vía entre el socialismo de Estado del este y el capitalismo occidental, pero no se encontraron. La noción de un «socialismo de rostro humano» permaneció desvaída y vaga, y allí donde se hizo más aprehensible se reveló como una nueva for-

mulación de ideas socialdemócratas, formuladas ya mucho tiempo atrás en el marco de los sistemas occidentales, aunque todavía estén lejos de haberse impuesto. La idea de «Centroeuropa» entre el este y el oeste, desde siempre muy borrosa y de escasa entidad, no desempeñó en la discusión más que un papel marginal, sin que en ningún caso adquiriera más perfil y consistencia.

Ciertamente, en ocasiones irrumpieron con fuerza formas políticas de democracia de base como medios revolucionarios para suprimir el viejo orden y rellenar de forma rápidamente improvisada el vacío provocado por el colapso. Pero estas iniciativas fueron mucho más débiles que los movimientos de consejos de 1917 o 1918/19, y ya hoy —a finales de abril de 1990— parece claro que, sin oponer gran resistencia, son absorbidas por formas políticas representativas. Seguramente, las revoluciones de 1989 han destacado de nuevo la dimensión moral de la política. Han traído consigo magníficos gestos de reconciliación entre las naciones. Pensemos, por ejemplo, en Vaclav Havel. Y han puesto a los pueblos en situación de llegar a una relación más sincera con su historia y cerrar largas fases de represión del pasado. Esto se aplica al menos al ajuste de cuentas notablemente lúcido con el estalinismo que ha efectuado la Unión Soviética, así como también al saludable reconocimiento de los crímenes nacionalsocialistas en la República Democrática Alemana como parte de su propia historia. El recién electo Parlamento comenzó su trabajo en abril de 1990 poniendo fin a la sutil estrategia de represión del pasado, propia de las interpretaciones comunistas sobre el fascismo, y reconociendo la política de destrucción nacionalsocialista como problema de los alemanes, y no sólo de las elites capitalistas y de otros grupos de poder. Asimismo, inauguró su trayectoria definiendo claramente el propio lugar en la historia respecto al nacionalsocialismo como hecho de referencia negativa, tal como se ha hecho mayoritariamente en la República Federal tras muchos años de costosa elaboración del pasado, cuya última manifestación ha sido el conflicto entre los historiadores (*Historikerstreit*)[1].

Todo esto constituye una innovación de las ideas políticas, que no debe ser infravalorada. Pero, en conjunto, las revoluciones de

---

[1] Un ajuste de cuentas así de incondicional con los elementos estalinistas del propio legado le resultará más difícil a la Cámara Popular de la RDA (*Volkskammer*); todavía tendremos que esperar a que se produzca.

1989 fueron dirigidas por ideas democráticas y liberales que tenían como objetivo la imposición de los principios básicos de las sociedades civiles y las formas de gobierno representativas, pluralistas y propias del Estado de derecho constitucional, y que, al menos desde la Ilustración, forman parte de la tradición del pensamiento político occidental. En última instancia, se trata de revoluciones de recuperación, que, en la medida en que tengan éxito, repararán el atraso de Europa central y oriental, y elevarán a esta parte del continente a un nivel que, en términos generales, Occidente había alcanzado ya antes.

Por otra parte, hay que reparar en el carácter marcadamente pacífico de la convulsión de 1989. No obstante, cabe hablar de «revoluciones», ya que los movimientos populares se convirtieron en los motores centrales del cambio, y en muy poco tiempo se reemplazó no sólo el estrato superior de la dirección política, sino también se alcanzó un cambio fundamental de sistema en las vertientes económica, social, constitucional e ideológica. Pero la revolución fue notablemente pacífica. A diferencia de las revoluciones clásicas, la violencia ha sido marginal (al menos hasta el momento y con la excepción de Rumanía). Y en contraste con aquéllas, sólo la parte más pequeña de las rápidas transformaciones se efectuó rompiendo la legalidad del sistema que debía ser liquidado. Fue la presión de las masas en la calle, fuera de los parlamentos y las direcciones de los partidos, la que principalmente exigió el cambio de sistema, pero éste se desarrolló respetando los procedimientos legales e intrapartidistas del antiguo sistema. Las grandes revoluciones en Francia y Rusia rompieron con la legalidad del Antiguo Régimen y asesinaron a los cuadros dirigentes. La dictadura nacionalsocialista sólo sucumbió violentamente, en una guerra instigada por ella y en una catástrofe de la que era responsable, que costó la vida a muchos millones de personas y dejó atrás tremendas destrucciones. Por el contrario, de manera semejante a las dictaduras postfascistas de España y Portugal, las dictaduras postestalisnistas de Europa central y oriental disponían de un sistema jurídico-político que, tras la supresión del apoyo exterior de la Unión Soviética y bajo la presión de los movimientos populares, se reveló suficientemente flexible como para posibilitar una pronta transformación, sin violencia ni grandes rupturas del Derecho vigente. En todo caso, las revoluciones de 1989 no han conducido ni a triunfos sangrientos de los revolucionarios, ni a lesiones y cicatrices de efecto permanente, que habrían podi-

do separar de nuevo el futuro de las sociedades así transformadas, bien a través de recuerdos progresivamente estilizados de la revolución o de un ejercicio nuevamente necesario de elaboración del pasado.

Añadamos, finalmente, algunas palabras sobre las causas. Es cierto que del interior de las sociedades en transformación provinieron impulsos importantes. En ellas fue creciendo durante años un potencial de protesta y cambio (en Polonia, Hungría y Checoslovaquia más claramente que en la República Democrática Alemana). Un papel importante le corresponde, sin duda, al cambio generacional: frente a los jóvenes, que no habían vivido la guerra ni el fascismo, el sistema sólo se legitimaba muy limitadamente aludiendo a sus logros en la reconstrucción y a su antifascismo. En la era de los medios electrónicos y las facilidades de viajar, el ejemplo desafiante que representaba el mayor éxito de los sistemas occidentales penetraba hasta bien dentro del bloque oriental. Otros muchos factores se añadieron a éste, sobre todo, el declive del crecimiento económico y la influencia recuperada de las iglesias. Pero la condición determinante de la posibilidad de la convulsión fue, en última instancia, el debilitamiento, supuestamente no definitivo pero grave, de la Unión Soviética, de la última gran potencia hegemónica supranacional, íntimamente ligada a la inferioridad manifiesta del sistema de socialismo de Estado. Su fracaso en los años ochenta formaba parte de la experiencia de todos los países del campo oriental, pero cobró antes efectividad histórica en la Unión Soviética, que, aunque especialmente retrasada en lo económico, portaba la carga principal de la competencia con Occidente y apuntalaba la estructura de dominación de sus satélites. Ello posibilitó el ascenso de un Gorbachov, que retiró la doctrina Brezhnev y privó así a los gobiernos del este de Europa de la base decisiva de un poder no suficientemente legitimado en el interior.

Lo que ocurrió en el interior de la Unión Soviética desde mediados de los años ochenta es difícil de apreciar en detalle. ¿Por qué no sucedió diez años antes, o diez años después? Con seguridad, la excesiva y estéril tensión baldía a la que se hallaban sometidas las fuerzas soviéticas en Afganistán tuvo su importancia, como quizá también la mezcla de ofertas de distensión y política de rearme que Occidente planteaba a la Unión Soviética. Tal vez los dirigentes se vieron progresivamente enfrentados con dificultades de legitimación, tal vez anticiparon disturbios. En última

instancia, el problema residía básicamente en una debilidad de eficiencia económica que se fue generando durante años y se convirtió en una amenaza existencial en la competencia con el Occidente no socialista. Este debilitamiento puede ser explicado en términos del marxismo clásico como una contradicción entre los imperativos de desarrollo de un modo de producción en rápida transformación, basado crecientemente sobre informaciones y su aprovechamiento óptimo y que exigía un flujo abierto de informaciones y una dirección descentralizada; contradicción que se dio bajo determinadas premisas: por una parte, una tercera revolución industrial, y por otra, la inamovilidad y la rigidez de las relaciones de producción propias de sociedades cerradas, con monopolio de dirección centralizada, en definitiva, dictatoriales.

Independientemente de cómo deba modificarse el análisis causal cuando se conozcan con más detalle los procesos, en la segunda mitad de los años ochenta el poder militar de la Unión Soviética dejó de estar a disposición de los gobiernos de los Estados de su ámbito de influencia como legitimación vicaria, tal como ocurriera en 1953 en la RDA, en 1956 en Hungría, en 1968 en Checoslovaquia y todavía en 1981 en Polonia.

Pasó, no obstante, algun tiempo hasta que esto quedó claro y, por supuesto, no estaba acordado que se desarrollaría (casi) sin derramamiento de sangre. Pero dejados a sí mismos, estos gobiernos demostraron ser extremadamente débiles, tener escaso apoyo en la población y carecer de suficiente legitimidad. En esencia, estas revoluciones supusieron el colapso (en contra de lo esperado, con muy escasa resistencia) de gobiernos insospechadamente débiles. Cabe recordar aquí la pronta cesión de los gobiernos en marzo de 1848. Entonces, el rápido triunfo de la revolución se reveló como un éxito ficticio y superficial; las antiguas autoridades no tardaron mucho en retornar bajo condiciones ligeramente modificadas.

Tampoco hoy sabemos de forma precisa cuánto de los antiguos aparatos, del personal dirigente por debajo del nivel superior, de los comportamientos y mentalidades pulidos durante décadas, ha sobrevivido a la convulsión de 1989, cuyo suave carácter pacífico y legal también parece tener sus costes: por debajo de los máximos líderes, el personal de dirección en la política, la economía, la ciencia y los medios de comunicación apenas ha cambiado hasta ahora, al menos en la RDA. Simplemente se ha adaptado más o menos ágilmente a las nuevas circunstancias. Esto pone

claros límites a la revolución. No obstante, no se dibuja una victoria de la contrarrevolución como en 1848/49, entre otras razones, porque hoy no se advierte en ninguna parte una fuerza de reserva contrarrevolucionaria, no contestada en el interior y con poder militar, como la Rusia zarista de aquellos años. En realidad, las revoluciones de 1989 han representado avances para llenar autónomamente un vacío de poder político surgido por la debilidad soviética. También por eso han contribuido a la generalización de la normalidad europea, que fuera del ámbito de influencia soviético había dejado desde hace tiempo de estar marcada por el dominio de potencias hegemónicas supranacionales.

III. Progreso y restauración

En 1989 había múltiples razones para la celebración en Varsovia y Budapest, en Berlin y en Praga, en el este y en el oeste. 1989 fue, en primer lugar y ante todo, un gran año en la historia de la libertad y la democracia, un año de progreso y emancipación.

Sin embargo, el alcance de la revolución de 1989 en la historia universal sólo se podrá valorar mucho después. ¿Pero qué significa este año en la historia del socialismo? ¿Se desplomó sólo su variante de socialismo estatal, dictatorial y comunista? ¿Se trató de un colapso que ha dejado incólumes las ideas básicas del socialismo democrático? ¿O también aquí ha fracasado definitivamente un experimento de la historia universal, que ciertamente pretendía imponerse con medios ineficaces, a menudo criminales y atentatorios de la dignidad humana y bajo condiciones fundamentalmente desfavorables, pero que, no obstante, surgió del espíritu humanista y quería garantizar el progreso sociopolítico, sin confiar en la mano del mercado, muy insegura y, por lo demás, la mayor parte de las veces muy injusta a la hora de distribuir? ¿Un experimento que quería sustituir la historia como resultado conjunto no planificado de muchas acciones individuales, encaminadas a conseguir fines diferentes, por la historia como resultado dirigido de acciones racionales, emprendidas por una sociedad de sujetos emancipados y sus sociedades? ¿Un experimento cuyo fracaso también dice algo sobre la posibilidad de realización del socialismo en general?

Los contraargumentos son conocidos: este experimento, este

intento de control, este socialismo nunca se basó sobre la discusión libre y democrática de ciudadanos emancipados, estaba deformado burocráticamente, pervertido dictatorialmente e instrumentalizado políticamente, entre otras cosas; su fracaso no imposibilita un socialismo verdaderamente democrático; antes al contrario, para abrir a éste una posibilidad en el futuro, aquél tenia que sucumbir.

Sin embargo, caben dudas al respecto. Si «socialismo» significa algo más que socialdemocracia (algo más que justicia social, amplia participación y cogestión, solidaridad con los más débiles, igualdad de oportunidades sociales, obligación social de la propiedad y rectificación complementaria de la dirección de la economía de mercado a través de los sindicatos y el Estado Social), si la decisión e imposición más o menos centralizada, aunque democrática, de procesos socioeconómicos forma parte de la definición del concepto «socialismo», y si el fracaso de la variante evolutiva del «socialismo real» no debe imputarse sólo a la falta de fundamentación democrática y a otras condiciones desfavorables, sino también a las dificultades de principio de controlar en sistemas complejos los procesos económicos con mecanismos diferentes a los del mercado, entonces los últimos años y meses no sólo han puesto de manifiesto la inferioridad de las dictaduras del socialismo de Estado. También han reforzado las experiencias en contra de la posibilidad de realización de cualquier forma de socialismo en las circunstancias dadas y esperables en el futuro previsible[2]. Desde la perspectiva socioeconómica, las revoluciones de 1989 tenían, pues, un componente de restauración.

Las revoluciones de 1989 no sólo han promovido la unidad de Europa, sino también han creado espacios para la revitalización de antiguas divergencias y viejos conflictos europeos que parecían superados. Unas y otros extraían parte de su fuerza de identidades nacionales persistentes, y ahora el hundimiento del socialismo internacional y la disolución de los bloques oriental y occidental prestan renovado impulso a las identificaciones nacionales y la política de los Estados nacionales.

---

[2] En cambio, el programa socialdemócrata, tal como antes lo he definido y distinguido del «socialismo», no ha sido cuestionado por las experiencias de los últimos tiempos. Antes bien, probablemente también podría adquirir importancia a medio plazo en las sociedades que ahora transitan a la economía de mercado provocando nuevas desigualdades.

Está por ver qué significa esto para Europa oriental a largo plazo. Donde conflictos de nacionalidades son fáciles de hallar gracias a los continuos asentamientos mixtos en espacios mínimos, donde el nacionalismo está asociado desde el final del siglo XIX con la lucha por la liberación del dominio extranjero y, además, los Estados-Nación son comparativamente jóvenes, y donde oprime el atraso económico y faltan tradiciones operativas para la resolución de los conflictos a través de los cauces de la democracia parlamentaria, no se podrá excluir el surgimiento de nuevas variantes de nacionalismo extremo. Las décadas del socialismo real parecen haber tapado, más que solucionado. Como si salieran del frigorífico, resurgen antiguas estructuras de conflictos que se consideraban al menos atenuadas. Algunas cosas recuerdan a la situación previa a 1914, cuando grandes imperios en desintegración y nacionalismos fanáticos provocaron riesgos de explosión que no podían limitarse a escala local. ¿Y qué significa la reactivación del principio nacional para esa parte de Europa en la cual desplegó sus efectos más deletéreos y, durante mucho tiempo, apareció irremisiblemente desacreditada, es decir, para Alemania?

IV. Revolución y nación en la RDA

La revolución en la RDA fue una parte del proceso revolucionario de Europa oriental y central. Dependió de las transformaciones previas en la Unión Soviética, Polonia y Hungría, mientras que, por su parte, aceleró los procesos en Checoslovaquia. Los regímenes cayeron como las piezas de un juego de dominó. Pero el desarrollo de Alemania oriental tuvo sus particularidades, derivadas de su situación nacional especial, que distinguía a la RDA, confrontada con la existencia de otro Estado de la misma nación, del resto de países de Europa central y oriental.

La RDA carecía de equivalentes a la Carta 77 checoslovaca, la «Solidaridad» polaca y el poderoso comunismo reformista de Hungría. Obviamente, la revolución también tiene en la RDA su prehistoria: desde la invasión de Praga en 1968, hasta la prohibición de la revista soviética *Sputnik* en el otoño de 1988, las manifestaciones ilegales y los encarcelamientos con ocasión de los desfiles conmemorativos, y la falsificación de los resultados de las elecciones municipales en mayo de 1989, pasando por las nume-

rosas privaciones de ciudadanía, las plegarias por la paz en las iglesias y el arranque del movimiento ecologista. Pero la oposición interna de la RDA siguió siendo, en conjunto, notablemente débil, mucho más que en los países antes citados, y ello también tuvo que ver con la marcha, en parte impuesta, y en parte voluntaria, de disidentes potenciales y reales a la receptiva República Federal. Por otra parte, los comunistas de Alemania del este se mostraron hasta el final especialmente hostiles a la reforma, porque, a diferencia de sus colegas en Moscú, Varsovia y Budapest, tenían que temer que cualquier atenuamiento de la profunda diferencia entre los sistemas de la RDA y la República Federal afectaría a la base existencial de su Estado, cuya entidad separada se justificaba sólo por socialista, pero no por alemán.

Por razones en principio similares, los defensores de la revolución en la RDA no tenían inicialmente a su disposición argumentos y símbolos nacionales a los que recurrir como medios de movilización. A diferencia de la revolución en Varsovia, Budapest y Praga, los acontecimientos revolucionarios en Leipzig, Berlín oriental y otras ciudades de la RDA se desarrollaron, desde el principio de las grandes manifestaciones en la segunda mitad de septiembre hasta la caída del muro el 9 de noviembre de 1989, sin tonos nacionales. Las portavoces y los portavoces del «Nuevo Foro»[3], así como otros exponentes de la revolución, trataban de transformar democráticamente su Estado, no de cuestionar su independencia. Hasta mediados de noviembre las demandas de reunificación tampoco revistieron importancia alguna en las grandes manifestaciones; parecía tratarse propiamente de un tabú. De forma análoga, se evitaba el tema de la política de Alemania occidental. Los éxitos decisivos de la revolución en la RDA se alcanzaron sin la fuerza de empuje de los lemas nacionales.

Sin embargo, que la RDA sólo fuera uno de los dos Estados alemanes y que el otro nunca llegara a aceptar la doble estatalidad contribuyó considerablemente, y desde el principio, a la revolución de Alemania oriental. Pues sin la existencia de una República Federal atractiva, con capacidad y disposición de acogida, cuya

---

[3] *Neues Forum*, organización política independiente cuya legalización fue exigida en las manifestaciones de ciudadanos de la RDA a finales de 1989; en 1990 se presentó a las elecciones con otros grupos de oposición bajo el nombre *Bündnis 90* (Coalición 90) *(N. de la T.)*.

legislación unitaria de ciudadanía, que dejaba sin efecto la doble estatalidad, prescribía la inmediata acogida de los alemanes de la RDA como ciudadanos con todos los derechos (también los sociales), actuando en la práctica como invitación, no se habría llegado a ese éxodo masivo del este al oeste que comenzó con el perforamiento de las fronteras húngaras y polacas en el verano de 1989. Este desplazamiento, que atrajo fuertemente el interés de los medios de comunicación, fue lo que puso en evidencia de forma impresionante la ausencia de atractivo del sistema de Alemania del este, lo deslegitimó más, descubrió la debilidad del gobierno de Berlín oriental, suscitó desde septiembre en el interior de la RDA demandas masivas de reforma y ayudó a poner en marcha las manifestaciones callejeras, que alcanzaron su clímax el 9 de octubre en Leipzig. El efecto desestabilizador que poseía el vínculo nacional compensó la debilidad tradicional de la oposición interna de la RDA.

Mientras que, en general, siguiendo a Albert Hirschman, la salida y la contestación (*exit* y *voice*) representan estrategias alternativas de solución de problemas, en este caso se reforzaron recíprocamente: así como el éxodo puso en movimiento a la oposición interna, el éxito de ésta (el desmontaje de las barreras a la libre circulación hasta la caída del muro) facilitó, a su vez, la emigración[4].

Este mecanismo, que impulsó la revolución y se alimentó propiamente del nexo nacional, mantuvo también en lo sucesivo una importancia determinante, completando la contribución de la República Federal a la revolución en la RDA. Su segunda fase comprendió desde la apertura del muro el 9 de noviembre de 1989 hasta a ocupación por la fuerza de la central de la *Stasi*[5] el 15 de enero de 1990; junto a profundas transformaciones, esta fase trajo consigo serios intentos por parte de las viejas fuerzas de afirmar nuevamente su poder bajo condiciones modificadas. La rápida desintegración del sistema de poder de la RDA constituyó el núcleo de la tercera fase, que se desplegó desde mediados de enero

---

[4] *Vid.* Albert O. HIRSCHMAN, «Salida, voz y el destino de la RDA. Un ensayo de historia conceptual», *Claves de razón práctica*, núm. 39, 1994, pp. 66-80 (*N. del Ed.*).

[5] Forma coloquial abreviada de *Staatssicherheitdienst* (servicio de seguridad del Estado), organismo de la policía secreta *(N. de la T.)*.

hasta las elecciones del 18 de marzo de 1990. La cuestión nacional avanzó a lo largo de estas dos fases hasta convertirse en el tema dominante de la revolución. Ésta se decantó en el sentido de la rápida y completa unificación estatal, a reserva de la posibilidad, todavía no garantizada, de imponer políticamente este resultado ante la comunidad internacional.

La principal fuerza motriz era el deseo de reunificación que, en un principio de forma titubeante y no sin resistencias, iban formulando segmentos crecientes de la población de la RDA desde mediados de noviembre. Pronto recibió el apoyo cauteloso por parte de los partidos y del gobierno de Bonn: Brandt se mostró ya el 10 de noviembre públicamente convencido de que a partir de ahora se iría uniendo lo que formaba parte de un todo. Kohl anunció su plan de diez puntos el 28 de noviembre. Sin embargo, por muy importantes que fueran estas iniciativas «desde arriba» (también para el complicado proceso de sondeo y expansión de las posibilidades en la política exterior), las intervenciones de los partidos y de los gobiernos iban a la zaga de la dinámica de la unificación, tal y como se desarrollaba en manifestaciones y contramanifestaciones en las calles de Leipzig, Berlín oriental y otras ciudades de la RDA, y se consolidaba «desde abajo» a través de numerosos contactos cotidianos entre alemanes de ambos lados de las fronteras (entre personas y familias, empresas y colegios, ramas de los partidos, municipios y asociaciones). Los líderes políticos reaccionaban, en general, ante los hechos, marcados por la continua emigración del este al oeste, el ambiente de unificación que se iba imponiendo en la RDA y la erosión efectiva de su sistema: así como Modrow fue empujado desde la idea de una laxa comunidad contractual interalemana (17 de noviembre de 1989) hasta el llamamiento «Alemania, patria unida» (1 de febrero de 1990)[6], también Kohl se movió desde vagas perspectivas de confederación (28 de noviembre de 1989) hasta la promesa de una pronta union monetaria y económica como anticipo de una solución federal estatal (principios de febrero de 1990).

Fue un proceso, en buena medida, espontáneo, autocataliza-

---

[6] Hans Modrow, miembro del Politburo del Comité Central del SED, *Sozialistische Einheitspartei Deutschlands* (Partido Socialista Unitario de Alemania), fue elegido presidente del gobierno de la RDA en noviembre de 1989 *(N. de la T.)*.

do, que los políticos de Alemania occidental, si acaso, sólo podrían haber detenido adoptando medidas muy tajantes (limitando la afluencia) y haciendo declaraciones de rechazo explícitas. Sin embargo, la mayor parte de la clase política de la República Federal, por convicción, no estaba dispuesta a esto, y tampoco fue apremiada en esa dirección por corrientes poderosas de la opinión pública alemana occidental; por otra parte, dadas las prescripciones de la Ley Fundamental y a la luz de los múltiples compromisos adquiridos en las décadas precedentes, no habría estado en situación de actuar de tal modo. Por el contrario, como muy tarde desde enero de 1990, pero, sobre todo, en la posterior campaña electoral de la RDA, que ya se desarrolló en toda Alemania y estuvo dominada por los alemanes occidentales, la retórica y las promesas de los líderes de los partidos rivales se revelaron como poderosos factores que espoleaban autónomamente el proceso de unificación.

El giro nacional de la revolución no entró en conflicto con la lucha por la democratización y la liberalización; en la coyuntura de 1989/90, el apoyo a objetivos nacionales y la intervención a favor de los derechos humanos y de ciudadanía, la democracia parlamentaria y el Estado constitucional liberal podían conciliarse con facilidad. Así lo hicieron casi todos los partidos. El consenso emergente fue amplio. Cabe, de hecho, argumentar que la unificación con la República Federal y la adopción de su sistema de democracia parlamentaria afianzado constituye para la población de la RDA el camino más prometedor para superar el lastre destructor de muchas décadas de dictadura y asegurar importantes logros democrático-liberales de su revolución. En todo caso, las demandas nacionales y las reivindicaciones a favor de una democracia liberal se hallaban estrechamente vinculadas en 1989/90, de manera similar a como ocurrió en 1848, pero distinta de las experiencias del Imperio guillermino, Weimar y la dictadura nacionalsocialista; así pues, se trataba de una notable revisión de un patrón antiguo.

En cambio, el giro nacional dificultó que la revolución se prolongara con los medios de la democracia radical: las reglas de la República Federal, de la democracia representativa, se convirtieron rápidamente en determinantes. Y con su sesgo nacional, la revolución entró en contradicción aguda con cualquier tipo de socialismo. Mientras que la primera fase de la revolución alemana oriental se hallaba asociada, o era compatible, con la idea de una RDA que siguiera siendo independiente y socialista, aun cuando

democratizada y liberalizada, la orientación hacia la República Federal implicó, en las fases segunda y tercera, no sólo la renuncia a la independencia de la RDA, sino también la negativa a cualquier «experimento» con un socialismo simultáneamente democrático-liberal y eficiente. Quienes habían conducido la revolución en su primera fase —con alto riesgo, ideas no convencionales y coraje admirable— quedaron rápidamente arrumbados, privados del sólido apoyo de amplios sectores de la población, como se mostró en las elecciones del 18 de marzo.

No obstante, deberíamos prevenirnos aquí ante mitos futuros. El desarrollo de un socialismo democrático y eficaz en la RDA no ha fracasado porque ésta se echara tan pronto en los brazos de la República Federal y se dejara guiar por ella. Más bien fue al contrario: precisamente porque en esta situación histórica faltaba un modelo de socialismo democrático hasta cierto punto preciso, elaborado teóricamente y practicable, como alternativa sólida tanto al desacreditado socialismo dictatorial de Estado, como a la economía de mercado occidental recubierta por el Estado Social (incluyendo sus posibilidades de desarrollo socialdemócrata), resultaba tan difícil argumentar a favor de la prolongación de la existencia de un Estado independiente en Alemania oriental. Puesto que el socialismo se hallaba tan profundamente desacreditado, muchas personas en la RDA se inclinaron por la alternativa que ofrecía la República Federal. Entre noviembre de 1989 y marzo de 1990 la demanda de unificación en un Estado nacional extrajo su fuerza fundamentalmente de la RDA. Era la consecuencia de dejar de reconocerse como pueblo del Estado de la RDA, una crisis detrás de la cual se hallaba la inferioridad del socialismo de Estado en el contexto de la competición entre sistemas. De ello resultó un vacío de identidad colectiva que podía ser llenado, entre otros elementos, por ofertas nacionales. Éstas habían pervivido hasta entonces de forma más bien clandestina, mientras eran repetidamente confirmadas por la retórica nacional empleada oficialmente en la República Federal.

Sin embargo, al grito creciente de los alemanes orientales a favor de la unidad nacional subyacía el anhelo de reducir rápidamente las marcadas desigualdades en la calidad de vida que les separaban de los más acomodados alemanes occidentales. Una aplastante mayoría de ciudadanos de la RDA tenía, y tiene, claro que, bajo un techo estatal común y sobre el suelo de una constitución común, se podría superar más rápidamente y con mayor

seguridad la ventaja que llevaban los alemanes occidentales que si se mantenía el doble Estado. En principio tienen razón[7]. Este cálculo (y no tanto las irracionales pasiones nacionales) indujo a muchos de ellos a utilizar una retórica que enfatizaba la unificación, a enarbolar banderas tricolores (negras, rojas y doradas) sin los símbolos del martillo y el compás, y a denostar con intransigencia a las menguantes minorías «rojas» que defendían la permanencia de una RDA reformada, pero independiente. En el marco interpretativo nacional, la desigualdad evidente era concebida como perjuicio injusto. Se exigía su desaparición aludiendo a la solidaridad nacional. Éste fue el contexto en el que la demanda de reunificación adquirió su fuerza elemental. Ahora bien, sin la tolerancia, la legitimación y el aliento por parte de la política y la sociedad de Alemania occidental, esta movilización de los alemanes orientales apenas habría sido posible.

El entusiasmo por la unificación era más moderado entre los alemanes occidentales. La República Federal ni padecía de escaso reconocimiento por parte de su ciudadanía, ni necesitaba la unificación para el saneamiento económico, social y político como la RDA. El argumento era otro: después de que los alemanes orientales hubieran soportado durante años los costes de la división, ahora los alemanes occidentales se veían llamados a pagar un poco por la unificación, que precisamente reivindicaban tan resueltamente los «hermanos y hermanas» del este porque significaría una redistribución a su favor. Como afirmaba el presidente de Maizière con un juego de palabras, sólo compartiendo podrá revocarse efectivamente la partición[8].

De hecho, no faltan indicios de que en el futuro pueden darse protestas sociales en la República Federal contra los «sacrifi-

---

[7] Esto se aplica especialmente en el caso probable de que la unificación tenga lugar sobre la base de la Ley Fundamental de Bonn, que en su artículo 72 (2) establece la defensa de condiciones de vida homogéneas en su ámbito de aplicación y señala la compensación financiera (*Finanzausgleich*) entre los *Länder* como instrumento para conseguir esta homogeneidad (art. 107). Los *Länder* más pobres que se integren extraerán ventajas de esta previsión constitucional a no ser que este mecanismo de compensación regional se suspenda. No obstante, la unificación de las condiciones de vida se demorará más de lo que los ciudadanos de la RDA esperan. Por tanto, cabe anticipar sentimientos de decepción.

[8] Lothar de Maizière, nombrado en noviembre de 1989 presidente de la Unión Cristiano-Demócrata en el Este (*CDU Ost*), fue elegido presidente del gobierno de la RDA en abril de 1990 *(N. de la T.)*.

cios» que exige la unificación a los alemanes occidentales. Si hasta ahora no se han percibido todavía más, no ha sido sólo por la excelente coyuntura actual y la habilidad política del gobierno, que hace creer a los ciudadanos que la unificación puede llevarse a cabo con un coste cero. Más bien, la postura de los alemanes occidentales, así como la de los orientales, indica (salvo, por el momento, sólo unas pequeñas minorías en ambas partes) la gran efectividad que continúa teniendo la conciencia solidaria, sobre cuya base puede ser legitimada e impuesta la política, incluso aunque ésta aspire a una cierta redistribución de derechos y obligaciones. A la naturalidad con la que los «pobres» alemanes orientales formulan, tras algún titubeo, su deseo de equiparación en bienestar económico y otras materias como un *derecho* en virtud de su pertenencia a la misma nación que los «pudientes» alemanes occidentales, corresponde —a pesar de tendencias contrarias que se intensifican progresivamente— la naturalidad con la que la gran mayoría de alemanes occidentales ha renunciado hasta ahora a oponerse a esta exacción redistributiva (bien es verdad que no demasiado drástica), por inicua. Lo que los alemanes del este no se atreverían nunca a pedir de los ingleses o incluso de los austríacos, lo esperan de los alemanes del oeste. Lo que éstos negarían seguramente a los polacos, se lo conceden a los alemanes del este. No es justo, pero es nacional. Además, a largo plazo, también compensará económicamente.

Esta solidaridad nacional es, sin duda, frágil, fácilmente sobrecargable, ni natural ni eterna. No tiene mucho que ver con el apasionamiento nacionalista o con el chauvinismo. No desplaza necesariamente a un segundo plano a otras lealtades concurrentes y solapadas. Se halla desigualmente repartida en la población; los jóvenes la sienten menos que los mayores. Pero los últimos meses han mostrado que también en Alemania han sobrevivido las identidades nacionales, que tienen solvencia política y que pueden ser invocadas no sólo por quienes ocupan la derecha en el espectro político. Como otros sistemas de creencias, apenas precisan de legitimación explícita. Si acaso, en las discusiones de los últimos meses se ha aludido a la historia común de los alemanes como justificación de obligaciones y responsabilidades compartidas precisamente por la existencia de sus períodos oscuros (el nacionalsocialismo, la guerra mundial y la derrota). Esto no deja de tener interés. La revalorización evidente y el uso político de la pertenencia y la identidad nacionales no llevan necesariamente al des-

plazamiento o «vaciamiento» de la memoria histórica. La propia conciencia nacional y una relación auténtica respecto a la historia común —y también a sus rupturas y catástrofes—, pueden, en verdad, resultar inseparables.

V. Una Alemania en lugar de dos

Al menos cuatro poderosas razones abonaban la existencia de dos Estados alemanes. Dos de ellas se desplomaron en 1989, una se había sobreestimado con creces, y la cuarta, por sí sola, carecía de suficiente validez para presentar la división como razonable, o incluso necesaria, desde una perspectiva histórica.

1. La división alemana constituía una columna de la estabilidad europea. Durante las décadas de la estructura de poder bipolar, el equilibrio internacional también descansaba sobre la existencia de dos Estados alemanes y su pertenencia a distintas alianzas rivales, pero estabilizadoras. Con el declive de la influencia soviética en Europa central y oriental se descompuso la estructura bipolar. La división alemana perdió así buena parte de su sentido histórico. Más aun, lo que durante décadas fue la base de la estabilidad, podría haberse convertido bajo circunstancias diferentes en una fuente de inestabilidad.

2. Los dos Estados alemanes se distinguían por su organización económica, su modelo de construcción social, su ordenamiento político y su ideología oficial. Dependían uno del otro en tanto polos de un antagonismo sistémico. Esta relación antagónica y marcada por la observación mutua operaba como cuestionamiento de la RDA y base adicional de legitimidad de la República Federal. También por ello, entre otras razones, fracasó aquélla. El colapso del socialismo de Estado en la RDA ha supuesto, en primer lugar, un empujón de reconocimiento propio sin parangón para la República Federal. En el quicio entre los años 1989 y 1990, el «barómetro ambiental» de las encuestas mostraba un optimismo colectivo mayor que en cualquier otro cambio de año desde principios de los años setenta. ¿No se ha revelado el propio sistema como claramente superior? No son tiempos de autocríticas severas, la oposición lo tiene difícil. Pronto, sin embargo, la República Federal ya no tendrá a la RDA con la cual podría compararse para confirmarse. *Esta* fuente de legitimidad de la Repú-

blica Federal queda clausurada. Ya no estará a disposición de la Alemania más grande que emerja.

Junto con el antagonismo sistémico en la economía, la sociedad y la política tocaba a su fin una configuración que no sólo hacía necesaria la división estatal de Alemania, sino que la legitimaba para algunas minorías en ambos Estados alemanes: en la RDA, para los partidarios convencidos del «socialismo real», que sin duda los había, aunque hoy no sean precisamente muy visibles; en la República Federal, para los críticos con el sistema, los escépticos respecto al capitalismo y quienes, de una u otra manera, contemporizan con el socialismo, pues, aunque criticaran el «socialismo real» de allí en virtud de la falta de libertad, la rigidez burocrática y la ausencia de democracia, esperaban, no obstante, que con el tiempo pudiera desarrollarse hacia una alternativa sólida y democrática al sistema social de economía capitalista occidental. Esto ya es agua pasada.

3. Ambos Estados alemanes poseían historias vinculadas entre sí, pero separadas, que en 1989 ya tenían cuarenta años. Parecían estar desarrollándose dos distintas identidades basadas en diferencias económicas, políticas y también culturales, en el estilo de vida, el gusto y hasta en el lenguaje. Sin duda, se sabía de la existencia de restos de identidad nacional común que trascendían las fronteras de cada uno de los sistemas. Se apreciaba incluso su crecimiento en los tiempos más recientes: la memoria forzada del «legado histórico» alemán (RDA) y de la historia nacional como base de la identidad colectiva (RFA) subrayaba finalmente lo que los alemanes tenían en común. Los movimentos pacifistas definían intereses panalemanes, marcando, en parte, las distancias respecto a ambas alianzas y sus potencias hegemónicas. La televisión, ignorando las fronteras estatales, ya no era objeto de sanción desde hacía años. Los contactos efectivos entre los alemanes orientales y occidentales habían aumentado de nuevo; a ello había contribuido de manera importante la nueva orientación política hacia el este desde 1969, algo que continuó a partir de 1982.

No obstante, muchos creían que ambas sociedades alemanas desarrollarían paulatinamente identidades separadas en virtud de sistemas escolares e intervenciones estatales diferentes, del debilitamiento de las relaciones de parentesco entre alemanes de uno y otro Estado, y de las experiencias dispares, así como de sistemas económicos y pautas de desigualdad distintos. Pensaban, por tanto, que asistía-

mos a un largo proceso de descomposición nacional; un proceso de diferenciación de dos sistemas estatales y sociales postnacionales como el que ha alejado a lo largo de décadas a Austria y Alemania[9].

Entre 1989 y 1990 pudo descubrirse que los más de cuarenta años de historia separada bajo las condiciones de sistemas contrapuestos no habían bastado para hacer tan diferentes las identidades colectivas de ambas poblaciones alemanas y, al mismo tiempo, legitimarlas en sus diferencias; al menos no tanto como para, a pesar del cambio de las circunstancias internacionales y del desvaimiento de las diferencias entre los sistemas, sostener aspiraciones de independencia estatal también en la RDA. Parece que sólo algunas minorías albergaban tales aspiraciones, concretamente los miembros del PDS (antiguo SED)[10] y, de distinta manera, los opositores de aquellos grupos que, como el Nuevo Foro, habían reclutado a los líderes de la revolución en su primera fase. Quizá en los próximos meses se aprecie que las diferentes experiencias en el este y el oeste han hecho a los alemanes en la República Federal y en la RDA muy diferentes en cuestiones como el entendimiento del trabajo, la conciencia histórica, el estilo de vida y la cultura política. Es probable que la conciencia de independencia no tarde mucho en aumentar entre la población de la RDA como reacción al dominio de Alemania occidental, originando nuevas tensiones. Pero, de momento, en abril de 1990, se tiene la impresión de que, en cuatro décadas, el sistema del socialismo real no ha penetrado demasiado profundamente en el mundo vital de las personas y, por eso, las afinidades nacionales han superado el antagonismo entre los sistemas con mucho menos desgaste de lo que se esperaba.

---

[9] ¿Por qué no se desarrolló la relación entre la RDA y la República Federal como se fue desarrollando la relación de Austria respecto a Alemania?

a. La independización de Austria del conjunto nacional pudo apoyarse sobre una larga tradición histórica que distinguía parcialmente a los austríacos de los alemanes del *Reich* bismarckiano. Semejante tradición falta en la RDA, cuyas fronteras con la República Federal no fueron establecidas en virtud de consideraciones históricas.

b. No existe una desigualdad marcada en cuanto a las condiciones de vida entre los austríacos y los alemanes occidentales. Por tanto, falta una motivación determinante para exigir la unidad nacional, como la que adquirió peso histórico en el caso de la RDA.

[10] PDS: *Partei des Demokratischen Sozialismus* (Partido del Socialismo Democrático) *(N. de la T.)*.

4. El nacionalismo se halla profundamente desacreditado en la historia alemana. Aunque originariamente fue también aquí un tema central de la política de izquierdas y todavía en 1848/49 aparecía en estrecha alianza con el liberalismo y, en parte también, con la democracia, tras la fundación del Imperio cambiaron las afinidades. El nacionalismo se convirtió, cada vez más, en una cuestión de la derecha, que a menudo se aplicaba contra demócratas y socialdemócratas. En la época del imperialismo creció su agresividad. Estuvo muy relacionado, no sólo en Alemania, con el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Durante la República de Weimar resurgió con vehemencia la antigua tensión entre los principios constitucionales liberales y el nacionalismo en proceso de radicalización. Así, el nacionalismo se convirtió en elemento clave en la lucha de la derecha contra el parlamentarismo democrático de la Alemania de Weimar. Sirvió de cemento a la alianza entre las viejas elites y el movimiento radical de Hitler, y desempeñó un papel central en la toma de poder nacionalsocialista. En nombre de la nación alemana y apoyándose en un ambiente de masas que supieron manipular y radicalizar durante su dictadura, los gobernantes nacionalsocialistas justificaron las represiones más horribles en el interior y las agresiones más perversas hacia el exterior, la persecución, la destrucción y los crímenes.

Sobre esta historia se fundaba la profunda deslegitimación interna del nacionalismo y el cuestionamiento absoluto del principo del Estado-Nación. A la luz de estas experiencias, nos parecía de todo punto aceptable la existencia de dos Estados alemanes con soberanía limitada y alianzas diferentes. Muchos habitantes de los países vecinos, así como también muchos alemanes percibían incluso aliviados que Alemania ya no perteneciera al círculo de las grandes potencias. ¿Acaso no se había convertido un Estado nacional alemán fuerte casi necesariamente en un perturbador de la paz y en detonante en el corazón de Europa, donde, desde siglos atrás, una asociación laxa de pequeñas y medianas unidades políticas había proporcionado estabilidad al equilibrio europeo? ¿No era el pueblo alemán simplemente demasiado grande para Europa y, unido en un Estado, se convertía automáticamente en una amenaza a la paz? Pero incluso quien mostrara escepticismo ante semejantes simplificaciones geográficas y demográficas podía coincidir en las consecuencias y, teniendo presente la peculiar historia del Estado-Nación alemán, no hallarse demasiado descontento con su división. Ni una ni otra Alemania estaban ahora

expuestas a las tentaciones que pueden emerger de la arrogancia de una gran potencia. El nacionalismo era un asunto del pasado. De todas formas, algunos indicios sugerían que, en vista de problemas, soluciones y conexiones internacionales crecientes, el Estado-Nación dejaba de ser el principio de organización evidente de las sociedades modernas. Es posible que el fracaso de un proyecto de Estado-Nación también haya brindado a los alemanes, a largo plazo, una oportunidad especial, concretamente la de formar identidades postnacionales a través de las que podían impulsar convenientemente la gran utopía de una Europa unida. «Quizá deberíamos incluso enorgullecernos de no estar tan orgullosos de nuestra nacionalidad congénita», escribió Eberhard Jäckel[11].

Estos argumentos no están hoy menos justificados que hace dos o veinte años. En realidad, nunca se ha conseguido conciliar en nuestra parte del mundo la paz, la libertad y la unidad del Estado-Nación. En la historia alemana, el período de vigencia del Estado-Nación fue corto y bastante infructuoso, en cambio excesivamente oneroso en víctimas y costes humanos, que, como es sabido, no fueron soportados sólo por alemanes. Sobre este telón de fondo de fracaso y culpabilidad, ¿cómo se justifica lanzarse otra vez a la aventura de una nueva fundación del Estado-Nación? ¿Cuál es su sentido?

Estas o parecidas consideraciones han llevado a algunos a oponerse en los últimos meses de manera consecuente a la posible unificación de ambos Estados alemanes. Merecen respeto. Por las mismas razones, otros muchos, tanto en Alemania como en otras partes, han seguido el proceso de unificación con una mezcla de sentimientos. El recuerdo está vivo; el escepticismo sobre la reunificación se puede comprender, la inquietud no carece de fundamento.

Pero, por otra parte, de estos argumentos históricos no se sigue necesariamente la renuncia a la unificación. ¿No se ha desvanecido también en el caso alemán la probabilidad de un nacionalismo extremista al desaparecer las condiciones y experiencias que lo hicieron surgir desde el final del siglo XIX y alcanzar su punto álgido en el período de entreguerras?¿No se diferenciaría

---

[11] Eberhard Jäckel (1929) es catedrático de historia de la Universidad de Stuttgart y ha publicado numerosas investigaciones sobre el período nacionalsocialista *(N. de la T.)*.

también una Alemania unida, tanto por extensión geográfica como por estructura social, constitución y cultura, de la Alemania de entreguerras y del Imperio anterior a 1914? ¿Es que no se dan buenas condiciones para integrar una nueva Alemania más grande en las tupidas estructuras supranacionales de naturaleza económica, política y militar que se han formado, sobre todo, en Europa y que son susceptibles de desarrollo ulterior? ¿No cabe esperar, con muy buenas razones, que aquel pasado no se repita, especialmente si permanece en la memoria? Y, por último, si «el vientre fuera todavía fértil», si acechara todavía el peligro del nacionalismo radical en Alemania y el temor a los alemanes estuviera también en el futuro mucho más justificado que el temor a otras naciones de Europa, ¿qué acreditaría la suposición de que, a pesar de todos los cambios referidos, una Alemania dividida en dos Estados sería menos temible que una unida en el consenso? Podría ser justo al contrario.

En cualquier caso, la argumentación histórica, tomada de forma aislada, no se ha revelado suficientemente decisiva como para justificar la pervivencia de la dualidad de Estados en Alemania, mientras poderosas fuerzas empujaban en la dirección de la unificación, y ni la comunidad internacional ni el conflicto entre sistemas ponían ya obstáculos a ésta, como había ocurrido en las últimas décadas. De hecho, un país se exigiría demasiado si quisiera construir su forma de existencia política sobre el principio de la desconfianza de sí mismo, y sólo por esta razón renunciara voluntariamente a la forma de organización política normal de las sociedades modernas actuales, es decir, a la forma del Estado-Nación.

VI. ¿Final o comienzo de una vía especial alemana?

Estábamos acostumbrados a interpretar los años en torno a 1945 como un corte profundo en la historia alemana contemporánea. La dictadura nacionalsocialista sucumbió en los horrores de la guerra mundial desatada por ella. Sus crímenes se hicieron evidentes y su recuerdo confiere una calidad especial a la historia alemana de la que antes carecía. El Estado-Nación fundado en 1870/71 se resquebrajó. El espacio poblado por alemanes se retrajo considerablemente hacia el oeste. Los millones de refugiados y desplazados transformaron los entornos en los que entra-

ron. Las estructuras sociales, políticas y culturales que habían distinguido a los alemanes de otros europeos occidentales y habían contribuido al ascenso del nacionalsocialismo no sobrevivieron a la cesura en torno a 1945 o sólo lo hicieron muy debilitadas. Con la pérdida de los territorios orientales y la expropiación al este del Elba, los grandes terratenientes, los *Junker*, dejaron de existir como clase. El nacionalismo y el militarismo perdieron su fuerza. Por primera vez surgió en Alemania un Estado constitucional de democracia parlamentaria verdaderamente operativo, que era aceptado por amplios sectores de la población, incluida la clase alta. El nuevo sistema de partidos ya no se hallaba marcado por la tensión confesional. También los sindicatos se construyeron tras 1945 de manera diferente a como habían existido antes de su aniquilación por la dictadura nacionasocialista; el sindicato unitario se convirtió en el gran logro. Paulatinamente surgió una cultura política democrática, mientras las antaño fuertes tradiciones de intolerancia iban atenuándose. La influencia de las fuerzas de ocupación coadyuvó y, más aun, el crecimiento de los años posteriores.

Por supuesto, había muchas continuidades y persistían las particularidades alemanas. Así, afortunadamente, sobrevivió el federalismo; el Estado funcionarial se resistió a su reforma; y el distanciamiento del período nacionalsocialista fue, de manera preocupante, mucho menos radical de lo que se habría deseado (a pesar de la colaboración de las fuerzas de ocupación en la desnazificación, que sólo tuvo un éxito parcial). Pero, en conjunto, la República Federal de Alemania se convirtió por su constitución, su estructura social, su organización económica y su cultura en un país relativamente normal del modelo occidental, con sus virtudes y sus problemas típicos. También por sus conexiones políticas, económicas, militares y culturales, la parte más grande de Alemania pertenecía ahora claramente a Occidente. La «vía especial alemana» parecía haber concluido.

Dos reservas eran bien conocidas. Por una parte, todo esto afectaba sólo a la mayor parte de Alemania, la occidental, y no a la parte oriental, más pequeña, privada de un papel importante en esta interpretación. Por otra parte, la pérdida del Estado-Nación, la existencia de dos Estados alemanes, la falta de congruencia entre la organización política y la superficie de la nación, todo ello constituía una especificidad alemana cuya importancia en el futuro resultaba imprevisible. Estas dos reservas de la tesis interpre-

tativa del fin de la vía especial aparecen aun con mayor claridad a la luz de los acontecimientos más recientes. Pronto debería verse todavía más nítidamente cuánto ha marcado a la República Federal la existencia de un segundo Estado alemán y su interacción con éste. También retrospectivamente deberá valorarse cuánto ha dependido el orden interior de la situación internacional.

¿Se relativiza la quiebra de 1945 como consecuencia de las revoluciones de 1989? Ciertamente, en estos momentos termina una época de la historia alemana. ¿Retomará Alemania con más intensidad aquella vía especial que parecía haber concluido definitivamente? ¿Comienzan nuevas vías especiales en Alemania? Probablemente, nunca después del período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial estuvo el futuro tan abierto como ahora. El significado de la cesura presente sólo podrá apreciarse mucho más tarde. No obstante, puede afirmarse lo siguiente:

1. La frontera oriental de Alemania en los ríos Oder y Neisse quedará definitivamente trazada en el nuevo ordenamiento venidero. La huida y el desplazamiento no han creado aquí circunstancias susceptibles de revisión. Por muy dolorosas e injustas que hayan sido estas experiencias de deportación para los afectados, desde la perspectiva del largo plazo han ayudado, en buena medida, a eliminar el problema de los «alemanes nacionales» (*Volksdeutschen*), que una y otra vez trajo consigo conflictos y provocó el nacionalismo revisionista. La extensión hacia el este no es la menos importante de las características que distinguen a la nueva Alemania conjunta del antiguo Imperio Alemán. La nueva Alemania no es una restauración de la antigua. Por eso, no conviene hablar de «reunificación», sino que es preferible utilizar el término «unificación».

2. La unificación no implicará de ningún modo una restauración de las condiciones socio-económicas, político-constitucionales y culturales anteriores a 1945 o a 1933, ni tampoco un retorno a la antigua vía especial alemana. Asimismo, es probable que la reforma agraria y la expropiación de grandes haciendas sólo sean revocadas en una pequeña parte. Los detalles están todavía poco claros.

3. Por razones que no pueden ser discutidas aquí en detalle, el Estado-Nación sigue constituyendo la forma normal de la organización política de las sociedades europeas; es compatible tanto con la variedad regional como con la articulación suprana-

cional. La unificación en un Estado-Nación de los dos Estados alemanes, que, en cierto sentido, representaban comunidades postnacionales, no favorece el desarrollo de un ordenamiento que rebase o supere a los Estados-Nación. Esto puede resultar decepcionante. Pero tampoco justifica como tal una vía especial alemana, sino que significa el enganche del desarrollo alemán a la normalidad europea. La unificación perturbará necesariamente la unión de Europa occidental.

4. La futura Alemania indivisa se distinguirá de la República Federal no sólo en cuanto a sus dimensiones y su extensión, sino también estructural y cualitativamente. ¿Qué aporta la RDA a la unión? ¿La sensibilidad social, la práctica en relaciones no mercantiles, un estilo de prudencia y reflexividad, cualificaciones y aplicación, junto con la consciencia de haber logrado conducir a un movimiento popular a un considerable éxito? Todo esto no sería despreciable. A ello habrá que añadir seguramente pronto el orgullo de haber superado décadas bajo condiciones difíciles, mientras que los alemanes occidentales lo tenían más fácil. Por otra parte, el Estado conjunto emergente estará cargado con problemas que introduce la RDA en descomposición: dificultades económicas y sociales de amplio alcance, provocadas por la transición y la adaptación, y potenciales protestas que aquéllas ocasionen, de las cuales se ignora cómo se articularán políticamente; la carga hereditaria de una dictadura que ha durado décadas y que probablemente perviva tanto en continuidades personales como en peculiaridades de la cultura política; una sensible carencia de liberalidad, que ha crecido sólo lentamente en la República Federal; también experiencias de derrota, quizá de humillación; identidades rotas, con todo lo imprevisible que ello implica; problemas no resueltos acerca de cómo hacer frente el pasado. ¿Cómo conseguirá la nueva Alemania absorber estas dificultades sin salir perjudicada?

Comparada con la República Federal, la nueva Alemania se extenderá más hacia el este y será más protestante. Comprenderá territorios centrales de la antigua Prusia, no hallándose limitada esencialmente al territorio de la Alemania de la Confederación Renana. Tendrá una combinación diferente de culturas regionales. El crecimiento económico más lento, la escasez permamente y el rechazo impuesto a la apertura hacia el oeste han favorecido que la RDA haya permanecido más alemana que la República Federal, toda vez que, por motivos comprensibles, se dejó influir

mucho menos, cultural, política y socialmente, por sus vecinos orientales que la República Federal por sus vecinos occidentales. ¿Cambiará la unificación el equilibrio y relajará los lazos de Alemania con Occidente en comparación con la orientación occidental de la República Federal? ¿Significará, por tanto, un retorno a la vía especial alemana entre el este y el oeste, aunque con formas adecuadas a nuestro tiempo? Cierta palabrería sobre una «tercera vía», sobre la función de puente de los alemanes, sobre Berlín como la nueva metrópolis del este separada desde siempre por su sobriedad del Occidente opulento, así como también ciertas críticas a la Ley Fundamental y su supuesto déficit democrático, parecen apuntar en esta dirección.

Quien, tomando en consideración nuestra historia de la vía especial, siga estas tendencias sólo con preocupación y, por motivos nacionales, no esté dispuesto a discutir de nuevo y a renegociar las bases de la República Federal, pondrá todo el interés en que la unificación se desarrolle *bajo las condiciones de Alemania occidental;* es decir, integrando la RDA en la República Federal sobre la base de la Ley Fundamental —sin perjuicio de las necesarias modificaciones de detalle—, desarrollando simultáneamente la vinculación de Alemania con la asociación intensificada de la Comunidad Europea, y sin flirteos con la neutralidad en política militar, independientemente de cómo se denomine el nuevo Estado. Las perspectivas no son malas: el ordenamiento de la República Federal, apoyado en la Ley Fundamental, disfruta de elevada legitimidad, aun reconociendo las críticas y la necesidad de reforma. La integración de la Comunidad Europea está muy avanzada y no obstaculiza de ningún modo la unificación alemana gracias a la inteligente política de los vecinos occidentales; cualquier nueva vía especial alemana saldría cara. E incluso los vecinos orientales parecen preferir la integración occidental del poder militar alemán a su independización, de consecuencias imprevisibles. Así podría ser que, al final de la gran transformación que estamos viviendo, se confirme para toda Alemania lo que la quiebra en torno a 1945 supuso para la parte occidental, concretamente el fin de la vía especial y la vinculación a Occidente, que se extiende con fuerza hacia el este y que significa cada vez menos una región geográfica, y cada vez más un conjunto político, cultural y social de estructuras, relaciones y valores. Pero el futuro está abierto y todavía tenemos la prueba pendiente.

CUARTA PARTE

HISTORIA Y SOCIEDAD CIVIL

CAPÍTULO X

LA DIFÍCIL EMERGENCIA DE UNA SOCIEDAD CIVIL: LA HISTORIA SOCIAL DE LA ALEMANIA MODERNA*

En los últimos años sesenta y durante la década de los setenta emergió un nuevo paradigma de la historia alemana: la historia como «historia de la sociedad» o «historia social» (*Gesellschaftsgeschichte*). Nunca llegó a convertirse en el paradigma dominante y, lejos de constituir una escuela homogénea, siempre fue extremadamente variada en sí misma. Pero en los años siguientes influyó sobremanera en el trabajo de muchos historiadores de la Alemania moderna. Contribuyó a producir interpretaciones de la historia alemana del siglo XIX y XX que enfatizaban su dimensión social, concedían importancia fundamental al período entre 1933 y 1945, e interpretaban el caso alemán sobre el telón de fondo del desarrollo europeo occidental a través de la comparación más o menos explícita, y habitualmente de forma crítica (o autocrítica).

En la actualidad la perspectiva social continúa siendo vigorosa, productiva e influyente en la historia alemana. Pero a lo largo de los años ha cambiado y tiene que enfrentarse a una nueva situación. Ha ampliado su enfoque, al tiempo que aprendía de algunos de sus mayores críticos: la historia del género desde 1970, la historia de la cotidianeidad en los ochenta, y la nueva historia cultural de los ochenta y noventa. La restauración de un Estado

---

* Publicado en Mary FULBROOK y John BREULLY (eds.), *German History since 1800*, London, Arnold, 1997, pp. 493-511.

nacional alemán ha comenzado a alterar las percepciones de los historiadores. Las corrientes intelectuales postmodernas de hoy desafían profundamente algunas de las convicciones intelectuales sobre las cuales está construida la historia social.

¿Dónde nos encontramos ahora? En este ensayo se esbozan, en primer lugar, algunos de los debates sobre la *Gesellschaftsgeschichte* como una aproximación polémica a la historia moderna de Alemania. En segundo lugar, se introduce un posible enfoque para una eventual historia social de la Alemania moderna: el concepto de sociedad civil. El grueso de este artículo (apartados III a V) está dedicado a presentar el esquema básico y los puntos de inflexión más importantes del desarrollo de la sociedad civil en Alemania desde el final del siglo XVIII hasta la actualidad, y a discutir dos temas con algo más de detalle: el papel de la burguesía y de la clase obrera. Ello se justifica porque el problema de la sociedad civil se ha visto, en efecto, estrechamente vinculado al desarrollo de la burguesía y la clase obrera. Pero hay muchos otros temas y problemas que podrían haber sido discutidos en el contexto de la historia de la sociedad civil alemana. En este corto ensayo se han tenido que dejar al margen. El término «burguesía» se utiliza aquí en sentido del *Bürgertum* alemán, un concepto a veces traducido como «clase media». Todos estos conceptos no son del todo congruentes. Una vez más ha sido necesario elegir.

I. La historia social: una aproximación cambiante

En las décadas de los sesenta y setenta, la «historia social» atrapó la imaginación de la joven generación de historiadores. Se convirtió en un concepto central —y un punto de reunión— del revisionismo historiográfico. Significaba muchas cosas al mismo tiempo. Daba prioridad al estudio de determinados fenómenos, como las clases y los movimientos, la urbanización y la industrialización, la familia y la educación, el trabajo y el ocio, la movilidad, la desigualdad, los conflictos y las revoluciones. Hacía hincapié en las estructuras y los procesos por encima de los actores y los acontecimientos. Se dejó atraer más por enfoques analíticos próximos a las ciencias sociales que por los métodos tradicionales de la hermenéutica histórica. Con frecuencia, los historiadores sociales simpatizaban con las reflexiones (como ellos las entendían)

de la gente corriente, de los más débiles, de los movimientos populares o de la clase obrera. La historia social era reivindicada, y rechazada, como una sólida alternativa revisionista a los modos más establecidos de la historiografía dominante, en la cual prevalecían tradicionalmente la reconstrucción de la política y de las ideas, la historia de los acontecimientos y los métodos hermenéuticos.

Cabía distinguir dos significados de historia social. Por una parte, la historia social era entendida como la historia de una dimensión de la realidad histórica, como la historia de las estructuras, los procesos, las prácticas y los significados sociales (en contraste con la historia política, económica, cultural y otras subdisciplinas de similar rango). Por otra parte, la historia social era concebida como una aproximación a la historia general estudiada desde un punto de vista sociohistórico. Para esta segunda variante de historia social surgió en Alemania Occidental la denominación *Gesellschaftsgeschichte*: historia de la sociedad o «historia societal».

Por supuesto, la historia de la sociedad aspiraba a abarcar el estudio del sistema político, del cambio económico y de las pautas culturales tanto como el estudio de la propia esfera social, pero subrayando factores sociales (y en ocasiones económicos). Con independencia de lo que esto significara en detalle, el proyecto de la historia de la sociedad tenía como objetivo el contexto, las estructuras globales en un sentido sincrónico y diacrónico. Postulaba la reconstrucción del entramado social entre las diferentes esferas, o espacios, o dimensiones de la historia, y pretendía conceptualizar estas relaciones como *Gesellschaft* (sociedad). Se abrigaba la convicción fundamental de que el pasado no debía ser disuelto en sus partes constituyentes si se deseaba entenderlo. La historia de la sociedad quería trascender la superficie, los acontecimientos, las percepciones, las imágenes, sin prescindir de ellas en conjunto. No sólo preguntaba cómo, sino también por qué. Se esperaba a menudo que de esta manera pudiera accederse a un conocimiento histórico que contribuyera a una mayor orientación y a una práctica más ilustrada en el presente. Quienes se dedicaban a la historia de la sociedad eran conscientes de que sólo podían tener éxito con un proyecto tan ambicioso si estaban dispuestos a adoptar herramientas analíticas avanzadas: conceptos explícitos y bien definidos, teorías y modelos, métodos cuantitativos y cualitativos sofisticados. En las vecinas

ciencias sociales buscaban sugerencias y cooperación. Añadían una considerable autorreflexión metodológica y teórica acerca de las condiciones y consecuencias de lo que era y lo que hacía la historia de la sociedad.

Más allá de estos rasgos comunes, la historia de la sociedad se manifestaba a través de formas muy diferentes, como puede comprobarse al comparar a las principales figuras de este campo en diferentes países: Hans-Ulrich Wehler en Alemania, Eric Hobsbawm en Inglaterra, Fernand Braudel en Francia y Charles Tilly en Estados Unidos. Se utilizaban enfoques diferentes: ideas marxistas dentro o fuera de la tradición del materialismo histórico, conceptos de modernización, aproximaciones weberianas, teorías de desigualdad social, así como otras perspectivas, con frecuencia *bricolages* eclécticos, hechos por uno mismo. La síntesis desarrollada se convirtió en la excepción, reservada a los maestros en la disciplina. Más habituales eran los esquemas simplificados, marcos dentro de los cuales podían ser integrados estudios monográficos más detallados. Muy a menudo sólo la perspectiva general o el talante intelectual mostraban la adscripción de un artículo o un libro a la historia social. Rara vez podía cumplirse la totalidad del programa.

En los años sesenta y setenta, los principales adversarios de la historia social eran los defensores de la historia política. En Alemania eran influyentes, pero sus argumentos no pesaban mucho, puesto que quienes se dedicaban a la historia social no ignoraban la política, sino que más bien trataban de relacionarla con factores sociales y económicos.

Más tarde, las historiadoras criticaron la ceguera de género de la historia social, que, en efecto, había privilegiado la clase, ignorando el género, así como otras dimensiones de la desigualdad social. No resultó imposible, sin embargo, ampliar los parámetros de la historia social, e historiadoras como Ute Frevert han practicado historia del género dentro de marcos deudores de tradiciones de la historia social. Pero las relaciones entre clase, género y etnicidad continuaron siendo un asunto clásico, no totalmente resuelto dentro de este tipo de historia.

En los ochenta el ataque más interesante provino de los defensores de la historia de la cotidianeidad (*Alltagsgeschichte*). Recelaban de los grandes conceptos analíticos utilizados con frecuencia por los historiadores de la sociedad, tales como industrialización, formación de clase, construcción de la nación o

urbanización. En su lugar, buscaban reconstruir el mundo del pasado desde los puntos de vista y con los conceptos de la gente del pasado —una estrategia 'historicista', cuyas dificultades intrínsecas han sido criticadas desde hace tiempo por historiadores analíticos dentro y fuera de la historia social—. Los historiadores de la cotidianeidad consideraban la historia social excesivamente estructuralista y preferían estudiar el lado subjetivo: cómo la gente del pasado experimentaba, percibía y (quizá) cambiaba su mundo. Estos historiadores criticaban la historia social por ser una «historia desde arriba» (lo que era sólo parcialmente cierto) y postulaban frecuentemente una «historia desde abajo». Se inclinaban por estudios microhistóricos y habitualmente eludían (o rechazaban) el énfasis de la historia social en los contextos amplios y las interacciones.

El debate fue polémico e interesante; ahora ya está superado. Creo que dio lugar a tres resultados. En primer lugar, reveló los límites, las debilidades y las contradicciones implícitas en la historia de la cotidianeidad presentada como una alternativa estricta (no como complemento) de la historia social. En segundo lugar, ayudó a los historiadores sociales a ser conscientes del hecho indiscutible de que una reconstrucción completa del pasado no puede prosperar sin prestar atención a la percepción y a la acción. Por ejemplo, medir y describir pautas de movilidad social es sólo un paso; no nos cuenta nada acerca de las experiencias, valores y acciones de la gente en respuesta a la estabilidad social o al cambio. Como consecuencia, la historia social se ha hecho más sensible a factores subjetivos. Sus practicantes han intentado combinar, con diferente éxito, estructura y acción, proceso y experiencia. Pero, en tercer lugar, ha quedado claro que hay, y sigue habiendo, una brecha y una tensión entre la historia social y la historia de la cotidianeidad. Si se quiere comprender las *condiciones* y las *consecuencias* de las percepciones, las decisiones y las acciones, si se pretende alcanzar un entendimiento de las interconexiones y sintetizar, no cabe prescindir de aproximaciones analíticas; es menester reconstruir las estructuras y los procesos, que son inaccesibles o carentes de interés para los historiadores de la cotidianeidad.

El reto más productivo surgió del lado de la 'nueva historia cultural' de las décadas de los ochenta y los noventa (ya iniciada en los setenta). Los practicantes y los defensores de la historia cultural (o sociocultural), extraordinariamente diversa en sí misma,

han criticado la historia social por descuidar la producción y la destrucción de sentido, los procesos de significación y designificación, las prácticas y los productos culturales, los aspectos simbólicos de la realidad histórica, el lenguaje y otras formas de comunicación —esto es, dimensiones de la historia entretejidas con otras dimensiones, y presentes siempre que los humanos se relacionan entre sí y con su mundo—. Tienen algo de razón. La historia social alemana (incluyendo la historia de la sociedad) emergió a base de distanciarse de tradiciones más antiguas que habían privilegiado fuertemente las dimensiones de sentido, intención y acción, así como un mundo ficticio de 'ideas objetivas', al precio de descuidar las condiciones materiales, las relaciones sociales y los problemas de desigualdad, autoridad y dependencia. La historia social alemana consideró necesario enfrentarse y enderezar un desequilibrio. Y en este proceso han podido emerger nuevos desequilibrios, esta vez al precio de descuidar los aspectos culturales.

En años recientes se han incorporado impulsos de la historia cultural francesa, inglesa y americana, de la antropología cultural y de los escritos clásicos de Georg Simmel, Ernst Troeltsch, Norbert Elias y, de nuevo, Max Weber. La *Begriffsgeschichte* (historia de los conceptos) de Reinhart Koselleck, que siempre ha estado abierta a la historia semántica y social, ha servido de puente. En cualquier caso, muchos historiadores sociales ya habían incluido la cultura cuando estudiaron la clase obrera, la burguesía, las relaciones de género o la historia de la familia. La historia social rechaza acertadamente las reivindicaciones totalizantes de algunos historiadores culturales que equiparan la cultura con la totalidad del proceso histórico. Se opone pertinentemente a las pretensiones absolutistas de algunos partidarios del «giro lingüístico» que niegan la accesibilidad a los historiadores de cualquier otra cosa que no sean textos. Pero la historia social ya va camino de incorporar aproximaciones histórico-culturales que plantean nuevos problemas teóricos y empíricos, no completamente resueltos hasta ahora. En este proceso, la historia social y las formas de su presentación cambiarán necesariamente y está por ver hasta dónde llegará este cambio.

Hay también desafíos más radicales (y menos productivos) a la historia social. La mayor parte del trabajo historiográfico es especializado, monográfico y estrechamente definido en cuanto a sujeto, período y espacio. No hay, por supuesto, nada malo en ello; antes al contrario. Así es como se produce gran parte del

avance de una disciplina empírica, siempre que la investigación especializada o las reconstrucciones microhistóricas estén relacionadas con contextos más amplios (que pueden ser construidos de muy diferentes formas). Pero, más o menos en la última década, los historiadores se han concentrado crecientemente en la historia de acontecimientos, coyunturas, imágenes o prácticas específicas, considerando innecesario o incluso ilegítimo todo intento de situar explícitamente su tema específico en un contexto más amplio. De acuerdo con un cierto talante postmoderno, se favorecece la descentralización y la deconstrucción de conceptos sistemáticos. Los contextos son denunciados como quimeras, inaccesibles a los historiadores o como objetos tediosos. Se recuperan los fragmentos, se preservan las huellas (*Spuren*), se crean instantáneas fugaces y se reconstruyen fenómenos parciales. Se evita cualquier intento de reconstruir analíticamente las imágenes y los fragmentos relacionándolos entre sí y con estructuras, procesos y contextos más amplios. También se soslaya el uso explícito de conceptos sistemáticos. La presentación, aislada aunque rica, es a veces confusa. La historia se disuelve en historias.

Este tipo de trabajo puede ser altamente sofisticado y entretenido. Ciertamente, la casa de los historiadores tiene y debe tener muchas salas, estancias y nichos diferentes. Pero es evidente que estas aproximaciones se hallan muy lejos de la historia social con sus pretensiones analíticas y sintetizadoras. Desde el punto de vista de esta historia, uno está tentado de decir que la historia pierde su poder de orientación hacia el presente si se encuentra fragmentada y compartimentada en partes inconexas. Reconstruir estos fenómenos parciales, preservar los vestigios y recuperar las imágenes es indispensable y loable, pero no puede sustituir el trabajo conceptual.

II. Las dinámicas de la sociedad civil

Los autores alemanes han practicado la historia social de formas diferentes. La teoría de la modernización fue utilizada, entre otros, por Thomas Nipperdey para construir un relato sintetizador de la historia alemana en los siglos XIX y XX. Las teorías que tratan sobre la sucesión, revolucionaria o no-revolucionaria, de 'formaciones sociales' han marcado las narraciones de la historia social elaboradas no sólo por autores de la República Democráti-

ca Alemana, sino también por historiadores de Alemania Occidental, como Reinhard Rürup en su síntesis del período entre 1815 y 1871. Ha habido intentos de utilizar el concepto de la 'sociedad de clases' para estructurar síntesis o marcos de análisis en estudios monográficos, por ejemplo, en mi propio libro sobre la Primera Guerra Mundial, «Sociedad de clases en guerra» (*Klassengesellschaft im Krieg*). La *Gesellschaftsgeschichte* de Hans-Ulrich Wehler, que aplica una aproximación weberiana flexible, es hasta el momento el logro más importante en el campo de la historia social: tres volúmenes han aparecido ya, que versan sobre Alemania durante el 'largo siglo XIX' desde 1789 a 1914; el volumen 4 se halla en preparación.

Recientemente se ha hecho algún progreso en la conceptualización de la historia alemana desde el final del siglo XVIII hasta el presente en términos de un hasta ahora inacabado (y probablemente nunca acabable) proceso de nacimiento, crisis, fractura y resurrección de la sociedad civil. A lo largo de la pasada década y media se ha intensificado la investigación sobre la historia de la burguesía alemana (*Bürgertum*), contribuyendo mucho al refinamiento del concepto *bürgerliche Gesellschaft* o *Bürgergesellschaft* (sociedad burguesa o civil). (Deberíamos recordar que la palabra alemana *Bürger* significa tanto 'burgués' como 'ciudadano'). En los últimos ochenta y los primeros noventa se han discutido extensamente distintas acepciones y visiones de la sociedad civil en Europa centrooriental, donde intelectuales disidentes se han valido de esta tradición para criticar el comunismo dictatorial. Una aproximación construida en torno al concepto de sociedad civil podría convertirse en un medio importante de conceptualizar y escribir la historia de la sociedad alemana de los dos últimos siglos de forma comparada.

El concepto de sociedad civil que tengo en mente emergió como un proyecto utópico en la segunda mitad del siglo XVIII y en los albores del XIX. Son muchos los autores que han realizado diversas contribuciones a este concepto: desde Locke, Ferguson y Adam Smith a Kant, Hegel y los teóricos liberales del período post-napoleónico, pasando por Montesquieu y los *encyclopédistes*.

De fundamental importancia era la visión de una sociedad moderna, secularizada, de individuos libres e independientes que pudieran manejar sus relaciones entre sí de forma pacífica y razonable a través de la competencia individual y la cooperación y

asociación voluntarias, sin demasiada desigualdad social y sin la tutela de un Estado autoritario. Para ello resultaban necesarias ciertas condiciones institucionales: la garantía de derechos individuales, la protección de la familia, mercados, un espacio de debate público, un Estado-nación, el respeto a la legalidad, un gobierno constitucional y la representación parlamentaria. Estas demandas estaban intrínsecamente vinculadas con una nueva concepción de las relaciones sociales: el trabajo, el logro y el éxito, no el nacimiento ni el privilegio, debían determinar la distribución de la riqueza, del estatus y del poder. La educación debía adquirir la máxima importancia. El uso público de la razón debía remplazar la legitimación por la tradición. La vida privada y pública debían hallarse claramente separadas. Determinadas actitudes, normas y prácticas culturales, incluyendo la autodisciplina y la limpieza individual, las diferencias rigurosamente definidas entre los sexos, ciertos valores estéticos y una noción clara de superioridad frente al mundo natural, debían convertirse en universales. Era ésta una cultura promovida y destacada en círculos burgueses, en el *Bürgertum* emergente. Al mismo tiempo, el proyecto de sociedad civil reclamaba aplicabilidad universal. En principio, pretendía libertad, igualdad de oportunidades y participación *para todos*. Reflejaba así su inspiración en las ideas de la Ilustración.

Ésta fue su contradicción básica. Por una parte, reivindicaba aplicabilidad universal. Por otra, se hallaba intrínsecamente unido al muy reducido medio burgués, no sólo porque aquí se ubicaba socialmente su origen, sino también porque el estatus burgués —incluyendo la independencia individual debida a la riqueza, la posición o la educación— era necesario para obtener plenos derechos de ciudadanía. Las leyes electorales del siglo XIX establecían esto muy claramente, lo cual significaba que tanto la mitad femenina de la población como la masa de clases bajas (incluidas alquellas que estaban un poco más arriba) se hallaban virtualmente excluídas de la ciudadanía y de las demandas y promesas del proyecto de sociedad civil. Demandas universalistas frente a realidad exclusiva: se necesitaron dos siglos para reducir esta discrepancia, desafiada de forma más efectiva por el movimiento obrero socialista y la crítica marxista, y más tarde por el movimiento feminista, así como también por los reformadores liberal-democráticos a lo largo de todo el período. Todos ellos se basaron esencialmente en las exigencias y los principios del modelo de

sociedad civil para criticar el estadio imperfecto de su realización. Se demandaron e impulsaron procesos de democratización, se desarrolló el Estado de Bienestar, y se dieron finalmente algunos pasos hacia una mayor igualdad entre los géneros. Emergieron nuevas dificultades, peligros y crisis. Hubo retrocesos y rupturas, particularmente durante las dictaduras del siglo XX. Estos conflictos y procesos fueron cambiando el concepto de sociedad civil. Tendría que cambiar todavía más para hacer frente a los problemas del presente y del futuro. Hasta ahora no ha sido totalmente realizado en ningún lugar, y su extensión mundial sólo acaba de comenzar.

Lo que ha sido y continúa siendo un concepto normativo de alcance político, social, económico y cultural puede ser reformulado como un concepto ideal-típico y utilizado con propósitos analíticos. ¿Cómo se desarrolló la sociedad civil en Alemania? ¿Qué caracterizó el caso alemán? ¿Cuáles fueron los hitos decisivos?

III. La emergencia de la sociedad civil en Alemania, 1800-1918

En Alemania, entre 1800 y los primeros años de la década de 1870, emergió una sociedad civil en tres estadios y medio. Ciertamente, el proceso se había ido preparando en el siglo XVIII: el capitalismo había avanzado lentamente tanto en la agricultura como en la industria, algunas reformas administrativas y legales habían tenido lugar, por ejemplo, en 1794, en Prusia. Pero fue en el período entre 1800 y 1815-18 cuando el orden feudal en el campo y el orden corporativo en las ciudades fueron liquidados o radicalmente debilitados. Este hecho sentó la base legal para el desarrollo de la dinámica del capitalismo durante los dos siglos siguientes. Reformas educativas de gran alcance institucionalizaron la importancia de la educación, que se convirtió en la otra gran fuerza dinamizadora del tiempo por venir. Las reformas administrativas y constitucionales eran limitadas, pero no se hallaban del todo ausentes; estipulaban la eventual participación política de la burguesía y de los estratos sociales por encima de ella. Comenzó un movimiento nacional. Directa o indirectamente, la influencia francesa fue decisiva. Se trataba, básicamente, de reformas desde arriba en una sociedad en buena medida tradicio-

nal; los movimientos populares desempeñaron sólo un papel secundario.

Sin embargo, los movimientos populares fueron importantes en el éxito parcial de las demandas liberales a favor de la reforma política en algunas regiones alemanas en 1830-31. Un panorama similar, aunque más dinámico y socialmente más heterogéneo, se dio en la Revolución de 1848-49, que no terminó únicamente en una derrota, sino que también supuso un avance de la causa de la sociedad civil al acelerar la empresa todavía inacabada de la reforma agraria, hacer una política económica más favorable a la industrialización y establecer el gobierno constitucional (aunque de naturaleza bastante conservadora) en las dos principales monarquías de la Federación Germánica, Prusia y Austria.

Fue la década que arranca en los primeros años de 1860 la que trajo consigo el avance decisivo. Las reformas legales dieron la estocada final a los vestigios supervivientes del orden feudal y corporativo, y aflojaron la intromisión del gobierno sobre la sociedad; todo tipo de controles e intervenciones se debilitaron, en tanto que el cambio económico y la movilización social se aceleraron. La revolución industrial avanzó rápidamente, se agudizaron los conflictos sociales y emergió el movimiento obrero. Con la ayuda de tres guerras se ensambló un Estado nacional alemán bajo la hegemonía de Prusia y la dirección de Bismarck, algo que la Revolución de 1848-49 había pretendido, en vano, de una forma diferente. Y se decidió la cuestión constitucional: en contra de la parlamentarización completa, tal y como demandaban los liberales, y manteniendo efectivamente gran parte del poder de las viejas elites e instituciones; aunque también en contra de las demandas reaccionarias de muchos conservadores y a favor de una constitución con algunos elementos liberales. El sufragio universal masculino en elecciones nacionales —bastante democrático para el período— supuso un elemento adicional, que Bismarck concebía como un arma contra los liberales. Este compromiso distinguió drásticamente la historia constitucional alemana de las siguientes décadas del modelo de gobierno parlamentario europeo occidental. Una vez más, el cambio radical fue dirigido «desde arriba», pero a diferencia de sus predecesores entre 1800 y 1815, Bismarck tuvo que admitir un movimiento sociopolítico activo, los liberales, cuyo enfrentamiento y cuya cooperación con el gobierno influyeron profundamente sobre las decisiones y los resultados de la década.

En los años setenta del siglo XIX los elementos cardinales de una sociedad civil habían sido establecidos de una manera específicamente alemana, y en la fase del II Reich (1871-1918) experimentarían un desarrollo ulterior: una economía capitalista, altamente dinámica, innovadora, progresivamente industrializada y creciente; una legislación relativamente liberal, que regulaba componentes esenciales de la sociedad civil, como los derechos civiles, los contratos privados y la vida familiar; un espacio operativo de debate público; muchas asociaciones voluntarias e iniciativas ciudadanas; un sistema dinámico de educación y ciencia; competencia entre los partidos y gobierno constitucional. Por otra parte, el *Kaiserreich* no era, en ningún caso, un sistema parlamentario. Gran parte del poder político y de la influencia cultural residía en las viejas elites, la nobleza, la burocracia y el ejército. La vida cotidiana y la cultura pública se hallaban impregnadas de militarismo social y burocratización civil. El nacionalismo iba en aumento, se hizo más agresivo y se desplazó a la derecha, en estrecha asociación con actitudes y movimientos crecientemente intolerantes. Al menos en el nivel nacional, el liberalismo se debilitó intensamente. Las reformas constitucionales se paralizaron. Se necesitó una guerra, una derrota humillante y otra revolución para hacer realidad la parlamentarización, no sin arduas resistencias. El *Kaiserreich*, en conjunto, representó un compromiso profundamente ambivalente e inestable en la difícil senda hacia una sociedad civil en Alemania.

IV. Burguesía y clase obrera

El surgimiento de la sociedad civil se hallaba intrínsecamente relacionado con el cambio en la estructura de clases, y fundamentalmente con el carácter y el papel cambiantes de la clase media o burguesía (*Bürgertum*). Mientras tradiciones historiográficas más antiguas habían tendido a equiparar la historia de la burguesía con la historia de los comerciantes, banqueros, fabricantes, industriales y otra gente de negocios, en años recientes ha emergido una visión más equilibrada que reconoce también a la burguesía educada y profesional (*Bildungsbürgertum*), es decir, a la gente instruida, como médicos, profesores, clérigos, juristas y otros profesionales, así como a administradores y funcionarios con formación académica. Estas categorías —de acuerdo con ob-

servadores contemporáneos y sobre la base de criterios inteligibles— no pertenecían a la burguesía menos que la burguesía económica (*Wirtschaftsbürgertum*), es decir, los capitalistas, los empresarios, los directivos, etcétera. Lo que tenían en común los diferentes segmentos de la burguesía no era una posición de clase en sentido marxiano, sino otros dos factores. En primer lugar, compartían adversarios comunes. En los siglos XVIII y XIX se distanciaban del mundo del privilegio aristocrático, del absolutismo ilimitado y de la ortodoxia religiosa, tanto como en los siglos XIX y XX, de aquellos que se hallaban por debajo de ellos, de los estratos más bajos, la gente, la clase obrera. En segundo lugar, los diferentes sectores de la burguesía compartían una cultura común, definida por un tipo de vida familiar específica y relaciones de género desiguales, respeto al trabajo y a la educación, énfasis sobre la autonomía personal, el logro y el éxito, una visión específica del mundo y un estilo de vida típico, en el cual desempeñaban un papel importante los clubs, las asociaciones y la comunicación urbana. Sobre estos fundamentos compartidos —unos adversarios y una cultura comunes—, y a pesar de su notable heterogeneidad en muchos otros aspectos, la burguesía desarrolló en la Europa de los siglos XVIII, XIX y XX algo parecido a una identidad común, convirtiéndose en un propagador fundamental del progreso con un impacto destacado sobre el cambio social, político, económico y cultural.

Lo que caracterizaba a la burguesía alemana no era su pequeño tamaño (5-7% de la población, sin contar la más amplia *petite bourgeoisie* o clase media baja); a este respecto otros casos europeos no eran muy diferentes. Tampoco era específico de Alemania que el apoyo de la burguesía al programa de la sociedad civil y su identificación con él fueran más débiles al final del siglo XIX y a principios del XX que al final del siglo XVIII y principios del XIX; en todas partes, con el tiempo, la burguesía se tornó más establecida, exclusiva, conservadora y defensiva. Ni tampoco cabe mantener, en contraste con una interpretación más antigua, que la alta burguesía alemana se hallase especialmente 'feudalizada' o 'aristocratizada' en las postrimerías del siglo XIX. En Gran Bretaña y Francia el desarrollo de una elite compuesta de partes de la nobleza y de la burguesía se hallaba más avanzado que en Alemania.

Más bien, junto a un alto grado de diferenciación regional y religiosa, deben mencionarse cuatro aspectos específicos de la

burguesía alemana. En comparación con la burguesía económica y mercantil, el *Bildungsbürgertum* era extremadamente fuerte, respetado e influyente en Alemania. Dentro del *Bildungsbürgertum* los funcionarios desempeñaban, sin duda, un papel protagonista, y esto se correspondía con fuertes tradiciones, inclinaciones y orientaciones burocráticas de la burguesía alemana en general. El predominio social y la influencia política de la burguesía alemana parecen haber sido relativamente débiles si los comparamos con Europa occidental, aunque relativamente fuertes con respecto al este. Y la burguesía alemana hubo de hacer frente a una clase trabajadora especialmente bien desarrollada y a un movimiento obrero de una importancia notable.

Como en la mayoría del resto de países, en Alemania la emergencia de una clase trabajadora se hallaba estrechamente asociada a la industrialización que, con marcadas variaciones regionales, irrumpió en el período comprendido entre los cuarenta y los setenta del siglo XIX, y experimentó un aceleramiento ulterior durante el *Kaiserreich* (tabla 1). La industrialización y la consiguiente migración y urbanización (tabla 3) convirtieron el trabajo asalariado (que, por supuesto, era una institución más antigua) y la separación entre el trabajo doméstico y el industrial (tampoco completamente desconocida antes) en fenómenos de masas. Las relaciones entre los trabajadores y los empleadores cambiaron, la comunicación entre los diferentes tipos de trabajadores aumentó; compartían experiencias comunes y aprendieron a articular intereses comunes, particularmente bajo condiciones de tensión y conflicto con los patronos, otros sectores de la burguesía y las autoridades. En esta situación, aunque alimentada desde diferentes fuentes (entre ellas, las tradiciones de antiguos oficiales y artesanos), emergió algo parecido a una cultura de la clase trabajadora, influida tanto por condiciones de vida y experiencias específicas de dependencia y exclusión de la esfera pública, como por la propia experiencia laboral; una cultura separada de la cultura burguesa y crítica respecto a ella, aunque ésta no dejara de influirla. Fue esta configuración la que hizo específicamente posibles iniciativas de la clase obrera y de organizaciones de trabajadores, con las que se comprometieron grupos minoritarios de trabajadores: huelgas y protestas, cooperativas y sociedades de amigos, sindicatos y partidos obreros.

Tabla 1. Población activa alemana según los principales sectores económicos, 1800-1993

	Agricultura (%)	Industria (%)	Servicios (%)	Total (millones)
1800	62	21	17	11
1849	56	24	20	15
1875	50	29	21	19
1907	35	40	25	28
1939	25	41	34	36
1970	9	49	42	26
1990	4	40	56	29
1993	3	39	58	36

Nota: 'Agricultura' incluye agricultura, montes y pesca. 'Industria' incluye oficios, fabricación, minas y construcción. 'Servicios' inlcuye comercio (*Handel*), tráfico y transporte (*Verkehr*), así como también servicios (*Dienstleistungen*). Las cifras para 1800 y 1875 se hallan referidas a la población del territorio comprendido por el Imperio Alemán de 1871. El resto de cifras se basan sobre el Imperio Alemán y la República Federal (fronteras cambiantes). Las cifras correspondientes a la RDA en el año 1970 son las siguientes: 13% en agricultura, 49% en industria y 38% en servicios (sobre un total de 8 millones de población activa).

Fuentes: W. FISCHER *et al.*, *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch*, München, 1982, vol. 1, p. 52ss.; STATISTISCHES BUNDESAMT, (ed.), *Bevölkerung und Wirtschaft 1872-1972,* Stuttgart, Kohlhammer, 1977, p. 142; R. RYTLEWSKI y M. OPP DE HIPT, *Die Deutsche Demokratische Republik in Zahlen 1945/49-1980,* München, Beck, 1987, p. 66; STATISTISCHES BUNDESAMT, (ed.), *Statistisches Jahrbuch 1995 für die Bundesrepublik Deutschland,* Stuttgart, Metzler-Poeschel, 1995, p. 108.

Fue éste un proceso complicado e inacabado de evolución de clase, cuya fase inicial y formativa aconteció en Alemania en el tercer cuarto del siglo XIX. En las décadas siguientes se aceleró, se extendió y profundizó. Como muestra la tabla 2, en 1907 el 55% de la población activa se hallaba registrada como *Arbeiter* (trabajadores de cuello azul), sólo un 10% pertenecían a la categoría de personal asalariado, y en torno al 20%, a la categoría menguante de empleados autónomos (el resto quedaba clasificado como 'ayudas familiares'). Hacia 1907, el sector industrial (que incluía artesanía, construcción y minería) se había convertido en el más amplio, absorbiendo al 40% de la población activa (la agricultura, 35%, y los servicios, 25%). En los sectores manufactureros y

mineros (en las unidades con diez o más empleados), 120.000 empresarios y directivos se enfrentaban a 6,2 millones de trabajadores de cuello azul (y sólo 615.000 empleados de cuello blanco). Desde 1871 hasta 1910 la proporción de la población que residía en localidades de menos de 10.000 habitantes había caído del 81% al 54%, mientras que el porcentaje de habitantes de grandes ciudades de más de 100.000 había aumentado del 5% al 27% (tabla 3). Estas cifras sólo sugieren la creciente *posibilidad* de la formación de una clase obrera. Pero otros datos apuntan también a cambios congruentes con esta tendencia en el nivel de las actitudes o de los comportamientos. En vísperas de la Primera Guerra Mundial aproximadamente tres millones de trabajadores se hallaban afiliados a sindicatos, una abrumadora mayoría de ellos a sindicatos socialistas o socialdemócratas. En torno al 30% de todos los trabajadores no agrícolas estaban sindicados. El conflicto industrial se intensificó. Hubo años (1905, 1912) en los que en

Tabla 2. Población activa alemana según posición (*Stellung im Beruf*), 1882-1993

	Autónomos (%)	Ayudas familiares (%)	Asalariados de cuello blanco (%)	Trabajadores de cuello azul (%)	Total (millones)
1882	28	10	6	56	19
1907	20	15	10	55	28
1925	17	17	17	49	32
1933	16	16	17	50	32
1950	14	17	22	47	22
1960	12	10	28	50	27
1970	10	7	36	47	27
1980	9	3	46	42	27
1990	9	2	52	37	29
1993	9	1	53	37	36

Nota: Las categorías alemanas son: *Selbständige*, *Mithelfende Familienangehörige*, *Beamte und Angestellte* y *Arbeiter*. Respecto a la extensión territorial y las fuentes, *vid.* la nota de la tabla 1.

Fuentes: como en la tabla 1, y STATISTISCHES BUNDESAMT, (ed.), *Statistisches Jahrbuch 1981 für die Bundesrepublik,* Stuttgart, Kohlhammer, 1981, p. 95. Respecto a la diferente categorización en la RDA, *vid.* RYTLEWSKI y OPP DE HIPT, p. 67.

Tabla 3. Porcentaje de la población alemana por tamaño de la localidad de residencia, 1819-1993

	Menos de 2.000	2.000-10.000	10.000-50.000	50.000-100.000	Más de 100.000
1819	91		5-6	1-2	1-2
1830	92		5	1-2	1-2
1871	62	19	9	5	5
1890	49	19	12	4	16
1910	35	19	13	6	27
1933	30	18	12	6	35
1950	25	21	17	6	31
1970	19	21	21	7	32
1987	6	20	32	9	33
1993	9	19	31	9	32

Nota: Las cifras de 1819 y 1830 se refieren a la población de la Federación Germánica, excluidos Austria y Luxemburgo. Todas las demás se refieren al Imperio Alemán y la República Federal (fronteras cambiantes). En 1970, el 26% de la población de la RDA vivía en localidades de menos de 2.000 habitantes, el 52% en localidades entre 2.000 y 10.000, y el 22%, en comunidades de más de 100.000 habitantes.
Fuentes: J. KOCKA, *Arbeitsverhältnisse und Arbeiterexistenzen. Grundlagen der Klassenbildung im 19. Jahrhundert,* Bonn, J. H. W. Dietz, 1990, p. 54; STATISTISCHES BUNDESAMT, (ed.), *Bevölkerung und Wirtschaft 1872-1972*, p. 94; R. RYTLEWSKI y OPP DE HIPT, p. 47; STATISTISCHES BUNDESAMT, (ed.), *Statistisches Jahrbuch 1988 für die Bundesrepublik,* Stuttgart, Kohlhammer, 1988, p. 60; STATISTISCHES BUNDESAMT, (ed.), *Statistisches Jahrbuch 1995 für die Bundesrepublik,* Stuttgart, Metzler-Poeschel, 1995, pp. 58-59.

torno a 500.000 trabajadores participaron en huelgas o se convirtieron en víctimas de cierres patronales, sobrepasando con mucho las cifras anteriores. En 1912 el Partido Socialdemócrata, de estricta oposición, obtuvo el 35% del voto nacional; entre sus 4,25 millones de votantes, los trabajadores se hallaban indudablemente en mayoría. El lenguaje de clase proliferaba. Las distinciones y las tensiones de clase estructuraban la realidad social del Imperio más que cualquier otra línea de diferenciación social o conflicto. Ciertamente, las intermediaciones y lealtades que tendían puentes entre las clases no se hallaban del todo ausentes. No obstante, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, la sociedad alemana era, más que nunca antes, una sociedad de clases.

No es que el movimiento obrero alemán fuera más radical que movimientos similares en Francia, Italia u otras partes de Europa. Tampoco cabe afirmar, en general, que a los trabajadores alemanes se les negaran los derechos civiles y las oportunidades políticas y sociales en mayor medida que a sus iguales en otros países europeos. Más bien habría que enfatizar otros dos aspectos específicos de la situación alemana. En primer lugar, la cronología fue importante. Los partidos alemanes de trabajadores fueron un producto de la década de los sesenta del siglo XIX. En el contexto internacional este acontecimiento resulta precoz, se hallaba relacionado con la temprana introducción del sufragio universal masculino e indicaba la limitada capacidad del liberalismo alemán de desplegarse, integrar y dominar. La simultaneidad de la emergencia del movimiento obrero, la formación del Estado nacional y la irrupción decisiva de la sociedad civil merecen ser subrayadas como especificidad de la pauta de desarrollo alemana. Esta característica específica puede haber contribuido a una tensión fundamental entre la sociedad civil y el Estado-nación, por una parte, y el movimiento obrero, por otra. En segundo lugar, el movimiento obrero alemán se caracterizaba por su extensión y buena organización, y ofrecía una oposición de principio sobre una base teórica bien elaborada, derivada del pensamiento democrático y del socialismo marxista. Aunque, en rigor, no resultó muy perturbador, presentaba un desafío sólido a un sistema político inflexible y una sociedad jerárquica. Quizá ello se debiera a una pauta distinta de formación de clase, quizá al impacto de tradiciones feudales y corporativas supervivientes y, ciertamente, al carácter autoritario e intolerante del sistema de gobierno que combinaba paternalismo con represión y exclusión.

Como consecuencia, grandes sectores de la burguesía alemana se sentían especialmente cuestionados y profundamente amenazados. Se hicieron muy defensivos y se desplazaron a la derecha, alineándose con las viejas elites y el *status quo* político. Perdieron de vista las promesas universales del hasta entonces incompleto proyecto de la sociedad civil, a las que la realidad contradecía tan claramente. Mientras el movimiento obrero socialista atacaba elementos centrales de este proyecto (particularmente la economía capitalista de mercado), se hallaba firmemente comprometido con otros, como los derechos civiles, la igualdad de oportunidades, la crítica pública y la democratización. Al final del siglo XIX y a comienzos del XX, el proyecto de la sociedad civil

perdió parte del apoyo de la clase media, pero ganó algunos aliados de la clase trabajadora, quienes, no obstante, procuraron cambiarlo reivindicando para ellos mismos sus principios. Cabría formular un argumento similar respecto a las demandas y los movimientos feministas, que eran entonces mucho más débiles, pero adquirirían gran fortaleza en la segunda mitad del siglo XX.

Desde entonces el panorama de clases ha cambiado profundamente. Mientras la formación de clase fue la tendencia dominante hasta la Primera Guerra Mundial, las tendencias contrarias ganaron la mano del período de entreguerras en adelante, tendiendo más bien a la fragmentación y la disolución de clase. La población activa cambió. Como ilustra la tabla 2, el peso relativo del sector de cuello azul ha disminuido de manera importante. A partir de los años sesenta comenzó a reducirse incluso en números absolutos. La cultura de la clase trabajadora siempre había sido un fenómeno de cuello azul, parte del mundo de los trabajadores manuales cualificados. El desplazamiento hacia el trabajo asalariado de cuello blanco y profesional estaba destinado a cambiar esta ecuación. La cultura y las instituciones de la clase trabajadora sufrieron mucho bajo la dictadura nazi. El terror y la guerra, los bombardeos de las ciudades y la reorganización traumática de la sociedad y la cultura alemanas como consecuencia de la guerra y la derrota, las migraciones masivas y las transferencias de población, favorecieron adicionalmente el debilitamiento de las estructuras de clase tradicionales. Ante todo, el crecimiento económico sin precedentes desde los cincuenta hasta los ochenta, la democratización y el éxito del Estado del Bienestar, la emergencia del consumismo y la cultura de masas, el equilibrio cambiante entre trabajo y ocio, los desplazamientos culturales, el desdibujamiento de las pautas de desigualdad social y la 'individualización' de las oportunidades vitales, contribuyeron decisivamente a la erosión de las identidades de clase. Así ocurrió, en particular, en Alemania Occidental; el crecimiento económico, el consumismo y la democratización fueron menos importantes o se hallaron del todo ausentes en la RDA. Pero aquí el abandono de los principios de mercado y el gobierno dictatorial comunista provocaron la destrucción del sistema de clases tradicional de una forma mucho más intensa. La clase obrera no ha desaparecido en Alemania, pero la importancia relativa de la clase como factor determinante de la riqueza, el estatus y el poder, la pertenencia y la distancia social, la identificación subjetiva y la orientación cultural ha menguado intensamente. Hoy día,

la clase es mucho menos importante que lo fue al comienzo del siglo.

Crisis y éxito, expansión y erosión han caracterizado la historia de la burguesía desde la Primera Guerra Mundial. La disolución de la clase obrera ha privado a la burguesía del principal adversario que le quedaba. Por otra parte, la distinción entre aristocracia y burguesía ya había perdido la mayor parte de su importancia legal hacia 1918-1919, y posteriormente perdió cualquier otro significado político y social. La aristocracia ha perdido todos sus privilegios, dejando de ser la poderosa elite dirigente que fue durante varios siglos. En cierto sentido, la burguesía ha sobrevivido a sus detractores, pero sin ellos ha perdido también parte de su identidad.

La burguesía asalariada supera en número a la autónoma. La burocratización ha dejado su huella. La noción de la independencia burguesa ha cambiado. Desde la Primera Guerra Mundial, el número de sirvientes en hogares burgueses ha descendido continuamente; los sirvientes representaban piezas de enorme importancia en las familias burguesas del siglo XIX. La educación clásica ha perdido relieve, dando paso a formas más especializadas de formación; un cambio que ha diluido un elemento importante de unidad cultural dentro de la burguesía. La cultura de trabajo y ahorro, de progreso y orden, que definía a amplias partes de la burguesía emergente en los primeros tiempos del siglo XIX ha desaparecido en gran medida. La familia, la institución más central de la cultura burguesa, ha cambiado enormemente, toda vez que la división clara de roles sexuales le era consustancial. Las relaciones de género también se han alterado a fondo. Asimismo, otras influencias, como el estatus cambiante de la juventud, la emergencia de los medios de comunicación y la multiplicación de opciones disponibles en la sociedad moderna, han surtido sus efectos. Como resultado de todo ello, la familia ha perdido buena parte de las funciones que llevaba a cabo en el siglo XIX y parte de su cohesión interna, con efectos desintegradores sobre la cultura burguesa. Las dos dictaduras alemanas (el Tercer Reich y la RDA) han contribuido mucho a la destrucción de los baluartes, las tradiciones y los valores burgueses.

Al mismo tiempo, características persistentes de la cultura burguesa se han extendido ampliamente entre los estratos más altos, llegando también, en cierta medida, a la población rural en declive, a los segmentos que acostumbraban a ser denominados

'clases medias-bajas' (o *Kleinbürgertum*) e incluso a partes de la clase obrera. Tras el final de la dictadura nazi y el colapso de 1945, con el progreso económico y la reconstrucción social de los cincuenta, se produjo incluso algo parecido a un renacimiento parcial de valores y prácticas burgueses en la República Federal. Lo mismo puede ocurrir en Alemania Oriental en los próximos años, aun cuando el repudio y la destrucción de las estructuras y tradiciones burguesas en los 40 años de la RDA fueron más completos y duraderos que lo que ocurrió en los doce años del Tercer Reich. Es cierto que sigue habiendo límites económicos y sociales a la extensión de la cultura burguesa. Pero ésta, que siempre tuvo una tendencia intrínseca hacia la universalización, ha trascendido el grupo social en el que se originó y que un día contribuyó a definir.

El poder descriptivo y analítico de los conceptos 'burguesía' (*Bürgertum*) y 'clase obrera' (*Arbeiterklasse*) presenta límites a la hora de explicar las pautas de desigualdad social y conflicto en la actualidad. Indudablemente la base de clase del proyecto de la sociedad civil se ha relajado, debilitado y erosionado. Quizá ésta sea una de las razones por las que este proyecto está teniendo un éxito notable en la actualidad.

V. Los hitos del siglo XX

Los años 1918-1919 representaron un punto de inflexión profundo en la historia social alemana: comenzaron como una reforma dictada desde arriba (parlamentarización por orden del Alto Mando militar bajo la presión de una derrota inevitable en octubre de 1918), continuaron como una revolución espontánea desde abajo (noviembre de 1918) y condujeron, por una parte, a reformas fundamentales, y por otra, a una gran violencia y a una guerra civil (1919-1920). Algunos objetivos revolucionarios iban claramente más allá del modelo de sociedad civil y estaban parcialmente dirigidos contra éste, pero fracasaron en gran medida, por ejemplo, los intentos de socialización integral y los experimentos con formas no representativas de democracia directa fuera del marco constitucional. Tal y como se desarrollaron los acontecimientos, la Revolución supuso un avance de la causa de la sociedad civil en Alemania en la medida en que condujo a una constitución liberal, un sistema parlamentario, las primeras elecciones realmente democráticas (in-

cluyendo el sufragio femenino), reformas sociales básicas que comprendieron nuevos mecanismos de resolución de conflictos, y una expansión importante de la elite política. Pero tanto respecto a este último asunto como a otros, el impacto fue limitado. La Revolución permitió un grado considerable (y crítico) de continuidad política, cultural y socioeconómica. Así pues, sobrevivió demasiado del *ancien régime*. Al mismo tiempo, la Revolución fue lo suficientemente convulsa, violenta y radical para producir profunda frustración, sufrimiento y rechazo en ambos extremos del espectro político. Tanto la continuidad permitida como las heridas infligidas por la Revolución pesaban sobre el modelo de sociedad civil que ésta había alumbrado y lo deslegitimaban.

Por supuesto, también había otros lastres: las consecuencias de una guerra que había acabado no sólo en derrota, sino en humillación nacional, perturbaciones económicas, penuria y desigualdad social, inflación y posteriormente depresión económica, la extendida ineficacia del nuevo sistema y el tiempo insuficiente para un ajuste mental. No es éste el lugar para contar de nuevo la historia de las esperanzas y los fracasos de la República de Weimar. Consiguió hacer realidad los principios de una sociedad civil hasta un extremo desconocido en Alemania y sentó las bases para nuevas tradiciones civiles que pudieron ser eventualmente desarrolladas en la RFA. Pero, al mismo tiempo, el modelo de sociedad civil de Weimar era ampliamente rechazado, desde la derecha, por grandes sectores de la burguesía y de las clases medias bajas, así como también por el sector comunista de la clase obrera, mientras la democracia social pertenecía a sus pocos y progresivamente desasistidos partidarios. Desde la Primera Guerra Mundial habían irrumpido nuevos movimientos de masas radicales con ambiciones totalitarias, tanto en la izquierda como en la derecha. Fueron creciendo y representaban una amenaza letal a la realidad y los principios de la sociedad civil. La falta de aceptación, la hostilidad absoluta y las deficiencias internas se reforzaron mutuamente: era una sociedad civil en crisis.

El año 1933 puso fin al experimento de la República de Weimar con la sociedad civil, a través de la coalición entre los tradicionales estratos superiores (incluyendo buena parte de la burguesía) y el nuevo movimiento fascista de masas de la derecha. Se ha debatido mucho acerca de si lo que ocurrió en 1933 fue una revolución. Tal vez sea así. También se ha debatido controvertidamente en torno a si el período nacionalsocialista no trajo sólo

la destrucción, el terror, la guerra y la catástrofe a Alemania, Europa y el mundo, sino también (a largo plazo) algún grado de modernización a la sociedad alemana, intencionadamente o no. Los defensores de esta nueva visión pueden estar en lo cierto y no son necesariamente apologetas. La modernización puede ser catastrófica, su significado no es necesariamente positivo y, a menudo, resulta impreciso. Además, no cabe excluir la posibilidad de que acciones y procesos que son destructivos y devastadores en el corto plazo puedan, en ocasiones, tener efectos liberadores e incluso beneficiosos en el largo plazo (lo cual, por supuesto, no los justifica moralmente en absoluto).

No obstante, está bastante claro lo que el año 1933 significó con respecto a la historia de la sociedad civil en Alemania. Llevó al poder a una dictadura que encarnó la negación rotunda de casi todos los principios de la sociedad civil. Pudo aquélla edificar sobre tradiciones intolerantes y autoritarias, racistas, antisemitas e imperialistas de la historia alemana, que hundían sus raíces en el siglo XIX, es decir, en viejas carencias de la sociedad civil de Alemania. Así se explica por qué la sociedad civil alemana no pudo movilizar más fuerzas de resistencia contra la tentación del fascismo. Pero en algunas cuestiones, particularmente en sus características más destructivas, el fascismo alemán implicó la previa desintegración de viejas estructuras y tradiciones. Era algo nuevo, que creció de un movimiento de masas totalitario nacido en la Primera Guerra Mundial. El período nazi fue el compendio de toda la 'divergencia alemana respecto a Occidente'. Fue el período en el cual la distancia entre la burguesía alemana y el proyecto de la sociedad civil alcanzó su culminación histórica. Pero la dictadura destruyó una parte vital y central de la burguesía alemana, concretamente su componente judío. En este aspecto y en otros perjudicó gravemente no sólo al modelo de la sociedad civil, sino también —a pesar del apoyo burgués a la emergencia y el gobierno del nacionalsocialismo— a la fuerza, la cultura, los principios y la misión de la burguesía. (Un argumento similar ha sido formulado más arriba con respecto a la clase obrera. Podría ser también aplicado a otros grupos e instituciones sociales, particularmente, a la aristocracia y el ejército).

Después de 1945 los principios básicos de una sociedad civil fueron reintroducidos en Alemania Occidental. Se establecieron firmemente y esta vez han funcionado, hasta el momento. No es éste el lugar para resumir la historia de la República Federal de

Alemania, su difícil arranque en los años de la posguerra bajo la influencia de los aliados occidentales, la reestructuración (en parte, restauración) de sus elites, su éxito económico, su aceptación lenta y penosa de la herencia nacionalsocialista, la historia exitosa de sus instituciones parlamentarias y de su sistema de partidos, que rompieron en buena medida con viejas tradiciones, su temprana orientación hacia Occidente y, más tarde, su cautelosa política de reconciliación con el este, el desarrollo gradual de una sociedad abierta y la emergencia complicada de una cultura relativamente liberal (con muchos reveses), su legitimidad y apoyo entre gran parte de la población, incluyendo esta vez a los estratos más altos y a la burguesía. Con la RFA, la larga y problemática 'divergencia alemana de Occidente' llegó a su fin.

Evidentemente no podemos pasar por alto los puntos negros. Los legados del pasado nacionalsocialista continuaron, y continúan, siendo un pesado lastre. Los problemas inherentes a una sociedad civil moderna son inmensos y abarcan desde formas intolerables de privación y desigualdad hasta la pérdida de significados y la crisis ecológica. Es difícil predecir el futuro. Y Alemania ha estado dividida. Mientras esto ha podido ayudar a la República Federal a solucionar alguno de sus problemas y evitar otros, también ha significado la pérdida del Estado-nación alemán y, en consecuencia, una cierta inseguridad en cuanto a identidad colectiva y cultura política. La confrontación con la Alemania del Este comunista puede haber contribuido a estabilizar a la RFA, pero también ha puesto trabas a su cultura política y ha amenazado su civilidad. La división también significó la permanenecia bajo un gobierno dictatorial de la parte oriental de Alemania, que, aunque bien diferente y menos devastador que la anterior dictadura (nazi), entrañó de nuevo una negación de la sociedad civil y, simultáneamente, el continuismo de viejas tradiciones autoritarias e intolerantes que la República Federal intentaba superar.

Con todo, a pesar de estas limitaciones y otros inconvenientes, el balance de la RFA entre 1949 y 1990 ha sido relativamente exitoso en comparación con períodos previos de la historia de Alemania y con otros países. Al menos, esto es cierto en cuanto a los criterios utilizados en este ensayo. Si bien queda mucho por hacer, los principios básicos de la sociedad civil fueron traducidos a la realidad en la República Federal más que en cualquier período previo de la historia alemana.

El último hito importante —1989/90— ha sido interpretado en ocasiones como una revisión y una corrección de lo que supuso el punto de inflexión de 1945-49. De acuerdo con esta perspectiva, 1945-1949 condujo principalmente a la pérdida del Estado-nación alemán e inauguró más de 40 años de una nueva anomalía alemana, la vida de una nación en dos Estados. Los años 1989-90 han supuesto la restauración del Estado-nación alemán, si bien no en su antigua extensión. Han puesto fin a la división alemana y, de paso, a la división de Europa. El giro de 1989-90 ha corregido de este modo las decisiones de 1945-49. Así cabe entender la relación entre los dos últimos hitos alemanes si se interpreta desde la perspectiva de la historia del Estado-nación.

Sin embargo, en el marco de la historia social la imagen se ve de distinto modo. Desde el punto de vista de la historia de la sociedad civil, la ruptura de 1989-90 — la revolución en la RDA, su transformación en un movimiento a favor de la unificación con la RFA y la integración de la RDA en la RFA — aparece como la culminación, y no la corrección, de 1945-49. Se ha extendido el sistema occidental a los alemanes del este, quienes habían optado por él en una amplia mayoría. Se ha abierto la oportunidad de incluir a estos últimos en un desarrollo hacia la sociedad civil relativamente exitoso, del cual habían quedado excluidos. Si esto funcionará, y cómo, está por ver. Es improbable que la nueva República Federal de Alemania sea simplemente una continuación de la antigua. La capacidad de cambiar pacíficamente es una de las fortalezas de la sociedad civil.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

AUGUSTINE, D. L., *Patricians and Parvenus: Wealth and High Society in Wilhelmine Germany,* Oxford, Berg, 1994.

BERGHAHN, V. R., *Modern Germany. Society, Economy and Politics in the Twentieth Century,* Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

BLACKBOURN, D. y ELEY, G., *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society in Nineteenth Century Germany,* Oxford, Oxford University Press, 1984.

CONRAD, Ch. y KESSEL, M. (eds.), *Geschichte schreiben in der Postmoderne. Beiträge zur aktuellen Diskussion,* Stuttgart, Reclam, 1994.

DAHRENDORF, R., *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland,* München, Piper, 1968.

FREVERT, U., *Frauen-Geschichte. Zwischen bürgerlicher Verbesserung und neuer Weiblichkeit,* Frankfurt, Suhrkamp, 1986.

IGGERS, G., (ed.), *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing Since 1945*, Leamington Spa, Berg, 1985, esp. pp. 1-48 (introducción del editor).

KAELBLE, H., *Auf dem Wege zu einer europäischen Gesellschaft. Eine Sozialgeschichte Westeuropas 1880-1980,* München, Beck, 1987.

KATZNELSON, I. y ZOLBERT, A. R. (eds.), *Working-Class Formation. Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States,* Princeton, Princeton University Press, 1986, esp. parte 3: Alemania.

KOCKA, J., «Theory and History: Recent Developments in West Germany», *Social Research*, núm. XLVII, 1980.

— *Facing Total War. German Society 1914-1918*, Leamington Spa, Berg, 1984.

— «German History Before Hitler. The Debate about the German 'Sonderweg'», *Journal of Contemporary History,* núm. XXIII, 1988.

— «The Middle Classes in Europe», *Journal of Modern History,* núm. LXVII, 1995.

KOCKA, J. y MITCHELL, A. (eds.), *Bourgeois Society in Nineteenth-Century Europe,* Oxford, Berg, 1993, esp. pp. 3-39.

KOSELLECK, R., *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten,* Frankfurt, Suhrkamp, 1979 (trad. cast.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993).

LÜDTKE, A., (ed.), *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen*, Frankfurt, Campus, 1989.

MOOSER, J., *Arbeiterleben in Deutschland 1900-1970. Klassenlagen, Kultur und Politik,* Frankfurt, Suhrkamp, 1984.

NIETHAMMER, L. *et al.*, *Bürgerliche Gesellschaft in Deutschland. Historische Einblicke, Fragen, Perspektiven,* Frankfurt, Fischer, 1990.

NIPPERDEY, Th., «Probleme der Modernisierung in Deutschland», *Saeculum,* núm. XXX, 1979.

PRINZ, M., y ZITELMANN, R., (eds.), *Nationalsozialismus und Modernisierung,* Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1991.

RÜRUP, R., «Deutschland im 19. Jahrhundert 1815-1871», en ID. *et al.*, *Deutsche Geschichte*, Göttingen, Vandenhoeck and Ruprecht, 1985, vol. 3, 3-200.

SIEDER, R., «Sozialgeschichte auf dem Weg zu einer historischen Kulturwissenschaft», *Geschichte und Gesellschaft,* núm. XX, 1994.

STERN, C. y WINKLER, H. A. (eds.), *Wendepunkte deutscher Geschichte 1848-1990*, 1994, pp. 317-353.

TENFELDE, K., «Stadt und Bürgertum im 20. Jahrhundert», en ID. y WEHLER, H.-U. (eds.), *Wege zur Geschichte des Bürgertums*, Frankfurt, Fischer, 1994.

WEHLER, H.-U., *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, München, Beck, 4 vols., 1987, 1995.

CAPÍTULO XI

«... Y DESEABA SER UN CIUDADANO». DE LA SOCIEDAD BURGUESA A LA SOCIEDAD CIVIL*

El concepto de ciudadano cambia y fluctúa. Como muchos conceptos centrales de nuestro lenguaje político-social, adquirió su significado moderno alrededor de 1800, cuando en grandes áreas de Europa tocaba a su fin la época secular del feudalismo y surgía la nueva «sociedad burguesa». Desde entonces existe el concepto de ciudadano.

«... con lo mejor que hay en mí, he sido siempre un *animal politicum* y deseaba ser un ciudadano. Esto no es posible en nuestra nación...», escribía el historiador liberal Theodor Mommsen en 1899 pensando retrospectivamente sobre su vida. También hoy los conceptos «civil» y «ciudadano» tienen una connotación positiva; así, por ejemplo, en «derecho civil», «sociedad civil» o «foro cívico». La idea de la civilidad, escribe el filósofo Stephan Strasser, se orienta hacia el propósito de la conformación racional de la historia humana a través de individuos y grupos emancipados, que discuten y compiten pacíficamente creyendo en la posibilidad del progreso.

Frente a esta concepción existe, no obstante, una variada tradición de controversia en torno al ciudadano. El origen de esta

---

* Publicado en H. H. GÜNTHER-ARNDT *et al.* (eds.), *Geschichtsbuch Oberstufe, vol. I, Von der Antike bis zum Ende des 19. Jahrhunderts*, Berlin, 1995, pp. 258-261.

tradición fue, en un principio, aristócrata-conservador. El movimiento socialista obrero del siglo XIX criticó en el biensonante ciudadano al repelente burgués. El reproche a la burguesía también desempeñó un papel destacado en el movimiento juvenil del cambio de siglo, encarnando la protesta contra los aspectos ordenancistas, disciplinadores y basados en el logro, del proyecto vital burgués de la pasada época liberal, así como también el rechazo de la mediocridad y la hipocresía burguesas. Los nacionalsocialistas despreciaban al individualista burgués y al Estado de partidos burgués, al que hoy los radicales de derechas denuncian como el «fardo burgués»[1]. Por otra parte, el movimiento del 68 se concibió como protesta antiburguesa de izquierdas.

En estas actitudes contradictorias se manifiestan diferencias de juicio sobre las posibilidades y los costes de la modernización occidental. Pero esas diferencias también resultan de la ambigüedad del concepto. Traducimos «Bürger» igualmente como *bourgeois* y como *citoyen*. En realidad, hay que distinguir al menos tres planos semánticos del concepto: el burgués de las ciudades en la Edad Media y la primera Edad Moderna, el miembro de la burguesía moderna, caracterizada desde el siglo XVIII por la propiedad y la educación, y el ciudadano del Estado (*citoyen*) como sujeto del modelo utópico de la sociedad burguesa o, como se dice últimamente más a menudo, de la sociedad civil (*Zivilgesellschaft*).

La antigua burguesía de las ciudades

Característica específica del burgués de las ciudades en la Edad Media y los comienzos de la Edad Moderna era su posición jurídica, que le distinguía de los miembros de la nobleza y del clero, de la mayoría de la población rural y del extenso estrato inferior urbano. Esta posición jurídica, el derecho civil, le facultaba para ejercer actividades comerciales o industriales independientes, para participar en el autogobierno de la ciudad y percibir prestaciones de providencia estatal en caso de pobreza o menesterosidad. Incluía determinadas obligaciones y sujetaba al burgués a una jurisdicción especial. El derecho civil era un derecho

---

[1] *Bourgeoises Pack* en el original *(N. de la T.)*.

de clase, un privilegio. Se adquiría por el nacimiento o era concedido a los interesados que lo solicitaban si cumplían determinadas condiciones —por ejemplo, la posesión de patrimonio o destrezas solicitadas— y se les consideraba merecedores de aceptación. En las ciudades de los siglos XVII y XVIII, los burgueses representaban con frecuencia sólo una minoría considerable. A ella pertenecían la mayor parte de los maestros artesanos cualificados, algunos de sus oficiales, los comerciantes, los propietarios de comercios, los hosteleros, también los médicos y los pastores protestantes, pero no el servicio doméstico, ni los trabajadores, ni los pobres.

«El aire de las ciudades hace libre». Por regla general, los habitantes de la ciudad no dependían de los señores nobles o eclesiásticos, a los que la población del campo llano les debía obediencia, servicios y gabelas. Asimismo, generalmente mantenían libertades y privilegios documentados frente a los señores feudales nobles o eclesiásticos. La existencia de las ciudades con autonomía documentada es un elemento esencial de la historia europea desde la Edad Media; algo que la distingue de la historia de otras partes del mundo.

Los exponentes y beneficiarios de los privilegios y libertades ciudadanos eran, sobre todo, los burgueses. Gobernaban la ciudad, aun cuando los derechos de participación se repartían muy desigualmente entre ellos. Ejercían las actividades industriales y comerciales. Desarrollaron una cultura no-noble, no-eclesiástica, no-campesina, sino precisamente ciudadana, con normas, ideas sobre el honor, estilos de vida y formas de manifestación simbólica compartidos. A pesar de jerarquías internas y tensiones acentuadas, poseían instituciones cooperativas (gremios, corporaciones, consejo) para la solución de las tareas comunes, la ayuda recíproca, la protección y la representación de intereses frente a terceros.

La vida burguesa de la ciudad se hallaba profundamente impregnada, a menudo de forma densa y minuciosa, de convenciones y usos, y se disponía defensivamente contra la intervención estatal o la presión de una población rural que carecía de una especial proclividad a la innovación y la modernización. Pero la industria y el comercio llevaban las semillas del cambio en sí mismos. El trabajo y el rendimiento contaban en la cultura de la burguesía de la ciudad más que en la cultura de la nobleza. El espíritu cívico y la independencia se aprendían y practicaban entre los burgueses: un capital cultural para el futuro.

Una raíz importante de la burguesía moderna reside en la ciudad de los comienzos de la primera Edad Moderna. Allí donde no se dio una tradición de desarrollo autónomo de las ciudades —por ejemplo en Europa oriental y en Asia—, las oportunidades de desarrollo de una burguesía moderna fueron y son escasas.

La nueva burguesía

A partir del siglo XVIII entraron nuevas fuerzas en escena. Los mercados y los poderes cooperaron e hicieron avanzar el capitalismo. El comercio suprarregional, internacional e intercontinental se intensificó. El número de las empresas intermediarias y manufactureras aumentó rápidamente, así como también el de los grandes comerciantes, comisionistas, industriales, armadores y banqueros. Todos ellos incrementaron sus patrimonios, su peso y su influencia social. Su actividad desbordó a menudo las fronteras de las ciudades. La mayoría de las veces sus operaciones capitalistas de gran industria sólo podían ser impuestas contra las reglas de los gremios, en muchas ocasiones gracias a derechos especiales concedidos por el gobierno que suspendían el derecho de las ciudades; y con frecuencia también extramuros de las ciudades, adonde el poder paralizador de los gremios, las corporaciones y las autoridades municipales no llegaban.

Efectos similares tuvo la «formación interna del Estado» (Otto Hintze), impulsada decididamente en el siglo XVIII por los Estados absolutistas del continente europeo. Con la expansión de la actividad estatal, la creación de nuevos organismos y el crecimiento de las administraciones, aumentó progresivamente el número de los funcionarios. Los consejeros y comisarios, a menudo con cualificación académica, los administradores y los catedráticos se veían a sí mismos más como súbditos de su rey o ciudadanos de un Estado que como burgueses de una ciudad, toda vez que disfrutaban de un estatus jurídico-económico que les sustraía del brazo de la jurisdicción ciudadana y les separaba del estamento del burgués de ciudad.

Así se gestó en las postrimerías del siglo XVIII y los comienzos del XIX una formación social nueva, en principio muy reducida, que comprendía una capa superior económicamente en auge y una nueva capa de gentes formadas, para las cuales la palabra

«burgués» adquiría una nueva aplicación. La base de esta burguesía era supraciudadana, pero no le faltaban rasgos comunes con las partes más acomodadas y formadas de la burguesía de ciudad tradicional, con las cuales permaneció unida o se fundió. Lo que unía a esta nueva burguesía y la separaba del exterior, aunque de manera imprecisa, era la distancia crítica hacia la nobleza de cuna y su mundo, la crítica, basada en la invocación del rendimiento y la educación, a la gracia de Dios y la arbitrariedad absolutista, el apartamiento del pueblo llano, el estilo de vida urbano y la cultura con él relacionada. Políticamente estaban sentados en el mismo bote, en el mismo banco, puesto que, en la representación estamental de la época, tanto los nuevos como los viejos burgueses pertenecían al Tercer Estado; no a la nobleza ni al clero.

La sociedad burguesa como modelo utópico

Fue, sobre todo, en el entorno de esta burguesía transformada y de nueva creación donde echaron raíces las ideas modernas, con la impronta de la Ilustración; ideas de una sociedad, una cultura y una política nuevas: el proyecto de una «sociedad civil». Se discutió en las logias y sociedades de lectura, en las asociaciones y en las revistas de finales del siglo XVIII y principios del XIX, dominadas por la burguesía, y pronto se defendió en las reuniones públicas, en las fiestas y en los programas del movimiento expansivo del primer liberalismo. Era un proyecto orientado hacia el futuro, al cual habían contribuido muy diversos autores —desde John Locke y Adam Smith, pasando por Montesquieu y los enciclopedistas, hasta Immanuel Kant y los protoliberales del *Vormärz* alemán[2]—. Giraba este proyecto en torno al propósito de una sociedad moderna y secularizada de ciudadanos (*citoyens*) libres y emancipados, que regulaban sus relaciones pacífica, sensata e independientemente, sin demasiada desigualdad social, sin tutela del Estado-Autoridad[3], al tiempo individual y conjuntamente.

---

[2] Período de predominio absolutista entre la derrota de Napoleón y la Revolución de 1848, que estalló en *marzo* de ese año en Berlín *(N. del Ed.)*.

[3] En el original, *Obrigkeitsstaat*. Asumo aquí la traducción que hace de este término Manuel García-Pelayo, *El Estado de Partidos*, Madrid, Alianza, 1986 *(N. de la T.)*.

Para ello se precisaban determinadas disposiciones institucionales: el mercado, una opinión pública crítica, un Estado de Derecho y constitucional, así como la representación parlamentaria. En la base de este objetivo socio-político se encontraba un nuevo proyecto de existencia, fundado en el trabajo, el rendimiento y la educación (no en el nacimiento), en la razón y su uso público (en lugar de en la tradición), en la competencia individual tanto como en la comunidad cooperativa, y se contraponía a elementos centrales del *ancien régime*: al absolutismo, a los privilegios de nacimiento y la desigualdad de clase, así como a la ortodoxia eclesiástica-religiosa.

Este programa tenía, como se ha dicho, su base en la burguesía de nueva formación, aun cuando no de forma exclusiva. Pero, en su tendencia, se trataba de un programa para todos, un modelo universal, que incitaba a la libertad, la igualdad y la participación de todos los ciudadanos —en el sentido de todos los ciudadanos del Estado—, así como también a la generalización de la cultura y el estilo de vida burgueses, y que perdería así su exclusividad: el burgués se hallaba en el tránsito de *bourgeois* a *citoyen*.

Era un proyecto imponente, absolutamente utópico y, especialmente al inicio del siglo XIX, muy alejado de la realidad.

EL SIGLO XIX COMO SIGLO BURGUÉS

Desde entonces han cambiado muchas cosas. El perfil de la burguesía de las ciudades ha palidecido. La distinción jurídica entre ciudad y campo perdió en el siglo XIX su importancia, al igual que la distinción jurídica entre los burgueses y el resto de habitantes de las ciudades. Sobre todo en las grandes ciudades se debilitó la cohesión interna de la antigua burguesía urbana. Sus sectores acomodados e instruidos se incorporaron a la burguesía propietaria y a la burguesía cultural. En cambio, gran número de pequeños fabricantes y comerciantes fue quedándose a lo largo del siglo XIX al margen del campo semántico que denota el concepto «burguesía»; se convirtieron en «pequeños burgueses», también denominados «clase media».

El siglo XIX supuso el vertiginoso ascenso de la gente con propiedades y formación. La industrialización transformó a la burguesía económica. Con el incremento de los negocios, comer-

ciantes, empresarios y capitalistas vieron aumentar su riqueza, su prestigio y su autoestima. Los empresarios fabriles se convirtieron en un elemento importante. La irrupción de las sociedades anónimas y la ampliación de las empresas provocó el surgimiento del colectivo de gerentes y directores. El derecho electoral de tres clases en los municipios y en determinados Estados (hasta 1918) facilitó la traducción directa de riqueza en poder político. El progreso de las ciencias y el desarrollo del sistema de educación universitaria implicaron la revalorización y la expansión de las profesiones de formación superior y cualificación académica. Médicos, párrocos y abogados, catedráticos, jueces y altos funcionarios, a los que pronto también se unieron ingenieros diplomados, directivos, científicos y otros, engrosaban la burguesía cultural.

La frontera entre la burguesía económica y la burguesía cultural se difuminó crecientemente a raíz de variadas afinidades y relaciones, una formación escolar similar y una cultura común. Esta última se hallaba caracterizada por la alta valoración del trabajo y del mérito, de la independencia y la formación, un ideal familiar específico y un determinado modelo de distribución del trabajo y del poder entre los géneros, así como también ciertos principios, modos de vida y usos morales y estéticos. La burguesía representaba la base principal del liberalismo, que tuvo su gran momento en el segundo tercio y en el tercer cuarto del siglo XIX. También constituía el núcleo del movimiento nacional, que tras la implantación del *Reich* de Bismarck adoptó con progresiva claridad rasgos conservadores y, en la primera mitad del siglo XX, se desbordó cada vez más en el nacionalismo. La cultura burguesa marcó con fuerza creciente toda la sociedad. La burguesía consiguió logros imponentes en la economía, la ciencia y la cultura. De ahí que resulte lógico hablar del siglo XIX como del siglo burgués.

Paulatinamente, sin embargo, la burguesía se hizo más defensiva. Se convirtió en una minoría. Incluso a finales del siglo XIX, la integraban no más de un 7-10% de las familias. Se alejaba ostensiblemente de la gente humilde, de las capas inferiores, de la pequeña burguesía y de la población rural en virtud del derecho electoral y del estilo de vida, de la prosperidad y la educación, mientras que la distancia social y cultural respecto a la nobleza se debilitaba.

La Primera Guerra Mundial, la posterior democratización del sistema político, las crisis y dictaduras del siglo XX y la acelerada

modernización de la segunda mitad del siglo han descompuesto, por una parte, la cultura de la burguesía y, por otra, la han extendido; sus diferenciaciones internas han aumentado y se han difuminado sus fronteras externas. Por ello, en las sociedades industriales y postindustriales avanzadas de hoy apenas cabe hablar ya de una burguesía claramente delimitada.

LAS FRONTERAS DE LA UTOPÍA

El siglo XIX fue realizando progresivamente elementos esenciales del modelo de la sociedad civil: la imposición de la economía de mercado, el surgimiento del Estado de Derecho y constitucional, la ordenación de las relaciones sociales a través del trabajo, el mérito y el éxito económico, y más tarde también la opinión pública sin censura y la parlamentarización, aun cuando ésta no prosperó en Alemania hasta 1918. En general, la realidad del siglo XIX y los inicios del XX se quedó muy por detrás del modelo de la sociedad civil. Grandes partes, incluso crecientes, de la población —los estratos inferiores, el proletariado crecido con la industrialización— no disponían ni de propiedades ni de suficiente educación e independencia para disfrutar de una auténtica igualdad de oportunidades, aprovechar completamente las libertades burguesas y participar en la vida política. El número de gente dependiente fue en aumento, de tal modo que la realidad contradecía el modelo de la sociedad civil. El movimiento obrero socialista se convirtió en la principal instancia de crítica de esta discrepancia.

Y cada vez más se tomó conciencia de que la participación plena de los derechos y las obligaciones de la ciudadanía estatal se hallaba reservada a la parte masculina de la población. El burgués del modelo de la sociedad civil era un hombre. Si ya el camino hacia el ciudadano se reveló mucho más complicado de lo que se pensaba originariamente, se estaba todavía muy lejos de la realización de la ciudadana, algo que se debía en última instancia a las peculiaridades de la misma sociedad burguesa y, en buena medida, a su modelo familiar, que presuponía y reforzaba una y otra vez el desigual papel de los géneros. El movimiento feminista consiguió poco a poco, sobre todo al final del siglo XIX y ya en el siglo XX, criticar la unilateralidad específica de género del modelo de la sociedad civil y justificar su crítica con las reivindica-

ciones de aquel mismo modelo, es decir, igualdad, emancipación y realización personal para todos.

Sólo muy lentamente se ha logrado debilitar estos límites de principio que obstaculizaban la realización integral de la sociedad civil. La democratización del derecho electoral para ambos sexos, el ascenso de los partidos de masas, la ampliación de la cultura de masas y el desarrollo del Estado Social fueron pasos importantes en este camino, que todavía no ha llegado en absoluto a su destino.

Las sendas de desarrollo de la burguesía y de la sociedad civil se han separado. Mientras aquélla ha reducido considerablemente sus demandas progresistas-universalistas desde el final del siglo XIX, ésta ha sido impulsada crecientemente por fuerzas no burguesas, en buena medida por el movimiento obrero. El programa de la sociedad civil se ha desarrollado, completado y revisado vigorosamente durante los dos siglos pasados. Sólo tardíamente se ha planteado el problema de la desigualdad de géneros. Hoy día se halla pendiente la revisión ecológica. Pero, aunque sometido a cambios, el programa sigue teniendo como objetivo una convivencia razonable de ciudadanos y ciudadanas libres, con igualdad de oportunidades de vida y participación, bajo las garantías que proporciona un Estado de Derecho y constitucional, sin tutelas autoritarias y sin dominación excesiva, sin violencia y con madurez.

Este programa no es compatible con diferencias sociales y económicas demasiado grandes. Sin ampliación social y democrática se convierte en un privilegio de las elites y, por tanto, entra en contradicción consigo mismo. Su expansión mundial acaba de comenzar ahora. Aunque sólo fuera por razones ecológicas, su globalización choca con límites que no podrá superar sin sufrir transformaciones fundamentales. Todavía le queda bastante de utopía.

¿Qué puede explicar hoy la llamada *historia social*? ¿Cómo puede relacionarse con el análisis de la cultura o las relaciones de género? ¿Cómo transmitir una idea reflexiva y crítica de su propio pasado a sociedades cada vez más complejas y cambiantes, en las que parecen disolverse identidades arraigadas, mientras que surgen otras que se habían dado por extinguidas? Los ensayos que aquí se recogen del historiador Jürgen Kocka abordan estas cuestiones, a la vez desde el campo del rigor metodológico y la responsabilidad propia de una ciudadanía democrática, afectada por los cambios recientes de las sociedades avanzadas.

ISBN 84-95379-38-4

9 788495 379382

Marcial Pons